

CONFESIONES INÉDITAS DE CARLOS GUILLERMO SUÁREZ MASON, EL GENERAL MÁS SANGUINARIO DE LA DICTADURA

SI LO CONTÁS, TE MATO

GUSTAVO SAMMARTINO

Planeta

Si lo contás, te mato

Confesiones inéditas de Carlos Guillermo Suárez Mason, el general más sanguinario de la dictadura

GUSTAVO SAMMARTINO

Si lo contás, te mato

Confesiones inéditas de Carlos Guillermo Suárez Mason, el general más sanguinario de la dictadura

Planeta

Sammartino, Gustavo
Si lo contás, te mato / Gustavo Sammartino. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-9596-8

1. Historia Argentina. 2. Dictadura. I. Título.
CDD 320.098

© 2026, Gustavo Daniel Sammartino.

Todos los derechos reservados

© 2026, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1ª edición: febrero de 2026

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición en formato digital
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto451

Índice de contenido

Portada

Portadilla

Legales

Prólogo

Llegó la hora, tenemos que hablar

La historia antes de esta historia

La caída del Eichmann argentino

La noticia que nos vinculó

Nace una obsesión

Menem lo hizo

Cara a cara a la hora del té

Los zurdos ya están en el poder

Preso en la causa por el robo de bebés

Justicia globalizada

El anticristo

Opiniones contundentes

Callar, pensar y rezar

Sentir en vida el sabor de la muerte

Robo de bebés

Los desaparecidos existen solo para los que preguntan por ellos

Donde esté el cadáver se juntarán los buitres

Otra vez cara a cara (cuatro años después)

Amigos militares, negocios y dinero

Solo, enfermo y jugando a los soldaditos

Libros prohibidos

La bruja de Quilmes

Suárez Mason sic: el monólogo

Abandonar la vida militar

Pizza con fainá

Si no mata al caníbal, usted será su almuerzo

El presidente que no fue

Manual de ética y represión

Un bebé para un cura amigo

Dios, el diablo y el día que me echó de su casa

Evita la prostituta, las lujurias de Perón y el enigma de sus manos cortadas

Cárcel y muerte

El misterio de la tumba y el fantasma del indulto

Epílogo: Cuando cumpla cien años

Agradecimientos

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

Comienzo de lectura

A mi esposa Claudia, testigo y confidente
de esta larga travesía.
A mis hijos: Angie, Vir, Luli, Santi y Tomi.
A mis viejos y mis hermanos.
A Lourdes, por ser la llama que mantuvo viva la denuncia de esta causa.

Prólogo

Carlos Guillermo de la Paz Suárez Mason fue jefe del I Cuerpo de Ejército. Se convirtió en el hombre más temido y desalmado —y uno de los más poderosos— de la última dictadura militar. Representaba al ala dura de los generales del ejército.

Fue el verdugo más terrible de un tiempo terrible.

Llegó a ser el responsable del control y funcionamiento de alrededor de 60 centros clandestinos de detención y tortura de personas.

Fue imputado por la justicia argentina por más de 630 delitos: secuestros, tormentos, homicidios, desaparición de personas y robos de bebés. Con el correr de los años se lo señalaría, también, como ladrón, corrupto y estafador por fraude a la administración pública en su tiempo como interventor de YPF y hasta responsable de una enorme maniobra con nafta adulterada.

Se lo investigó y se lo acusó pero jamás se lo condenó. La justicia humana se demoró y no llegó a tiempo. Murió el 21 de junio de 2005, antes de ser sentenciado en alguna de sus muchas causas por delitos de lesa humanidad. España, Italia, Francia y Alemania solicitaron en reiteradas oportunidades su extradición por la desaparición forzosa, asesinatos y torturas cometidas contra ciudadanos de dichos países.

Había nacido en la Capital Federal un 24 de enero de 1924. Estaba casado con Lita y tuvo cuatro hijos y siete nietos. En su entorno íntimo lo apodaban "Cacho". Pero fueron más conocidos sus alias de guerra: "Pajarito" o "Sam". Algunas de sus víctimas lo apodaban "El carnicero del Olimpo", en referencia a uno de los mayores centros clandestinos de detención que gobernó.

Suárez Mason se comunicaba habitualmente conmigo. Yo había logrado su confianza a través de años de acercamiento. Fue una relación de mutua conveniencia. Él me quería para contar su historia, para amplificar su mirada de los hechos. Yo buscaba alcanzar la confesión única del más terrible represor y verdugo de la dictadura; quería que me dijera lo que no le había dicho a nadie públicamente.

Conversamos muchas veces por teléfono y nos reunimos en su casa otras tantas mientras cumplía arresto domiciliario. Fueron casi treinta encuentros personales. Hubo pocos testigos y en contadas ocasiones permitió que encendiera mi grabador. Fueron más de cuarenta horas de conversación en un lapso de casi seis años, entre 1999 y 2005.

Había 43 años de distancia entre nosotros. Yo tenía 36 y él andaba por los 79. Pero nos separaban cosas mucho más importantes.

Aún conservo el remordimiento por haberme relacionado con una persona así. Sin embargo, desde mi primer contacto con él me dominó la voluntad, la necesidad de escuchar la verdad de su boca, de extraerle lo más parecido a una confesión. Pregunté, escuché, investigué, tuve miedo, dudas, recibí insultos, amenazas, recriminé cosas, acusé. Un largo encuentro, cara a cara, con café y masitas de por medio, con el mal.

Quería estar frente a él, delante de uno de los mayores criminales de la Argentina moderna. Pretendía mirarlo a los ojos, ver sus gestos, sus movimientos, sentir sus miedos, oler sus miserias, descubrir sus frustraciones, escuchar sus lamentos, otear sus certezas, conocer su hábitat, a las personas que lo rodeaban, saber quiénes fueron sus padres, cómo son sus hijos y qué cosas le aconsejaba su esposa.

Ojalá este testimonio sirva, como lo hace siempre la verdad, por más cruda e impiadosa que sea, para seguir haciendo justicia.

Es posible que jamás un funcionario judicial haya obtenido un testimonio tan extenso y elocuente de uno de los jerarcas más malvados de la dictadura. Así veía sus acciones, sus crímenes, el hombre que se hacía llamar el "Número 4" del Proceso.

Las palabras pronunciadas por Carlos Guillermo Suárez Mason, en virtud de su enorme valor documental, están transcritas lo más fielmente posible. Sacadas de los apuntes que tomé frente a él o apenas salí de su casa, o desgrabadas de las ocasiones en las que permitió que mediara un grabador entre nosotros. Durante sus últimos años de vida, Suárez Mason quiso impedir la salida de este libro. Ya no puede hacerlo. Desde ya que queda a disposición y consideración de la justicia competente el contenido de estas páginas.

Llegó la hora, tenemos que hablar

Buenos Aires, 14 de mayo de 2003.
769 días antes de su muerte

Ya habían pasado las diez de la noche. Había silencio en la casa. Casi todos dormían. Afuera hacía frío y llovía. Estaba en el comedor, sentado junto a la mesa redonda donde siempre comíamos en familia. Tenía las piernas estiradas sobre una silla y tomaba unos mates dulces. La televisión seguía encendida, pero estaba silenciada. Las imágenes repetían una y otra vez los pormenores de una impactante decisión política. Carlos Menem se bajaba del *ballotage*. El nuevo presidente sería Néstor Kirchner. Nacía otro liderazgo. Pensaba en las implicancias de estos movimientos y en posibles entrevistados para los programas en los que trabajaba. El teléfono comenzó a sonar. No atendí. Después de varios timbres, se calló. Pero solo por unos segundos. Otra vez sonó. Y sonó.

Yo no quería atender. El sonido de la chicharra del teléfono se apaciguaba unos segundos y volvía a la carga. El que estaba del otro lado de la línea persistía, no se rendía.

Me quedé quieto en mi silla. El teléfono —un aparato rojo inalámbrico— seguía sonando, endemoniado. Miré al gato que dormía en su silla preferida, controlé que las tres hornallas de la cocina siguieran prendidas para combatir la baja temperatura, intenté distraerme leyendo un *graph* de la televisión. Pero el teléfono no paraba. Era cada vez más abrumador. Pertinazmente llamaban, cortaban y volvían a llamar. Me levanté derrotado y enfurecido.

—¿Por qué no te dejás de joder? ¡Tengo identificador de llamadas y te voy a denunciar!

Estaba desencajado y gritaba. Me había irritado, me dolía mucho la cabeza.

—¿Sammartino, es usted?

Era una voz masculina grave que, en un principio, acaso por el fastidio, no identifiqué. Fue una pregunta que pareció hecha con timidez, con cierta vergüenza, como si hubiera tomado conciencia del martirio al que me había sometido con sus llamados seriales.

—Habla el general Suárez Mason.

Me quedé paralizado. Entendí de inmediato el motivo de tanta insistencia. Hacía varios meses que no hablábamos. Estoy convencido de que nunca se dio cuenta de que esa tormenta de llamadas constituía un atropello. Como todopoderoso impune, hacía lo que quería, cuándo, dónde y de la manera que se le antojaba.

Me asusté y no sabía bien cómo reaccionar. Un reflejo: tomé el aparato y traté de salir de la cocina, el lugar donde más tiempo pasábamos juntos en familia. Buscaba un rincón en el que nadie me escucharía.

—¿Quién es? ¿Quién habla?

Ya lo había identificado pero quería ganar tiempo para ordenar mi cabeza y sosegar mi ánimo. Mientras tanto me reprochaba por mi ingenuidad. ¿Cómo le había dado el número de mi casa, en la que vivían mi mujer y mis hijos, al peor represor de la dictadura? En mi afán por lograr su confianza puse en riesgo a lo que más quiero. Nunca sospeché que fuera a llamar y, mucho menos, con tanta insistencia, a esa hora.

Seguí caminando con el inalámbrico en la oreja hasta que llegué al baño. Trabé la puerta y me dejé caer hasta sentarme en el piso. Recién ahí comencé a serenarme.

—¿Sammartino, me escucha? Habla Suárez Mason.

Repitió pero ya sin timidez. Hablaba en tono más alto, con su característico estilo marcial. Me puse a pensar qué me había llevado a contactarlo. Quería que me confesara sus crímenes, que contara sus secretos durante los años de la dictadura. Oía su respiración pesada, algún carraspeo y jirones de insultos dichos entre dientes. Su ansiedad llegaba por el auricular. Por fin me atreví.

—Lo escucho, general. ¿Por qué llama a esta hora?

No respondió. Ahora el que no hablaba era él. Esperé callado. Fue difícil. Me consumía la ansiedad. Llevaba cuatro años intentando convencerlo y todavía no lo había logrado. Después de tanto tiempo de insistir, ya me sentía frustrado. El distante pero continuo vínculo telefónico que manteníamos, desde la primera vez que lo entrevisté personalmente en 1999, se me había convertido en algo insoportable. Muchas promesas e insinuaciones pero hasta ese momento no se animaba a hablar. Bajo la argucia de escribir la historia de su vida, yo pretendía conseguir sus confesiones.

Jadeaba del otro lado de la línea pero todavía no hablaba. Me cansé de ese silencio, de ese diálogo imposible. O quizá no resistí la tensión que planteó.

—¡Váyase a la mierda!

Lo insulté y corté.

Si quería hablar conmigo, ¿por qué se quedó en silencio cuando contesté?

Haber colgado me hizo sentir alivio. Pero enseguida me invadieron las dudas. No sabía si se había tratado de una advertencia, una velada amenaza, o si en realidad deseaba contarme algo importante.

Muy rápido cambió mi estado de ánimo. Colgarle a Suárez Mason ya no me parecía tan buena idea, más allá del proyecto que tenía en mis manos. El temor se empezó a apoderar de mí. Consideré la posibilidad de llamarlo y pedirle disculpas, pero la deseché de inmediato. Si él me quería decir algo importante, se volvería a comunicar.

El teléfono no volvió a sonar, sobre la medianoche me fui a acostar inquieto y muy molesto conmigo mismo. Ya en la cama no me podía dormir. Los pensamientos me atormentaban y valoraba los posibles escenarios.

Cuando estaba a punto de dormir, otra vez el teléfono. Y sonó y sonó. Corrí a atender tropezando con varias cosas en el camino. No quería que nadie se despertara.

—¡Hola! ¿Quién es?

—¿Usted me cortó el llamado, Sammartino?

Era él de nuevo. Otra vez el silencio.

—Me disculpo, sé que estoy llamando a su casa. No debí molestar con tanta insistencia pero es algo urgente. Es muy importante para mí y sé que también lo puede ser para usted.

El general sabía perfectamente lo que yo quería de él. Yo suponía lo que él necesitaba de mí. Ambos corríamos, a destiempo y por distintos caminos, hacia el mismo objetivo. Yo estaba convencido de que más temprano que tarde Suárez Mason comenzaría a revelar lo que nunca antes había admitido y quería ser el primero en escucharlo.

—Acá estoy, general, no tiene que darme ninguna explicación. ¿Cuál es la urgencia?

Le pregunté sin visos de sarcasmo y procurando que mi voz sonara serena, templada.

—Supongo que usted ya está enterado de lo que pasó esta tarde.

Otra vez el jadeo en el auricular. Imaginé que no lo hacía para dotar de misterio a la conversación sino porque buscaba las palabras para expresar lo que sentía ante el nuevo mapa político.

—¡El patilludo me cagó! Renunció, se fue. No sé qué voy a hacer. Es un cobarde, se cagó en las patas.

Estaba desencajado. Casi gritando expresaba furia y congoja.

—¡La puta que lo reparió!

Hablaba solo, como si nadie lo escuchara. Estaba frustrado.

—¡Este turco es un pelotudo! Hasta podría haber afanado los votos. Peronistas malditos, negros de mierda.

En algún momento pareció empezar a hablar de otra cosa o, al menos, construir un discurso coherente sobre el frustrado *ballotage* y las consecuencias de la asunción de Kirchner, pero se enredó con las palabras y fue ganado por la ira una vez más.

—¡Riojano cobarde! Me cago en Evita y la puta que la parió. Yo sabía que algún día me ibas a cagar. Jamás debí perdonarte la vida.

Después de otro largo rato sin palabras de ninguno de los dos lados, y con ganas de volver a la cama, intervine.

—General, no sé qué le pasa pero se tiene que calmar. Así no se puede conversar. ¿Para qué me llamó?

—Ahora vendrán por mí. ¡Llegó la hora, Sammartino! ¡Tenemos que hablar! Ya es demasiado tarde. Si le interesa, venga a verme

mañana a mi casa a la hora del té. Ya sabe que yo no puedo salir, pero usted sí puede venir. Quizás finalmente acepte su propuesta si usted accede a mis condiciones. Hasta mañana, lo espero a las cinco.

Cortó la comunicación sin aguardar mi respuesta. Suárez Mason sabía que yo iba a ir. Antes de cortar me despedí irónicamente, sabiendo que Suárez Mason ya no estaba detrás del teléfono. No pegué un ojo en toda la noche. Sospeché conspiraciones, fantaseé historias y temí consecuencias, pero en el fondo estaba satisfecho por estar a punto de lograr lo que tanto había buscado.

La historia antes de esta historia

En su discurso del 6 de julio de 1972, inmediatamente después de ser reelecto al frente de la conducción de la Confederación General del Trabajo para un nuevo período de gestión, el líder metalúrgico José Ignacio Rucci lanzaba esta arenga:

> El movimiento obrero argentino sindicalmente organizado, y quizás lo único que esté organizado en nuestro país, reclama y reclamará permanentemente que se anule esa causa que nos ha prostituido y se abra la puerta para que por el camino ancho de la liberación entre ese pueblo […] y con el gobierno en sus manos plasme la legítima revolución que anhelamos todos los argentinos. Y en esta síntesis, ningún dirigente, ningún trabajador que realmente quiera a su patria podrá escapar a esa tremenda responsabilidad y esa responsabilidad será en primer término hacer de la unidad del movimiento obrero un símbolo y ofrecer esa unidad al país con un aporte de los trabajadores y entender definitivamente en función de lo que somos, en función de lo que hemos abrazado desde lo más profundo de nuestros corazones, que es el Movimiento Peronista, solamente existe en el ejercicio de la conducción de este grandioso movimiento, que es del pueblo y para el pueblo, la figura del general Juan Domingo Perón.

El 17 de noviembre de 1972 y a 17 años de su derrocamiento, el expresidente Juan Domingo Perón finalmente retornaba a la Argentina dejando atrás casi dos décadas de proscripción y exilio. Con su vuelta, la fórmula integrada por Perón y su mujer, María Estela Martínez, se impuso de manera abrumadora en las elecciones presidenciales convocadas tras la renuncia de Héctor Cámpora el 23 de septiembre de 1973. Por tercera vez llegaba a la Presidencia argentina de la mano de 7.359.252 votos (62 %) y una ventaja de casi cuatro millones y medio de votos sobre su principal rival, el radical Ricardo Balbín.

Dos días después de la elección, en el marco de una primavera terriblemente convulsionada en la Argentina de aquella década salvaje, José Ignacio Rucci fue asesinado de manera brutal. Cerca del mediodía del martes 25 de septiembre de 1973, el secretario general de la CGT fue abordado cuando salía de su casa de la calle Avellaneda 2953, en el barrio de Flores, por un grupo comando de la organización guerrillera peronista Montoneros, y acribillado a balazos. El crimen fue cometido a plena luz del día y frente a una gran cantidad de testigos. Con armas largas, un grupo integrado por cerca de diez personas lo interceptó y lo baleó frente a la casa familiar. Rucci jamás llegó a subirse al Torino rojo que aguardaba para trasladarlo a los estudios de Canal 13.

Después de aquel día, Perón ya no sería el mismo. Pese al holgado triunfo electoral, el líder indiscutido del Partido Justicialista evidenciaría de manera elocuente la aceleración de su decadencia política. Y a las sombras de un poder resquebrajado, no tardaron en aparecer y expresarse inquietas las presiones de algunas células guerrilleras agrupadas principalmente en dos bandos muy bien identificados: por un lado los enrolados en el grupo Montoneros, de origen peronista y comandados por Mario Firmenich, y del otro estaban los que pertenecían al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), de orientación marxista y liderados por Mario Roberto Santucho.

Inmediatamente después del atentado, Perón decretó duelo nacional y Rucci fue velado en la sede de la CGT envuelto en una bandera argentina y con una enseña del gremio metalúrgico que le cubría los pies. En las primeras horas de la mañana del miércoles 26 de septiembre de 1973, el presidente electo llegó al velatorio acompañado de su esposa y compañera de fórmula. “Me mataron a un hijo”, dijo Perón, acongojado, junto al ataúd y a los parientes más cercanos del sindicalista. “Estos balazos fueron para mí; me cortaron las patas”, declaró ante un grupo de periodistas que aguardaba a la salida de la central obrera.

El atentado terrorista fue denominado por los medios como “Operación Traviata”, ya que el cadáver del dirigente obrero tenía 23 impactos de bala en su cuerpo en una clara e irónica alusión a una

exitosa publicidad de galletitas Bagley cuyo eslogan de promoción era: "La de los veintitrés agujeritos".

El asesinato de Rucci supuso para Perón una demostración de que ya no podía controlar aquellos años de violencia política: ya no podría convencer a los Montoneros de que dejaran las armas y se volcaran a la política. "El poder brota de la boca de un fusil. Si hemos llegado hasta aquí ha sido en gran medida porque tuvimos fusiles y los usamos; si abandonáramos las armas retrocederíamos en las posiciones políticas. En la guerra hay momentos de enfrentamientos, como los que hemos pasado y momentos de tregua en los que cada fuerza se prepara para el próximo enfrentamiento", había amenazado el jefe de Montoneros, Mario Firmenich, dos semanas antes, desde la revista *El descamisado*. Convencidos de que no podían dejar las armas si pretendían alcanzar el botín más preciado, que era la revolución socialista, los montoneros continuaron en pie de guerra desde la clandestinidad, a pesar de que el peronismo estaba en el gobierno.

Ninguna organización se atribuyó el asesinato del líder sindical, a diferencia de lo que había sucedido con la muerte del teniente general Pedro Eugenio Aramburu. En este caso Montoneros no se hizo cargo de la operación y por un tiempo se mantuvo en silencio sobre el hecho, en tanto que el ERP se apresuraba en declarar expresamente que no lo habían llevado ellos adelante. A pesar del silencio inicial, Montoneros reconoció el crimen dos años más tarde a través de su órgano oficial de prensa, la revista *Evita Montonera*. En el número 5, en un artículo ubicado en su página 18, referido a la Masacre de Ezeiza y titulado "Justicia popular", incluía una lista de personas "ajusticiadas". La primera que aparecía:

> JOSÉ RUCCI, ajusticiado por Montoneros el 23-09-73.

Juan Domingo Perón murió el 1° de julio de 1974 y con su desaparición la Argentina se precipitó hacia un nuevo período de inestabilidad política, económica y social. El gobierno quedó en manos de María Estela Martínez y el vacío de poder en poco tiempo se hizo elocuente. En el marco de disputas ideológicas en las que

uniformados y terroristas se peleaban por tener la razón, la presidencia de la viuda de Perón quedó en una posición de extrema debilidad. Vertiginosamente, la extrema violencia de unos y otros se apoderó de manera despreciable del devenir de los argentinos.

Mientras tanto, y en virtud de esa decadente realidad, aumentó la influencia de José López Rega, el ministro de Bienestar Social, viejo hombre de confianza de la presidenta y miembro de la logia anticomunista internacional Propaganda Due. Entre bambalinas, "El Brujo", como apodaban a López Rega por su interés en temas espirituales y religiosos, lideraría una organización terrorista parapolicial que se autodenominó Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) que, tras la muerte de Perón, se lanzaría a la caza de todo dirigente de izquierda.

El 17 de octubre de 1975, en el marco del Día de la Lealtad justicialista y tras un período de descanso en el pueblo de Ascochinga, Córdoba, por presuntos problemas de salud, Isabel Perón retornó a la presidencia. En el acto principal realizado en la Plaza de Mayo los rumores de destitución ya se ventilaban en los cánticos de los manifestantes: "Si la tocan a Isabel, habrá guerra sin cuartel".

Estados Unidos se informa acerca del gobierno y su debilidad a través de su embajador en la Argentina, Robert Hill, quien no se privaba de anticipar la inminencia de un golpe de Estado. Sin rumbo ni destino, el futuro de la viuda de Perón parecía sellado. El poder de su gobierno se licuó con la aceleración del clima de violencia en todo el país, que además era fomentado desde el seno de su gabinete por el propio López Rega.

El 18 de diciembre de 1975 varios aviones despegaron de la base aérea de Morón y en vuelo rasante ametrallaron la Casa Rosada. La debilitada estabilidad democrática argentina tambaleó de la mano de un sector ultranacionalista de la Fuerza Aérea que se sublevó y llevó a cabo un fallido intento de golpe. La rebelión fue repelida cuatro días después.

El 23 de diciembre de 1975 cerca de 70 integrantes del Ejército Revolucionario del Pueblo intentaron copar el Batallón de Arsenales 601 Domingo Viejobueno de Monte Chingolo con el objetivo de

apropiarse de armamento. Fue la última gran operación militar del ERP, y contó con la colaboración de un joven que realizaba su servicio militar obligatorio en esa dependencia y actuó como informante y entregador. Se considera al combate de Monte Chingolo como el más importante de los ataques a unidades militares durante los setenta.

Mientras aún había cuerpos tirados en el Batallón 601 y en calles adyacentes, el comandante en jefe del Ejército, general Jorge Rafael Videla, voló hacia la provincia de Tucumán para celebrar la Nochebuena de 1975 junto a los soldados del Operativo Independencia, con el que el Ejército procuraba "neutralizar y/o aniquilar" a la guerrilla. Desde allí, e intempestivamente, el propio Videla impuso un ultimátum de 90 días al gobierno de Isabel Perón con el fin de que "ordenara" cuanto antes el país.

El clima de tensión había escalado a su punto más alto. Militares y grupos armados combatían cuerpo a cuerpo y el odio y la sangre corrían sin detenerse. En ese contexto fue el vicario castrense, monseñor Adolfo Tortolo, el emisario responsable de reunirse en privado con Isabel Perón el 29 de diciembre de 1975 y transmitirle, en nombre de los tres comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, el mensaje para que presentara la renuncia.

A comienzos de 1976, la licuación del poder era cada vez más evidente. En lo político, el Congreso no respondía a los pedidos para tratar proyectos de ley enviados desde el Ejecutivo, mientras que en lo económico la situación solo empeoraba. La inflación en los dos primeros meses de 1976 alcanzó el 18 y 20 por ciento y el precio del dólar casi se triplicó.

El 10 de marzo, en un acto en la sede de la CGT, Isabelita realizó una de sus últimas apariciones públicas. A esa altura, la cúpula sindical ya había decidido soltarle la mano: "Veo demasiadas caras tristes. Yo sé que cuando hay que ajustarse el cinturón las caras se ponen tristes. Pero también les digo que no hay que perder el optimismo, porque si no estuviera segura de que vamos a salir adelante no estaría sentada aquí delante de ustedes", dijo bajo la mirada de una cúpula gremial que ya aventuraba otro futuro inmediato.

Desde la oposición, fue Ricardo Balbín, líder de la Unión Cívica Radical (UCR), el que intentó sosegar el mal clima: "Desde aquí invoco al conjunto nacional, para que en horas exhibamos a la República un programa, una decisión, para que se deponga la soberbia cuando se trata de estas cosas. Lo digo desde arriba para abajo. No hay que andar con látigos, hay que andar con sentidos morales de la vida", dijo el 16 de marzo.

Por su parte, el empresario Jorge Antonio, un viejo amigo de Juan Domingo Perón que había regresado al país después de 18 años de exilio, sumó unas polémicas declaraciones: "Si las Fuerzas Armadas vienen a poner orden, respeto y estabilidad, bienvenidas sean". Eso fue el 22 de marzo de 1976. Al día siguiente, el martes 23, el ministro de Defensa, José Alberto Deheza, que había llegado al cargo 12 días antes, se reunió con los jefes militares que le exigieron la renuncia de la presidenta.

María Estela Martínez de Perón fue derrocada durante los primeros minutos del miércoles 24 de marzo. A la 1.50 de la madrugada la ya expresidenta fue detenida y enviada a la provincia de Neuquén en un avión de la Fuerza Aérea. A las 10.40 de la mañana se dio inicio a una etapa de 7 años,
6 meses y 13 días de una dictadura sangrienta: los miembros de la Junta Militar que asumió el control del gobierno, tanto como aquellos que los sucedieron y los que participaron de las acciones operativas bajo sus órdenes, jamás quisieron hacerse cargo de las consecuencias de sus actos.

La legitimidad de la autoridad se vio violada por el uso de la fuerza. El teniente general Videla, el almirante Emilio Massera y el brigadier Orlando Ramón Agosti iniciaron lo que (perversamente) se denominó Proceso de Reorganización Nacional.

Muchos celebraron. Políticos, jueces, empresarios, sindicalistas, sectores de la Iglesia, hombres y mujeres de la cultura y hasta la prensa misma aprobaron sin cuestionar los primeros tiempos de la incursión militar. La muerte se olía en todos los rincones. De día, las acciones armadas se disimulaban mientras los objetivos enemigos se estudiaban. De noche, se operaba y ejecutaba: la represión y el crimen marchaban de la mano. El caos institucional convocó a la

anarquía. El desorden y el miedo postergaron por años el anhelo ciudadano del resurgimiento de una nueva era democrática. Los militares habían llegado para quedarse. Torturas, crímenes, secuestros, personas desaparecidas, saqueos de la propiedad privada y hasta un plan sistemático de robos de bebés caracterizaron el accionar de este grupo militar instalado en el poder. Un horror jamás imaginado hizo estragos en cada ser humano que sufrió el momento. La Argentina se deshilachaba lenta y progresivamente. La ayuda externa jamás funcionó. Las grandes naciones se convirtieron en espectadores de lujo.

La caída del régimen llegaría recién de la mano de la derrota bélica sufrida en la guerra de Malvinas. Corría el año 1982 y los militares continuaban actuando como dueños del país, aunque la crisis y el descontento popular los arrinconaban cada vez más. Ya casi no había enfrentamientos armados, la deuda externa continuaba subiendo y los civiles comenzaban a envalentonarse en busca de justicia y libertad. Los tiempos de miedo y represión parecían ir agotándose. Fue entonces cuando un militar, con fama de borracho y a cargo de la presidencia de la Nación, inició una guerra con el fin de perpetuarse en el poder. El intento resultó fallido y el teniente general Leopoldo Fortunato Galtieri no pudo detener la caída de su gobierno. El fracaso de la ingenua y precaria acción bélica no hizo más que acelerar los tiempos de la retirada represora.

En el marco del denominado Proceso de Reorganización Nacional, durante el período 1976-1983, hubo cuatro jefes de Estado: Videla (1976-1981), Roberto Eduardo Viola (1981-1982), Galtieri (1982) y Reynaldo Antonio Benito Bignone (1982-1983). Desde aquel 24 de marzo de 1976 tuvieron que pasar 2756 días para que la democracia retornara en diciembre de 1983. Fue el sexto golpe de Estado que sufrió la Argentina en un período de alternancia entre gobiernos democráticos y militares que comenzó en 1930, con el derrocamiento de Hipólito Yrigoyen, y que finalizó con la asunción de Raúl Alfonsín en 1983.

Con el retorno de la democracia, la sociedad argentina asistió al Juicio a las Juntas, que abriría un nuevo período de investigaciones, esclarecimiento y búsqueda de la verdad. Pero hay abundantes

hechos que todavía se esconden sobre esos tiempos de muerte y de terror. La verdad no se ha develado en su exacta magnitud y los fantasmas del miedo aún perduran. Las confesiones se demoran y los arrepentidos siguen sin aparecer.

Pero hay historias que se resisten a seguir en las sombras.

La caída del Eichmann argentino

"No estoy dispuesto a ser el pato de la boda", afirmó Carlos Guillermo Suárez Mason el jueves 5 de enero de 1984 en el último reportaje que dio antes de fugarse del país. Por aquellos días, el exgeneral de división aparecía como el principal imputado en la Causa 450, en la que fueron reunidas todas las denuncias por violaciones de los derechos humanos cometidas en jurisdicción del Primer Cuerpo de Ejército durante la dictadura. Sobre él pesaban cargos por centenares de muertes, detenciones ilegales, torturas, robo de bebés, el vaciamiento de la empresa estatal YPF, acusaciones por negociados con nafta adulterada y vinculaciones con el tráfico de armas y de drogas.

"No estoy dispuesto a convertirme en un chivo expiatorio. Yo no puedo asumir responsabilidades políticas. Eso es una cuestión que corresponde a la Junta Militar. Nunca hubo listas de desaparecidos, sino partes de bajas en combate. Tuvimos una victoria militar contra la subversión y una derrota política, porque se siguió aplicando un programa económico que no era conveniente y además se llevó adelante el disparate de Malvinas", se justificaba Suárez Mason ante aquellos que cuestionaban los motivos de su controvertida decisión.

Siempre fue considerado un duro. Su compromiso con el frustrado golpe del general Benjamín Menéndez en 1951 le provocó la baja del Ejército y lo llevó a un exilio uruguayo hasta la autodenominada Revolución Libertadora de septiembre de 1955. El destierro de los años cincuenta parece haber marcado a fuego a Suárez Mason, alias "Pajarito" o "Cacho", porque desde entonces fue considerado como un filorradical. En 1961 en el choque entre Azules y Colorados se encolumnó con estos últimos, los perdedores. En 1966 aseguran que se opuso al derrocamiento de Arturo Illia. A

comienzos de los setenta objetó el proyecto del presidente Lanusse de hacer un acuerdo con el peronismo.

A partir de 1976, como titular del I Cuerpo de Ejército, Suárez Mason fue el máximo responsable de la lucha contra los grupos armados en el área metropolitana. Y desde esas funciones aparecía como el principal exponente de lo que los analistas de entonces denominaban "*línea dura"*, frente a la supuesta "línea blanda" de Jorge Rafael Videla y Roberto Eduardo Viola, sus compañeros de la promoción 73 del Colegio Militar de la Nación. Quienes dialogaban con él dicen que su encono con Videla obedecía principalmente al doble mensaje del entonces presidente: "Ante los jefes militares justifica la represión y sus métodos y ante los políticos y la prensa habla de apertura democrática".

"No me voy a prestar a este carnaval político ni voy a aceptar que me juzguen jueces civiles. Yo me voy. Ya vendrán tiempos mejores", confesó a sus subordinados más cercanos en una reunión cumbre clandestina mantenida en los primeros días del regreso democrático. "Hagan lo que quieran, yo me voy", respondió tajante cuando los oficiales del Ejército que lo estaban escuchando le hicieron saber que en sus declaraciones ante la Justicia iban a tener que hacerlo responsable como "el que había dado las órdenes". "No te podés ir. Es una cobardía, es una traición. Es un deshonor para el Ejército", le reclamaron sus colegas y amigos. Pero al poco tiempo ya nadie conocía su paradero: durante el verano de 1984 el verdugo más atroz de la dictadura militar pasó a la clandestinidad.

Tanto amigos como enemigos no dejaban de preguntarse cuáles fueron las razones que lo llevaron a perder sus insignias escandalosamente tras una carrera militar que había comenzado en 1942, cuando ingresó al Colegio Militar. "Tengo entendido que no fueron los procesos por excesos los que asustaron a Suárez Mason. Él cree que todo eso es un juego político en el que puede quedar pegado. Su situación más delicada es por el vaciamiento que se hace durante su gestión como presidente de YPF. Esa es la causa por la que el general puede ir preso, casi con certeza. El resto es muy difícil de probar", aseguró por entonces un oficial jerárquico a la revista *Siete días*.

Suárez Mason era temido no solo por civiles sino también por algunos militares que jamás lograron descifrar cuáles eran la ideología o el proyecto del general. Había pasado por el Ejército sin pena ni gloria hasta el año 1951, cuando hizo causa común con el golpe del general Benjamín Menéndez, que pretendía derrocar al presidente Juan Domingo Perón. El fracaso de la intentona le costó la baja y un exilio forzado en Uruguay junto al brigadier Osvaldo Cacciatore, el excanciller radical Miguel Ángel Zabala Ortiz, el embajador Guillermo de la Plaza y el profesor Américo Ghioldi. Allí trabajó como camionero y frecuentó largas tertulias en la carpintería de Cacciatore en las que se discutía la política argentina. Para sumar datos a esa ecuación difícil de leer, desde que partió a Uruguay, Suárez Mason le tributó un agradecimiento infinito al doctor Carlos Perette (luego vicepresidente de Illia), que lo ayudó a escapar a través de la provincia de Entre Ríos.

Se reincorporó al Ejército a su regreso, tras la caída de Perón. En 1961, cuando las Fuerzas Armadas se dividieron en dos bandos antagónicos y llegaron al enfrentamiento, este general de caballería optó por los Colorados. El general Alejandro Agustín Lanusse, tan antiperonista como él, fue quien mostró mayor consideración para que no lo pasaran a retiro. Pero el idilio Lanusse-Suárez Mason se iba a romper más tarde, cuando en 1972 se instrumentó el Gran Acuerdo Nacional (GAN) y se puso en marcha el regreso de Perón. Una decisión que Pajarito decidió no perdonarle nunca a su teniente general.

Su exilio en Montevideo lo había conmovido políticamente. El general Suárez Mason tenía un corazón radical y hasta dicen que se habría afiliado por esos años al partido a instancias del correligionario Horacio Hueyo. De allí su oposición al golpe que planificaban contra Arturo Illia, una actitud que el general Juan Carlos Onganía (un *Azul*) reprobó. Eso se notó en la carrera militar de Suárez Mason. En 1967 lo ascienden a coronel y desde el 69 al 71 lo designan agregado militar en la embajada argentina en Quito. Lanusse lo asciende a general en 1972 y lo nombra segundo al mando de la Jefatura II de Inteligencia del Ejército, un privilegio inusual para un oficial de caballería. Todo cambió entre ellos después

del regreso de Perón. En 1973 es castigado y durante todo el año se desempeña como jefe de Remonta y Veterinaria, dependencia que oficia como *freezer* dentro del Ejército. Ocupa ese cargo hasta que la crisis termina con la renuncia del teniente general Jorge Calcagno como comandante en jefe.

Suárez Mason ya había detectado en José López Rega una ambición tan desmedida como su demencia y vio en él a un aliado táctico para combatir a los grupos armados que actuaban en el país con impunidad. Suárez Mason y López Rega trabajaron en un plan común para terminar con la guerrilla. Nacía la Triple A.

Con el país desquiciado por el desgobierno peronista, la guerrilla en acción y las represalias de la Triple A, era un buen momento para comenzar a montar un proyecto político. En 1975 Suárez Mason debe optar entre las dos líneas que dividían a las Fuerzas Armadas: la del ejército integrado, que defendía el comandante Numa Laplane, y la del ejército profesional que encabezaban Videla y Viola, que en realidad disimulaba el golpe fascista económico-liberal. Suárez Mason apoya a los *profesionalistas*. El Proceso estaba en marcha.

Algunos civiles influyeron en la concepción ideológica de Suárez Mason: Armando Braun Menéndez, el abogado Alberto Rodríguez Varela y Jaime Smart, que se iban a transformar luego en delfines del régimen. Por entonces apoyó sin condicionamientos a la derecha económica, aunque luego se inclinaría por la visión desarrollista.

Tras el golpe militar del 24 de marzo de 1976 y desde el I Cuerpo de Ejército, Suárez Mason comenzó a construir su feudo. Un territorio en el que era la única autoridad. No aceptaba órdenes de nadie y comandaba con reglas propias la lucha contra la subversión. "Él era el encargado de toda la coordinación. Autorizaba las llamadas zonas libres a la hora de hacer un operativo y en los comienzos tenía bajo su jurisdicción inclusive a la Escuela de Mecánica de la Armada. Todo pasaba por él", recuerda un oficial que fue su subordinado. "Pero él, Menéndez en Córdoba y Riveros eran ingobernables para Videla. No obedecían a nadie. Recuerdo que una vez fue una comisión de Amnesty a Córdoba, y Menéndez ordenó su detención. Sostenían que Videla y su equipo eran unos blandos".

El enfrentamiento con la guerrilla —la represión— era la única obsesión de Suárez Mason. Detestaba a los políticos y a los que hacían política. No toleraba el doble discurso de Videla y su equipo de asesores civiles y militares, que ante los altos mandos justificaban la represión y los métodos y ante la opinión pública hablaban de apertura democrática. "Aquí no va a haber políticos por 20 años", repetía a quien quisiera escucharlo. Un argumento que alegraba a los jóvenes oficiales que conformaban la primera línea del aparato represivo.

La brecha entre Videla y Suárez Mason fue ensanchándose cada vez más. El principal objetivo del comandante del I Cuerpo era irritar a Videla y para eso encontró un aliado táctico: el almirante Emilio Eduardo Massera, que ya preparaba su proyecto político.

Dos veces por mes, Massera y Suárez Mason comían junto a sus esposas en uno de los comedores privados del Hotel Libertador, debatiendo el modo de debilitar políticamente a Videla. "Suárez Mason era uno de los que creían que íbamos a durar 20 años", dice un militar del entorno videlista. "Nos acusaban de politiqueros y nos atacaban como podían. Al final lograron su objetivo: en una reunión de altos mandos, lo hicieron optar a Videla por la jefatura del Ejército o la presidencia. Así nació el proyecto del 'Cuarto hombre'". Suárez Mason había sido ascendido a general de división en 1976 y pretendía ser el comandante en jefe del Ejército que reemplazara a Videla. Hubo una votación en los altos mandos de la fuerza y la ganó Suárez Mason, pero Videla optó por Viola, más afín a su proyecto político. Siendo comandante en jefe, Viola es el que lo designa jefe de Estado Mayor del Ejército en 1979. Ese será su último año en actividad: pasó a retiro en diciembre, después de 35 años de vida militar.

Se llevó con él siete condecoraciones (de parte de sus pares de Perú, Colombia, Ecuador, Bolivia, Venezuela, México y China) y una leyenda negra en la que están involucrados 33 hijos de militares que fueron detenidos-desaparecidos, cuyos padres intercedieron ante él y solo recibieron como respuesta una mirada helada. Y si bien se fue del Ejército, no abandonó el régimen militar. En 1980 instaló una empresa de turismo en Río Negro y gracias a sus contactos militares

recibió un crédito importante para financiar tours al sur. Los contactos que tenía con ejércitos latinoamericanos le permitieron ser un buen intermediario entre ellos y las empresas dedicadas a la venta de armas o a la repotenciación de tanques.

Un ejemplo: su relación con el comandante de las fuerzas armadas peruanas fue un excelente nexo para que Germán Figueredo, un ambicioso empresario con ansias de expansión, ganara una importante licitación en Lima: Pajarito fue clave para llevarse el proyecto de modificación de viejos tanques soviéticos T55, que los peruanos habían comprado bajo la administración de Juan Velasco Alvarado.

El mismo Figueredo lo integró a una sociedad que su empresa Talleres Electrometalúrgicos Norte Sociedad Anónima (Tensa), asociada con Bridas, formó para ensamblar en el país los camiones pesados norteamericanos Mack. Suárez Mason estuvo a cargo del proyecto, cuya fábrica estaba ubicada en Comodoro Rivadavia, un emprendimiento al que la crisis económica hizo fracasar estrepitosamente. Un vocero oficial de Tensa negó a *Siete días* las vinculaciones con Suárez Mason: "El general solo estuvo en dos proyectos de la empresa y ahora no trabaja con nosotros. No está contratado ni en Caracas, ni en Bélgica, ni en Singapur ni en Lima. Y el señor Figueredo no tiene ninguna relación con el general Suárez Mason". Sin embargo, la revista constató que durante la represión desaparecieron 27 de los 28 delegados obreros de la empresa Tensa, cuyas instalaciones se encontraban bajo jurisdicción de Suárez Mason en la división por áreas que el Ejército había delimitado para coordinar la represión.

No caben dudas de que Carlos Guillermo Suárez Mason fue una figura absolutamente central del aparato represivo de la última dictadura militar. Como comandante del I Cuerpo de Ejército tuvo responsabilidad territorial sobre la Capital Federal y 18 provincias, incluyendo Buenos Aires. Desde esta posición estratégica supervisó la implementación del plan sistemático de represión ilegal y coordinó la red de centros clandestinos de detención bajo su jurisdicción, como El Campito en Campo de Mayo, El Vesubio y La Cacha. Se caracterizó por organizar la represión con criterios de eficiencia

militar y no solo ordenaba las operaciones sino que participaba directamente visitando centros de detención y articulando acciones entre las fuerzas de inteligencia y seguridad. Su figura representa el alto mando operativo del terrorismo de Estado, actuando como nexo entre las decisiones de la Junta Militar y la ejecución concreta de la represión.

* * *

A partir del 18 de enero de 1984, Carlos Guillermo Suárez Mason quedó prófugo de la justicia argentina. El juez Luis Córdoba libró contra él una primera orden de captura por no presentarse a declarar en el Juzgado Federal de San Martín, en la causa "Giorgi". El 24 del mismo mes el magistrado Gustavo de la Serna adoptó el mismo criterio en el expediente de la desaparición de Carlos Alaye, ocurrida en 1977. El jefe del Estado Mayor del Ejército, general Jorge Hugo Arguindegui, solicitó su baja y degradación por su condición de prófugo. Su paradero era una incógnita. Algunos decían que podía estar en Caracas como ejecutivo de la ya mencionada Tensa; otros aseguraban que estaba en Singapur; se habló de Houston, Texas, y hubo quienes se atrevieron a especular que podía estar protegido por sus amigos de China nacionalista, en Taiwán.

Lo cierto es que tras abandonar la Argentina se instaló en Miami. Allí acortó su apellido y se hacía llamar Carlos Suárez. Como era de esperar, al ser Suárez un apellido muy común, tres años de su vida de prófugo transcurrieron sin contratiempos. Contó con un par de amigos, se lo vio mucho con el exembajador en París Gerardo Chamis, y accedió a una cátedra en la Universidad de Florida, una institución manejada principalmente por anticastristas y simpatizantes de los contras nicaragüenses.

A esa altura, no pocos recordaban los allanamientos que la justicia argentina hizo en Buenos Aires a la agencia Escorpio, donde el exgeneral prófugo habría tenido un centro de operaciones para actividades comerciales. Nunca pudo saberse con certeza qué fue lo que la policía retiró del lugar, ni si en las famosas carpetas

aparecieron datos que condujeran a Miami. A principios de 1985 la prensa argentina ya empezó a señalar la posibilidad de que Suárez Mason se encontrara en Miami. Pero el gobierno argentino no parecía muy urgido en pedir a las autoridades norteamericanas su detención y extradición: el requerimiento llegó al Departamento de Estado recién en agosto de 1985. No se sabe si por esta razón o por otra, Suárez Mason se instaló en Nueva Jersey, en la casa de su hijo mayor. Pero su pista se volvió a perder hasta el 25 de diciembre de 1986: en Navidad se lo pudo ver caminando tranquilamente por Manhattan.

Luego de tres años de vivir en la clandestinidad, Suárez Mason fue atrapado el sábado 24 de enero de 1987 a las 9.30 de la mañana, en la casa en la que vivía entonces situada en el número 1350 de Martinique Lane, a 30 kilómetros de San Francisco.

—¿Usted es Carlos Suárez?
— Sí.
— Encantado, soy uno de sus vecinos. Tengo un problema con mi auto, no arranca. Hace frío y la batería se descargó. ¿Tendrá usted por si acaso un cable que me permita cargar mi batería con la suya?

Esa pequeña conversación permitió identificarlo. Según relató el *marshall* David Berry a la revista *Somos*, los investigadores contaban con grabaciones suyas y conocían su voz. Hacía ya tres días que Berry y sus hombres estaban tras la pista del prófugo, al que la televisión norteamericana presentó como "el Eichmann argentino". El jueves 22 de enero por la mañana Berry recibió un llamado desde Nueva York. Fuentes policiales argentinas le informaron que Suárez Mason se encontraba viviendo en un pueblo cercano a San Francisco, pero sin conocer la dirección exacta. Berry montó circuitos de vigilancia, y el viernes por la mañana se encontró con la señora de Suárez Mason, Angélica, saliendo de su casa con un hombre de unos treinta años: su hijo menor, Mario.

Habiendo descubierto la casa y, luego de constatar por teléfono la presencia del prófugo, Berry decidió detener inmediatamente al militar argentino: "Nos vio llegar por la ventana. Enseguida me di

cuenta de que había decidido no ofrecer resistencia porque él mismo nos abrió la puerta. Angélica, su hijo y la mujer de su hijo estaban con él".

"No sé por qué vienen a buscarme", respondió un tranquilo Suárez Mason en la mañana del día en que cumplía 63 años. Estaba en pantuflas y vestido con pantalón beige y remera. Lucía mucho más canoso, tenía bigotes y unas cuantas arrugas más. Luego le ordenó a uno de los seis hombres armados que acababan de ingresar a su casa que no le apuntara con el gran rifle que llevaba.

"Tuve que revisar toda la casa por si acaso había alguien más escondido. Calculo que en total tiene siete cuartos, divididos en dos pisos", precisó Berry. Angélica, sorprendida, no lograba reaccionar. Gloria, la esposa de Mario, mucho más práctica, le preguntó a Berry si podían llamar a un abogado.

Los vecinos que veían partir a los hombres de Berry con Suárez Mason no entendían qué pasaba. Para ellos la pareja de Martinique Lane, instalada allí en noviembre del año anterior, era muy simpática. Él, un jubilado que trabaja unas pocas horas por día, estaba preocupado por su estado físico ya que hacía *jogging* y bicicleta cotidianamente. Ella, una mujer encantadora. "Nosotros los conocimos apenas llegaron —dijo Robert Fenelly, un vecino—. Él parece más bien taciturno, pero ella saluda a todo el mundo por la calle y siempre tiene tiempo para hacer un comentario simpático".

Al ser detenido el 24 de enero de 1987, el proceso de extradición de Suárez Mason quedó en manos de Lowell Jensen, juez federal del Distrito Norte de California. El magistrado estadounidense pronto tuvo en sus manos un pormenorizado informe sobre los delitos por los que se buscaba a Pajarito ("In the Matter of the Requested Extradition of Carlos Guillermo Suarez-Mason"), remitido por el presidente interino de la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional Federal de la Capital Federal de la República Argentina, Ricardo Gil Lavedra.

Junto al informe que justificaba el pedido de extradición, el juez argentino envió una serie de documentos, entre los cuales había órdenes militares secretas para el exterminio de los oponentes a la dictadura. En la causa por la que se pedía extraditar a Suárez Mason

se lo acusaba de 43 cargos de homicidio, 24 cargos de privación ilegal de la libertad y un cargo de falsificación de documento público. El pedido argentino lo señalaba como

> autor responsable de homicidios agravados por alevosía reiterados, privación ilegal de la libertad agravada por amenazas y violencias reiteradas: tormentos reiterados: tormentos seguidos de muerte; robos reiterados; sustracciones de menores; reducción a servidumbre; usurpación; secuestros extorsivos, supresión de documento público.

La Cámara Federal no acusaba a Pajarito de haber cometido personalmente los homicidios, sino que especificaba que como "superior que dirigió y controló los actos de asesinato y secuestro, dado que era el Comandante del Primer Cuerpo de Ejército; los delitos de que se le acusa fueron cometidos mediante un sistema de órdenes secretas verbales llamadas a controlar la conducta de los miembros del Primer Cuerpo de Ejército" y, por tanto, "la inferencia incontrovertible es que estas órdenes fueron dadas por Suárez Mason".

Para otorgar el pedido, el juez norteamericano debía establecer que "la evidencia presentada constituye causa probable para concluir que Suárez Mason cometió los delitos de que se lo acusa". Luego de estudiar el caso, el 23 de abril de 1988, Jensen concedió la solicitud de extradición de Suárez Mason por 39 cargos de homicidio y el cargo de falsificación de documento público. En sus fundamentos, explicaba:

> En los casos en que la Argentina acredite que un delito concreto fue cometido por personas bajo el mando de Suárez Mason, y si las circunstancias del hecho delictivo permiten concluir que tales personas estaban actuando conforme a las directrices del sistema establecido por Suárez Mason, tal demostración será por lo general suficiente para satisfacer el requisito de causa probable en el sentido de que cometió el delito de que se le acusa.

Ya en Argentina, Suárez Mason fue encarcelado y permaneció tras las rejas mientras avanzaba el proceso judicial por los delitos considerados en la extradición, pero sobre su cabeza llovían nuevas

acusaciones, que llegaron a sumar 635 crímenes. Las pruebas eran contundentes, pero no se llegó a la condena. El 30 de diciembre de 1990, el presidente Carlos Menem lo indultó con un decreto dedicado exclusivamente a él, el 2746/90.

Recién en 1999, fue nuevamente encarcelado por sus crímenes, en este caso por la apropiación de hijos de desaparecidos, un delito no contemplado en los indultos ni en las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Luego fue condenado también en Italia (en ausencia) y reclamado para ser juzgado en España y Alemania. En 2003, luego de la derogación de las leyes de impunidad, volvió a ser procesado por los crímenes cometidos en la jurisdicción del Primer Cuerpo de Ejército entre 1976 y 1979.

La noticia que nos vinculó

Conocí a Guillermo Suárez Mason el 4 de febrero de 1999, pocos días después de que cumpliera 75 años. Desde entonces me obsesioné y jamás me lo pude sacar de la cabeza. Enterarme y comprobar fielmente lo que había sido capaz de hacer, y que jamás llegara a expresar ningún esbozo de arrepentimiento, me movilizó a investigar cada detalle de su vida. Hasta el día de hoy, y a lo largo de veintisiete años, su historia aún me continúa atormentando. Me sigue asombrando que, al menos en mi presencia, le agradaba jactarse de su impunidad sin ningún rasgo de remordimiento.

A medida que lo iba conociendo me adentraba más y más en una dimensión que nunca había soñado siquiera con experimentar: el descenso a lo escabrosa que puede llegar a ser el alma de un ser humano. Su historia estaba plagada de acusaciones que lo señalaban como responsable de haber cometido crímenes aberrantes pocas veces aclarados y definitivamente nunca juzgados. Era un ser temible, considerado por sus víctimas como un sádico, alguien que obtenía placer causando dolor. Todavía recuerdo cuando a modo de confidencia me dijo:

> Se necesita del terror para poder gobernar. El miedo paraliza, inhibe los sentidos, obstruye la capacidad de reacción, los mecanismos de supervivencia se atropellan entre sí dejando sin chances de sobrevivir a los que son sometidos. El miedo es mágico, un fantasma que deambula como un arma mortal al servicio de los poderosos.

Todo un compendio de instrucciones sobre el buen uso de los temores como elemento de dominación psicológica. De un lado los que están dispuestos a todo y sin miedo a nada, y del otro lado, las víctimas de la impiedad de los malvados.

Luego de esto, y por un buen tiempo, pensé y mucho acerca de si los asesinos nacen o se hacen. Se convirtió en una inquietud que me quemaba. De alguna manera, mi incertidumbre, sumada a un atrevimiento juvenil que me puso frente a Suárez Mason, necesitaban encontrar algún vestigio de explicación. Tal es así que en mi intensa búsqueda encontré desde estudios y razones excesivamente fundamentados hasta hipótesis y creencias verdaderamente disparatadas.

A la fecha, los estudios para averiguar si los criminales nacen o se hacen, han evolucionado durante más de un siglo y la conclusión, en particular sobre los homicidas, es que tienen cerebros diferentes al resto de las personas. En los años 80, y gracias a la invención de nuevas técnicas de imágenes de resonancia magnética funcional, el conocimiento de lo que ocurre dentro de la cabeza de un ser humano halló motivos altamente reveladores.

Atraído por el gran número de individuos muy violentos y homicidas, el neurocientífico británico Adrian Raine realizó en California el primer estudio con escaneo cerebral de asesinos. Durante muchos años Raine y su equipo se dedicaron a escanear los cerebros de numerosos criminales, descubriendo que la mayoría mostraron cambios similares: actividad reducida en el córtex prefrontal, el área del cerebro que controla los impulsos emocionales, y una sobreactivación de la amígdala cerebral, la zona que genera las emociones. La conclusión resultaba irrefutable: "Los asesinos tienen cerebros que los hacen más proclives a la ira y el enfado y a la vez menos capaces de controlarse". Para el neurocientífico Raine, el abuso infantil puede ser una de las razones que explicaría por qué pasa esto en la cabeza de los asesinos. "Este hecho puede generar asesinos al causar daños físicos al cerebro. El córtex prefrontal es especialmente vulnerable".

Al tiempo de investigar en la materia, decidí salir de dicha búsqueda, optando por otras vías de interpretación. Recuerdo que por un buen tiempo buscaba y analizaba en los diarios y revistas los rasgos físicos de Suárez Mason. Su cara y sus gestos, sus miradas, su manera de pararse y hasta su forma de hablar. En verdad, por aquellos días todo me resultaba sospechoso e intimidante.

* * *

Mi primer contacto con él fue puramente casual, fruto de un par de noticias que había protagonizado y un insignificante logro periodístico personal del momento.

A principios de 1999 Suárez Mason fue expulsado como socio activo del club de sus amores, Argentinos Juniors. Por ese entonces, la comisión directiva de la institución se había envalentonado y, por unanimidad, decidió expulsar al militar para que jamás volviera a gozar de los beneficios y privilegios que les correspondían a los socios. Se le quitaron todos los cargos honoríficos que había adquirido durante los trágicos años de la dictadura y, desde entonces, en el padrón nunca más se leería el Nº 322.082 como perteneciente al exgeneral Carlos Guillermo Suárez Mason. Así documentó el diario *Clarín* lo ocurrido en la noche del 7 de enero de 1999:

> Aproximadamente a las 19.55, el socio Roberto Oleiro (psicólogo y activo militante de los derechos humanos) alertó a todos, especialmente a los periodistas que aguardaban en el hall de entrada, al grito de "¡Asesino, hijo de puta...! ¡Asesino, hijo de puta...!". Fue el primero que vio a Pajarito Suárez Mason meterse en el recinto donde minutos después se iba a iniciar la reunión de la comisión directiva. En ese momento, no había nadie más que el actual presidente de Argentinos, Oscar Giménez. Luego ingresaron los otros directivos con quienes el exmilitar mantuvo una conversación de algo más de 45 minutos. ¿De qué hablaron? La versión más fuerte indica que el exjefe del I Cuerpo de Ejército fue a presionar para que no lo echen. Norberto Dobarro (del departamento de Prensa y Difusión), confirmó que Suárez Mason huyó por la parte de atrás del club ayudado por la policía, que montó un operativo de distracción en el frente de Las Malvinas. Suárez Mason bajó desde una ventana ubicada a dos metros y medio de altura por una escalera instalada por la policía y luego sorteó una medianera lindera a la Escuela Federal de Oficiales. Mientras eso ocurría, medio centenar de socios esperaban su salida en el acceso principal. En el ínterin, se produjeron varias corridas cada vez que alguien creía advertir la salida del exrepresor. Argentinos cumplió lo que había prometido en el comunicado difundido el miércoles en el cual anticipaba cuál sería la suerte de Suárez Mason como socio.

Mientras que Irina Hauser, en el diario *Página/12*, publicaba esto el 8 de enero de 1999:

> Llegó solo, con paso lento, mirada esquiva y vestido con una remera a rayas. Las puertas del club Argentinos Juniors se abrieron ayer a sus pies como si nada. Como si no se llamara Carlos Guillermo Suárez Mason. Pasear su alma genocida era para él habitual en la institución que lo albergó como socio activo. Iba a pedir clemencia al presidente del polideportivo. No tardó en quedar cercado por un grupo de socios y militantes de la agrupación HIJOS que reclamaban su inmediata expulsión al grito de *asesino*. Finalmente, a la medianoche, Pajarito perdió su condición de socio por una decisión unánime que tomó la comisión directiva que, además, quedó facultada para quitarle todos los cargos honorarios que le hubiesen concedido a la largo de su pasaje por el club. La comisión directiva había convocado para la tarde una reunión en la que decidiría si expulsar o no a Pajarito del padrón de socios. El militar indultado llegó anticipadamente para pedir explicaciones a Oscar Giménez, el presidente reelecto del club. Pudo entrar y fue recibido. El escenario deportivo revivía así los recuerdos escalofriantes de los años de plomo. En realidad, esos vestigios surcan la sede del club y las tribunas de su estadio cada vez que Suárez Mason aprovecha este, uno de los escasos núcleos sociales que le quedan.

Suárez Mason lo sintió como una canallada: "Es un dolor en el alma. Me traicionaron. Después de todo lo que yo hice por el club, me lastiman con lo que más quiero. Si no fuera por mí, ni Diego ni Argentinos Juniors serían lo que son hoy", me dijo, apenado, en una de nuestras primeras conversaciones.

Era socio vitalicio del club desde el 5 de septiembre de 1977 y hasta había llegado a ser arquero de las divisiones inferiores. Además, participó de la Comisión Patrimonial desde el año 1979 hasta 1999 y durante la dictadura se encargó personalmente de todos los asuntos relevantes del club. En la intimidad, a Suárez Mason le agradaba jactarse de haber logrado beneficios para Argentinos Juniors, concretando la venta y transferencia de Diego Armando Maradona a Boca y posteriormente al Barcelona.

Por esos días, yo era periodista y estudiaba dirección de cine. Era padre de una familia numerosa integrada por cinco hijos y hacía poco más de un mes que trabajaba en radio Mitre como productor

del programa más escuchado de la emisora, *Hoy por hoy*, conducido por Néstor Ibarra, un reconocido y prestigioso periodista de la época.

Cerca del mediodía del jueves 4 de febrero de 1999, tuve la ocasión de ubicar y contactar por primera vez y de forma telefónica al general Suárez Mason mientras el programa todavía se encontraba al aire. Luego de unos minutos de fijar las pautas y condiciones de la entrevista —para la que yo daba promesas y Suárez Mason, órdenes — finalmente pude convencerlo de que hablara en Mitre para explicar los motivos del porqué era noticia por esas horas. Obviamente, alcanzar la posibilidad de que semejante personaje se expresara a través de un medio de comunicación iba más allá del objetivo de que se refiriera a su expulsión de Argentinos Juniors.

Suárez Mason vivía tiempos judicialmente complicados. Dos días antes, el martes 2 de febrero, se había tenido que presentar ante la jueza federal María Romilda Servini de Cubría para declarar como imputado en la causa por la sustracción del hijo de los desaparecidos Cecilia Viñas y Hugo Penino. En aquel momento, la magistrada le reclamó que aportara información referida al robo del bebé de Viñas y Penino. Según la investigación que realizaba la justicia, había nacido en la ESMA, lugar que institucionalmente dependía de la Armada pero que operativamente estaba a cargo del Ejército. Es decir, Suárez Mason tenía la obligación de dar explicaciones sobre el destino de ese niño.

Según consta en la documentación de las Abuelas de Plaza de Mayo, Cecilia Viñas estaba embarazada de siete meses cuando fue secuestrada de su casa en Buenos Aires junto con su esposo, Hugo Reynaldo Penino, el 13 de julio de 1977. Conforme a la declaración de sobrevivientes, se pudo conocer que Cecilia había permanecido detenida en el centro clandestino El Vesubio, luego fue trasladada a la Base Naval de Buzos Tácticos en Mar del Plata y que finalmente llegó a la Escuela de Mecánica de la Armada, donde en cautiverio logró dar a luz a su bebé. La apropiación del recién nacido corrió por cuenta de Jorge Vildoza, que se desempeñaba como jefe del Grupo de Tareas 3.3.2 de la ESMA.

En 1999 Javier Gonzalo Penino Viñas recuperaría su identidad pero curiosamente se convertiría en uno de los primeros casos en los que el nieto recuperado elegiría defender a sus padres apropiadores. A pesar de que la justicia finalmente pudo determinar que Javier había sido adoptado ilegalmente por el represor Vildoza, el joven terminó declarando en defensa de su apropiadora y justificando su derecho a mantener el lazo.

Suárez Mason admitió ante Servini de Cubría que "había firmado órdenes para que todos los menores fueran entregados a sus familiares" acusando, además, como responsables del destino final de los detenidos a la Junta Militar y al entonces ministro del Interior, Albano Harguindeguy: "Las Fuerzas Armadas no eran yo solo", dijo en su declaración testimonial. Reconoció, también, que durante la dictadura "él era el hombre número cuatro".

Por aquellos días, Suárez Mason gozaba de libertad absoluta. Se paseaba por las calles de Barrio Norte como cualquier ciudadano común ya que, desde el 29 de diciembre de 1990, la mayoría de las acusaciones que pesaban en su contra habían quedado en la nada.

Acorralado por inquietantes amenazas de militares y terroristas que participaron desde distintas trincheras durante la trágica década de los setenta, el entonces presidente Carlos Saúl Menem firmaba seis decretos que indultaban a los militares condenados en el histórico Juicio a las Juntas de 1985: Jorge Rafael Videla, Emilio Massera, Orlando Ramón Agosti, Roberto Viola y Armando Lambruschini. También se indultó al exministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz, procesado por participación en los delitos de lesa humanidad por secuestro y torturas contra Federico y Miguel Ernesto Guthein.

Además, y pese a las acusaciones que pesaban sobre él, la impunidad decretada por el caudillo riojano también alcanzó a Suárez Mason. De esa manera, perdón presidencial mediante, el militar autoproclamado número cuatro en el orden de jerarquía de la dictadura, volvía a la vida pública liberado de culpa y cargo.

* * *

En aquella mañana del jueves 4 de febrero de 1999, dolido por la expulsión como socio de Argentinos Juniors y desechando cualquier tipo de reparo, el exgeneral se convenció de hablar con Néstor Ibarra, a quien conocía por sus inicios en el periodismo deportivo. Según me dijo instantes antes de salir al aire, consideraba a Ibarra como una persona respetuosa y honesta. "Es un buen tipo. ¿No me va a cagar, no?", preguntó con cierta inquietud.

Fue asombroso descubrir que el número de teléfono de la casa del general figuraba en la guía telefónica. En aquella época, el directorio de teléfonos al que todos nos dirigíamos para encontrar a una persona era un libro enorme de cientos de páginas y diminutas letras que las empresas ofrecían gratuitamente a los clientes y usuarios del servicio. En realidad estaba su número pero no su nombre, porque la que figuraba era Angélica Alais de Suárez Mason, su esposa. La de ella fue la voz que se escuchó cuando llamé por primera vez. Desde entonces, "Lita" —como solía llamar Suárez Mason a su esposa— se convertiría en la mediadora más conveniente para hacer llegar los mensajes al general. Ella no solo era su mujer, sino también su protectora, su capataz y su primera línea de fuego. "Si yo no cuido al general, puede volver a hacer macanas", me confesó la segunda vez que estuve en su casa, luego de que le dijera que la había descubierto espiando desde la cocina mi conversación con su marido.

Aquel jueves Suárez Mason era el personaje más buscado y estaba hablando en exclusiva con Néstor Ibarra por radio Mitre. "Yo tengo en mi poder instrucciones escritas bien claras sobre la represión ilegal durante la última dictadura. Cargo de conciencia tenemos todos. De un lado y de otro, porque fue una época muy violenta y a nadie le gusta. Yo soy un ser humano igual que los demás", afirmó terminante, para luego dedicarse a las frases exculpatorias a diestra y siniestra cuando el periodista intentaba extraerle alguna declaración en relación a las violaciones a los derechos humanos: "No tengo ninguna condena", "No tuve poder político", "En el asunto de los menores desaparecidos habrá sus responsables. Yo me manejé con cosas claras", fueron algunas de las más contundentes.

Su relato se extendió durante casi 25 minutos y no desaprovechó la ocasión para expresar su disgusto y desaprobación en relación al tema que más le dolía en ese momento: su expulsión como socio de Argentinos Juniors. Mientras duró el reportaje, no se le notó pena ni arrepentimiento. Sin embargo, hacia el final de la entrevista, Néstor Ibarra le preguntó:

—¿Qué haría si le robaran un nieto?

Hubo un silencio largo. Suárez Mason, sin ninguna otra chance, dijo la verdad.

—Lo buscaría.

* * *

Casi siempre la suerte estuvo de su lado. No solo había conseguido fugarse del país en 1984 logrando eludir a la justicia argentina, sino que en sus 81 años de vida Suárez Mason jamás llegaría a ser condenado, ni siquiera luego de haber sido recapturado en los Estados Unidos, tres años más tarde.

En lo personal, no tengo ninguna duda sobre la protección y los privilegios de los que gozó, y que le llegaron desde variados e insospechados ámbitos de poder. Tanto amigos como enemigos, en Argentina y en el exterior, le tenían pánico, y a pesar de que el tiempo pasaba, a nadie le convenía ni se quería meter con él. Aun anciano, se las arreglaba para transitar sin vicisitudes y con escasa lucidez aquellos últimos años. Con la amenaza de abrir la boca y ventilar los secretos inconfesables que guardaba, supo ingeniárselas para mantener sojuzgado y a su servicio al político que con más empeño lo cuidó.

Aunque muchos hasta el día de hoy no conozcan la causa de su desmesurada suerte, me la revelaría en privado, cuando se lo pregunté en una de las charlas que tuvimos cara a cara:

> Yo no tengo ningún fantasma protector. El patilludo me cuida bien las espaldas. Yo lo salvé de la muerte y ahora él cuida de mi vida.

Nace una obsesión

"Tengo en mi poder instrucciones escritas, bien claritas y firmadas por el Comando en Jefe", confesó el 4 de febrero de 1999. Hablaba de la represión ilegal de la dictadura. Era un intento por eludir todo tipo de responsabilidades, acusando expresamente a quienes daban las órdenes y excusándose por haberlas hecho ejecutar.

Por la importancia de lo revelado y por su repercusión internacional, la entrevista con Suárez Mason fue considerada un logro periodístico. Desde lo profesional, haber podido ubicar, convencer y poner al aire al general más cruel que tuvo la dictadura, me llevó a querer continuar indagando en torno al personaje. Conocer la historia, los pormenores, lo oculto y lo siniestro que había detrás del accionar y la vida del exjefe del I Cuerpo de Ejército se convirtió en una fijación íntima y profesional que habría de perdurar. Yo no solo quería averiguar su historia sino que, además, pretendía que él mismo confesara las atrocidades que había cometido.

Luego de su entrevista en radio Mitre, y como inmediata consecuencia de sus dichos, los medios periodísticos de todo el mundo replicaron sus declaraciones e intentaron lograr nuevos testimonios del general. Al día siguiente, Suárez Mason aseguró en diálogo telefónico con el diario *La Nación*:

> Las órdenes las tengo en mi poder pero solo las voy a presentar ante un juez si alguna vez me piden explicaciones a mí por este tema. La sustracción de menores es una ilegalidad estúpida. Los chicos no tenían nada que ver con la ideología de sus madres. Por otro lado, es evidente que quienes se quedaron con esos chicos se ocultaron porque sabían que estaba mal. Yo firmé órdenes de operaciones bien claras en las que indicaba qué se debía hacer con los menores. No siento culpa, sí el horror

por aquellos años en los que hubo muchos muertos de ambos lados. Fue una desgracia de la sociedad.
A la distancia las cosas se ven diferentes, la cuestión es resolver en el momento. Pero creo que habría que haberle dejado el problema de la subversión a la policía, aunque esta no era una decisión que yo pudiera tomar sino que fue una medida adoptada por la Junta Militar. Me arrepiento del terrible sufrimiento de todos; prácticamente, para nada.

Hasta hoy me cuesta explicar por qué las intervenciones públicas de Suárez Mason me alentaron a continuar indagando. De manera muy particular, me interesaron los motivos por los que en esos días el general había tenido que presentarse ante la jueza federal María Servini de Cubría.

El almirante Massera intencionalmente lo había involucrado en la causa por el robo de bebés, un delito que está considerado como de lesa humanidad y que por lo tanto no prescribe. Fruto del odio que existía entre ambos exjefes militares, a pesar de haber sido buenos amigos y tener negocios en común, Massera decidió desvincularse de la acusación responsabilizando a Suárez Mason y afirmando que "no sabía nada de lo que ocurría en la ESMA porque el lugar dependía operativamente del Ejército, ya que pertenecía a la zona 1, a cargo del exgeneral".

Pese a la delicada acusación en la que lo estaba inculpando Massera, Suárez Mason maniobró a su favor la que consideraba una denuncia revanchista y malintencionada de parte del exalmirante atestiguando: "Aunque la ESMA estaba dentro de su área de responsabilidad operativa, desde la reja de entrada de la escuela hacia adentro, la competencia le correspondía a la Marina".

Desde entonces, la causa número 450 comenzó a ser conocida como *Causa Suárez Mason*, y la perversidad de aquella información atrajo enormemente mi interés. Llevo casi veintisiete años investigando y analizando información sobre los hechos en los que estuvo involucrado. Tuve alrededor de treinta reuniones en las que conversé cara a cara con él en la intimidad de su casa. Estoy seguro de que fui el periodista que más tiempo logró hablar con Suárez Mason, a pesar de su odio acérrimo a la prensa. En total, fueron

unas cuarenta horas de conversación en el transcurso de casi seis años.

Debido a la enorme repercusión que había tenido el reportaje, las autoridades de la radio no tardaron en encomendarme la misión de conseguir la documentación que el general aseguraba tener en su poder. Desde la redacción de *Clarín* nos demandaban la urgente búsqueda de semejante material informativo. De buenas a primeras me había convertido en el responsable de encontrar y convencer al general para que saliera hablando por la radio y, desde allí, reconociera abiertamente la existencia de archivos de la represión ilegal.

La nueva misión encomendada no solo me gratificaba y me alentaba, sino que también me ubicaba en un lugar protagónico que me incentivaba a continuar vinculado a Suárez Mason. Desde entonces, no solo intentaría conseguir la documentación sino que, además, comenzaría a planificar mi acercamiento personal hacia él. Me propuse obtener más que un encuentro formal y fugaz. Lo volví a llamar y unos días después me invitó a su casa.

En el escaso tiempo que tuve, antes de reunirme, me metí de cabeza a recorrer los archivos de diarios y revistas, a investigar su vida pública y privada. Recuerdo que sobre la marcha también tuve la prevención de resguardarme psicológicamente. Según mi modo de ver los hechos, había que estar preparado para acercarse a un ser tremendamente dañino y con tanto poder oculto.

Leí sobre asesinos, perversos y delicuentes. Trataba de entender su personalidad, el poder de disfrutar del sufrimiento de los demás; encontré testimonios impresionantes de expertos y especialistas que me deslumbraron.

Cuando solemos hablar de asesinos generalmente recurrimos a un tipo de calificativos que los colocan en otro plano, como si fueran seres pertenecientes a otra especie. Como si no fuesen tan humanos como nosotros. Es por eso que yo necesitaba saber a qué me iba a enfrentar, quería estar preparado. Pretendía vislumbrar qué pasaba en la cabeza de un ser humano capaz de cometer y justificar sus crímenes.

Así fue que, después de leer y analizar a las corridas un montón de material que me proponían especialistas amigos, llegué a las investigaciones que realizaba John Douglas, el pionero en el uso de la perfilación criminal. Es decir, sobre la elaboración de perfiles criminológicos de delincuentes peligrosos. Douglas trabajó durante 25 años para el FBI, la Agencia Federal de Investigaciones de Estados Unidos, y aún hoy es considerado uno de los máximos expertos en el mundo en temas referidos a asesinos seriales. Fue a él a quien se le ocurrió la idea de sentarse y analizar la historia, el comportamiento y la psicología de los asesinos. Buscaba patrones y detalles, y examinaba exhaustivamente las escenas de los crímenes con el propósito de intentar comprender por qué estas personas hacían lo que hacían.

Mientras tanto, el tiempo apremiaba y la hora de encontrarme por primera vez cara a cara con Suárez Mason se acercaba inexorable. Recuerdo que, en una mezcla de temores y nerviosismo, las conclusiones de Douglas retumbaban en mi cabeza. La frase del especialista del FBI que más insistente repetía mi mente y me helaba la sangre decía:

> Todos debemos asumir que somos capaces de causar un gran daño a los demás.

Menem lo hizo

El año 1999 se transitó un momento cargado de expectativas políticas, económicas y sociales para los argentinos. Se aproximaba el final de la era de Carlos Saúl Menem en el poder y era evidente la decadencia y el deterioro político que el caudillo riojano atravesaba. Sin chances de una nueva reelección y ya casi finalizando su segundo mandato, el oficialismo arremetió de igual modo difundiendo una serie de spots publicitarios en los que se enumeraban los "logros" conseguidos en los dos mandatos presidenciales.

Nadie que haya sido testigo de aquella época podrá olvidar la exitosa repercusión que tuvo la campaña "Menem lo hizo". El solo hecho de mencionarla, trae a la memoria aquel jingle pegadizo: "*Él puede no haber hecho todo, pero que hizo mucho nadie puede negarlo".*

Y como no podía ser de otra manera, la campaña estuvo envuelta en polémicas y embrollos judiciales. Arrancó en los medios de comunicación el 19 de julio pero fue suspendida por la justicia el 31 de ese mes. Los avisos contaban con ocho cortos y algunos de ellos duraban hasta 80 segundos. Comenzaban con un Menem sonriente, una bandera argentina flameando y luego imágenes de diferentes lugares del país o de símbolos relacionados con las obras realizadas bajo el mandato del presidente que gobernó entre 1989 y 1999. Lo más llamativo de la insólita promoción fue que parecía impulsar la candidatura presidencial de Menem, aunque el riojano no era candidato: ya no tenía chances legales de ser reelecto.

Carlos Menem fue presidente durante diez años y seis meses, el que más tiempo pasó en el sillón de Rivadavia desde la sanción de la Ley Sáenz Peña. Gobernó exactamente 3807 días; con ese número

supera a otros dos presidentes también peronistas: Juan Domingo Perón y Cristina Fernández de Kirchner.

El gran líder político que usaba las patillas largas emulando a los caudillos regionales se instaló en el poder en tiempos en que el período presidencial tenía seis años de duración. Protagonizó el Pacto de Olivos que determinó la reforma de la Constitución y la reducción a cuatro los años del periodo presidencial, pero a la vez introdujo la posibilidad de reelección.

A su llegada, Menem tuvo que afrontar profundas transformaciones en el contexto internacional y soportar la delicada crisis económica que atravesaba el país a finales de los años ochenta. La hiperinflación hacía estragos en todos los rincones de la sociedad, provocando un descontrol total de la economía. Pese a ello, y aunque su antecesor Raúl Alfonsín se vio obligado a resignar el poder seis meses antes del cese de su mandato constitucional, consumido por la crisis, Menem logró concretar su mayor legado: enderezar y consolidar el rumbo de la democracia en Argentina y su economía.

A pesar de la herencia recibida y gracias a los méritos de la implementación de un plan de estabilización y modernización, y a una conveniente política exterior que modificó drásticamente su inserción en el mundo, Menem pudo transformar el crucial panorama inicial y revertir drásticamente el ánimo y la vida de los argentinos. En 1991, con la llegada de Domingo Cavallo al Palacio de Hacienda, el panorama económico del país se modificó. Aplicó una convertibilidad peso-dólar, derrotó la inflación, redujo la pobreza, llegaron las privatizaciones y mejoró la calidad de los servicios públicos. Entre 1990 y 1999 la economía argentina creció a un promedio de 4,9 por ciento.

"Menem no ganó ninguno de los tres mundiales jugados durante su reinado, no recuperó las Malvinas ni instaló a la Argentina en el Primer Mundo. Pero tampoco sufrió ningún Waterloo, como fue la guerra con Margaret Thatcher para los militares y la hiperinflación para los radicales", escribía Julio Nudler en el diario *Página/12* en julio de 1999. Pero todo no se vería de rosa. Con la excusa de pacificar el país y terminar con los levantamientos militares, el

presidente de Anillaco tomaría una de las decisiones más objetables de su extensa gestión presidencial.

"Los indultos dispuestos a fines de 1989 y a fines de 1990 no fueron el resultado de una especulación política o la consecuencia del cálculo de quien espera sacar un rédito personal inmediato. Cuando decidí los indultos tuve en cuenta sobre todo la necesidad de reconciliación que mostraba la sociedad argentina, que recién salía de escenas de guerra civil y de guerra social como las que se verificaron en el pico de la hiperinflación de 1989. Era necesario dar vuelta una página de sangre y era necesario hacerlo para el bien de todos los que me habían confiado el mandato de conducir la Nación. Aun cuando ellos mismos estuvieran en contra", se justificó el riojano años más tarde. Y lo cierto es que ya desde el gobierno de Raúl Alfonsín la discusión por el tema de los indultos y qué hacer con militares y terroristas se había transformado en materia de disputa política. La primera lista de indultos de Menem se conoció en octubre de 1989, y en diciembre de 1990 el presidente anunció otra lista más, en la que estaban incluidos los comandantes en jefe juzgados y condenados en 1985. "La polémica amnistía ya era considerada por el mismo Raúl Alfonsín varios meses antes de la elección presidencial del 14 de mayo de 1989", aseguró el diario *Página/12* en septiembre de 1988.

"A pesar de que en esos días nadie se atrevía a ventilar en público la intención de gestionar indultos o amnistías, cierto era que el problema se murmuraba dentro y fuera de los principales espacios de poder", escribió muchos años después Juan Bautista "Tata" Yofre en *Infobae*. "Alfonsín me presentó a mí un decreto firmado de indulto para militares y quería que yo pusiera mí firma convalidando la medida", aseguró Menem ya como presidente electo al diario *Ámbito Financiero*, el 31 de mayo de 1989, luego de que ambos mandatarios caminaran juntos por los jardines de la Quinta Presidencial de Olivos.

Pese a que las declaraciones fueron negadas por el oficialismo, fue el propio riojano quien años más tarde confesaría los detalles de lo sucedido: "Cuando ya estaba claro que su gobierno terminaba antes de cumplir su mandato, el doctor Alfonsín quiso que

firmáramos juntos el decreto de los indultos a los comandantes del Proceso, como si en ese momento nuestras rúbricas hubieran sido legítimamente equiparables".

Sin embargo, la interpretación del exministro de Defensa de Alfonsín, Horacio Jaunarena, sería muy diferente: "Menem parecía estar animado por la misma idea de Alfonsín de unir a los argentinos, aunque siguiendo el camino exactamente inverso. Se estaba consagrando nuevamente la impunidad, el olvido por decreto y la pretensión de borrar las responsabilidades por el trágico pasado".

Finalmente, todos los rumores y las especulaciones se vislumbraron factibles cuando el riojano pronunció su discurso inaugural frente al Parlamento Nacional el 8 de julio de 1989:

> Se terminó el país del "todos contra todos". Comienza el país del "todos junto a todos". Yo quiero ser presidente de un reencuentro, en lugar de transformarme en el líder de una nueva división entre hermanos. Por eso no vamos a perder tiempo para concretar la reconciliación de todos los argentinos. Ha llegado la hora de que cada argentino tienda su mano al hermano, para hacer una cadena más fuerte que el rencor, que la discordia, que el resentimiento, que el dolor, que la muerte, que el pasado. Ha llegado la hora de un gesto de pacificación, de amor, de patriotismo. Tras seis años de vida democrática no hemos logrado superar los crueles enfrentamientos que nos dividieron hace más de una década. Vamos a decirle que jamás se alimentará un enfrentamiento entre civiles y militares, sencillamente porque ambos conforman y nutren la esencia del pueblo argentino.

Pocos meses más tarde Menem convocaba, desde la provincia de La Rioja y de manera urgente, a todos los medios de comunicación para anunciar una histórica decisión: **"**Voy a anunciar el indulto; el que no está de acuerdo se puede ir", advirtió amenazante el sábado 7 de octubre de 1989. Al día siguiente, justo en la misma jornada en que se conmemoraba el aniversario del nacimiento de Juan Domingo Perón y de la captura de Ernesto "Che" Guevara en Bolivia, a través de Secretaría Legal y Técnica de la presidencia que comandaba Raúl Granillo Ocampo, se hicieron públicos los decretos 1002, 1003, 1004 y 1005 que beneficiaban a cerca de 300 imputados.

Por medio del Decreto 1002/89 se indultó a todos los jefes militares procesados que no habían sido beneficiados por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, con la excepción del exgeneral Carlos Guillermo Suárez Mason, que había sido extraditado de los Estados Unidos.

En el Decreto 1003/89 se indultó a los líderes y miembros de los grupos guerrilleros y otros ciudadanos acusados de subversión, entre los cuales también se encontraban personas muertas o desaparecidas.

En el Decreto 1004/89 se indultó a todos los participantes de las rebeliones militares carapintadas de Semana Santa y Monte Caseros en 1987 y de Villa Martelli en 1988.

En el Decreto 1005/89 se indultó a los exmiembros de la Junta de Comandantes: Leopoldo Fortunato Galtieri, Jorge Isaac Anaya y Basilio Lami Dozo, condenados por los delitos cometidos en la conducción de la Guerra de las Malvinas.

Posteriormente a este anuncio y con catorce meses de retraso, el 30 de diciembre de 1990 se concretaría la segunda tanda de indultos a los jefes militares y exguerrilleros. En este turno, a través del Decreto 2741/90, se indultó a los exmiembros de las juntas de comandantes condenados en el Juicio a las Juntas de 1985 Jorge Rafael Videla, Emilio Massera, Orlando Ramón Agosti, Roberto Viola y Armando Lambruschini. La resolución indultó también a los militares condenados por crímenes de lesa humanidad: Ramón Camps y Ovidio Riccheri.

En el Decreto 2742/90 se indultó a Mario Eduardo Firmenich, líder de la organización guerrillera Montoneros.

En el Decreto 2743/90 se indultó a Norma Bremilda Kennedy procesada por malversación de fondos públicos.

En el Decreto 2744/90 se indultó a Duilio Antonio Rafael Brunello condenado a inhabilitación absoluta y perpetua por el delito de malversación de fondos públicos.

En el Decreto 2745/90 se indultó al exministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz, procesado por el secuestro de Federico y Miguel Ernesto Guthein.

Y en el Decreto 2746/90 se indultó a Guillermo Suárez Mason.

Suárez Mason y el presidente ya se conocían: el general había sido su carcelero cuando, siendo gobernador y tras el golpe del 76, Menem fue detenido y encerrado durante cinco años. El 25 de marzo de 1976, el mandatario riojano fue destituido como gobernador de La Rioja por el gobierno militar e incluido en el Acta de Responsabilidad Institucional por presuntos vínculos con la guerrilla y corrupción en la función pública.

Desde aquella fecha y hasta el 14 de mayo de 2003, el vínculo personal entre Carlos Menem y Guillermo Suárez Mason se mantendría en una sintonía cargada de complicidad ante hechos de conveniencia mutua. En tiempos de dominio militar, el general fue el carcelero protector del riojano, y en tiempos democráticos el caudillo se convirtió en el protector del represor. Pocos meses antes de su muerte, Suárez Mason me confesó:

> Menem fue un simpático cagón. Siempre me tuvo miedo y como lo salvé de la muerte cuando estuvo detenido, me lo pagó con su culpa y protección. Me cuidó porque me temía. No me quiero ni imaginar lo que le habría hecho Facundo Quiroga si se levantara de la tumba.

Cara a cara a la hora del té

Cuando llamé de nuevo a la casa de Suárez Mason después de la entrevista radial, la que atendió el llamado fue otra vez su esposa Lita. Para mi sorpresa y antes de que yo me presentara, se acordó de mi apellido y al pasar me regañó socarronamente: "Hola, Sammartino, qué despelote se armó por culpa suya". Enseguida me dejó esperando en el teléfono sin siquiera conocer mi respuesta. Mejor así: yo no sabía qué responder a su impertinente saludo. Registré que ya me tenía junado y desde entonces me comporté delante de ella con mucha precaución.

Pocos segundos después, el general atendió el llamado y respondió algo sorprendido. Enseguida, en un intento por impedir que me rechazara, lo azucé:

—¡Cómo está, general! Lo llamo de nuevo porque me gustaría hablar personalmente. ¿Habrá posibilidades de que me dé unos minutos para conversar tranquilos?

No le conté el verdadero motivo de mi llamada. Solo buscaba caerle rápido en gracia. No era un tipo de fácil acceso. Era un señor mayor y bastante astuto, mañero y muy difícil de engañar. Si no lograba alcanzar mi cometido, no volvería a tener la oportunidad. Le hablaba rápido y lo trataba de apabullar diciéndole más y más cosas. Buscaba que no me rechazara.

—Quisiera hablar en privado para que me amplíe un poco más algunas afirmaciones que hizo en la entrevista con Néstor Ibarra.

—No tengo mucho más para decir que lo que ya dije. Mis abogados están muy disgustados porque abrí la boca. Ya tengo demasiado con aguantarlos…

Contestó seco, directo, inflexible, y se quedó en silencio. Yo me desanimé al instante y no reaccioné de inmediato. Pasaron unos

segundos y mientras presentía que mis chances se escapaban por culpa de mi impericia, justo a tiempo maniobré con una piadosa mentira:

—Mi caballo se llamaba Cornelio, por Cornelio Saavedra.

Le retruqué rápido sin pensar demasiado en lo que decía. Sabía que dentro del Ejército, Suárez Mason pertenecía al arma de Caballería y era innegable que cualquier cosa que yo le dijera sobre esos portentosos animales podía llamar su atención. Solo intentaba vincularme a través de otro tema que pudiera ser de su interés y que me permitiera insistir y arriesgar con un segundo intento.

—¿Sabía usted que el nombre completo de Cornelio Saavedra era Cornelio Judas Tadeo de Saavedra y Rodríguez? —insistí mientras Suárez Mason permanecía callado. Obstinadamente buscaba sumar segundos a nuestra insólita charla—. Se llamaba Judas Tadeo, como el de la Biblia, que fue uno de los doce apóstoles de Jesús. Justamente hoy en día San Judas Tadeo es considerado como el santo de las causas perdidas. ¡Un santazo!

Vaya a saber qué pensaba ese hombre al escuchar tantas estupideces juntas. Mientras tanto, yo seguía abundando en detalles tontos e insignificantes, alargando la comunicación y eludiendo el rechazo que a esa altura parecía inevitable.

—Cornelio era un percherón elegante, robusto y musculoso. Un hermoso tordillo rodado que pesaba cerca de setecientos kilos. Una belleza de animal.

Finalmente, el general me interrumpió algo fastidiado. A su pesar, pero en tono risueño, terminó accediendo a mi pedido.

—Ya está, ya está. Me convenció. No hace falta que hable más. ¿Usted puede mañana?

* * *

La primera reunión con Suárez Mason tuvo lugar en el Palacio Balcarce, ubicado en la avenida Quintana 161, a seis cuadras de su domicilio. Se trataba de un histórico y coqueto edificio de Barrio Norte construido entre 1913 y 1916, lugar en el que funcionó la

embajada alemana durante la Segunda Guerra Mundial y que hoy es la sede del Centro de Oficiales de las Fuerzas Armadas, donde se desarrollan actividades culturales y de esparcimiento para militares retirados.

Me citó a las cuatro de la tarde. "Después de la siesta", aclaró a modo de advertencia. El lugar elegido para la reunión era muy propicio para su comodidad y protección: ambiente militar, seguridad extrema y cerca de su casa. Una especie de fortaleza doméstica de la alta sociedad en la que el general podía sentirse cómodo, a resguardo entre sus pares y amparado ante cualquier contratiempo. Por esos días todavía se sentía medianamente libre. Caminaba por Buenos Aires como si nada hubiese pasado, como si nada hubiese hecho, como si fuera una persona común que no mereciera reprobación ni castigo. Era un militar de setenta y cinco años irreconocible para la mayoría de las personas que se lo cruzaran.

Veinte años antes, el entonces general del Ejército Guillermo Suárez Mason alardeaba en su intimidad con funcionarios extranjeros: "Yo firmé entre 50 y 100 sentencias de muerte por día durante mucho tiempo". La cruel confidencia fue soltada indiscretamente y registrada por servicios de inteligencia de los Estados Unidos en mayo de 1979.

Según esos documentos desclasificados, un representante diplomático norteamericano fue testigo del exabrupto de Suárez Mason: "No imagino el increíble tormento que sufrirá su conciencia ante semejante responsabilidad", repuso con ironía el embajador ante la inaudita revelación que había escuchado. A pesar de esto, el militar argentino subió el volumen de la arrogancia: "No me pesa porque en todos los casos las personas confesaron alguna asociación con el terrorismo", dijo, según certifica el reporte confidencial diplomático.

Este diálogo es solo uno de los casi cinco mil registros documentales existentes sobre la última dictadura militar en Argentina que se conocieron a mediados del año 2002 a través de la desclasificación realizada por el Departamento de Estado norteamericano.

El mismo funcionario de la embajada de Estados Unidos que reprodujo la frase de Suárez Mason, también reveló "que una fuente de inteligencia naval y otra fuente del Ejército" le confirmaron que "el gobierno argentino está confeccionando listas de detenidos, muertos y desaparecidos". Y en otro de los documentos desclasificados se afirma textualmente:

> Si hubo una reducción neta de casos de tortura es porque hay menos operaciones, porque el número de terroristas y subversivos ha disminuido. Las desapariciones incluyen no solo presuntos terroristas, sino también un amplio espectro de gente: gremialistas, trabajadores, religiosos, activistas de derechos humanos, científicos, doctores y líderes de partidos. En diciembre fueron secuestradas cinco madres de desaparecidos y dos monjas francesas, cuyos cuerpos aparentemente aparecieron a orillas del Río de la Plata.

Otro de los partes diplomáticos revela una orden de instrucción sobre el protocolo a seguir en situaciones de torturas y desapariciones de personas. "Empezaron a usar picana. Me ataron y me echaron agua. Me hacían preguntas, pero más que nada me daban. Ahí. Ahí. Ahí. En los genitales. Me dijeron que me iban a arreglar para que no tuviera hijos", es el relato de una mujer norteamericana detenida y torturada en 1976, cuya identidad se desconoce, según certifica otro de los documentos archivados.

No caben dudas de que lo que sucedía en Argentina era motivo de seguimiento y certificación por parte de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos. Existe constancia de que se mantuvieron activos y documentaron todo lo que escuchaban y veían, pero lamentablemente poco hicieron con semejante e invalorable información.

* * *

Llegué puntual a la cita. Estaba inquieto. Inconscientemente deseaba reunirme con Suárez Mason, pero en la superficie de mi conciencia detestaba el encuentro. Me preparé mucho para la reunión. Eso me dio confianza. Fui al archivo de Editorial Atlántida

para revisar viejos diarios y revistas. Algunos años atrás yo había trabajado en ese lugar para las revistas *Somos* y *Gente*, y sabía que si quería repasar y conocer algunos aspectos del pasado del general, allí los encontraría y en abundancia. Así fue que, a poco de comenzar a revisar el material periodístico, me perturbó descubrir la enorme cantidad de evidencia en contra de Suárez Mason. Testimonios desgarradores y acusaciones de todo tipo lo señalaban como responsable.

Recuerdo el asombro ante un ejemplar de la revista *Siete días* de abril de 1984, poco después de que Suárez Mason se escapara de la Argentina. Según se aclaraba, el siguiente diálogo se había producido en un contexto de "charla informal sin grabador pero con cuaderno de notas" entre el militar y la periodista María Laura Avignolo, en enero de 1984:

—¿Por qué se llegó a este grado en la represión, a este descontrol?

—Eso era una olla caminando. Los hechos se acumularon y el control no fue total. Usted piense que los subversivos actuaban en células y nosotros para combatirlos tuvimos que optar por darle independencia a nuestros comandos, para que actuaran con eficacia. A fines de 1977 la cosa se calmó y todo esto se pudo controlar mejor.

—¿No hay forma de saber qué sucedió con esa gente desaparecida?

—En el Ejército no hay listas de desaparecidos.

—¿A quién informaban ustedes sobre la lucha contra la subversión?

—Informaba mensualmente al jefe de Estado Mayor sobre los enfrentamientos, quién había muerto, estaba todo archivado.

—¿Cómo explica usted que la represión se haya convertido para las Fuerzas Armadas en un *boomerang*?

—Es simple. Aquí hubo una victoria militar contra la subversión y una derrota política, porque se siguió aplicando un programa económico que no era conveniente y se llevó adelante el disparate de Malvinas.

—Hay denuncias horribles sobre torturas a detenidos y desaparecidos cometidas durante la represión. ¿Usted ordenó torturar? ¿Sabía que sus oficiales torturaban?

—Nadie dijo que había que torturar. Lo efectivo era que se consiguiera la información. Era lo que a mí me importaba.

—¿En esos años los políticos se entrevistaban con usted? ¿Les pedían por gente desaparecida?

—Comí con el hoy ministro Antonio Tróccoli por lo menos treinta veces y nunca me preguntó por ese tema. Solo algunos preguntaban, como el doctor Carlos Perette, que se preocupaba por sus amigos.

—También hubo pillaje en la lucha contra la subversión. Los familiares denuncian robos en sus casas y se ha comenzado a hablar del botín de guerra. ¿Cómo controlaba usted que nadie robara en su jurisdicción?

—Siempre investigué los robos. Para el que se quedaba con una radio había sanciones. Hay militares presos por esos delitos. Con el dinero que se encontraba en las casas de los subversivos siempre fue más difícil el control.

Durante seis largas horas permanecí encerrado en el archivo, buscando material inédito. Fotocopié todo lo que me permitieron y cargué en la mochila de mi memoria infinitos cuestionamientos: este tipo mató, este tipo torturó, este tipo secuestró, este tipo robó bebés. ¿Qué hacía en libertad? ¿Por qué lo habían indultado? Era el malo de los malos y andaba suelto en la ciudad.

Trabajé mucho en lograr una cierta calma y planear el encuentro. Sabía que la partida era única, exclusiva. Por supuesto, me deshice de todo tipo de ingenuidad moral, cargué abundante energía anímica y emprendí el viaje hacia el encuentro mascullando interrogantes y maquinando ardides.

Salí una hora antes de radio Mitre, distante a quince cuadras del lugar en el que me iba a encontrar con él. Fui caminando a propósito. Lo hice despacio, pensando, especulando con posibles escenarios o situaciones con las que me podría encontrar en la

reunión. No quería verme sorprendido en nada. No tenía miedo pero respetaba al personaje. Todo me ayudaba a calmar los nervios y la ansiedad contenida desde hacía unos días. De tanto en tanto miraba el reloj y aceleraba o desaceleraba el paso. Era un día hermoso, soleado, y la temperatura era muy agradable.

Logré llegar al lugar del encuentro tal cual lo deseaba: tranquilo, relajado y lo suficientemente preparado como para afrontar cualquier sorpresa o contratiempo.

* * *

El Palacio Balcarce era una belleza arquitectónica. Una joya escondida en el corazón de Recoleta. Yo no lo conocía y jamás sospeché que la reunión con el general Suárez Mason se realizaría en un marco de tanto *glamour*.

Apenas ingresé, un guardia de seguridad se me abalanzó y me cerró el paso. Era un hombre corpulento, de mediana estatura, tez oscura, más bajo que yo, vestido de civil, peinado a la gomina y portando una muy visible pistola Browning 9 mm. Me hizo la venia con su mano derecha, luego preguntó mi nombre, me advirtió que me estaban esperando y me ordenó que lo siguiera.

Caminé unos treinta o cuarenta pasos a ritmo apresurado. El guardia me llevaba a las corridas como si le temiera al hombre que aguardaba mi visita. Todo lo que veía era impactante. Pisos lustrados a nuevo, cuadros bellísimos y muebles antiguos en perfecto estado de conservación. Atravesé un pasillo semioscuro cubierto de paredes de caoba. Había un fuerte y dulce olor a recién lustrado. De pronto, el hombre se detuvo frente a una puerta a tono con las paredes, golpeó dos veces y entró. Yo me quedé afuera. Me ganó la inquietud y comencé a espiar de refilón, hasta que se escuchó una voz desde adentro.

—Adelante, pase, Sammartino.

Avancé a paso lento, acobardado, hasta él. Fue indescriptible lo que sentí al verlo allí parado. Todos mis sentidos se pusieron en alerta. Era la reacción misma de la naturaleza humana que buscaba

defenderse ante un mal inevitable. Y esto a pesar de que su figura procuraba transmitir lo contrario. Su apariencia era la de una persona adulta en buen estado. Elegante. Saco y pantalón de color verde, camisa amarilla suave, zapatos bien lustrados y unos enormes anteojos oscuros espejados. Pero lo próximo que dijo lo reveló como quien era. Sin siquiera saludar, preguntó inquieto:

—¿Lo revisaste bien? ¿No trajo ningún grabador encima?

Se dirigió con fastidio al guardia de seguridad, que por segunda vez en menos de cinco minutos se abalanzó de nuevo sobre mí. Reaccioné dando dos pasos hacia atrás:

—No traje nada, no tengo nada oculto. No hace falta que me toque.

El hombre se replegó un poco, miró al general y este, con un gesto de su brazo izquierdo, le ordenó que se retirara señalando la puerta y sin decir ni una palabra.

Nos quedamos solos. Suárez Mason se sentó en el sillón individual y yo opté por alejarme un poco de él, dos metros tal vez, y me acomodé en el sillón más grande. Fue un tiempo de silencio prolongado, largos segundos en que ninguno de los dos habló. Lo miraba de reojo mientras mi cabeza giraba observando el entorno. Suárez Mason me contemplaba desde su rincón. No hablaba ni se movía.

Yo me había quedado algo retraído por la escena con el oficial de seguridad. Venía muy concentrado en mis reacciones, en lo que debía hacer, y de pronto ese hecho me desenfocó. En un instante, todo lo que había leído, investigado y ensayado para encarar esa situación se hacía añicos ante su gestualidad imperturbable. Anímicamente me sentí disminuido y mentalmente me desplomé. Por varios minutos tuve que sobreactuar, preguntar zonceras y hasta fingir simpatía por quien no la tenía.

Yo llegaba dispuesto hasta para mentir y engañar si fuese necesario, con la sola intención de llevarlo hacia mi territorio, conseguir información. Fracasé en el primer intento. El shock emocional fue notable. Creo que me asusté: la situación me abrumó. Al día de hoy no puedo explicar si lo sucedido fue una reacción

mental mía o la muestra clara del poder de dominio que Suárez Mason era capaz de ostentar.

Un hecho providencial me sacó de ese estado y rápidamente pude enderezar y enfilar mi ánimo en un sentido contrario. Ante el miedo imprevisto que me generó el encuentro, y mientras escuchaba los primeros relatos del general, llevé mi mano izquierda al bolsillo del pantalón y allí encontré el rosario de madera que acostumbraba llevar colgado. La sensación de alivio fue inmediata. Me llenó de paz, trajo calma. Fue como otro impacto emocional: conseguí recobrar energías y animarme a tomar el control. Envalentonado, de allí en más trabajé para encontrar lo que había ido a buscar.

"Para algunos camaradas este sitio es como un refugio clandestino en el que poder jugar un poco al bridge, por dinero y sin que nadie los moleste", me dijo Suárez Mason en tono de confidencia. El lugar era ideal. El salón estaba apartado unos cuantos metros de los sitios más concurridos del palacio, y no se llegaba allí sin previo aviso ni autorización. Las mujeres tenían el acceso prohibido. Con la apariencia de una antigua biblioteca de centenarios libros incunables y exclusivos muebles de época, se enmascaraba un escondite privado reservado únicamente para *la casta de la casta*, una élite militar que se reunía periódicamente no solo para charlar y conspirar por los vaivenes de un país en permanente crisis sino también para beber del mejor whisky, fumar los habanos más caros y jugar al bridge.

El ambiente derrochaba lujo pero la sensación de encierro era abrumadora. En ese espacio inmenso, de seis por catorce metros, no había ventanas, la única puerta era la de entrada, y un pesado cortinado verde oscuro, del mismo tono de las sillas y los sillones, cubría una pared entera. Si procuraba ocultar algo, lo que lograba era llamar la atención.

En medio de esa enigmática atmósfera y sin saber qué responder a su confidencia, intenté encauzarme rápidamente en el libreto que había planeado. Distendido y quizás algo desubicado, mirándolo a los ojos en actitud defensiva le respondí:

—Este lugar es muy imponente, huele a viejo y destila misterio por donde se lo mire. Seguramente se esconden muchos secretos y

misterios.

Sorprendido por mi observación, Suárez Mason esbozó apenas una leve mueca pero no respondió. Siguió inmóvil apoltronado en su sillón. De pronto se quitó los anteojos, me miró a los ojos y, con gran sorpresa para mí, expresó:

—Reconozco su apellido, fue una de las primeras víctimas del terrorismo en Argentina. Aprecio mucho a su familia y por eso acepté esta reunión.

Me quedé petrificado. El general me relacionaba con otra persona y yo no tenía la menor idea de a quién se refería. Supe luego que la persona en cuestión era Julio Ricardo San Martino, designado subjefe de la Policía de la Provincia de Córdoba el 14 de julio de 1970 y asesinado a los cuarenta y nueve años, el 29 de julio de 1971, en Alta Córdoba. El entonces teniente coronel del Ejército Argentino y Medalla de Plata al Honor Militar, fue acribillado a las 12.40, cuando llegaba a su casa y fue sorprendido por un grupo terrorista que lo esperaba en una camioneta desde la que le dispararon con una escopeta. Murió en el acto.

Luego de varias horas de ocurrido el atentado terrorista, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y los Montoneros hicieron público un comunicado en el que se adjudicaban el crimen y fundamentaban la sentencia contra Julio Ricardo San Martino: "Nuestro pueblo ya lo había juzgado pero los tribunales del régimen no están hechos para interpretar ni ejecutar las sentencias populares. [...] Las organizaciones armadas peronistas hemos aplicado otra justicia, la justicia revolucionaria".

En su adolescencia San Martino había pertenecido al grupo Tacuara, de fuertes sentimientos nacionalistas, y fue ese impulso el que lo llevó a ingresar al Colegio Militar de la Nación en 1938, siendo el más joven de la camada 69. Egresó con el grado de subteniente y su primer destino fue el Regimiento de Infantería I Patricios, privilegiado lugar donde la fuerza solía enviar a sus más destacados y prometedores oficiales.

Por ese entonces, entre julio de 1944 y octubre de 1945, el coronel Juan Domingo Perón ocupaba la vicepresidencia de la

Nación, al tiempo que ejercía como secretario de Trabajo y Previsión y ministro de Guerra del gobierno militar de Edelmiro Farrell, quien había llegado al poder un año después del derrocamiento de Ramón Castillo, el último de los presidentes de la Década Infame. En poco tiempo Perón se convertiría en el hombre fuerte del gobierno. Con 49 años de edad y una estrecha vinculación con el movimiento obrero, rápidamente cobraría notoriedad pública logrando inquietar a los sectores más sensibles del poder de la Argentina de la posguerra.

Tales circunstancias desencadenaron un realineamiento obligado en las filas internas de las Fuerzas Armadas, lo que provocó inmediatamente la destitución del entonces coronel Perón y su posterior reclusión en la isla Martín García. Llegaría así el histórico 17 de octubre de 1945, con los trabajadores lanzados masivamente a las calles para reclamar la libertad del nuevo líder popular. Farrell, caído en desgracia, se convertiría en un presidente fantasma.

En su manuscrito *Yo fui leal. Recuerdos y reflexiones de un jefe prisionero*, San Martino detalla que pocos días antes de esa fecha, "cinco subtenientes fueron hasta el departamento de la calle Posadas en donde vivía Perón junto a Evita para ponerse a sus órdenes y ofreciendo en riesgo sus carreras". Los subtenientes en cuestión eran: Giana, Escocozza, San Martín, Huergo y Julio Ricardo San Martino. El escrito describe además el agradecimiento afectuoso que recibieron por parte de Perón por aquel "gesto de arrojo" y la despedida que les ofreció Evita cuando caminaron por el ascensor mientras ella "agitaba su pañuelo húmedo".

Hasta allí parte de la historia de un San Martino con el que, a pesar de lo que supusiera Suárez Mason, yo no tenía nada que ver. Además, fonéticamente mi apellido se escucha igual pero se escribe diferente. Él se refería a Julio Ricardo San Martino y mi apellido es Sammartino, todo junto y con doble "m".

Paradójicamente, Suárez Mason no hizo ninguna alusión ni me relacionó con otro caso resonante y también trágico en el que la víctima se identificó exactamente conmigo. Teníamos el mismo apellido que no solo se pronunciaba igual sino que, incluso, se escribía exactamente igual: Sammartino, con doble "m" y todo junto.

Se trata del caso de Roberto "el gordo" Sammartino, el primer psicólogo víctima del terrorismo de Estado, que a los 34 años fue secuestrado después de dar clases en la noche del miércoles 4 de junio de 1975 a la salida de la Facultad de Humanidades de la Universidad Provincial de Mar del Plata y posteriormente asesinado en las afueras de dicha ciudad, durante la madrugada del 5 de junio.

Roberto era un apasionado por la música, tocaba muy bien la guitarra y también el trombón y llegó a participar con amigos de un grupo llamado Los Alfiles. También integró Los Silver Sea Stompers, seguramente uno de los primeros conjuntos de *dixieland* nacidos a la luz de la pasión que existía aquellos días por el jazz en territorio marplatense.

Talentoso para las artes, le encantaba escribir poesías, dibujar y hasta esculpir en madera. Había estudiado Derecho en Córdoba y luego en La Plata y era un fanático de las motos. Recorrió varias veces el norte argentino y también el Uruguay. En el marco de su vocación, su interés pasaba por la psicología laboral de los obreros. Dio cursos en el Sindicato de Luz y Fuerza y fue Profesor Adjunto de Psicología Laboral en la Facultad de Psicología.

En el recuerdo de sus colegas y amigos, Roberto Sammartino era un peronista ideológico, admirador del Che, pero no era orgánico en ninguna estructura. Así lo describió María Elena, su hermana, ocho años menor que él:

> Con un pensamiento de izquierdas y en algunas épocas cercano al peronismo, su personalidad —siempre rebelde a la autoridad y las jerarquías— y su forma de concebir la libertad personal y de pensamiento, hizo que nunca estuviese encuadrado en ningún grupo político ni partido. Era sin embargo un apasionado y ameno discutidor en cualquier foro o grupo, con un estilo provocador de tipo socrático que creaba malestar en quien se sentía cuestionado. Era muy conocido en distintos ámbitos de la ciudad, una persona querida, y también un personaje entrañable para muchos y molesto para otros.

Si bien se desconoce con exactitud cómo ocurrieron los hechos que terminaron con el secuestro y asesinato de Roberto, la explicación más coherente indica que cerca de las 22 horas terminó

de dar clases y se retiró de la Facultad en compañía de una estudiante embarazada. Aparentemente, a las pocas cuadras habría advertido la presencia de un grupo sospechoso de personas que se aproximaba, por lo que le pidió a su acompañante que se retirara de inmediato. Pocos minutos más tarde, en las proximidades de las calles Maipú y Marconi, fue golpeado y secuestrado.

Cerca de las tres de la madrugada del 5 de junio de 1975, personas que se identificaron como policías pertenecientes a una supuesta "brigada especial" ingresaron a la casa de Francisca Rovirosa de Sammartino, madre de Roberto, y luego de revisar y desordenar todo a su paso en búsqueda de armas y documentación comprometedora, reclamaron la dirección en la que vivía su hijo. Pocas horas después, el cadáver de Roberto fue encontrado en cercanías de la avenida Colón y la intersección de la calle 212, "semiarrodillado y acribillado por unos 30 disparos con armas de guerra calibres 9,25 y 11 mm efectuados a muy corta distancia", según dejó constancia el parte del perito médico José María Di Lorenzo. Treinta y nueve días después del crimen, el 14 de julio de 1975, la causa judicial por el secuestro y asesinato de Roberto Sammartino se cerró definitivamente convirtiéndose en el primero de una extensa lista de psicólogos asesinados por causas políticas.

Hubo un tercer Sammartino víctima de aquellos trágicos años de terror y al que Suárez Mason tampoco hizo mención alguna. Néstor Julio Sammartino fue secuestrado el 6 de mayo de 1977 y, pese a la presunción de haber sido llevado al Regimiento de Infantería I Patricios, nunca más se supo de él. Junto a su madre fue sacado por la fuerza de su domicilio, ubicado en la avenida Gaona 1809, en el barrio de Caballito, por un "grupo de tareas" no identificado. Desde entonces permanece desaparecido.

Néstor tenía 30 años, estaba casado y tenía un hijo. Trabajaba en la Municipalidad de Buenos Aires como empleado en recolección de basura del Corralón del barrio de Floresta, ubicado en la avenida Gaona 4660. Se incorporó a la Dirección General de Limpieza el 2 de mayo de 1974. Militaba en la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) y pocos meses antes de su desaparición, el 11 de febrero de 1977, fue

cesanteado como consecuencia de la persecución política a la que estaba siendo sometido.

Fanático de Argentinos Juniors trabajó desde los 13 años, fue transportista de alimentos, herrero, carpintero, iluminador en el teatro San Martín y militante de la Juventud Peronista (JP). En su memoria, el 7 de diciembre de 2019 fue inaugurada en La Paternal la Biblioteca Popular Néstor Sammartino, y el 30 de marzo de 2022, el club Argentinos Juniors les devolvió su condición de socios a siete detenidos desaparecidos durante la dictadura militar entre los que estaban el periodista y documentalista Raymundo Gleyzer, Américo Marchetti, Ernesto "Jaio" Szerszewiz, Gregorio Nachman, Guillermo "Willy" Moralli, Héctor Horacio Moreira y Néstor Julio Sammartino.

Bajo el lema "La Paternal no olvida" se colocaron baldosas recordatorias en las veredas del barrio, mientras que en el acto realizado en el estadio Diego Armando Maradona el presidente de Argentinos Juniors, Cristian Malaspina, afirmaba emocionado:

> En lo que respecta a los derechos humanos tenemos una mancha grande, la de Suárez Mason, pero en estos años el club se está reivindicando en ese tema y levanta la bandera de "Memoria, verdad y justicia". El tema de estos siete socios detenidos desaparecidos parecía tabú para el club y finalmente se llegó al día de hoy, con el trabajo de muchas personas que lo lograron, que luchan y van en busca de utopías, de militar un mensaje, un pensamiento, un modelo. El club está pagando una deuda para seguir en el camino de la reparación histórica que comenzó con la expulsión de Suárez Mason como socio honorario en 1999.

* * *

—Usted y yo fuimos al mismo colegio.

Le dije, apresurado, una de las tantas frases que había preparado, con el solo objeto de salir del paso y cambiar el tema de la conversación, eludiendo la insinuación y vínculo que Suárez Mason ya había preestablecido con mi apellido. Quería y necesitaba mantenerlo desconcertado y por eso cambié la dirección de nuestro diálogo.

—Usted era de la promoción 73 y yo fui de la camada 118 del Colegio Militar de la Nación.

Él me miró con simpatía y se transfiguró. Sus ojos se abrieron un poco más, sus cejas apenas se elevaron y consintió confortado, con una leve sonrisa.

—Usted egresó como subteniente del arma de Caballería, pero yo integré la tercera Compañía de infantería.

Fue muy notorio su cambio de actitud. Y eso me permitió por fin relajarme. No sentía el poder de nadie sobre mí y, confiado, me dispuse a continuar con lo planificado. Por primera vez me animé a mirarlo fijamente.

Las facciones de su cara parecían desproporcionadas. Su rostro era afilado, lo que creaba una impresión de cara alargada. Su nariz era prominente, no existía armonía: una punta grande y ancha con un puente nasal menos abultado. Su mentón era pequeño y retraído con una gran papada unida a su cuello. Por todas estas características se explican las razones del peculiar sobrenombre que lo identificaba con su alias de guerra: Pajarito.

Entonces Suárez Mason me interrogó. Había desechado su posición de espectador y con ánimo convencido arrancó su participación de lo que hasta allí era casi un monólogo mío.

—¿Y por qué dejó de ser militar y se hizo periodista?

Había logrado que la relación de intereses se invirtiera. En ese momento él era el que preguntaba y yo el que debía responder. A mi voluntad, la reunión se extendería más allá de lo convenido y la táctica de lograr empatizar con el represor comenzaba a tener éxito.

—Fui criado en una familia donde los valores y virtudes morales marcaron mi niñez. Aunque nací en Buenos Aires, en pleno barrio de la Recoleta, mis padres se mudaron a la provincia de Córdoba y allí criaron a sus tres hijos varones en lo que consideraban por aquella época de mediados de los setenta lo mejor de la educación de aquel momento.

No le respondí, en ese momento, por qué era periodista y no militar. En su lugar, me metí en una explicación minuciosa de lo que él quería saber sobre mí con el único objetivo de alargar la charla.

Durante la primaria yo había estudiado en un colegio religioso de la Congregación de las Hermanas de San José ubicado en la localidad de Villa Allende, a veinte kilómetros de la capital mediterránea, y luego, en la secundaria, alterné los dos primeros años en el Liceo Militar General Paz y los últimos tres años del ciclo en el Liceo Militar General San Martín en Buenos Aires. Como bien lo sabía Suárez Mason, el secundario de un estudiante liceísta no se parecía a una escuela regular de nivel medio. Yo fui educado y formado bajo un régimen estrictamente militar. Entre los doce y los diecisiete años viví y crecí de lunes a viernes las veinticuatro horas del día internado en un establecimiento educativo bajo pautas y normativas ejecutadas según las reglamentaciones del Ejército Argentino.

Aún recuerdo cómo fue aquel primer año de liceísta. Lloriqueaba los domingos a la noche cuando, luego de despedir a mis padres, caminaba despacio más de doscientos metros con la cabeza gacha en dirección a las enormes habitaciones del instituto militar, donde me aguardaban cerca de trescientos cincuenta compañeros de promoción y unos muy gritones e insensibles jefes de compañía.

Para mis padres era motivo de orgullo ver a sus hijos estudiando y siguiendo una carrera que suponía un futuro lleno de oportunidades. Ellos hicieron muchísimos sacrificios económicos para que el Liceo Militar fuese la institución que complementara la educación que pretendían para nosotros.

En mi memoria llevo grabado el registro de imágenes preciosas generadas por el amor de mis padres. La ceremonia del uniforme militar que usaba es una de las más encantadoras. Los domingos a la tarde, mi viejo amaba preparar los más mínimos detalles: lustrar los zapatos y las hebillas del cinturón hasta que se vieran como un espejo, planchar el pantalón gris marcando con precisión la línea del medio, controlar la blancura de los guantes, cepillar la chaqueta azul hasta verla inmaculada, verificar que la gorra no estuviese sucia o doblada y una cantidad infinita de pequeños detalles que lo mantenían contento y presuntuoso por el solo hecho de ver a sus hijos elegantemente uniformados.

—Es la hora del té, ¿por qué no tomamos algo? ¿Usted qué desea?

Me interrumpió con delicadeza, disculpándose con su mano derecha levantada.

—Solo un café, apenas cortado con leche si es posible.

Me apresuré en aprobar el convite sin que me molestase el intervalo. El general apenas se inclinó desde el sillón en que estaba para acercarse con su brazo izquierdo al antiguo teléfono de mesa de color negro y marcación a disco. Al hacerlo, el movimiento permitió que viera el interior de su saco, y allí se asomaba imprevistamente una pequeña pistola.

Suárez Mason se dio cuenta de inmediato. Yo no reaccioné pero lo miré temeroso. Él también me observó, bajó con discreción su brazo izquierdo con el teléfono en la mano y apoyándolo sobre sus piernas y con su mano derecha comenzó a marcar el disco mientras me decía sin mirarme:

—No se inquiete, Sammartino, la llevo solo por defensa personal. Aunque ya nadie me reconoce, cuando camino por la calle me ayuda a sentirme protegido. En estos días ya no tengo la custodia que solía utilizar en otros tiempos y, como usted bien sabe, siempre puede haber un loco suelto a la vuelta de la esquina.

Pidió a la cafetería del Palacio un café apenas cortado para mí y un té para él, con scones recién horneados para ambos. Continué con el relato y mi estrategia:

—La guerra de Malvinas marcó mi vocación. Yo tenía quince años y un intempestivo fracaso económico de mis padres nos devolvió abruptamente a Buenos Aires. Comenzaba una nueva etapa de mi vida cargada de muchísima incertidumbre y constante inestabilidad desconocidas hasta el momento en mi familia.

—Entonces usted quiso ser militar por culpa de Galtieri —acotó Suárez Mason.

Seguramente lo hizo para provocarme, con el tiempo me revelaría pormenores insospechados de la frustrada incursión militar a Malvinas y detalles asombrosos sobre la incapacidad que Galtieri tenía para comandar una acción bélica de semejante envergadura.

Algo molesto por su irónica interpretación, me atreví a contestarle:

—La verdad es que mi motivación no fue precisamente Galtieri. Muy por el contrario, yo no quise ser militar por culpa de Galtieri. Yo quise ser militar por los soldados que fueron a la guerra. Los que Galtieri mandó a las Islas Malvinas sin la instrucción militar mínima. Los que enviaron a combatir sin haberles enseñado a disparar ni siquiera un fusil. Esos mismos soldados que no tenían el equipamiento necesario, ni el abrigo que correspondía, ni la comida suficiente, y a quienes tampoco les dieron las razonables explicaciones de por qué debían matar personas bajo el concepto de que eran enemigos.

Suárez Mason se bancó mis reproches. Yo hablaba y él no me detenía. Me escuchaba atentamente. Sospecho que de algún modo respetaba o tal vez compartía lo que yo le contaba pero no decía nada. Proseguí a paso firme con mi relato. Le conté todos los detalles que se me venían a la cabeza relacionados con mis primeros años de cadete.

Recién llegado de Córdoba, me tocó incorporarme al Liceo Militar General San Martín en febrero de 1982. Por ese entonces tenía quince años recién cumplidos y venía trasladado desde el Liceo Militar General Paz. Los inicios de la imprevista incursión en tierras porteñas resultaron bastante desagradables. La gran ciudad me atormentaba por donde la viera. El tráfico y el humo de los vehículos, el trato de las personas, la cantidad de gente en la calle, el olor a cloacas, taxis, subtes y enormes núcleos comerciales. Todo era ajeno y extraño. Lejos me quedaban los aromas de las sierras, los ríos, la canchita de fútbol, subirme a los árboles y salir de madrugada a colocar los tramperos para cazar pájaros. Fue una etapa dura de mi vida. Preadolescente y temeroso por el futuro de la familia, estaba dispuesto a que Buenos Aires no me devorara. Bien educado y extremadamente disciplinado, me dispuse a terminar con los estudios que había empezado y por los que mis padres se habían desvelado con grandes esfuerzos y sacrificios.

Yo seguía hablando en modo acelerado y Suárez Mason continuaba escuchando atento y a gusto. Ninguno parecía apurado.

Sobre la marcha decidí continuar con la estrategia: cuanto más me permitiera relatar, más sabría de mí y más puntos de conexión podría sondear como excusa para vincularme con él.

Le expliqué que durante los primeros días de abril, durante el comienzo de la guerra de Malvinas, vi cómo llegaban al Liceo cientos de reservistas y flamantes conscriptos convocados para ir a combatir a las Islas. Eran jóvenes melenudos, provenientes de todos los rincones del país. Correntinos, tucumanos, cordobeses y santafecinos, todos muy diferentes y con tonadas muy características de su lugar de origen.

Estuvieron cerca de tres o cuatro semanas recibiendo instrucción militar acelerada y preparándose para el combate, aprovechando todas las comodidades y capacidades del establecimiento. Usaron los inmensos dormitorios donde dormíamos, el comedor, las pistas de combate, la enfermería, las aulas de estudios y los terrenos para recibir todo tipo de acondicionamiento militar físico y teórico.

En muy poco tiempo esos chicos fueron alistados entre gritos y sopapos de patriotismo con lo mínimo necesario para luego ser enviados en tren a Comodoro Rivadavia como paso previo a ser trasladados al mismísimo frente de combate.

Recuerdo vívidamente algunas caras que vi durante esos días. Contentos y divertidos en su mayoría, pero mucho más serios, con el pelo corto y más reflexivos en las horas previas a la partida. Yo tuve la oportunidad de ser testigo y jamás pude olvidarme de ellos: me generaba envidia no tener la edad suficiente para seguir sus pasos. Allí nació mi vocación militar.

Ahora tenía que lograr que fuese Suárez Mason el que me hablara. Hasta allí, el cometido que buscaba en parte se había cumplido. Tenía que conseguir que el general por fin arrancara y hablara, porque su postura de mero escucha hacía peligrar mi objetivo.

Deprisa pensé una excusa tonta y lo primero que se me vino a la cabeza fue decirle:

—¿Usted viene muy seguido a jugar al bridge a este lugar?

Al instante se sonrió y me contó que él solo iba a ese *escondite* a reunirse en privado con viejos amigos y camaradas de otras fuerzas

para "charlar y ver pasar la vida desde un lugar de forzoso y apacible retiro".

Me contó también que en el mismo lugar en el que yo estaba sentado había estado dialogando con su abogado Jorge Humberto Appiani, el mismo que lo había salvado de la justicia española hacia finales de 1997. Por aquel entonces, Izquierda Unida había reclamado públicamente que el "excomandante argentino Guillermo Suárez Mason fuese extraditado a la justicia de la madre patria", pero la destreza jurídica de su letrado defensor había podido rescatarlo.

En esa instancia, los abogados de Izquierda Unida habían argumentado que "Suárez Mason nunca se había arrepentido ni se había declarado inocente de los cargos que se le imputaban" y recordaron además las declaraciones a la revista *Noticias* en las que, consideraban, hacía "apología de la tortura y donde decía textualmente que el único error de Hitler y de los militares argentinos fue no haber legalizado la tortura".

Otro de los visitantes del lugar fue el exmayor del Ejército Jorge Antonio Olivera, actualmente condenado por crímenes de lesa humanidad, que fue también un carapintada en los años noventa, y frecuentaba el lugar porque era otro de los abogados de Suárez Mason. El exmayor llegó a ser abogado del criminal de guerra nazi radicado en Argentina Erich Priebke y fue también defensor de Emilo Eduardo Massera.

Al retornar la democracia, fue procesado en 1987, pero logró zafar gracias a las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y de los indultos decretados por Carlos Saúl Menem. Integró además el Movimiento Dignidad Nacional que lideraba su amigo el teniente coronel Aldo Rico, a quien acompañó junto a un grupo numeroso de militares que protagonizaron los levantamientos de Semana Santa de 1987 y de Monte Caseros de 1988, durante el gobierno constitucional de Raúl Alfonsín.

Con el correr de los minutos la reunión con el general se había convertido en una charla fluida, con un ida y vuelta de comentarios y anécdotas. De una u otra manera mi cometido se estaba logrando. Conseguir cierto relacionamiento personal que me permitiera en el

tiempo alcanzar la confianza necesaria y así llegar a conocer sus secretos jamás revelados.

A mi turno, le conté que al finalizar el Liceo Militar con el grado de subteniente de reserva tuve la oportunidad de rendir examen para ingresar directamente al segundo año del Colegio Militar de la Nación. A principios de 1985 ya era flamante cadete del segundo año de la tercera compañía de Infantería. Por ese entonces el jefe del Cuerpo de Cadetes era un prestigioso veterano de Malvinas, el teniente general del arma de Artillería, Martín Balza. Al contar esto, Suárez Mason reaccionó de inmediato y con pocas palabras me regañó:

—¿Por qué hizo semejante locura? ¿Qué tiene la Infantería que no tenga la Caballería?

Se lo veía indignado. Para él, yo me había puesto la camiseta equivocada, y en la interna del Ejército, me había ubicado en la vereda contraria. Me tuve que esforzar por restablecer los parámetros de conversación que veníamos llevando y reaccioné diciendo que en ese entonces desconocía la histórica rivalidad que enfrentaba a los militares de Infantería contra los de Caballería.

El odio entre ambos bandos era mutuo y llegaba a niveles insospechados. Fiel reflejo de ese rencor fue su reacción cuando le cité el caso de Jorge Rafael Videla, que siendo del arma de Infantería había tenido la astucia de ascender en su carrera mientras reinaba en el Ejército el arma de Caballería y que por eso había llegado con los atributos necesarios para liderar la primera Junta Militar a partir del golpe del 76. Se puso visiblemente nervioso.

—¿Y qué sabe usted de eso? Si Videla alcanzó ese lugar fue porque lo dejamos. Videla era un chupacirios. Católico, buen tipo, pero un hombre sin carácter, miedoso, reservado y flojo para el mando. Gobernaba a la distancia, pensaba que con sus charreteras se llevaba el mundo por delante. Le escapó a la guerra y jamás se despertó de su siesta eterna.

De pronto se calló un instante y me animé a insinuar en voz baja:

—Entonces... ¿ustedes llevaron a Videla a liderar el Proceso porque él quería ocupar ese cargo y porque también les convenía?

Me interesaba ver sus gestos y reacciones. Él pareció encerrarse más en sí mismo. Como reflexionando o recordando o maquinando hechos y circunstancias. No lo sé. Estaba ensimismado, su rostro se había transformado, parecía poseído, con la mirada fija en un punto lejano. El hombre que estuvo frente a mí en ese instante no parecía un ser normal. Su figura se agigantaba, postrado en el sillón, quieto y en silencio, inofensivo quizás a simple vista; pero irradiaba espanto, con un aura atemorizante. Suárez Mason no necesitaba esforzarse demasiado para dar miedo y lo pude comprobar en ese momento.

Reaccionó, me miró fijo y asintió a lo que yo le había dicho con un subir y bajar de su cabeza. Esperó unos segundos y volvió a hablar.

—Como dice la Biblia: "Donde esté el cadáver se juntarán los buitres". Y fue así… Videla fue el mejor dialoguista que teníamos y hasta los del Partido Comunista hablaban de lo más tranquilos con él. Para los dirigentes comunistas de esa época, Videla era un general moderado con quien tenían algún tipo de comunicación. Yo era el número cuatro. La junta decidía y yo ejecutaba. Mi lugar estuvo en el campo de batalla, en la lucha cuerpo a cuerpo contra los subversivos. Mientras los de la junta decidían, Suárez Mason era el que ejecutaba. Yo fui el verdugo que la dictadura necesitaba.

La sala pareció ponerse más oscura. Yo no podía dejar de mirarlo, de escucharlo.

—Entre los militares teníamos dos posiciones muy bien diferenciadas; con objetivos comunes pero con estrategias opuestas. Por un lado estaban los del sector de los moderados o mesurados y por el otro estaban los que pertenecíamos al ala más dura, donde me ubicaban a mí. Los del PC no me podían ver, me tenían miedo. Decían que me saltaba la chaveta fácilmente, que era un loco asesino. De todos modos, por cuestiones de inteligencia, siempre teníamos a mano algún zurdo buchón generoso y bien dispuesto a conversar con nosotros. A muchos logramos salvarles la vida como moneda de cambio aunque hoy, veinte años después, se pavoneen como dirigentes inmaculados con buena pilcha y generosas billeteras.

Pensé que era la oportunidad para pedir lo que había ido a buscar.

—Hace pocos días, usted aceptó dar un reportaje cuando yo lo llamé y lo convencí para que hablara con Néstor Ibarra en radio Mitre. En esa entrevista usted reconoció que "tenía en su poder instrucciones escritas, bien claras", cuando se le preguntó sobre la responsabilidad que tenía ejerciendo un cargo sospechado de torturar, secuestrar, matar, hacer desaparecer personas y hasta de robar bebés.

—Le cuento…

Resopló apenas percibió que yo había terminado de hablar. Permaneció sereno pero noté que se había inquietado. Pasaron unos segundos de silencio eterno hasta que retomó la palabra.

—El problema en Argentina es que todos se creen patriotas. Militares y guerrilleros no fuimos parte de lo mismo. No compartimos el mismo bando, solo nosotros somos la patria. Yo no tengo ninguna condena y tampoco tuve poder político. Solo cumplí órdenes y por eso declaré que tenía instrucciones claras, escritas y muy bien guardadas.

Lamentablemente no fue mucho lo que pude tolerar, y sin darme cuenta lo interrumpí.

—¿Entonces no niega las acusaciones que pesan sobre usted? Hace unos minutos me dijo que "era el hombre número cuatro". Dicho así, no caben dudas de que usted tuvo algún grado de responsabilidad política o de ejecución.

Parecía estar disgustado, pero me dejó terminar. Pensé que había cruzado la raya y me sentí asustado mientras esperaba la represalia. Pero nada de eso ocurrió, y como huyendo de la escena, Suárez Mason cruzó la mano derecha por su pecho hasta alcanzar el teléfono que estaba en la repisa a su costado para reclamar a la cafetería el café y el té, reiterando que quería los scones recién horneados. Luego de un silencio intencional, arrancó diciendo.

—Tenés la actitud de un infante, vas al frente. Pero yo solo te voy a decir que fue una época muy violenta y que todos terminamos con algún cargo de conciencia. Los que participamos de un lado pero también los combatieron del otro bando. Esa es la única explicación

que te voy a dar por ahora. Ni siquiera te conozco y encima, aun no entiendo por qué viniste a verme. Yo te recibo de buena manera solo porque sos un San Martino, pero no entiendo tu actitud. Todavía no me dijiste el motivo de esta reunión.

Le dije la verdad sin mayores rodeos. Ya había extendido demasiado la charla y al general parecía que ya no le quedaba demasiada paciencia.

—Vine a pedirle los documentos que dijo tener. Quisiera verlos y hacer alguna copia si me lo permite. Entiendo que son muy valiosos, y seguramente, si se dan a conocer y se publican, serán de gran conveniencia y beneficiosos para usted.

De pronto golpearon la puerta y un mozo vestido con saco blanco y pantalón negro ingresó apresurado trayendo el pedido. Depositó las tazas con impecable elegancia y extrema precisión y al retirarse a los pocos segundos expresó: "Disculpe la demora, mi general. No volverá a ocurrir". Suárez Mason lo miró con gesto adusto, pero no le dijo nada. De inmediato se sirvió un scon, comenzó a masticar y, cerrando los ojos, su rostro se transfiguró de placer y satisfacción. La hora de tomar el té se había demorado un poco y el malhumor reinante seguramente tenía mucho que ver con ese pequeño menester.

Luego de degustar el primero y yendo a la búsqueda de su segundo scon, me invitó a saborear lo mismo que él, anunciando un "recreo para la merienda y la amistad".

No dije nada, poco tenía que aportar. El scon era exquisito y aún se saboreaba tibio. Yo no terminaba con el primero y Suárez Mason ya se abalanzaba sobre el cuarto. Mezclé la leche con el café y al intentar azucarar mi taza lo escuché murmurar: "Un tiburón necesita también nadar y alimentarse", mientras con la mano derecha tomaba su primer sorbo de té.

—Ya lo decía el emperador romano Marco Aurelio: todo lo que escuchamos es una opinión, no un hecho. Todo lo que vemos es una perspectiva, no es la verdad.

Dejó la taza y dijo esto con extremada frialdad, con ironía. Autoritario y con sarcasmo. Se lo decía a él mismo pero a mí

también. Estoy seguro de que disfrutó de ese instante.
Acomodándose en su sillón, agregó:

—Sammartino, no le puedo mostrar los documentos porque no los tengo acá en Argentina. Los papeles están bien guardados en Estados Unidos.

Su contestación me desanimó, no supe qué decirle. Si bien no llegaba a ese encuentro con demasiadas expectativas, supuse que me había esforzado lo suficiente como para tener al menos algún indicio de parte suya que me beneficiara por el sacrificio de la gestión.

Pero Suárez Mason no pensaba igual. De pronto tomó los anteojos oscuros que había guardado en el bolsillo superior de su saco y con una delicada y parsimoniosa maniobra se los colocó. Luego, con exagerada prevención miró despacio hacia arriba y hacia abajo, como alertando a sus piernas, y con notoria incomodidad se incorporó hasta lograr ponerse de pie. Sin decir ninguna palabra, enfiló hacia la puerta de salida.

Lo seguí automáticamente y en silencio. Salimos del salón, cerré la puerta por discreción y caminamos juntos hacia la salida del Palacio. Él iba adelante y yo, desconcertado, lo seguía. Unos metros antes de salir a la calle, con un leve movimiento de cabeza despidió discretamente al guardia de seguridad y levantando temerosamente la voz le ordenó como al pasar y sin detenerse: "Le pido que le agradezca a Ramón de mi parte. Dígale que los scones estaban exquisitos y que valió la pena la tardanza". Ya casi a punto de traspasar la puerta y con un pie pisando la vereda, se dio vuelta y con un tono menos imperativo me pidió que lo acompañara.

—Si no está apurado y me quiere acompañar, podemos seguir charlando un poco más mientras caminamos hasta mi casa. No está muy lejos de aquí y la tarde está espléndida.

Sin dudarlo le dije sí y muy despacio rumbeamos hacia la avenida Santa Fe. Mientras caminábamos, hablamos de fútbol y política. Las veredas eran bastante angostas y yo lo acompañaba pegado a su lado derecho, del lado de la calle. Tardamos bastante en llegar y, para mi asombro, en esas cuadras que anduvimos juntos nadie lo reconoció. Era como si un fantasma, o el mismo demonio,

deambulara libre, sin cargo, sin culpa y camuflado de impunidad sin que nadie lograse verlo. Como un desconocido más, Suárez Mason paseaba manso y tranquilo por las calles de Buenos Aires. Hablamos un poco de todo. De Maradona y de Menem, acusó a Firmenich y rezongó contra Massera, cuestionó a la Iglesia, desconfió de los judíos y defenestró casi con perversión a todo periodista que mencionaba. Me quedó muy en claro el odio que tenía hacia la prensa.

La conversación se hizo más amena a medida que nos acercábamos a su domicilio. Se desplazaba mirando fijo hacia adelante y extremadamente atento a todo ruido que desentonara. Un bocinazo sonando cerca, un chico berreando junto a su madre, un insulto desaforado de un taxista hacia un colectivero que lo había arrinconado, y hasta el volumen al máximo de una radio en la que se escuchaba a cielo abierto, "Ayer nomás", de Moris y Pipo Lernoud, en un pequeño y colorido puesto de flores típico de Barrio Norte.

El entorno era muy distinto al de la guarida del Palacio Balcarce. Según lo había planificado, yo insistía en la misión que me había impuesto de buscar empatizar con Suárez Mason todo el tiempo que pudiera y aprovechando cualquier excusa. Sabía que todo segundo invertido en este vínculo podría allanar el camino hacia confidencias extraordinarias. Es decir, estaba dispuesto a correr los riesgos necesarios de este desafío con el solo propósito de alcanzar lo que había ido a buscar. No lo conseguiría de inmediato, tomaría su tiempo. Pero justamente el paso del tiempo jugaba en contra del general y poco a poco se convertiría en mi aliado. La consigna seguía intacta: en sus deseos de inmortalidad, el hombre de los grandes secretos se tentaría con revelarlos antes de morir.

Tardamos casi cuarenta minutos en llegar a su casa. Él estaba extenuado, arrastró los pies durante toda la última cuadra mientras trataba de apurarse porque quería ir al baño. "Parece que los scones venían recargados", me dijo con excesiva confianza. Yo no paraba de mirar hacia todos lados, me parecía increíble que nadie advirtiera su presencia. El tan temido militar no solo gozaba de la más absoluta libertad sino que, además, había logrado el camuflaje más conveniente: ser ignorado por el resto de los mortales.

Pocos metros antes de llegar, trastabilló con una baldosa suelta y casi se cae. Intenté tomarlo del brazo para evitar el porrazo pero rápidamente se enderezó y se recompuso solo, esquivando mi ayuda y lanzando una mirada fulminante y un gesto débil de fastidio. "Listo, llegamos. Gracias por acompañarme", me dijo, evidentemente apurado por subir a su departamento. Tocó timbre en el sexto piso K, y una voz de mujer le respondió:

—¿Cacho, sos vos?

—Estoy abajo. Despido a Sammartino y subo.

Después de hablar con su esposa por el portero eléctrico dio media vuelta para saludarme.

—Gracias por acompañarme. Estuvo buena la charla y también el paseo, aunque creo que no le fui de mucha utilidad.

Me lo dijo satisfecho, mientras estiraba su mano derecha. Le correspondí el saludo y mientras le apretaba la mano me atreví a insinuarle.

—No se olvide de mí, lo voy a volver a llamar, general. Usted tiene muchos secretos para contar.

Me miró a la cara, luego fijo a los ojos y retiró su mano en tanto me decía:

—Vamos despacio, Sammartino. Algunas vidas se construyen con secretos y yo aún necesito saber si estamos del mismo lado.

Se dio media vuelta y volvió a tocar timbre.

—Lita, abrime. Necesito ir al baño.

Los zurdos ya están en el poder

El año 1999 también significó un punto de inflexión para los militares y civiles responsables de crímenes durante los años setenta. El poder político gobernante había decidido esquivar todo tipo de conflictos con los uniformados y mirar para un costado, otorgándoles una protección excepcional a través de veinte decretos sancionados el 6 de octubre de 1989 y el 30 de diciembre de 1990 por el entonces presidente Carlos Menem. Más de mil doscientas personas fueron indultadas.

Pero con la renovación presidencial y tras dos mandatos, el caudillo riojano se quedaba sin poder luego de más de diez años como presidente. Menem dejaría la Casa Rosada en manos de los líderes de la Alianza que conformaron Fernando de la Rúa y Carlos "Chacho" Álvarez, que en los comicios del 24 de octubre de 1999 obtuvieron una clara victoria al recibir el 48,37 % de los votos.

Pocos días después de la asunción del nuevo gobierno busqué a Suárez Mason para hablar del tema, y luego de varios intentos finalmente me atendió el llamado, un domingo ya entrada la noche.

—Sammartino, solo usted es capaz de animarse y llamarme a esta hora.

Me dijo sin saludar, apenas escuchó mi voz. Pero de alguna manera tolerando la molestia.

—Lo estuve buscando pero nadie me respondía en su casa. Tenemos nuevo presidente y quería saber lo que opinaba. Si quiere, lo llamo otro día...

Trataba de robarle alguna respuesta y no me defraudó.

—Sammartino, los zurdos ya están en el poder. De la mano de Chacho Álvarez y compañía, los zurdos que derrotamos en los setenta llegaron para quedarse. Cambió la mano para nosotros.

Se lo escuchaba apesadumbrado. Más adelante pude saber de su boca que por esos días había intensificado sus reuniones. El motivo: a través de encuentros realizados en reserva en su casa, planificaba junto a camaradas, amigos y abogados, la protección y el cuidado de su propia vida. Es más, la intención de volver a escaparse del país fue una alternativa latente que solo descartó por el pedido de su esposa. Antes de cortar la llamada, murmuró con algo más de alivio.

—Por suerte también se fue Balza. Demasiado daño le hizo al Ejército.

Anoté la breve charla en mis apuntes y me fui a descansar. La comunicación duró menos de cinco minutos pero me sentía satisfecho, porque aún continuaba en contacto y porque me había dejado dos frases contundentes para destacar.

Cuando se refirió a: "Los zurdos ya están en el poder", se estaba enfocando prioritariamente en Chacho Álvarez. Decía que con él la izquierda llegaba a lo más alto del gobierno. Según sus argumentos, los que habían combatido con las armas hacía veinte años y habían sido derrotados por los militares, ahora eran elegidos democráticamente para ocupar importantes puestos ejecutivos y parlamentarios.

—Este país de mierda no se merece todo lo que hicimos. Los malos van a terminar gobernando y nosotros nos vamos a morir sin ningún premio.

Cuando Suárez Mason dijo "por suerte se fue Balza", no disimulaba su odio. En abril del 2000 lo denunciaría por "omisión de denuncia o encubrimiento militar" ante el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas a raíz de sus declaraciones judiciales en las que habría admitido conocer la existencia de un plan sistemático de robo de bebés nacidos en cautiverio durante la última dictadura militar.

Por entonces, los abogados de Suárez Mason, Jorge Olivera y Jorge Appiani, justificaron el reclamo del exmilitar al considerar que Balza incurrió en encubrimiento al no haber denunciado durante su carrera militar, en la cual se destacan sus ocho años como jefe del Ejército, tener conocimiento de la supuesta maniobra ilegal con menores que, al menos, habría sucedido en Campo de Mayo y bajo las órdenes del general Santiago Riveros.

Balza rechazó la decisión del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas de declararse competente en las causas que sustanciaba la justicia civil. "Cuando me enteré, me causó sorpresa, parece que la historia vuelve a repetirse como si aquí no hubiera pasado nada. Y pasaron muchas cosas y muy graves... Qué poco hemos aprendido", sostuvo.

Balza recordó que hacía tiempo había calificado de horroroso y perverso el dictamen mediante el cual, en 1987, el Consejo Supremo había justificado la represión ilegal ocurrida entre 1976 y 1983. La carrera del general Martín Balza terminó de la mano del gobierno de Carlos Menem: se desempeñó como jefe del Estado Mayor General del Ejército desde el 4 de noviembre de 1991 hasta el 10 de diciembre de 1999.

Suárez Mason lo detestaba profundamente porque había sido el primer militar de alto rango en reconocer públicamente las violaciones sistemáticas a los derechos humanos de la última dictadura, ordenando además a sus soldados desobedecer las órdenes inmorales que recibieran. Durante su gestión se eliminó el servicio militar obligatorio en Argentina.

En su último discurso como jefe militar Balza pronunció su cuarta autocrítica sobre la actuación de las Fuerzas Armadas en la lucha antisubversiva: "Una vez más pido perdón a la sociedad por los aberrantes actos cometidos por pocos, por muy pocos, en una represión inmoral y por las equivocaciones de quienes debieron haberlos impedido o castigado", dijo Balza el 14 de septiembre de 1999. Y agregó:

> Somos herederos de un Ejército con un pasado de luces y sombras que ha aceptado las críticas, aun las más ingratas e injustas con humildad y casi con agradecimiento porque muchas de ellas no han sido solo de los vandálicos terroristas, que hasta públicamente confesaron y se jactaron de sus crímenes, sino que fueron hechas por dignas instituciones y por hombres de bien. [...] Una vez más, como jefe del Estado Mayor, la responsabilidad que en el pasado le cupo al Ejército por todo lo que como institución no supo hacer por vacilación, por errada valoración de los acontecimientos o por debilidad. [...] El Ejército seguirá dando los pasos necesarios hacia la ansiada reconciliación. Es lamentable que algunos que

ejercen grandes responsabilidades digan que el Ejército debe callar en su reconocimiento del pasado, que ya dijo todo y que no hubo reciprocidad. Me pregunto: ¿reciprocidad de quién? ¿De los terroristas y criminales? Allá ellos con su conciencia. No nos priven de nuestras motivaciones, de nuestro entusiasmo y de nuestra vocación de servicio para contribuir con la Argentina que todos anhelamos para el próximo siglo.

Cada vez que Balza hablaba, Suárez Mason se sentía aludido.

Todo había comenzado el martes 25 de abril de 1995, en un estudio de televisión durante el programa de Bernardo Neustadt, *Tiempo nuevo*, cuando el entonces teniente general y jefe del Estado Mayor del Ejército por primera vez pidió perdón por los crímenes cometidos por integrantes de esa fuerza durante la dictadura, en un antes y un después en la relación del Ejército con la sociedad. A continuación Balza se abocó a leer una extensa declaración:

El difícil y dramático mensaje que deseo hacer llegar a la comunidad argentina busca iniciar un diálogo doloroso sobre el pasado, un diálogo doloroso que nunca fue sostenido y que se agita como un fantasma sobre la conciencia colectiva, volviendo como en estos días irremediablemente de las sombras donde ocasionalmente se esconde.

Nuestro país vivió en la década del setenta, una década signada por la violencia, por el mesianismo y por la ideología; una violencia que se inició con el terrorismo, que no se detuvo siquiera en la democracia que vivimos entre 1973 y 1976, y que desató una represión que hoy estremece.

En la historia de los pueblos, aun los pueblos más cultos, existen épocas duras, oscuras, casi inexplicables. No fuimos ajenos a ese destino que tantas veces parece alejar a los pueblos de lo digno, de lo justificable.

Ese pasado de lucha entre argentinos, de muerte fratricida, nos trae a víctimas y victimarios desde el ayer, intercambiando su rol en forma recurrente, según la época, según la óptica, según la opinión dolida de quienes quedaron con las manos vacías por la ausencia irremediable e inexplicable.

Esta espiral de violencia creó una crisis sin precedentes en nuestro joven país. Las Fuerzas Armadas, dentro de ellas el Ejército, por quien tengo la responsabilidad ineludible de hablar, creyó erróneamente que el cuerpo social no tenía anticuerpos necesarios para enfrentar el flagelo, y con la anuencia de muchos tomó el poder, una vez más, abandonando el camino de la legitimidad constitucional.

El Ejército, instruido y adiestrado para la guerra clásica no supo cómo enfrentar desde la ley plena al terrorismo demencial. Este error llevó a privilegiar la individualización del adversario, su ubicación por encima de la dignidad, mediante la obtención, en algunos casos, de esa información por métodos ilegítimos, llegando incluso a la supresión de la vida, confundiendo el camino que lleva a todo fin justo y que pasa por el empleo de medios justos. Una vez más reitero: el fin nunca justifica los medios.

Algunos, muy pocos, usaron las armas para su provecho personal. Sería sencillo encontrar las causas que explicaran estos y otros errores de conducción (porque siempre el responsable es el que conduce), pero creo con sinceridad que ese momento ha pasado y es la hora de asumir las responsabilidades que correspondan.

El que algunos de los integrantes, de sus integrantes, deshonraran un uniforme que eran indignos de vestir, no invalida en absoluto el desempeño abnegado y silencioso de los hombres y mujeres del Ejército de entonces.

Han pasado casi veinte años de hechos tristes y dolorosos, sin duda alguna ha llegado la hora de empezar a mirarlos con ambos ojos. Al hacerlo, reconoceremos no solo lo malo de quien fue nuestro adversario en el pasado, sino también nuestras propias fallas.

Siendo justos, miraremos y nos miraremos. Siendo justos, reconoceremos sus errores y nuestros errores. Siendo justos, veremos que del enfrentamiento entre argentinos somos casi todos culpables, por acción u omisión, por ausencia o por exceso, por anuencia o por consejo.

Cuando un cuerpo social se compromete seriamente, llegando a sembrar la muerte entre compatriotas, es ingenuo intentar encontrar un solo culpable, de uno u otro signo, ya que la culpa en el fondo está en el inconsciente colectivo de la Nación toda, aunque resulte fácil depositarla entre unos pocos para liberarnos de ella.

Somos realistas, y a pesar de los esfuerzos realizados por la dirigencia política argentina, creemos que aún no ha llegado el ansiado momento de la reconciliación.

Lavar la sangre del hijo, del padre, del esposo, de la madre, del amigo, es un duro ejercicio de lágrimas, de desconsuelo, de vivir con la mirada vacía, de preguntarse por qué, por qué a mí, y así volver a empezar cada día.

Quienes en este trance doloroso perdieron a los suyos, en cualquier posición y bajo cualquier circunstancia, necesitarán generaciones para aliviar las pérdidas, para encontrarle sentido a la reconciliación sincera. Para ellos no son estas palabras, porque no tengo palabras, solo puedo ofrecerles respeto, silencio ante el dolor, y el firme compromiso de todo mi esfuerzo para un futuro que no repita el pasado. Para el resto, para quienes tuvimos la suerte de no perder lo más querido en la lucha entre argentinos, es que me dirijo pidiéndoles a todos y a cada uno, en la posición en que se encuentren ante este drama de toda la sociedad, responsabilidad y respeto.

Responsabilidad, para no hacer del dolor la bandera circunstancial de nadie. Responsabilidad, para que asumamos las culpas que nos toquen en el hacer, o en el dejar de hacer de esa hora. Respeto, por todos los muertos. Dejar de acompañarlos con los adjetivos que arrastran unos y otros durante tanto tiempo. Todos ellos han rendido sus cuentas, allí donde solo se cuenta la verdad.

Las listas de desaparecidos no existen en la Fuerza que comando. Si es verdad que existieron en el pasado, no han llegado a nuestros días. Ninguna lista traerá en la mesa vacía de cada familia el rostro querido. Ninguna lista permitirá enterrar a los muertos que no están, ni ayudar a sus deudos a encontrar un lugar donde rendirles un homenaje.

Sin embargo, sin poder ordenar su reconstrucción por estar ante un hecho de conciencia individual, si existiera en el Ejército alguien que dispusiera de listados, o a través de su memoria, la capacidad de reconstruir el pasado, le aseguro a ese alguien, públicamente, la reserva correspondiente y la difusión de las mismas bajo mi exclusiva responsabilidad.

Este paso no tiene más pretensión que iniciar un largo camino, es apenas un aporte menor de una obra que solo puede ser construida entre todos, una obra que algún día culmine con la reconciliación entre los argentinos. Estas palabras las he meditado largamente y sé que al pronunciarlas dejaré siempre a sectores disconformes. Asumo ese costo, convencido de que la obligación del ahora y el cargo que tengo el honor de ostentar me lo imponen.

Sin embargo, de poco serviría un mínimo sinceramiento si al empeñarnos en revisar el pasado no aprendiéramos para no repetirlo nunca más en el futuro. Sin buscar palabras innovadoras, sino apelando a los viejos reglamentos militares, aprovecho esta oportunidad para ordenar una vez más al Ejército, en presencia de toda la sociedad: nadie está obligado a cumplir una orden inmoral o que se aparte de las leyes y de los reglamentos militares. Quien lo hiciera incurre en una inconducta viciosa, digna de la sanción que su gravedad requiera. Sin eufemismos, digo claramente: delinque quien vulnera la Constitución Nacional. Delinque quien imparte órdenes inmorales. Delinque, quien cumple órdenes inmorales. Delinque quien para cumplir un fin que cree justo emplea medios injustos e inmorales.

La comprensión de estos aspectos esenciales hace a la vida republicana de un Estado, y cuando ese Estado peligra, no es el Ejército la única reserva de la Patria, palabras dichas a los oídos militares por muchos, muchas veces.

Por el contrario, estoy firmemente convencido de que las reservas que tiene una Nación nacen de los núcleos dirigenciales de todas sus instituciones, de sus claustros universitarios, de su cultura, de su pueblo, de sus instituciones

políticas, religiosas, sindicales, empresarias y también de sus dirigentes militares.
Comprender esto, abandonar definitivamente la visión apocalíptica, la soberbia, aceptar el disenso y respetar la voluntad soberana, es el primer paso que estamos transitando desde hace años, para dejar atrás el pasado, para ayudar a construir la Argentina del futuro, una Argentina madurada en el dolor, que pueda llegar algún día al abrazo fraterno.
Si no logramos elaborar el duelo y cerrar las heridas no tendremos futuro. No debemos negar más el horror vivido, y así poder pensar en nuestra vida como sociedad hacia adelante, superando la pena y el sufrimiento.
En estas horas cruciales para nuestra sociedad quiero decirles como jefe del Ejército, que asegurando su comunidad histórica como institución de la Nación, asumo nuestra parte de la responsabilidad de los errores en esta lucha entre argentinos que hoy nos vuelve a conmover.
Asumo toda la responsabilidad del presente y toda la responsabilidad institucional del pasado. Soy consciente de los esfuerzos que realizamos todos con vistas al futuro, por ello agradezco en este día a los hombres y mujeres que tengo el orgullo de comandar.
Ellos representan la realidad de un Ejército que trabaja en condiciones muy duras, respetuosos de la institución republicana, y poniendo lo mejor de sí al servicio de la sociedad.
Pido la ayuda de Dios, al Dios como yo lo entiendo, al Dios como lo entienda cada uno. Y pido la ayuda de todos los hombres y mujeres de nuestro amado país para iniciar el tránsito del diálogo que restaure la concordia en la herida de la familia argentina.
Señoras, señores, muchas gracias.

Años más tarde, desde su función de embajador en Costa Rica durante el gobierno de Cristina Kirchner, afirmaría: "Muchos me han dicho traidor. ¿A quién traicioné? Yo no juré defender a Videla". Al referirse al inicio de la violencia institucional en Argentina acusaría, entre otros, a su archienemigo Suárez Mason: "El 16 de junio de 1955, armas de la patria fueron empleadas contra objetivos civiles. A partir de eso no nos podemos sorprender mucho de por qué pasó lo de 1976. Se militarizó la violencia. [...] Quienes actuaron en el golpe del 76 habían sido capitanes en el 55. Y el germen estaba ahí: Videla, Riveros, Suárez Mason, Díaz Bessone. ¿Estos eran asesinos natos acorde a la teoría de Lombroso? ¿Eran monstruos? No, cometían atrocidades pero no eran monstruos. Usted los veía elegantes, con amigos, iban a misa. Por eso pasó lo que pasó",

sentenció Martín Balza ya retirado del Ejército y con su adversario Suárez Mason ya fallecido.

Preso en la causa por el robo de bebés

A pesar de los cambios políticos, Suárez Mason confiaba en que su suerte no lo abandonaría. A esa altura de los acontecimientos, y con la trágica historia que arrastraba en sus 75 años, todavía conservaba una personalidad fulminante. Una indescifrable mezcla de soberbia y carácter irascible, que fluía a borbotones en cada gesto y en todas, absolutamente todas sus miradas. La estampa y el talante de aquellos viejos tiempos de verdugo de la dictadura persistían intactos.

Pero finalmente llegó el día.

Como a todo ser humano de carne y hueso, y a contramano de sus deseos, ese carácter de infalibilidad se esfumó. No pudo o no quiso ver que su existencia lentamente comenzaba a dar los pasos en la pendiente cuesta abajo de sus últimos años de vida.

El viernes 3 de diciembre de 1999, el juez federal Adolfo Bagnasco comenzaría el inédito periodo de investigar la causa vinculada con la búsqueda de los responsables intelectuales por el robo de bebés durante la dictadura militar. Las palabras "apropiación de menores" comenzarían a resonar con fuerza en todos los ámbitos de la justicia, los medios de comunicación y en la sociedad entera.

La búsqueda de información se orientaba a todo dato que condujera a dicha práctica sistemática que se concretó a través del secuestro, la desaparición y el ocultamiento de la identidad de hijos de personas detenidas y luego desaparecidas. Muchos de esos bebés habían nacido en partos clandestinos y fueron entregados ilegalmente en adopción.

Abuelas de Plaza de Mayo es la principal organización de derechos humanos en impulsar la búsqueda y recuperación de aproximadamente 510 niños desaparecidos bajo esas circunstancias. Según consta en los últimos registros documentales, hasta octubre de 2025 se ha restituido la identidad de 140 personas secuestradas en su niñez.

Todo había comenzado con la denuncia de seis Abuelas de Plaza de Mayo contra Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera, Reynaldo Benito Bignone y Cristino Nicolaides, y contra varios oficiales de alto rango, como Antonio Vañek, Héctor Febres y Jorge "el tigre" Acosta, entre otros.

Como era de esperar, Suárez Mason también fue acusado por ser el responsable máximo de la zona en la que se produjo la mayor cantidad de robos de bebés. Se lo inculpaba además, por la existencia de un plan sistemático para el robo de criaturas y se lo procesó por entonces como responsable mediato por los delitos de supresión de identidad y sustracción de doce bebés nacidos en cautiverio entre diciembre de 1976 y noviembre de 1978, cuando se desempeñaba como comandante del I Cuerpo de Ejército y jefe de la Zona 1.

El rigor de la justicia se convertiría en un mazazo para Suárez Mason y su fortuna jamás se volvería a revertir. El fin de año de 1999 se convertiría en un punto de inflexión para él. En poco tiempo, el poderoso general no solo perdería para siempre los beneficios otorgados por su protector riojano sino que también dejaría de pasearse impunemente por las calles de Buenos Aires. Su suerte estaba echada. Desde distintas partes del mundo comenzaron a reclamar la captura de Suárez Mason por haber cometido delitos de lesa humanidad.

* * *

El viernes 3 de diciembre de 1999 Suárez Mason llegó al juzgado a las 9.45 de la mañana. Vestía un traje gris claro y anteojos oscuros. Debía responder ante el juez federal Adolfo Bagnasco en su

despacho del cuarto piso de Comodoro Py, en los tribunales de Retiro. Era un día soleado y el calor ya insinuaba los tramos finales de la primavera. El lugar estaba plagado de agentes de seguridad. Custodios y policías iban y venían de juzgado en juzgado protegiendo a cada represor militar que acudía a declarar y dar su versión sobre lo ocurrido más de dos décadas atrás. Afuera había poca gente, solo algunos militantes de izquierda.

El exjefe del I Cuerpo de Ejército llegó a la cita visiblemente molesto. Se mostraba serio y enojado. A paso lento y con la mirada enfocada en el suelo, se desplazó esforzado, resistiendo los insultos de los que habían llegado temprano para hostigarlo. Minutos antes, justo en la puerta al salir de su casa, había sufrido un altercado con una periodista. "No me arrepiento de nada", contestó exaltado y con furia en un grito echado al aire para luego subirse a un taxi. Sería la última vez en que Suárez Mason dijera públicamente algo que no le convenía. De alguna manera comenzaba a percibir que estaba en las postrimerías su libertad plena.

Hacia el mediodía, comenzó a responder las primeras preguntas del juez. Lucía sereno y estaba atento a cada pregunta. Hablaba despacio, midiendo sus palabras y mirando directo a los ojos del juez. Al encuentro acudió acompañado de sus abogados, Olivera y Appiani, con quienes previamente había analizado durante dos horas todas las pruebas que había en su contra en el expediente.

Para evitar la indagatoria, los letrados del general habían intentado un ardid presentando una medida por falta de acción argumentando que "cuando Suárez Mason fue extraditado desde Estados Unidos en 1988, debió haber sido advertido de las imputaciones que se le formularían". Según sus abogados, el tratado que permitió su llegada al país no autorizaba que fuera juzgado por hechos anteriores o distintos a los que motivaron la extradición. Reclamaron, además, que el exmilitar había sido indultado por el presidente Carlos Menem.

Por su parte, el fiscal Eduardo Freiler rechazó todos los planteos presentados logrando que el juzgado los desestimara *in limine*, ya que "mal podrían haberle advertido sobre una causa que se inició

recién en 1996". Además, "los delitos contra menores estuvieron excluidos de los decretos de indulto", recordó el juez Bagnasco.

Durante el interrogatorio Suárez Mason se excusó afirmando no tener conocimiento de la existencia de nacimientos de hijos de mujeres detenidas bajo su mando: "Para que nazca un chico se debe contar con la instalación adecuada y de haber ocurrido un caso así el comandante de subzona debió habérmelo informado", se justificó.

Negó además saber algo de ninguno de los doce casos de mujeres embarazadas que se le imputaban. Todas ellas estuvieron detenidas en los centros clandestinos que funcionaron en la comisaría V de La Plata, el Pozo de Banfield, La Cacha y Automotores Orletti. Entre los casos mencionados, se citaban a la madre uruguaya Sara Méndez, el nieto o nieta del poeta Juan Gelman y el nieto de Estela Carlotto, la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo. "Quiero aclarar que en ningún momento se me informó acerca de ese nacimiento", respondió taxativamente en referencia a este último caso.

En su declaración Suárez Mason aseguró que nunca existió un plan sistemático de robo de bebés. Aprovechó la ocasión también para entregarle en persona al juez Bagnasco las copias de numerosos partes de guerra secretos. Pretendía desvincularse de las acusaciones que pesaban sobre él achacando las responsabilidades sobre el resto de sus subordinados.

"A fin de que pudieran manejarse independientemente, se les otorgó la responsabilidad primaria, directa e indelegable de la totalidad de las operaciones militares y de seguridad", acusó sin inmutarse y culpando a los jefes de subzonas y de áreas que estuvieron bajo su mando. Según su relato, sus órdenes quedaban a la interpretación libre y conveniente de cada uno de sus subalternos pese a la rigidez que la cadena de mandos militar exige por su misma naturaleza. Por esta y otras actitudes similares a lo largo de su carrera e historia de vida, Suárez Mason sería denostado por sus pares militares, tanto superiores como subalternos.

Cuando le llegó el turno de referirse a la existencia de centros clandestinos de detención dijo que "no eran centros de detención sino lugares de interrogatorio" y descartó, además, su presencia en

alguno de ellos: "Nunca visité ninguno. Los detenidos permanecían allí solo algunos días y luego eran puestos a disposición del Poder Ejecutivo o quedaban en libertad".

Ante Bagnasco reconoció que bajo su mando "estuvieron detenidos cerca de cinco mil personas de ambos sexos, nunca hubo menores". En su descargo final, Suárez Mason dejaría constancia expresa de estar "desocupado y vivir de la pensión de su esposa", aprovechando también la ocasión para denunciar al Ejército porque no le pagaba el sueldo de general.

Después de cinco horas de declaración testimonial, el juez Adolfo Bagnasco determinó que Suárez Mason quedara detenido con prisión preventiva en las dependencias militares de Campo de Mayo. En menos de dos semanas, y a pesar de que el robo de bebés había sido calificado por el magistrado como el delito más aberrante, le concedió al general el beneficio del arresto domiciliario luego de considerar que le correspondía por ser mayor de 70 años y sufrir desde hacía diez años una isquemia cardíaca. Así, Suárez Mason retornó a su departamento en Barrio Norte en carácter de detenido con prisión domiciliaria.

Pese a que nunca llegaría a ser condenado, desde aquel viernes 3 de diciembre de 1999, el exjefe del Primer Cuerpo de Ejército quedaría preso hasta su muerte.

Tras conocer la decisión del juez Bagnasco, y a pocas horas de lograr el beneficio de la prisión domiciliaria, Suárez Mason dijo al diario *La Nación*:

> No me consta que se hayan robado bebés. Veo una persecución contra la fuerza en general, no contra mi persona en particular.

Justicia globalizada

El amo y señor de la represión jamás llegó a sospechar que la condena terrenal en vida le llegaría desde los fueros internacionales. Lo que la justicia argentina no fue capaz de lograr, y lo que la política nacional siempre pretendió eludir, el resto del mundo, sin querer ser cómplice, lo hizo.

Una paradoja: el general que en 1984 se había fugado al extranjero porque "no quería ser el pato de la boda" y no aceptaba ser juzgado por la justicia local, era condenado en Italia a reclusión perpetua y desde España y Alemania reclamaban su captura y extradición por hallarlo responsable de haber cometido crímenes de lesa humanidad. Lamentablemente, en Argentina, los poderosos se mostraron despreocupados y muchos se hicieron los distraídos. A los jueces les faltó coraje y a los políticos les sobró conveniencia.

En noviembre de 1999 el juez español Baltasar Garzón solicitó el pedido de captura internacional de Suárez Mason. En su resolución judicial de 300 páginas, el magistrado resumía lo actuado a lo largo de tres años y medio de investigación. En dicha causa, además de Suárez Mason se reclamaba la captura internacional de los miembros de las juntas militares y de los jefes de las zonas militares de la Capital Federal, La Pampa, el Nordeste, el Centro y el Noroeste del país. En su escrito el juez español dictaminaba:

> Una vez averiguado el paradero de cualesquiera de los procesados, debe ser ejecutada por la autoridad policial y judicial que corresponda, incluido, por supuesto, la del país de la nacionalidad de los procesados, dado el carácter extraterritorial de los presuntos delitos que se imputan y los convenios multilaterales y bilaterales en vigor.

El listado difundido oficialmente por Baltazar Garzón estaba compuesto por 98 nombres: Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera, Omar Rubens Graffigna, Armando Lambruschini, Leopoldo Fortunato Galtieri, Jorge Isaac Anaya, Basilio Lami Dozo, Cristino Nicolaides y Carlos Guillermo Suárez Mason, eran los más resonantes. Pero además figuraban Jorge Olivera Rovere, Antonio Domingo Bussi, Ramón Genaro Díaz Bessone, Luciano Adolfo Jáuregui, Juan Carlos Trimarco, Luciano Benjamín Menéndez, José Antonio Vaquero, Jorge Eduardo Acosta Aubone, Jorge Raúl Vildoza Ostini, Carlos Eduardo Daviou, Luis María Mendía, Jorge Enrique Perren, Carlos José Pazo, Jorge Raúl González, Gonzalo Torres de Tolosa, Rubén Oscar Franco, José Antonio Suppisich, José María Arriola, Olegario Menéndez Salvio, Alfredo Ignacio Astiz, Antonio Pernías, Juan Carlos Rolón, Jorge García Velazco, Pablo Eduardo García Velazco, Francis Williams Whamond, Ricardo Corbeta, Raúl Enrique Scheller, Alejandro Spinelli, Miguel Ángel Benazzi Berisso, Hugo Damario, Adolfo Miguel Donda Tigel, Fernando Enrique Peyón, Francisco Lucio Rioja, Alberto González Menotti, Jorge Carlos Radice, Néstor Omar Savio, Wis Navarro, Aníbal Mazzola, Víctor Cardo, Orlando González, Carlos Octavio Capdevilla, Jorge Luis Magnacco, Guillermo Antonio Minicucci, Juan Carlos Coronel, Néstor Enrique Weber Olmos-Cortina, Roberto Oscar González, Carlos Pérez, Juan Carlos Linares, Pedro Salvia, Roberto Naya, Héctor Antonio Febres, Roberto Rubén Carnot, Gonzalo Sánchez, Juan Antonio Azic, Adolfo Francisco Scilingo, Antonio Ávila, José Rubén Lofiego, Alberto Vitantonio, Agustín Feced, Ángel Jesús Farías, Víctor Hermes Brusa, Eduardo Alberto Ramos, Mario José Fasino, Juan Calixto Perizzoti, María Eva Aevis, Juan Orlando Rolón, Héctor Romeo Colombini, Luis Santiago Martella, Fernando Humberto Santiago, Jorge Antonio Maradona, Raúl Fernández Cutielo, Antonio Llanos, Alberto Luis Cattáneo, Eugenio Antonio Barrozo o Barroso, Robinson Luis Vera, Mario Albino Zimmerman, Antonio Arrechea, teniente coronel Cafarena, Benito Palomo, segundo comandante de Gendarmería La Fuente, Risso Avellaneda, Roberto Heriberto Albornoz, Augusto Neme, José Roberto Abba, Héctor Mario Schwab, Luis Fabián

Rodríguez Quiroga, Félix Arturo González Naya, Américo Gómez e Ismael Haouache.

* * *

Mientras tanto en Argentina, ya había ganado Fernando de la Rúa en primera vuelta. En ese contexto, y ante el sorpresivo pedido de Baltasar Garzón, de forma inmediata el presidente Menem, antes de dejar el poder, se apresuró en contestarle al magistrado español: "No vamos a dejar que nos colonialicen judicialmente". Cuestionó la intromisión del español como una "injerencia absurda en los asuntos de un país soberano como el nuestro" y lo acusó de "hacer vedettismo en todo el mundo" y de "dañar la soberanía de los países" al procesar conjuntamente a militares chilenos y argentinos por crímenes cometidos durante ambas dictaduras.

Por su parte, desde la oposición liderada políticamente por la Alianza, el presidente electo De la Rúa se mostró cercano a la posición oficial esgrimida por Menem: "No se justifica la intervención de una jurisdicción extranjera cuando actúa la jurisdicción argentina en el marco de su soberanía y de sus propias leyes".

El propio expresidente Alfonsín a través de su vocero, Federico Polak, también quiso referirse al pedido de captura internacional y extradición de Baltasar Garzón suscribiendo el principio de territorialidad y calificando la medida impuesta por el juez español como de "dislate absoluto". Al mismo tiempo, desde el Congreso, diputados frepasistas e integrantes del nuevo gobierno de la Alianza se oponían de manera terminante a los argumentos esgrimidos por los voceros de Menem y De la Rúa. A través de los legisladores nacionales Jorge Rivas, Alfredo Bravo, Marcela Bordenave, Jorge Giles, Héctor Polino, Héctor Giustiniani y Gustavo Galland se suscribió un proyecto de resolución por el cual se pedía al Poder Ejecutivo que "se dé curso a la orden de búsqueda y captura internacional para extraditar a todos los ciudadanos argentinos procesados" en la causa de Baltasar Garzón.

Desde el ámbito militar se opusieron a viva voz: "Es una insolencia y un atentado contra la soberanía", calificaba el excomandante del III Cuerpo de Ejército durante la dictadura, Luciano Benjamín Menéndez. "Es ridículo. Al paso que vamos, volvemos a la colonia: los hechos de la Argentina se juzgan en la metrópoli. Todos los argentinos deberían sentirse afectados. Se están buscando elementos para seguir manteniendo activa esta agresión para los que combatimos a la subversión marxista", opinó Menéndez, por entonces, compañero estrecho y amigo personal de Suárez Mason.

Pero los días finales de 1999 serían más inquietantes para el exjefe del I Cuerpo de Ejército. No solo España pediría su captura internacional, también la justicia italiana lo procesaría junto a otros seis militares argentinos, acusándolos del asesinato de siete ciudadanos italianos y la desaparición de un bebé. En su sentencia en esta causa, el juez de indagaciones preliminares Claudio D'Ángelo, afirmaría que en todos los casos se trató de delitos políticos cometidos contra ciudadanos italianos:

> Considerando la naturaleza política de los crímenes imputados, que encuentran su raíz en la despiadada opresión de la oposición, con la sistemática supresión de los opositores a la dictadura militar y casi siempre de su cadáver, represión y supresión científicamente deliberada y actuada por la Junta Militar; y considerando el interés del Estado italiano y del respectivo gobierno de ver garantizados y no suprimidos con la exterminación física de sus portadores, los derechos inviolables de los ciudadanos italianos.

De esta manera, el pedido de enjuiciamiento del magistrado italiano alcanzó a los generales Guillermo Suárez Mason y Santiago Riveros, ambos responsables de la primera y la cuarta zona militar de Argentina, respectivamente, al entonces jefe de la Prefectura Carlos Gerardi y a cuatro de sus subordinados: Luis Porchetto, Alejandro Puertas, Oscar Héctor Maldonado y Roberto Rossin.

A causa de este mismo proceso judicial, en junio del año 2000, Suárez Mason se negaría a viajar a Italia. "Le dije a Bagnasco que habiendo un caso de un supuesto menor sustraído investigado en

Italia y acá, quiero que primero se resuelva acá. Por eso no quiero ir a Italia", afirmó públicamente a través del diario *La Nación*, mientras se hallaba cumpliendo arresto domiciliario por orden del juez federal Adolfo Bagnasco.

En una nota enviada al tribunal italiano, el propio general se ampararía en su arresto domiciliario para justificar su ausencia. "La carta comunicaba que yo había sido procesado acá, lo que impedía que viajara, como habría preferido. En los dos lugares hay causas judiciales de diferente índole y una, la del presunto nieto de Carlotto, que es igual. Con el sobreseimiento de acá, quiero ir allá. No me preocupa un juicio en Italia y no lo puedo evitar. Tengo que ir con las cosas resueltas acá. No quiero problemas de menores, y menos en Italia", explicó.

Antes de finalizar el año 2000 Suárez Mason sería condenado en Italia a la pena de prisión perpetua acusado como mandante del secuestro y asesinato de seis ciudadanos italianos: Luis Alberto Fabbri, Daniel Jesús Ciuffo, Pedro Mazzochi, Roberto Julio Morresi, Laura Carlotto y su hijo Guido (que luego sería reconocido como el nieto de Estela de Carlotto), que nació en el Hospital Militar de Buenos Aires. La investigación italiana duró 17 años y su fallo fue considerado histórico: "Se ha perforado el muro de la impunidad. Hemos dado otro paso en la globalización de la Justicia contra los genocidas", declaró en aquel tiempo Estela Carlotto, titular de las Abuelas de Plaza de Mayo.

Luego de conocer la sentencia, entrevistado en Buenos Aires por la agencia italiana ANSA, Suárez Mason se adelantó en desconocer el fallo: "Se violó el principio de territorialidad que rige en la Argentina. Yo no fui juzgado, ya que el 30 de diciembre de 1990 sobrevino un indulto".

Pero sus problemas judiciales no terminaban allí. Se sumaban denuncias y reclamos de juzgados nacionales e internacionales. Después de tantos años de impunidad, finalmente su nombre y sus delitos se habían visibilizado. El general ya no era aquel monstruo agazapado amenazante y dispuesto a atacar y matar. Ahora era un viejo enclenque y deprimido que se escondía, vivía encerrado. Eran otros tiempos.

Mientras Suárez Mason esquivaba los juicios y sentencias que venían de España e Italia, y era encarcelado por el robo de bebés durante la dictadura, en los cines argentinos se estrenaba *Garage Olimpo*, una película argentina-italiana dirigida por Marco Bechis y protagonizada por Antonella Costa, Carlos Echevarría, Enrique Piñeyro y Dominique Sanda. La historia narra la detención ilegal, tortura y muerte de María, una activista política y alfabetizadora de adultos en las zonas pobres de la ciudad de Buenos Aires durante la dictadura. Luego de su detención, María es trasladada a un centro clandestino de detención conocido como Garage Olimpo. El padre de María ha muerto y para sostener la enorme casa familiar, su madre alquila las habitaciones de la misma. Cierto día, un grupo comando militar vestido de civil irrumpe abruptamente en el lugar y secuestra a la joven para llevarla detenida por la fuerza. En el lugar de arresto se encuentra con Félix, inquilino de su madre, que está enamorado de ella pero que resulta ser finalmente uno de los encargados de torturarla.

Con gran éxito, la película se estrenó en Buenos Aires el jueves 2 de septiembre de 1999 y rápidamente cobró notoriedad instalándose como uno de los filmes más emblemáticos y representativos de los trágicos acontecimientos sufridos durante la dictadura. Su director se inspiró en su propia experiencia de vida como detenido en el centro clandestino de detención del Club Atlético.

En abril de 1977, con tan solo 20 años de edad, Bechis fue secuestrado y trasladado a un centro clandestino por un grupo de tareas, mientras se encontraba en la puerta del colegio Mariano Acosta, donde cursaba el profesorado para cumplir el sueño de ser maestro. Hacía tres semanas que había regresado de Italia, donde su padre se desempeñaba en un alto cargo en Fiat. Estuvo detenido en el Club Atlético cerca de diez días, luego fue transferido a una cárcel y finalmente, gracias a su doble nacionalidad, fue enviado a Italia.

Anoticiados del secuestro de su hijo a través de una cadena de conocidos, sus padres viajaron de inmediato a la Argentina para reunirse de urgencia con viejos y poderosos amigos de entonces. Entre ellos, se encontraban Roberto Rocca, presidente de Techint, y

el empresario Franco Macri, padre del expresidente Mauricio Macri. "Tanto mi madre, como mi padre, se movieron inmediatamente y lograron entrar en contacto con Suárez Mason a través de Franco Macri", reveló en una entrevista el director y guionista. "Por tener contactos con Suárez Mason, Franco Macri salvó mi vida", reconocería Bechis luego de señalar que el empresario ítalo-argentino fue quien encontró una vía de contacto con el general Suárez Mason a través de otro conocido suyo, Billy Reynal, dueño de la compañía aérea Austral.

"De Franco Macri no voy a decir que éramos amigos, pero él viajaba a Milán y cuando me liberaron y regresé a Italia me quiso conocer. Para él yo era un bicho raro. Los empresarios sabían algo de lo que estaba pasando, pero nunca visitaron un campo de concentración. No creo que Suárez Mason anduviera contándoles a sus amigos lo que hacían. Macri quería que le diera detalles un poco morbosos. Para él yo era como alguien que volvió de la Luna. Cuando le conté que había participado de la campaña que se hizo contra el Mundial 78 me dijo que entonces lo que me había pasado no me había servido de nada. Igual, cada vez que yo viajaba a Argentina, le hacía una llamada. La secretaria me decía que le iba a dar mis saludos y casi no lo vi más. En 2013 me invitaron a un cóctel en Roma para Mauricio Macri. Fui pensando en enviarle un mensaje a Franco. Me lo presentaron. Le pedí que le mandara saludos a su padre porque él había sido muy importante para mí y le conté la historia. Dio un paso atrás y me dijo: 'De ahí no salía nadie. Tuviste mucha suerte'. Durante el resto del cóctel, cada vez que me acercaba a él se alejaba un poco como si yo fuera peligroso. Me miraba con preocupación. Yo era todavía un subversivo", aseguró Bechis en una entrevista publicada por el diario *Tiempo Argentino*.

Gracias a la colaboración de esos contactos, y a las numerosas gestiones realizadas con el fin de dar visibilidad a su detención, finalmente Marco Bechis fue liberado y llevado al aeropuerto de Ezeiza con la única consigna de no volver al país. Con el correr del tiempo, Bechis no solo pudo regresar a la Argentina sino que, además, se convirtió en uno de los italianos que se presentó a declarar en contra de Guillermo Suárez Mason en el juicio que lo

condenó a cadena perpetua por los delitos de secuestro, torturas y homicidio de ocho ciudadanos ítalo-argentinos.

* * *

Mientras tanto, bajo el peso de denuncias y delitos nunca juzgados, el acoso judicial internacional contra Suárez Mason no se detendría. En julio de 2001, la Corte alemana de Nuremberg emitió una orden de captura contra el exjefe del I Cuerpo del Ejército solicitando, además, la colaboración internacional para su inmediata detención. La captura de Suárez Mason fue reclamada por la propia fiscalía de Nuremberg por su presunta responsabilidad en el asesinato de la estudiante alemana Elisabeth Käsemann, que tuvo lugar en la noche del 23 al 24 de mayo de 1977.

Según los datos aportados en la investigación, entre el 8 y el 9 de marzo de 1977 Käsemann fue secuestrada por fuerzas de seguridad que respondían a las órdenes del general Suárez Mason. Luego de su captura, la joven sería trasladada a un cuartel donde fue torturada. Según consta en las declaraciones de testigos, la estudiante alemana fue trasladada y detenida durante dos meses en el centro de detención clandestino El Vesubio. La fiscalía alemana de Nuremberg describió así los hechos:

> En la noche del 23 al 24 de mayo, Käsemann fue esposada y encapuchada y, junto con otros 15 detenidos, conducida por fuerzas de seguridad bajo el mando y con conocimiento de Suárez Mason a la localidad de Monte Grande, en la provincia de Buenos Aires. Allí la asesinaron con nueve disparos a quemarropa en la nuca y la espalda. El cadáver de la joven fue entregado a su padre, un teólogo alemán, dos meses después de su desaparición, tras exigirle el pago de treinta mil dólares.

El 26 de mayo de 1977, Suárez Mason reconocería públicamente un "enfrentamiento de combate" en el que murieron 16 personas, entre las cuales se encontraban cuatro mujeres, siendo una de ellas Elisabeth Käsemann. Pocos días después de conocerse la noticia, el 4 de junio, un médico de confianza de la embajada alemana en

Buenos Aires comprobó fehacientemente que el cadáver de Käsemann tenía balazos en la espalda.

"Elisabeth dio su vida por la libertad y por más justicia en un país amado por ella. Unidos firmemente a sus sueños, soportamos nuestro dolor con la ayuda de Cristo y no olvidamos la bondad y la alegría que ella nos proporcionó en la vida", dijeron sus padres el día del entierro de Elisabeth en el cementerio de Lustnau, cerca de Tubinga.

Elizabeth había nacido en Gelsenkirchen, al oeste de Alemania, el 11 de mayo de 1947. Entre 1954 a 1966 realizó sus estudios primarios y secundarios en Gotinga y en Tubinga y a raíz de su sensibilidad social y política, estudió Sociología en la Universidad Libre de Berlín, donde se vinculó con intelectuales socialistas alemanes y latinoamericanos. Participó en movilizaciones antifascistas y contra la guerra de Vietnam e integró el círculo de solidaridad con el Tercer Mundo del Instituto de Sociología Otto-Suhr de la Universidad Libre de Berlín.

En 1968, después de recorrer Perú y Bolivia, decidió trasladarse a la Argentina para realizar una tesis en sociología. A partir de 1970, y no conforme con la ayuda social que venía prestando hasta ese momento, se embarcó en la ayuda de personas amenazadas de muerte para que pudieran huir de Argentina, facilitándoles documentos de viaje falsificados. Entre sus variadas y diversas acciones de solidaridad, también trabajaba en programas de alfabetización en las villas de la ciudad de Buenos Aires, lo que la llevó a participar activamente en el Partido Revolucionario de los Trabajadores y el Ejército Revolucionario del Pueblo. Cursó en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en el Instituto Superior de Estudios Teológicos (ISEDET) donde estudió las carreras de Economía y Teología respectivamente.

Tenía 30 años y se ganaba la vida como traductora y docente de idiomas cuando fue asesinada el 24 de mayo de 1977 después de haber permanecido más de ocho semanas prisionera en un centro de detención clandestino que estaba bajo el dominio de Suárez Mason. El cadáver no tenía ojos ni cabello y en una de sus manos tenía un agujero como si un clavo bien grueso la hubiera atravesado.

La acusación sostuvo, además: "En su carácter de jefe del I Cuerpo de Ejército y comandante de la zona 1, el inculpado tenía el mando absoluto y disponía de toda la organización del lugar. El militar argentino controlaba cada operativo de detención y era dueño y señor de la vida o la muerte de los detenidos. De esta forma (Suárez Mason) era desde el punto de vista penal tan responsable como los ejecutores directos del asesinato". "Suárez Mason actuó con alevosía porque trató de ocultar las torturas a las que sometió a Käsemann, cuyo asesinato ordenó solamente por la posición política que sostenía la estudiante, diferente a la del régimen militar imperante en Argentina en esos momentos", aseguró el fiscal de la causa, Reiner Gamaelich. Finalmente, el presidente de la Corte Suprema de Nuremberg declaró que "las investigaciones para determinar la cadena de responsabilidades entre el inculpado y los autores directos del asesinato fueron extraordinariamente difíciles y ante todo extremadamente costosas".

Pocos meses después, el gobierno alemán también se presentó ante la Justicia argentina para insistir y formalizar la detención de Suárez Mason pero, a pesar de que el entonces juez federal Gabriel Cavallo accedió a la demanda, desde el Ministerio de Relaciones Exteriores se rechazaba el pedido de acuerdo al principio de territorialidad.

Por su parte, el representante legal del gobierno alemán, Alberto Zuppi, objetó las facultades de la Cancillería, que se atrevió a cerrar una causa sobre extradición sin que esa determinación pudiera ser refrendada por un juez y amparándose en la inconstitucionalidad del indulto que el expresidente Menem había otorgado al represor en 1990. "Esta disposición es contraria a expresas disposiciones de la Constitución argentina y del derecho internacional público", sentenció Zuppi en su reclamo ante la Corte Suprema.

Ante la nueva orden de captura internacional, y desde su prisión domiciliaria en su departamento de Barrio Norte, Suárez Mason sobrevivía a otra embestida del mundo exterior minimizando las noticias: "Ya hubo otros pedidos en igual sentido y fueron rechazados. Varios jueces y ministros ya opinaron que no corresponde una medida de esa naturaleza, porque no es legal".

El anticristo

Mientras vislumbraba los beneficios que le ocasionaría la jubilación de su archienemigo, el general Martín Balza, Suárez Mason recalculaba su futuro evaluando las conveniencias de la llegada de Ricardo Brinzoni como el sucesor y nuevo jefe del Ejército. El cambio de milenio tenía inquietos a varios ante el insólito temor de Y2K y el posible colapso informático.

Más allá de varias notas sensacionalistas que vaticinaban el fin del mundo, el correlato inmediato en Argentina fue una causa de corrupción. En 1999, la exfuncionaria menemista Claudia Bello fue procesada e investigada judicialmente por el efecto Y2K, merced al gasto de 9 millones de dólares en la contratación directa de una campaña de difusión contra "el problema del año 2000".

Mientras tanto, desde el rincón más íntimo de su guarida en Barrio Norte, Suárez Mason asistía despreocupado e indiferente al devenir de la humanidad.

—¿Cómo está, Sammartino? Aquí le habla el anticristo de la dictadura.

Así saludaba, burlonamente, aquel primer día del nuevo milenio, cuando decidí llamarlo con la excusa de saludar y así continuar en comunicación. Al escuchar su contestación me eché a reír. Me lo imaginé sentado en su sillón y sosteniendo en una mano el teléfono mientras con el dedo índice de la otra, se señalaba a sí mismo como el anticristo.

—¿Acaso no soy yo el único malvado de este país? ¡Créame, Sammartino! Yo no soy tan malvado como parece.

Siempre que podía Suárez Mason me hacía notar su percepción de que yo lo juzgaba. Decía que mi manera de preguntar y de opinar mostraban que lo había sentenciado moralmente. Mi actitud no le

agradaba, pero la toleraba. De tanto en tanto me provocaba, con el propósito de hacerme conocer su "desconsuelo". Aunque me esforzara por no revelar lo que sentía, no me quedan dudas de que el general presentía mi postura condenatoria.

Yo no era Dios y tampoco un juez para marcarle sus errores pero, como un ser humano cualquiera que tiene su propia dignidad y es libre de pensar y expresarse, en más de una oportunidad me atreví a exponer mis desacuerdos. Aunque no le agradara, siempre tuvo que escuchar mi opinión. Suárez Mason no cuestionaba, él solo daba su versión y, si no, se callaba. En ocasiones, sus silencios serían ilimitados. Llegué a verlo y sufrirlo mientras se quedaba dormido de bronca, sentado en el mismo lugar de siempre, rumiando enojo.

Muchas veces me cortó el teléfono y hasta llegó a echarme de su casa después de algún altercado en el que levantamos la voz un poco de más, luego de inútiles discusiones en las que pretendía recibir una obediencia debida que yo no estaba dispuesto a entregar.

Pese a que me podía imponer hasta dos o tres semanas de incomunicación, al poco tiempo volvía sobre sus pasos invitándome de nuevo a merendar y charlar. Siempre había alguna buena excusa para volver a relacionarse y seguir conversando como si nada hubiese pasado.

En ese llamado de principios de milenio, y desde ese rol que me dispuse a ejercer, me atreví a responder a su morboso sarcasmo:

—Pareciera que usted se identifica con el anticristo. ¿Quizás tenga algo más que contar?

El silencio se adueñó de la comunicación. Pasaron unos segundos y el general no respondió. Solo lo escuchaba respirar.

—Sammartino, usted es muy joven todavía. Ya llegará el momento de darse cuenta de que hay un perro malo en cada hombre.

Y sin despedirse cortó la comunicación.

* * *

El nuevo jefe del Ejército, general Ricardo Brinzoni, se acomodaba en sus nuevas funciones. Al igual que su antecesor Balza, Brinzoni provenía del arma de Artillería, habiendo egresado del Colegio Militar de la Nación a finales de 1964 como el segundo mejor promedio de la promoción 95, detrás del entonces subteniente Adalberto Rodríguez Giavarini.

El jefe del Ejército y el flamante canciller del presidente Fernando de la Rúa habían sido compañeros y egresaron juntos, aunque luego uno continuó en el Ejército y el otro optó por la economía. Ambos estaban unidos no solo por cuatro años de estudio y de instrucción militar compartidos, sino también por un vínculo de amistad que supieron cultivar y moldear en aquellos años de formación. Gracias a esto, como hombre de confianza y consulta del presidente, fue la opinión de Rodríguez Giavarini la que pesó sobre la decisión de De la Rúa y también sobre el entonces ministro de Defensa, Ricardo López Murphy, para que Brinzoni finalmente fuera designado como el nuevo jefe del Ejército.

"Yo siempre estuve en contra de actuar por izquierda y lo dije incluso durante el Proceso", solía recitar Brinzoni como parte de su discurso público y en el marco de una política institucional con acento en la autocrítica, aunque también destacara que "los que participaron en la represión fueron una pequeña minoría".

Para Suárez Mason la llegada de Brinzoni significó una bendición. No solo presintió una mayor tranquilidad sino que, además, confiaba en que volvería a recuperar algo de protección. De alguna manera anhelaba dejar atrás el hostigamiento que había sentido de parte de Balza. Por enésima vez en su trajinada vida, la suerte había cambiado y no se esforzaba en disimular ese empujón anímico.

Brinzoni fue el octavo jefe que tuvo el Ejército desde la restauración democrática. Comandó la fuerza entre las gestiones presidenciales de Fernando de la Rúa y Eduardo Duhalde. Es decir, desde diciembre de 1999 hasta mayo de 2003, cuando asumió el teniente general Roberto Bendini.

Desde su cargo de comandante en jefe del Ejército, en septiembre de 2000 decidió pedir en público perdón por la responsabilidad de esa fuerza en los crímenes cometidos por la

dictadura militar: "Nos acordamos de aquellos hechos dramáticos y crueles del pasado con espíritu de reconciliación y, una vez más, pedimos perdón por nuestras responsabilidades", afirmó frente a una formación de cadetes y oficiales de un liceo militar de las afueras de Buenos Aires.

Durante su gestión se lo acusó de obstaculizar los denominados juicios por la verdad que pretendían revisar los hechos que habían quedado bajo el amparo de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Los críticos y adversarios de Brinzoni lo cuestionaban por haber enterrado con honores a Galtieri.

En agosto de 2001, no le tembló la voz cuando tuvo que cuestionar con dureza la Ley de Déficit Cero impulsada por el entonces ministro de Economía Domingo Cavallo, por la cual se recortaron partidas presupuestarias y se reducía un 13 % el sueldo a los militares, que en sus rangos menores bordeaban la línea de pobreza. "El país picanea al Ejército y cuando el país quiera reconstruir su Ejército va a tener que invertir cada vez más por no dedicarle ahora unos pocos pesos", se quejó públicamente.

"La memoria parcial es tan injusta como el olvido", reiteraba a quien lo escuchara. "Hoy no existe el partido militar. Los problemas del país los tienen que resolver los políticos que son los llamados a esa responsabilidad", arengó desde un reportaje en el diario *La Nación* a apenas un mes de la asunción de Duhalde, en febrero de 2002.

En otro acto recordado, Brinzoni presentó junto con otros 662 oficiales del Ejército, una solicitud de *habeas* data a la Secretaría de Derechos Humanos y al Centro de Estudios Legales y Sociales para que le informaran si tenían datos que los vincularan con violaciones a los derechos humanos. Lo insólito de la medida fue que el abogado que acompañaba los escritos era el apoderado y dirigente del partido neonazi Nuevo Triunfo, que lideraba Alejandro Biondini.

Durante la dictadura fue secretario de la intervención en la provincia del Chaco y posteriormente fue acusado por su participación en la masacre de Margarita Belén, en la que fueron fusilados veintidós presos políticos. Su carrera militar finalmente se terminó el 28 de mayo de 2003, cuando, a tres días de asumir, el

presidente Néstor Kirchner lo pasó a retiro junto a otros veintisiete generales.

Brinzoni se sintió echado. No ocultó su enojo por la decisión del nuevo mandatario al designar como su sucesor al general Roberto Bendini y en su discurso de despedida al frente del Ejército, en el acto realizado en el Regimiento de Infantería I Patricios, expresó: "La intriga cuartelera hacia la política fue erradicada de la vida argentina". Al mismo tiempo advirtió: "La intriga política sobre los cuarteles es tan riesgosa como la anterior y parece regresar después de veinte años. El árbol del rencor no da frutos. No es posible avanzar mirando por un espejo retrovisor".

Para Suárez Mason, el comportamiento de Brinzoni a cargo del Ejército fue encomiable. No solo había logrado obstaculizar la onda expansiva y revanchista de Balza, sino que también lo protegió cuando fue condenado en rebeldía por el tribunal italiano. En esa instancia, Brinzoni respaldó a Suárez Mason cuestionando el fallo alegando el principio de territorialidad.

—Brinzoni se portó bien conmigo. Los dos pateábamos para el mismo arco.

* * *

Hacia agosto de 2002 se vislumbraba un nuevo cambio de escenario para los militares. En una reunión mantenida el día 13 con el presidente Duhalde, los jefes del Ejército, general Ricardo Brinzoni, y de la Armada, almirante Joaquín Stella, le expresaron su "preocupación e incomodidad" por el avance de numerosas causas judiciales por violaciones a los derechos humanos y la inminencia de la resolución que podría adoptar la Corte Suprema en relación a la inconstitucionalidad de las leyes de impunidad, a favor de la cual ya habían fallado dos magistrados y la Sala II de la Cámara Federal.

El encuentro se realizó en la Casa Rosada, la charla duró 45 minutos y Duhalde se limitó a escuchar los planteos y las quejas de los jefes militares. "Usted sabe que los jefes de las Fuerzas Armadas son responsables tanto de los militares en actividad como de los

retirados. Si bien esta generación no tuvo nada que ver con el Proceso, los jefes deben hacerse cargo de las anteriores; por ejemplo, si van presos tienen la obligación de darles asistencia jurídica y apoyarlos. Si aparecen más jueces dispuestos a cruzar el Jordán, van a encarajinar cada vez más a los jefes de Estado Mayor. Esto fue planteado ayer, en buenos términos, al presidente", aseguró un alto oficial al diario *Página/12* el 14 de agosto de 2002.

Por su parte, el ministro de Defensa, Horacio Jaunarena, intentó desmentir los verdaderos motivos de la reunión mantenida entre Duhalde y los jefes del Ejército y de la Armada: "Hay una cantidad de personal que luego de veinticinco, treinta años de ocurridos los hechos, permanece en una situación de indefinición respecto de su suerte y su responsabilidad. Esto no es bueno ni saludable para ningún cuerpo. Cualquier sociedad que se precie de tal necesita tener definida la suerte de sus miembros luego de veinticinco, treinta años de que sucede el hecho. No es saludable una situación de indefinición en este tiempo y con estas características".

Si hay algo que me consta de ese vínculo temporal que mantuve con Suárez Mason, más allá de las infinitas idas y vueltas que tuvimos para comunicarnos, es que durante todo ese período en el que lo entrevisté siempre se mostró tal cual era. Aunque la misma persona albergaba la naturaleza de varias. Todas juntas sus personalidades convivían en un único cuerpo. El tirano iba de la mano del autoritario, el gruñón se transfiguraba en malvado, el ambicioso se transformaba en necesitado, el angustiado devenía en deprimido, el intolerante se tornaba en temeroso, el viejo, malo y mentiroso se convertía en un déspota, manipulador y desequilibrado. Como se ve, la mayoría de sus facetas no eran precisamente elogiables. Pero el tránsito entre una y otra era fluido y casi instantáneo.

Sus rasgos corporales cambiaban cada vez que se transfiguraba en otra persona. Con el tiempo aprendí a reconocer las distintas identidades a través de su voz mientras conversábamos por teléfono. No hacía nada por ocultar lo que era.

* * *

En aquellos días Suárez Mason estaba más voluble que de costumbre. Comenzaba a inquietarse nuevamente. Se perturbaba detrás de cada noticia aparecida en los medios. Por todas partes olfateaba inconvenientes. Con 78 años de edad, temía un desenlace trágico. Enfermo, deshonrado y despreciado, su subsistencia apenas se sostenía. Decepcionado por el último manotazo de ahogado y la que se había convertido de pronto en una "escasa colaboración" del general Brinzoni, su moral se derrumbó estrepitosamente. Fui testigo de ese deterioro. En persona pude ver la degradación física de Suárez Mason. Allá lejos había quedado la vieja imagen de hombre duro atrincherado en su uniforme de combate verde oliva. Por esas horas, el mayor verdugo de la dictadura deambulaba agorero y rumiando bronca. Dentro de su casa y a escondidas, maldecía y se lamentaba.

—¡El sufrimiento perfecciona al hombre! En una guerra, si usted no mata, lo matan. Todos somos capaces de hacerlo porque todos llevamos un asesino dentro nuestro. ¿Entiende lo que le estoy diciendo, Sammartino?

Yo lo escuchaba pero no le contestaba. No sabía qué responderle. A esa altura, ya nada de lo que dijera me sorprendía.

—Aunque a usted le resulte difícil de entender, matar es esencial para la condición humana. ¿Alcanza a comprender lo que le estoy diciendo?

Su ira me apabulló. Esperé unos segundos y el silencio se hizo atroz. El general no volvió a hablar. Quería una respuesta cómplice. Respondí de la misma manera que Suárez Mason lo había hecho conmigo: sin despedirme, corté la comunicación.

Opiniones contundentes

Desde la última vez en que lo despedí en la puerta de casa, en enero de 1999, mantuve con él una relación, constante y periódica, aunque solo a través del teléfono. La iniciativa fue siempre mía, pero al general le sobraba tiempo para atenderme. Así nos mantuvimos en contacto durante un largo tiempo. En poco más de cuatro años, nuestros diálogos tuvieron un poco de todo. Llamadas a deshoras, preguntas inoportunas, respuestas inhumanas, gritos, insultos, berrinches, amenazas. Si no hubiese sido por mi atrevimiento, jamás hubiese logrado su testimonio.

Yo insistía y (casi) lo acosaba, y aunque Suárez Mason no permitía que me acercara, tampoco me rechazaba. No quería reuniones y no aceptaba que lo viera personalmente.

Pero siempre estuvo dispuesto para hablar por teléfono. Atendía casi todas mis llamadas. Primero escuchaba y luego, con agrado o enfado, según el caso, respondía a mi consulta sin obviar ningún detalle. Solía alargar las conversaciones. Se sentía solo y buscaba volver sobre sus historias. Creo que llegó a confiar en mí: parecía hablar sin censurarse.

En más de una ocasión sus comentarios fueron lacerantes: "Perón fue un maldito", "Evita era puta", "peleamos una guerra", "la tortura debió legalizarse", "los periodistas eran mis buchones preferidos", "muchos detenidos se cagaban encima y se cruzaban de bando con el primer picanazo", "Videla fue un maldito cagón chupacirios", "estuve cerca de ser presidente", "no quise ser el pato de la boda", etcétera.

Yo anotaba cada una de sus palabras. De tanto en tanto, lo inducía a repetir las aberraciones que soltaba. De alguna manera quería corroborar si era correcto lo que yo había transcrito. Suárez

Mason las repetía exactamente igual. Con la misma entonación de antes.

"Perón fue un pedófilo. Tuvo a una niña de amante y quizás por eso le cortaron las manos", insistía una y otra vez. "Él tenía 58 años y ella tan solo 14. El degenerado llevaba a la nena a dormir con él a la mansión que usaba de residencia presidencial en el Palacio Unzué, en Austria y Libertador. Fue denunciado por el delito de estupro", repetía detallando que "la historia argentina se niega a contar la verdad de aquel polémico amorío que tuvo el general Perón con la chiquita Nelly Rivas".

Mes a mes, mi vinculación con Suárez Mason crecía. En total, fueron cuatro largos años de intenso seguimiento con el único propósito de llegar a tener la posibilidad de lograr su confesión. Se trataba de ser paciente y estar atento. Tarde o temprano, la ocasión se iba a presentar. Uno tras otro se sucedían los indicios que indicaban que esto ocurriría. En cuanto se decidiera a hablar, yo estaría aguardando para escucharlo. Cualquier noticia me servía de excusa para comunicarme. Llegué a obsesionarme con el proyecto.

Por lo general, nuestras charlas solían durar entre siete y diez minutos. A veces, cuando tenía ganas de hablar y desahogarse sobre ciertos temas, los diálogos podían extenderse hasta la media hora. Las conversaciones no tenían ningún tipo de restricción. Se daban a cualquier hora y en cualquier día de la semana. Ninguno de los dos se importunaba por el llamado del otro.

Obviamente siempre era Suárez Mason el que ponía límites a las charlas telefónicas: "Hasta acá llegamos por hoy, Sammartino", me decía bruscamente, cambiando de manera repentina el tono del diálogo. Si yo no hacía caso y amagaba a insistir, me interrumpía mucho más cortante:

—Me parece que a usted no le gusta acatar órdenes. Creo que no se da cuenta de con quién está hablando.

* * *

Poco a poco y sin darme cuenta me fui acostumbrando a su sarcasmo y también a sus palabras intimidantes. Siempre aparecían algunos segundos después de un absoluto silencio. Al rato, como un chico que finalizó de berrear por un capricho, aflojaba su arrebato y a modo de entretenimiento me proponía un acertijo para finalizar la conversación del día. Él anticipaba la pregunta y yo la debía responder en nuestra próxima charla telefónica. A veces, el cuestionario se refería a los sucesos de la historia argentina pero, en muchas otras ocasiones, le agradaba interrogar sobre cuestiones referidas a las Fuerzas Armadas o noticias del ámbito político. En cierta ocasión me propuso un enigma que sostuvo en el tiempo a pesar de que sabía que yo no tendría la respuesta. El interrogante se mantuvo y se repetía durante las siguientes conversaciones telefónicas:

—Sammartino, inténtelo de nuevo. Le doy otra oportunidad. Me tiene que decir quién le robó a Perón sus manos.

¿Qué podía yo decirle al respecto? Enigmático y burlón disfrutaba del momento.

—Vamos, Sammartino, algo tiene que saber del tema. Usted es un miembro de la prensa y los periodistas se las saben todas.

Todo llegó a su fin cuando, consultado por enésima vez, yo me atreví a responderle lo que menos se esperaba:

—Quizás usted tuvo algo que ver con ese asunto…

Esto ocurrió en la última y extensa charla personal que tuvimos poco antes de su muerte. Pero más allá de los insólitos acertijos que tuve que sortear, todo sirvió en definitiva para afianzar esa extraña comunicación que manteníamos. El general sabía perfectamente lo que yo buscaba y por eso se preocupaba en mantener siempre abierto el canal de intercambio de opiniones. Por mi parte, yo conocía el interés y la motivación que lo impulsaba a tolerar, charla tras charla, su conexión conmigo. Una relación de conveniencia mutua.

En ocasiones Suárez Mason se enervaba hasta límites insólitos. En uno de esos monólogos de enajenación, el general hizo referencia a una denuncia por unas declaraciones que hizo a la revista *Noticias*. En un artículo publicado el 5 de octubre de 1996, el

exjefe del I Cuerpo del Ejército confesaba: "No soy antisemita, a los judíos los conozco bien, que es distinto. Les tengo prevención, no obstante lo cual tengo amigos judíos".

Sus polémicas declaraciones se expandieron rápidamente ocasionando repercusiones de alcances insospechados. Fue denunciado por apología del delito e infracción a la ley antidiscriminatoria. En la intimidad, Suárez Mason se refería al tema como: "La maldición judía". Además, en el mismo reportaje dijo: **"**A mí no me consta que haya existido la tortura. Tal vez deberíamos haberla legalizado para cubrir algunos excesos, como hacen los judíos que dan varias palizas de muerte por día. Pero ellos tuvieron la audacia de incluirla en la ley. Claro que el poder judío es un poder mundial por lo cual nadie los critica. Es el único país que lo puso, ni Hitler ni nosotros nos atrevimos a legalizarla".

Recuerdo que en una de esas noches me animé a recordarle por teléfono lo que había dicho en *Noticias*. En cuanto terminé de hacerlo, me preguntó:

—¿Usted para qué lado patea, Sammartino?

Y nuevamente cortó la comunicación. Se había enojado porque interpretaba mi actitud como una hostilidad. De alguna manera, lo había logrado sorprender y por ello se sentía decepcionado ante el tema de conversación propuesto.

Tardé casi un mes en restablecer contacto telefónico. A partir de entonces, dejé de referirme a la denuncia por sus dichos antisemitas, y el tema solo se trataba cuando él lo sacaba a relucir.

—Usted que trabaja en la radio, ¿lo conoce a Kelly?

Me tomó desprevenido. Yo sabía muy bien a quién se estaba refiriendo pero busqué hacerme el desentendido.

—No sé de quién me habla, general.

—Le estoy hablando de Guillermo Patricio Kelly. ¿Usted lo conoce, sabe de quién estoy hablando?

—Sé quién es, pero no lo conozco.

Respondí cortante y me quedé callado, dispuesto a enfrentar lo que se venía. No tenía ni la menor idea de hacia dónde iba la conversación. Esperé en silencio hasta que arrancó con otro de sus desahogos…

—Kelly siempre fue un mercenario y un oportunista político. Se hizo amigo de Massera porque la dictadura le pagó por sus servicios de prensa. Trabajaba también para los judíos. Era un colaboracionista del Mossad. ¡Qué irónico! Justo él que en los cincuenta había sido dirigente del partido nazi Alianza Libertadora Nacionalista que, entre otras cosas, levantaba la bandera de "haga Patria, mate un judío". Qué descalabro. A mí no me perdonan nada. Me quieren meter preso por una boludez que dije…

Insultaba al periodista que lo había entrevistado y aseguraba que le habían "hecho una cama". De alguna manera era consciente de su error. Por un largo rato lo escuché regodearse en su propia depresión. Ese día fui testigo de los temores que tenía. A paso lento, Suárez Mason comenzaba a darse cuenta de que los límites de su precaria impunidad se estaban agrietando.

A la hora de declarar frente al magistrado en la causa por los dichos contra la comunidad judía, el exjefe del I Cuerpo de Ejército se obstinó en persistir con sus términos ampliando mucho más lo declarado a *Noticias*: "Los judíos son argentinos, pero son un grupo de argentinos diferenciados. Yo me prevengo y me cuido".

La Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA) alertó sobre la función que el exmilitar había desempeñado en los trágicos años de la dictadura: "Es paradójico que Suárez Mason tenga que ser juzgado por lo que dijo y no por lo que hizo, pero él dio el puntapié inicial de toda discriminación: identificó a los judíos como 'otros' dentro de un cuerpo social", resaltó el abogado Mariano Fridman luego de reclamar tres años de cárcel de cumplimiento efectivo, que es el máximo de la pena impuesta en la Ley 23.592 que castiga a los que "promocionen la discriminación racial o religiosa de cualquier forma". En la misma causa, el propio Guillermo Patricio Kelly, a quien Suárez Mason tanto odiaba, también se presentó como parte querellante reclamando la misma pena solicitada por la fiscalía.

La condena era inevitable. El delito cometido se había convertido en un hecho público difícil de ocultar. A mediados de 2003 el exmilitar fue condenado a tres años y medio de prisión por apología del crimen y discriminación racial.

* * *

Aquel martes 24 de junio de 2003 no sería un día más en la vida de Carlos Guillermo Suárez Mason. A los 79 años a cuestas, recibía la primera condena en una causa judicial. Así lo determinó el juez federal Norberto Oyarbide luego de un breve juicio oral realizado con público y prensa en la sala de audiencias de la Cámara de Casación, en la planta baja del edificio de Comodoro Py. Aunque el magistrado había intentado desarrollar la audiencia de forma privada, solo con las partes y en su propio despacho, los reclamos de la DAIA y del Instituto Nacional contra la Discriminación (INADI) se lo imposibilitaron.

A su turno, la defensora oficial del exjefe del I Cuerpo de Ejército, Perla Martínez Buck, sorprendió a la audiencia al justificar que "el acusado no pretendía estar fuera de la ley al proponer justamente 'legalizar' la tortura". En su descargo por defender los intereses de su cliente, la abogada de Suárez Mason tuvo otra expresión desafortunada al hablar también de "grupo diferenciado".

Por su parte, el representante legal de la DAIA concluyó que Suárez Mason era consciente de lo que decía, y claramente tenía la intención de comunicar sus ideas antisemitas. "Identificó a los judíos como otros, para los cuales debiera haber políticas discriminadas, a los cuales se les debe tener prevención y de los que nos debemos cuidar", subrayó el abogado Fridman.

El fiscal Miguel Ángel Osorio rechazó de plano y con vehemencia el alegato de la defensora oficial, solicitando para el acusado la pena máxima de cuatro años de prisión: tres por la violación de la ley antidiscriminatoria y uno por apología del delito.

Al finalizar el juicio, Oyarbide justificó su sentencia leyendo pormenorizadamente los fundamentos de la resolución y destacando que el condenado había demostrado su "adversión a los judíos, porque en su interior esa raza ya estaba descalificada por él". Para el magistrado, los conceptos de Suárez Mason constituyeron "expresiones gravemente distorsionadas y desorbitadas" que "brindan un indicio de aversión a la raza, porque de otra manera no

se puede explicar la particular interpretación que hace de una norma, tergiversándola de manera negativa".

Oyarbide aseguró además que, con la prueba expuesta en el debate oral, se probó que Suárez Mason incitó al odio racial y que elogió a la tortura como "método para cubrir excesos" y "justificar prácticas ilegales". Consideró también que, para graduar la pena, tuvo en cuenta "la cantidad de antijuricidad puesta por el acusado y los medios que empleó para desarrollarla como así también sus características personales".

Por haber sido un "hombre público, con un papel protagónico de gran relevancia dentro de la Nación en la década que le tocó, es de toda evidencia que sus opiniones producen una sensación distinta a la de cualquier otro individuo", sentenció el juez.

A pesar de la condena, Suárez Mason no terminaría preso en una cárcel común: gozaba de los beneficios del arresto domiciliario.

Callar, pensar y rezar

En los primeros días de noviembre de 1999, a apenas seis cuadras de donde Suárez Mason se encontraba, ocurrió un hecho de enorme impacto. Como era de esperar, la noticia repercutió de inmediato en el ánimo del exjefe del I Cuerpo de Ejército, causando un efecto desproporcionado, poblado de expresiones contrarias a la opinión en general:

—¡Por fin se murió ese viejo de mierda!

Eso me dijo pocas horas después de conocerse la noticia de la muerte del periodista Jacobo Timerman. Yo había llamado a Suárez Mason con el propósito de contarle la novedad y sabiendo de antemano que en el pasado él mismo había sido el responsable del secuestro del periodista. Como era de esperar, al instante el general hizo gala de su maquiavélica verborragia:

—Por suerte son buenas noticias. ¡Un periodista menos!

Como solía hacer cuando despotricaba o se desahogaba, se desquitaba acusando a la prensa de vendepatria. A esa altura estaba convencido de que lo hacía porque sabía que yo estaba atento en el teléfono, escuchando y anotando cada frase que decía.

—¿Usted sabía que ese judío comunista ni siquiera era argentino?

Si ya algo había aprendido de tanta comunicación insana era jamás reaccionar a sus hostilidades. Antes que hacerlo, era preferible callar, pensar y rezar. No por temor o cobardía, sino porque sabía que en determinadas ocasiones el silencio era la mejor arma para enfrentar su perversidad. Mientras hablaba Suárez Mason, acostumbraba a repasar con las manos las cuentas de mi rosario de madera. Siento que ese hábito aprendido de chico me mantuvo a resguardo. Lo utilicé siempre que hablé por teléfono y jamás me

olvidé de llevarlo cuando tuve que encontrarme personalmente con él.

Jacobo Timerman murió a las 16.30 del 11 de noviembre de 1999. Tenía 76 años cuando sufrió un paro cardíaco en su departamento de la calle Montevideo y avenida Alvear, en el barrio de Recoleta. Su aporte al periodismo fue enorme, con medios como la revista *Primera Plana* y el diario *La Opinión*, ambas creaciones personales.

Primera Plana salió a la calle en noviembre de 1962, cuando el tema excluyente de la política era la lucha interna en las Fuerzas Armadas entre azules y colorados, en la que Timerman se inclinó por los primeros. Años después le dijo al historiador Alain Rouquié que la idea de fundar una revista le fue acercada por un grupo de coroneles azules y que el nombre original de la publicación fue *Azul*. En mayo de 1971 fundó el diario *La Opinión*, su segundo gran éxito profesional, que atravesó los gobiernos del general Alejandro Agustín Lanusse, Héctor Cámpora, Juan Domingo Perón, Isabel Perón (en el que tuvo un fuerte enfrentamiento con José López Rega) y la dictadura que encabezó Jorge Rafael Videla.

En abril de 1977, un grupo armado lo secuestró de su departamento de la calle Ayacucho. Fue sometido a tormentos en centros clandestinos de detención. Se lo acusaba de estar asociado a Montoneros a través del socio capitalista de *La Opinión*, el banquero David Graiver, muerto en un accidente de aviación a finales de 1976.

Timerman pasó unos meses en un calabozo del Departamento Central de Policía, en la Capital Federal, hasta que finalmente quedó detenido con gozo de la prisión domiciliaria.

La presión norteamericana e israelí, y una corriente dentro del gobierno encabezada por el entonces ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz determinaron su liberación definitiva mediante un fallo absolutorio de la Corte Suprema de Justicia en 1979. Luego, la dictadura militar decidió expropiar *La Opinión*, quitarle la ciudadanía y expulsarlo del país, tras lo que se radicó en Israel.

Más tarde, instalado en los Estados Unidos, se convirtió en uno de los principales denunciantes en el mundo de la represión ejercida

por los militares argentinos y en 1981 publicó el libro *Prisionero sin nombre, celda sin número*, en cuyas páginas, relataría las condiciones de su detención durante la dictadura:

> En la madrugada del 15 de abril de 1977 unas 20 personas de civil asaltaron mi departamento en el centro de la ciudad de Buenos Aires. Dijeron que respondían a órdenes de la Décima Brigada de Infantería del I Cuerpo de Ejército. Al día siguiente mi esposa buscó informaciones en el I Cuerpo y le dijeron que nada sabían de mi paradero.
> Arrancaron las líneas telefónicas. Se apoderaron de las llaves del coche. Me esposaron por la espalda. Me cubrieron la cabeza con una manta. Me bajaron al subsuelo. Me sacaron la manta y preguntaron cuál era mi coche. Me echaron al suelo del coche, en la parte de atrás. Me cubrieron con la manta. Me pusieron los pies encima. También lo que parecía la culata de un fusil.
> Nadie hablaba.
> Llegamos a un lugar. Se abrieron unos portones. Chirriaban. Perros ladraban muy cerca. Alguien dijo: "Me siento realizado". Me bajaron. Me acostaron en el suelo.
> Pasó un largo rato. Solo se escuchaban pasos. De pronto varias carcajadas. Alguien se me acerca, pone lo que debe ser un caño de revólver sobre mi cabeza. Pone una mano sobre mi cabeza. Desde muy cerca —debe estar inclinado sobre mí— me dice: "Voy a contar hasta diez. Despedite, Jacobito. Se te terminó". No digo nada. Vuelve a hablar: "¿No querés decir tus oraciones?". No digo nada. Comienza a contar.
> Su voz está bien modulada. Es lo que podría decir una voz educada. Cuenta lentamente. Pronuncia bien. Es una voz agradable. Sigo en silencio. Y digo para mí:
> "¿Era inevitable que muriera así? Sí, era inevitable. ¿Era lo que había deseado? Sí, era lo que había deseado. Esposa mía, hijos míos, os amo. Adiós, adiós, adiós . . .".
> . . . Diez. Ja, ja, ja. Oigo risas. Me pongo a reír también. En voz alta. A carcajadas.
> Me sacan la venda de los ojos. Estoy en un amplio despacho, tenuemente iluminado; escritorio, sillones. El coronel Ramón J. Camps, jefe de policía de la provincia de Buenos Aires, me está observando. Ordena que me liberen los brazos que tengo esposados por la espalda. Les lleva un tiempo porque han perdido las llaves. O quizás solo fueron unos minutos. Ordena que me den un vaso de agua.
> —Timerman —me dice—, de lo que usted conteste a mis preguntas depende su vida.
> —¿Sin juicio previo, coronel?

—Su vida depende de lo que conteste.
—¿Quién ordenó mi arresto?
—Usted es un prisionero del I Cuerpo de Ejército en operaciones.

Camps odiaba profundamente a Timerman. Consideraba que el periodista era un "agente del sionismo internacional". Le resultaba intolerable para su antisemitismo. El mando directo del entonces jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, de quien recibía órdenes, era precisamente Guillermo Suárez Mason que, como jefe del I Cuerpo de Ejército, no solo fue el responsable máximo del plan de represión ilegal, sino que bajo su jurisdicción operaron más de sesenta centros de detención y tortura.

* * *

El mismo día en que murió Timerman, poco antes de finalizar mi conversación, le pregunté:

—¿Por qué lo odiaba tanto?

No me respondió de inmediato. Esperó unos instantes y luego afirmó, despiadado:

—Por ser judío, comunista y también periodista.

No supe qué decirle. Lamentablemente, comenzaba a acostumbrarme a sus definiciones. Ya no me causaban asombro. Pero a la vez me resultaba difícil de tolerar. Lo saludé lo más ligero que pude y me despedí hasta la próxima semana. Colgué el teléfono y, agobiado, transcribí cada palabra de Suárez Mason. En las últimas horas de aquella noche en que murió un periodista me prometí que alguna vez iba a dar conocer todo lo que ese perverso militar me estaba contando.

Sentir en vida el sabor de la muerte

El 24 de marzo de 1976 quedará por siempre grabado en la memoria de los argentinos. Una enorme herida abierta. En lo personal, esa fecha se convertirá en un estigma. Un dolor omnipresente e inquisidor que de por vida me demandará justicia. Por una maldita coincidencia, en esa misma fecha pero del año 2000, mi hija moría en el vientre de su madre, unas pocas horas antes de nacer.

En los meses previos a conocer personalmente a Guillermo Suárez Mason me enteré de que iba a ser papá otra vez. Fue a mediados del 99, y con apenas 32 años y diez de matrimonio afrontábamos con mi esposa la difícil tarea de criar y sostener una familia numerosa, con cinco hijos.

Como ya nos había ocurrido anteriormente, la llegada del sexto integrante al hogar no solo nos colmaba de alegría sino que, además, sentíamos que la mano de Dios nos bendecía y empujaba a redoblar esfuerzos para atravesar satisfactoriamente el desafío. Si la casa ya de por sí era un alboroto, la noticia del nuevo embarazo había puesto todo patas para arriba. Los chicos crecían y eran felices, a mi esposa no le alcanzaban las manos para atenderlos y yo no paraba de trabajar. Llegué a estar quince horas fuera de casa y ver pasar delante de mis narices cantidades industriales de leche y pañales. A pesar del esfuerzo y de un presupuesto difícil de cubrir, teníamos la familia que deseábamos. Estábamos orgullosos y éramos felices.

Lamentablemente, no todo sería color de rosa. A la alegría y euforia que sentíamos por la llegada de nuestro sexto hijo, se le sumaría también una delicada preocupación adicional. Hasta ese momento, mi esposa había atravesado con éxito cinco cesáreas, en los últimos dos partos con algunas dificultades. Más allá del gozo

que nos provocaba el saber que seríamos padres de nuevo, éramos conscientes de los riesgos para la mamá y el bebé. Mientras nosotros queríamos tener a nuestro bebé sea como fuese, las personas que nos rodeaban nos aconsejaban lo contrario.

Los primeros estudios médicos alertaron acerca de algo que andaba mal. Para ampliar los detalles, mi esposa se tuvo que someter a un análisis del ADN del bebé que circula en la sangre materna y que cuenta con una fiabilidad superior al 99 %. En poco tiempo, los resultados realizados nos anunciaron que una beba venía en camino. También, nos pintaron un panorama oscuro: sería muy difícil que sobreviviera a los nueve meses de gestación. El diagnóstico no podía ser más desalentador. La beba traía un mal congénito. Con delicadeza y de muy distintas maneras, nos explicaron que se trataba de un trastorno cromosómico, la trisomía 18, que consiste en una alteración causada por la presencia de un cromosoma adicional en el par 18 que da lugar a discapacidad intelectual y anomalías físicas irreversibles. En conclusión: la beba podía morir en el mismo vientre de su madre o tener la suficiente resistencia como para soportar los nueve meses de embarazo, atravesar el parto y fallecer a las pocas horas de vida.

La familia colapsó. La noticia fue devastadora. Si a uno que es adulto y está un poco más curtido, la desgracia lo afecta hasta límites insospechados, ¿cuánto más sufrirían nuestros hijos?

En verdad, nunca supe muy bien cómo salimos de aquella situación. Por un tiempo, la vida dejó de tener el sentido de siempre y el mundo de nuestro hogar quedó despedazado. No supe cómo reaccionar. Lloré y maldije: ¿cómo se hace para seguir viviendo cuando un hijo se ha muerto? Mi esposa fue el soporte de fortaleza más firme y atravesó con valentía la crueldad de los hechos. Mientras que de mí solo recuerdo lamentos y lloriqueos a escondidas. Reniegos, ira, impotencia y todo tipo de reacciones inútiles.

En medio de tanto dolor, la verdad nos impuso tomar varias decisiones urgentes. Por un lado, priorizar la salud de mi esposa y la de la beba. Por el otro, contener de la mejor forma posible a nuestros cinco hijos, que todavía desconocían las malas noticias.

Fueron días desesperantes. Mi señora quiso llevar adelante el embarazo hasta las últimas consecuencias y yo estaba dispuesto a acompañarla. Los médicos aconsejaban lo contrario. Nos sugirieron desestimar cuanto antes el embarazo. De haber alguna posibilidad, nosotros lucharíamos hasta lo imposible con tal de darle a nuestra hija segundos de vida. Ante la inminencia de los hechos, no hubo nada más que hacer que encomendarnos a Dios. Como ya estábamos habituados a hacerlo, mi esposa y yo continuamos el camino sufriendo, llorando y rezando.

Lo que nos habían anticipado en diciembre de 1999 se confirmó el 10 de febrero de 2000. El diagnóstico era irreversible. Mientras la panza de mi esposa no paraba de crecer, la insistencia de los médicos para que abortara nos perturbaba también.

Durante meses todo siguió su curso. Hasta decidimos bautizar a la beba, solos, en una ceremonia íntima, cuando la pequeña aún estaba en el vientre de su madre. Le pusimos María Lourdes y se la ofrecimos a Dios.

Aliviados por esto, solo restaba esperar. La fecha del parto programado por cesárea, con 40 semanas de gestación, era para el 14 de abril de 2000 pero todo se precipitó y la beba nació fallecida el 24 de marzo de 2000.

Sí, malvada coincidencia. El mismo día en que se cumplían 24 años del golpe. Aún guardo en mi archivo la tapa del diario *Clarín* de aquella jornada en la que uno de sus títulos decía: "Balza: hubo un plan para el robo de bebés". De no creer. Justo en aquella ocasión y por primera vez, el exjefe del Ejército admitía "la existencia de un plan sistemático instrumentado por la última dictadura militar para apropiarse de hijos de desaparecidos".

No hay ningún detalle que haya podido olvidar de aquel penoso día. Lo más fatídico que me había ocurrido en la vida se enredaba con las garras endemoniadas del general de la dictadura al que venía entrevistando con sigilo.

Por ese entonces Suárez Mason era investigado por su presunta participación en la ejecución de un plan sistemático de robo de bebés y fue él quien, a través de sus abogados, se empecinó en apartar definitivamente de la causa al juez Bagnasco, acusándolo de

"enemistad manifiesta". Por esas horas, el propio magistrado se había convertido en su adversario preferido, ya que lo había procesado ordenando una prisión preventiva que el extitular del I Cuerpo cumplía con reticencia bajo el régimen de arresto domiciliario.

Según los argumentos de la defensa de Suárez Mason, Bagnasco había incurrido en causales legales de recusación a raíz de las declaraciones efectuadas al diario *Página/12* publicadas el 6 de abril de 2000, en las que el magistrado comparaba "al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas con el Tribunal de disciplina de la Asociación del Fútbol Argentino".

La Cámara Federal ratificó al juez al frente de la causa. Mientras tanto, yo vivía atenazado por el dolor que me causaba la muerte de mi hija. Aquel 24 de marzo de 2000 se me grabó en la memoria con desgarradora precisión.

A María Lourdes la pude ver en solo dos ocasiones. Desde entonces, recuerdo con exactitud casi todos los rasgos de su carita. Fui el único de la familia que la pudo ver en la noche de aquel 24 de marzo del 2000. Todo ocurrió en el subsuelo del Sanatorio Colegiales, justo al lado del quirófano donde su mamá aún dormía por los influjos de la anestesia y la delicada operación a la que había sido sometida.

La primera vez que estuve con ella fue apenas unos minutos después de nacer. Era hermosa y su rostro resplandecía de paz. Tenía las mismas facciones de sus hermanos y sus ojos estaban tan tiernamente cerrados que parecía dormida. Su mamá nunca pudo verla pero fue la única que, en la intimidad de su vientre durante esos casi nueve meses de existencia, tuvo el enorme privilegio de cuidarla y alimentarla.

Fueron tan solo unos pocos segundos en los que pude tocar sus manitos y grabar de por vida en mi cabeza el registro eterno de su cara angelical. Enseguida se llevaron a la beba hacia un destino que no me atreví a averiguar. Me volví a quedar solo y en silencio. Estaba devastado. Lloraba y rezaba, aguardando el parte de salud de mi esposa.

La segunda y última vez que pude ver a María Lourdes fue penosa. Como era de esperar, los trámites para el entierro de la beba se hicieron de inmediato. En las primeras horas de la mañana siguiente, una ambulancia de la casa de sepelios concurrió al sanatorio para retirar su cuerpo. Me advirtieron con imprudente demora que se iniciaba el traslado de mi hija, y salí disparado a buscarla. La desesperación me atravesaba el alma: tenía que verla otra vez. Bajé por las escaleras atormentado, como un loco. Yo solo quería verla una vez más y no sabía a dónde se la habían llevado.

Luego de varios minutos de búsqueda, salí a la vereda, y lo primero que vi fue la ambulancia ubicada de culata y con las puertas traseras abiertas de par en par. En ese preciso momento apareció un hombre cargando entre sus manos un pequeño ataúd color blanco. La escena me desbordó y me puse a gritar, intentando impedir que se llevaran a mi hija. Todavía hoy me resulta inexplicable transmitir lo que sentí en aquel momento. Pensé que me robaban lo más preciado de la vida. Desencajado, salí a obstaculizar el paso.

—¡Pará, boludo! ¿Qué hacés? ¡No te podés llevar a mi hija sin que yo la vea!

Gritaba y tiraba manotazos para todos lados: fue tan grande el escándalo que se armó en plena vereda que el tipo se asustó y se quedó inmóvil mirándome fijo a la cara. Sin decirme nada y con fastidio, apoyó en el piso el pequeño ataúd y lo abrió salvajemente. La desolación me atropelló de nuevo. La insólita agresividad potenció mi incomprensión. Fue un momento de zozobra. No existió piedad ni misericordia para un padre desesperado frente al cadáver de su hija. El primer vistazo sobre el ataúd me provocó un *shock* fulminante. Todavía recuerdo aquella imagen. El recuerdo que tenía de mi hija al nacer, repentinamente se había desdibujado. La muerte ya se había adueñado de ella y los rasgos que recordaba haber visto en las horas previas ya no se apreciaban. El dolor era inmenso. Solo atiné a postrarme junto al cajón y darle a mi hija el último beso en la frente a modo de despedida. Mi alma se rompió. Sentí en vida el sabor de la muerte. Después lloré, se la encomendé a Dios y la dejé partir.

Con mi hermano menor fuimos de allí al Cementerio de la Chacarita, que estaba a solo quince cuadras del sanatorio. Permanecí en silencio durante todo el viaje. No podía sobrellevar el momento. Me faltaba mi esposa. Mis hijos tampoco estaban. Les evitamos el triste momento y quedaron con una de sus abuelas. Todavía faltaba atravesar el trance más duro. Tenía que ser capaz de abandonar a mi hija y dejarla sola en un cementerio.

Al bajar de la camioneta me sorprendió ver a un amigo que nunca supe cómo se enteró de lo sucedido. Su presencia me desconectó de todo y el autocontrol que aún poseía se desplomó. Como nunca lo había hecho, me abracé con él y lloré con desconsuelo. Me desahogué como un chico.

A los pocos familiares que estaban al tanto les había pedido que no fueran al cementerio. Quería estar solo, hacer rápido todo lo necesario para terminar con los trámites y volver urgente al cuidado de mi esposa. Seguí el rito desde lejos, sin perder de vista el pequeño ataúd blanco. La estocada final llegó cuando se terminó de cerrar el nicho. No tenía nombre ni apellido. No estaba identificado y nadie sabría jamás que María Lourdes se encontraba allí en ese lugar. De un momento a otro mi hija pasó a ser una desconocida que solo estaba identificada a través de un lastimoso cartel colocado en su tumba y que decía NN 24-3-00.

Mi hija tenía nombre y apellido. Tenía una madre, un padre y también tenía cinco hermanos. Creció y se movió en la panza de su mamá. La cuidamos, la amamos y hasta le dimos el bautismo en presencia de Dios. ¿Quién se atreve a decirme que mi hija no existió? ¿Quién se atreve a designarla como NN?

Todavía creo que los vestigios de ese sufrimiento nunca se apartaron de mí. Algo de mi ser se quedó anclado en aquella tumba. Desde entonces, nada volvería a ser como era antes y nada sería como yo lo pensaba. Quedé a la deriva y deteriorado. Con el tiempo, una enfermedad se instalaría en mi cuerpo como una marca imborrable de aquel trance.

A partir de entonces, asomó en mí un nuevo trauma. La identificación pública con la expresión NN (*nomen nescio*: nombre desconocido), que habitualmente se usa para designar a una

persona sin nombre o desconocida, no corresponde para el caso de mi hija.

Nada nos va a impedir que cada 24 de marzo sus padres y hermanos recordemos con alegría la existencia de aquella beba. Su nombre siempre será María Lourdes Sammartino.

Desde entonces, la muerte de mi hija y el apellido Suárez Mason comenzaron a relacionarse. La fecha de su fallecimiento, las iniciales NN y el hecho de que yo me hallara abocado a la tarea de conseguir la confesión pública del militar, considerado el mayor responsable de implementar un plan sistemático de robo de bebés: *24 de marzo, robo de bebés, NN y Suárez Mason* es un mantra que hoy me sigue resonando.

Robo de bebés

Por un buen tiempo corté todo tipo de contacto con Suárez Mason. El proyecto que traía entre manos naufragó, o simplemente se detuvo. Dejé de llamarlo y nunca respondí a sus mensajes. Yo no lograba recobrar mi juicio, salir adelante. Necesitaba recuperar mi energía y volver a ser el que era. Tenía familia y buen trabajo, pero nada me satisfacía.

Después de un tiempo de pelearle mano a mano al destino, pude ir reacomodándome, recobrar la paz y, al final del túnel, vislumbrar algo de luz. Poco a poco recompuse mis vínculos más sagrados. La familia, mi trabajo y los proyectos personales revivieron al amparo del esfuerzo y energías renovadas. Decididamente me había convertido en otra persona. Me sentía reseteado: me habían desenchufado y me volvieron a enchufar. Así de auténtica fue la sensación que sentí. En esencia era el mismo tipo de antes, pero me sentía distinto. En ese contexto, poco a poco, me propuse recuperar el tiempo perdido: mi mayor proyecto inconcluso yacía abandonado y sin timón.

Me prometí reconquistar el camino que ya había recorrido. Sabía que el territorio era hostil y el enemigo extremadamente peligroso, pero el hombre distinto que sentía en mi espíritu desbordaba de valor.

Sin precipitarme, retomé la investigación. Repasé lo que había logrado hasta el momento, me actualicé sobre la información más relevante surgida en el tiempo en que estuve ausente y me animé a reiniciar el contacto con Suárez Mason, quien por esos días estaba preso en su casa, acusado por el robo de doce bebés de mujeres detenidas durante la dictadura militar. Se encontraba en la misma situación que Videla y Massera.

Aunque yo no lo quisiera, sentía una inercia muy especial que me empujaba a investigar todo lo referente al robo de bebés. En lo particular, la relación con Suárez Mason mutó de ser profesional por el rigor periodístico a convertirse en algo personal por la severidad que me imponía el hecho de hablar cara a cara con un ladrón de bebés.

* * *

La causa por el robo de bebés nacidos en cautiverio durante la dictadura se materializó recién el 30 de diciembre de 1996 a través de la denuncia de seis mujeres integrantes de la organización Abuelas de Plaza de Mayo. De inmediato, en febrero de 1997, el juez federal Adolfo Luis Bagnasco fue el responsable de arrancar con la investigación. En declaraciones al diario español *El País*, el 19 de febrero de 1999 Bagnasco señaló:

> Nosotros sostenemos que existía una sistematización. En nuestra investigación hemos podido comprobar que muchas de las mujeres que eran detenidas estaban embarazadas, según se comprobaba posteriormente. La práctica habitual era esperar a que dieran a luz, tras lo cual se separaba a los bebés de sus madres. Solo conocemos un caso en el que la madre aparece viva con su hijo. En el resto, desaparecieron. Los bebés corrían distinta suerte. En algunos casos, eran trasladados a un centro asistencial y otros han aparecido en manos de otras personas, muchas de ellas apropiadores de mala fe. Nosotros creemos que había un patrón de conducta, se daba la orden de no registrar los nacimientos y no preguntar la identidad de la persona que daba a luz.

Suárez Mason seguía con preocupación cada uno de los movimientos del magistrado. Temía que Bagnasco lo devolviera a una cárcel común. En marzo del 2000, el exgeneral Juan Bautista Sasiaiñ se convertiría en el noveno militar apresado por Bagnasco en la causa. Sasiaiñ fue jefe de la Policía Federal en dos ocasiones durante el Proceso, además de jefe de la X Brigada de Infantería Mecanizada, y bajo su jurisdicción estaban la ciudad de La Plata y gran parte de la provincia de Buenos Aires.

En su declaración judicial el militar se desligó de todo tipo de responsabilidades sobre el robo de bebés, al tiempo que señaló como involucrados en ese delito a Suárez Mason y a Ramón Camps: "Desconozco todo sobre un supuesto plan sistemático para apropiarse de menores durante el Proceso. Mi preocupación por la infancia quedó demostrada con la creación de la Comisaría del menor con medios de la Policía Federal durante mi jefatura. Sobre toda esa zona y lugares operaba la policía de la provincia de Buenos Aires cuyo jefe era el general Camps, que dependía directamente del comando del I Cuerpo de la Zona 1" (es decir de Suárez Mason), declaró Sasiaiñ ante el juez Bagnasco según lo certifica el diario *Página/12* en su edición del 17 de marzo de 2000.

Desde diciembre de 1976, y mientras estuvo al mando de la Subzona 11, en la cadena de mandos, Sasiaiñ estuvo subordinado a Suárez Mason, pero ejercía su mando sobre el general Camps. Bajo su dominio estuvieron, entre otros, los centros clandestinos Comisaría Quinta de La Plata, el Pozo de Banfield y La Cacha. Años después, Sasiaiñ sería declarado culpable de participar en la apropiación, retención y ocultamiento de once menores, hijos de prisioneras del Pozo de Banfield, el Pozo de Arana, la Comisaría 5 de La Plata y otros centros clandestinos de detención.

* * *

El destino de Suárez Mason estaba marcado. Tarde o temprano la justicia lo iba a alcanzar. Acorralado pero aún con privilegios, deprimido pero no moribundo, el general refunfuñaba en soledad mientras bosquejaba por escrito su testamento público, del que fui testigo.

—¿Pero qué le pasó, dónde estuvo todo este tiempo, Sammartino? Pensé que se había muerto y temí que me echaran la culpa.

Este diálogo tuvo lugar un par de meses después de la muerte de mi hija. Yo no me había recuperado pero, de alguna manera, necesitaba descargar mi bronca. Había vuelto a conectarme: me

aguardaba desesperado un ladrón de bebés a quien quería echarle un lazo.

Una por una volví a repasar mentalmente todas las dudas y temores que traía, recobré la iniciativa y ajusté al detalle la nueva estrategia que estaba dispuesto a encarar de ahora en más. Luego de escuchar su retorcido saludo, le respondí:

—Veo que se alegra de volver a escucharme. Supongo que estará preocupado porque Balza volvió a hostigarlo.

El 23 de marzo de 2000, el exjefe del Ejército había confesado ante el juez Bagnasco "que el robo de bebés nacidos en cautiverio durante la última dictadura no fue producto de actos aislados cometidos por personal subalterno de su fuerza sino que constituyó una práctica sistemática avalada por una autoridad con alto nivel de decisión". Balza describió a la zona de Campo de Mayo como "un territorio de máxima seguridad donde funcionaba una estructura de tipo feudal" y reconoció que supo que "en el lugar funcionaba un centro clandestino de detención", aclarando que "nunca tuvo acceso porque en la zona de la cárcel de civiles existían órdenes restrictivas de circulación". También dijo que el robo de los bebés nacidos en la maternidad clandestina de Campo de Mayo "ha sido dispuesto por una autoridad con un alto nivel de decisión del comando de Zona 4", acusando de manera indirecta al general Santiago Omar Riveros.

Riveros estaba considerado como uno de los jefes militares que, junto a Suárez Mason, Ramón Genaro Díaz Bessone y Luciano Benjamín Menéndez, integraron el grupo de "los duros", que desafiaban a los considerados "blandos" (Videla, Viola). Fue comandante de los institutos de formación del Ejército entre 1976 y 1978. Beneficiado por el indulto, enfrentó múltiples juicios y recibió trece sentencias en su contra, uno de los militares con mayor cantidad de condenas. Luego de festejar los cien años, murió en su domicilio el 24 de mayo de 2024 mientras se hallaba cumpliendo una sentencia de prisión perpetua por ser penalmente responsable de delitos de lesa humanidad. También fue condenado por la justicia italiana, junto a Suárez Mason, por la desaparición de tres ciudadanos de ese país.

Riveros será recordado por ser el general que, en una reunión de la Junta Interamericana de Defensa del 24 de enero de 1980, pronunciara una frase que sería incluida en el prólogo del informe *Nunca Más*, de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas: "Hicimos la guerra con la doctrina en la mano, con las órdenes escritas de los comandos superiores".

Será difícil de olvidar que fue el primer militar en explicar su papel durante el terrorismo de Estado en Argentina mediante un extenso documento en el que afirmaba, entre otras cosas: "No ha habido desaparecidos, sino terroristas aniquilados en el marco de una guerra revolucionaria y por tanto irregular".

Ante mi provocación, Suárez Mason se mantuvo en silencio del otro lado del teléfono. La sutileza no le había agradado pero no insinuaba ninguna reacción. El general no estaba en su mejor momento y yo tampoco tenía demasiada tolerancia por esos días. Como estimé que no era conveniente seguir conversando en esas condiciones, a modo de despedida, insistí con el pedido que siempre le hacía en cada llamado que teníamos:

—Espero que algún día cumpla con la promesa que me hizo de volver a encontrarnos personalmente. Lo llamo en otro momento. Buenas noches, general.

Su respuesta esta vez no se hizo esperar. Cortante y seco, contestó:

—Ya cumpliré. ¡Buenas noches, Sammartino!

Los desaparecidos existen solo para los que preguntan por ellos

Durante el tiempo que duró la comunicación con Carlos Guillermo Suárez Mason, mi psiquis y mis emociones se deterioraron de manera extraordinaria. Desde principios de 1999 hasta fines de 2003 escuché confesiones inéditas, terroríficas declaraciones, infinidad de historias espeluznantes, detalles de crímenes de los más escabrosos que se puedan imaginar, un morbo inusitado y una personalidad inquebrantable que no se controlaba a la hora de ventilar su pasmosa impunidad: no mostraba vestigios de arrepentimiento.

Suárez Mason presumía de su rol de verdugo de la dictadura. Desde su lugar de "hombre número cuatro", era el que poseía mayor poder represivo. Fue el responsable máximo de ejecutar y hacer ejecutar con rigor la maquinaria represiva, para torturar, asesinar y hacer desaparecer personas, siempre con la excusa de estar librando una "guerra justa".

Aquellos jefes militares y una buena cantidad de civiles que acompañaron y adhirieron al Proceso no fueron extraterrestres que aterrizaron de prepo en la Argentina. Eran parte de esta sociedad. Habían nacido, crecido, estudiado aquí; trabajaban y tenían familiares que eran de este territorio al que fueron capaces de arrasar yendo en contra de todas las reglas legales y morales existentes. Lo que ocurrió ayer, ¿por qué no volvería a repetirse hoy?

Cuando le pregunté qué opinaba sobre la declaración de Videla cuando se refirió a los desaparecidos, Suárez Mason me miró con desprecio a los ojos y me pidió que le contara en qué contexto Videla había hecho esa declaración. Como lo hacía cada vez que me reunía con él, le mostré unas fotocopias con un par de recortes de

diarios que certificaban lo que Videla había asegurado y, de paso, le recordé a viva voz lo sucedido.

En el marco de una conferencia de prensa brindada en 1979, el periodista José Ignacio López le preguntó a Videla por una mención que había realizado en el Vaticano el papa Juan Pablo II refiriéndose a los desaparecidos y detenidos sin proceso: "Le quiero preguntar si usted le ha contestado al papa y si hay alguna medida en estudio en el Gobierno sobre ese problema", intervino el periodista. La respuesta se volvió tristemente célebre:

> Frente al desaparecido en tanto esté como tal, es una incógnita. Si el hombre apareciera tendría un tratamiento X y si la aparición se convirtiera en certeza de su fallecimiento, tiene un tratamiento Z. Pero mientras sea desaparecido no puede tener ningún tratamiento especial, es una incógnita, es un desaparecido, no tiene entidad, no está… ni muerto ni vivo, está desaparecido.

Después de un breve silencio, prosiguió:

> Respecto del papa cuando habla de esa circunstancia habla al mundo no a la Argentina y habla ejerciendo más que un derecho una obligación. No tiene otra cosa más que decir que hay que preservar la dignidad del hombre. Para defender la libertad y la dignidad del hombre, la Argentina tuvo que enfrentar este tremendo problema de una guerra en la que pagó precio de sangre. Los argentinos no tenemos nada de qué avergonzarnos porque justamente eso ocurrió en defensa de los derechos humanos del pueblo argentino gravemente amenazado por el terrorismo.

Cuando me callé, Suárez Mason continuó un rato más leyendo los papeles que yo le había entregado y al terminar levantó su cabeza, volvió a mirarme con desprecio y me dijo:

—Lamento mucho lo que dijo Videla. No tenía por qué dar tantas explicaciones. La pregunta del periodista fue absurda. Yo no la hubiese respondido. Le cuento, Sammartino… En una guerra hay muertos y hay sobrevivientes. No hay desaparecidos. Las personas no desaparecen. Los desaparecidos existen solo para los que preguntan por ellos…

Donde esté el cadáver se juntarán los buitres

—Sammartino, estoy listo para hablar con usted.

Tras más de cuatro años de espera, la respuesta por la que tanto trabajé llegó sin previo aviso el miércoles 14 de mayo de 2003. Fue una frase autoritaria, como una orden que daba sabiendo que yo la iba a ejecutar. Cuando ya casi había perdido las esperanzas, Suárez Mason por fin aceptaba que fuese yo el depositario de su confesión final.

Fue un momento importante. Estaba listo para el desafío. Ya no había lugar para dudas ni tenía prejuicios morales que alteraran mi conciencia. Psicológicamente me sentía en óptimas condiciones luego del golpe de la muerte de mi hija. Desgraciadamente, de alguna manera el regodeo con la muerte me vinculó más con Suárez Mason. Creo que esa fue la causa por la que le perdí el respeto y todo tipo de miedo.

Si bien ya tenía bastante material testimonial de todo lo que había intercambiado con Suárez Mason durante esos años, la oportunidad y el reto de poder estar cara a cara durante el tiempo que me lo permitiera me entusiasmaba.

Una y otra vez me repetía mentalmente que no podía desaprovechar la ocasión. Durante el tiempo de espera, solo nos vincularon los llamados telefónicos. Varias veces creí que el diálogo se había terminado. Él amenazaba con dar por finalizadas las charlas e interrumpir definitivamente el testimonio que venía concediendo voluntariamente.

En esa fluctuante relación, ninguno de los dos se esforzaba demasiado por ser condescendiente con el otro. Pero, vencido por la

edad y acorralado por la justicia, Suárez Masón se mantuvo en contacto conmigo como si yo fuese en esa ocasión algún tipo de tabla de salvación. Estoy convencido de que de haber tenido alguna otra opción, yo jamás hubiese tenido las chances de lograr su testimonio.

Muchas veces las charlas telefónicas fueron incómodas, intimidantes y hasta morbosas.

—Argentina es como Sodoma: un lugar de gente mala y perversa, que Dios la mandó a destruir con fuego y azufre por todos sus pecados.

Ese era uno de sus caballitos de batalla. Repetía la frase casi textualmente, como si citara el relato bíblico. Lo hacía cuando estaba envuelto de amargura, quebrado. Yo anotaba todo lo que podía al ritmo que me lo imponía. Su comportamiento no era normal. Se expresaba y se comportaba por fuera de las reglas y pautas morales más convencionales que rigen a toda convivencia humana racional.

—Donde esté el cadáver se juntarán los buitres.

Esa era otra frase del texto bíblico que solía repetir y con la que creía se exculpaba. En muchas ocasiones se consideraba la víctima de esta historia.

Menem se había bajado del *ballotage* en las elecciones presidenciales de 2003. Néstor Kirchner quedó consagrado como el nuevo presidente. Su llegada al poder de inmediato marcó un cambio de rumbo en la política de derechos humanos. Suárez Mason comenzó a temer por su futuro. La renuncia de Menem lo dejaba sin su protector.

Había acertado el diagnóstico el día que me llamó. Su percepción de lo que estaba ocurriendo con el nuevo desenlace político que destronaba a los viejos dirigentes le hacía presentir que todo lo que se le vendría en su contra sería inexorable: 265 días después de la asunción de Kirchner fue encarcelado. Allí moriría.

Estaba desprotegido, ya nadie le cuidaba las espaldas. Olfateaba que sus enemigos lo tenían acorralado. En el Ejército lo despreciaban: sus pares lo detestaban. La justicia lo acosaba y para cualquier ciudadano común su apellido simbolizaba temor y muerte. Hasta su propia familia lo denostaba. Se sentía despreciado y

rechazado. Innumerables denuncias lo seguían acusando de perversos y horrendos crímenes. Ya no tenía las chances de volver a escaparse. Estaba viejo, desamparado y con problemas de salud.

—Se me acabó el tiempo y vienen por mí. Venga a verme mañana a mi casa, a la hora del té. Cinco en punto. Yo no puedo salir pero usted puede entrar. Quizás finalmente, acepte su propuesta si usted accede a mis pedidos...

Ese 14 de mayo de 2003 en la televisión repetían el discurso inaugural de Néstor Kirchner:

> No he llegado aquí para pactar con el pasado. Ni para que todo termine en un mero acuerdo de cúpulas dirigenciales. No voy a ser presa de las corporaciones. Pertenezco a una generación que no se dobló ante la desaparición de amigos y amigas, ante el mayor sistema represivo que le haya tocado vivir a nuestro país, y no voy a dejar esas convicciones por pragmatismo en la puerta de entrada de la Casa Rosada.

Otra vez cara a cara (cuatro años después)

Esa noche no dormí. Por más que me había preparado mucho, la repentina confirmación del encuentro me produjo ansiedad, temores y renacieron replanteos que creía superados. ¿Por qué me había embarcado en semejante desafío? ¿Qué era realmente lo que me atraía de estar frente a un criminal? ¿Buscaba algún tipo de venganza? ¿Me creía justiciero?

De a poco recuperé la paz mental y se disipó el aturdimiento. A medida que repasaba las motivaciones que me llevaron a encarar y desafiar a Suárez Mason, revivían las energías acumuladas.

Ese jueves 15 de mayo de 2003, las tapas de los diarios solo hacían referencia a la cobardía de Carlos Menem por bajarse del *ballotage* y así entregar en bandeja la presidencia de la nación a su contrincante, también peronista, el gobernador santacruceño Néstor Kirchner. La prensa expuso la retirada del caudillo riojano y la consagración del pingüino patagónico. En el diario *La Nación* José Claudio Escribano sentenciaba:

> Treinta y seis horas de un carnaval decadente. Menem se ha ido de la peor de las maneras. Ante una sociedad ansiosa por su destino, Kirchner cayó en la trampa tendida por el rival: ahondó los odios y las diferencias con Menem y hasta se permitió la temeridad de sembrar dudas sobre cuál será el tono de su relación con el empresariado y con las Fuerzas Armadas. Ha caído, al fin, el telón sobre una decepcionante obra de treinta y seis horas. No demos por el pito más de lo que el pito vale, como decían nuestros padres. Dejemos atrás este nuevo papelón de la política argentina.

El día del reencuentro salí de mi casa más temprano de lo que acostumbraba. Sin dormir y sin haber desayunado, cargué mi bolso

con apuntes, fotocopias y un grabador portátil. También puse un rosario y un frasco cargado con agua bendita. Siempre es bueno estar preparado.

De camino a mi trabajo de la mañana en radio Mitre, repasé posibles temas de conversación y algunos de mis objetivos: serenidad, firmeza y convicciones; no titubear, registrar y documentar todo lo que viera, escuchara y sintiera.

Con el correr de las horas, la ansiedad hizo su trabajo. Imaginé escenarios hostiles y hasta agravios hacia mi persona. Sabía muy bien que Suárez Mason detestaba a los periodistas y yo estaba yendo a su guarida.

Siguiendo la rutina que utilicé la primera vez que me encontré personalmente con el general en el Palacio Balcarce, fui caminando despacio y ventilando fantasmas, desde la radio hasta su casa en Barrio Norte. Caminé dos cuadras hasta la avenida Santa Fe y luego seguí derecho con dirección hacia la avenida 9 de Julio. Recorrí cerca de dieciséis cuadras en veinte minutos. La ansiedad había ganado, llegué a la cita media hora antes de lo previsto. Pero resistí el impulso de tocar el timbre.

Mientras daba vueltas esperando que se hiciera la hora reconocí las dos torres de la entrada de la basílica San Nicolás de Bari, ubicada justo en diagonal al domicilio de Suárez Mason. Me arrodillé apenas entré al templo. Estaba oscuro y hacía mucho frío. Me calmé, recé un poco y, una vez más, repasé los detalles de lo que me proponía. De alguna manera aquel rincón sagrado me dio lo que necesitaba: me sentí seguro, tranquilo y en paz. De pronto sonaron las campanas. Eso me sacó de ese letargo místico en el que estaba. Volví a la realidad y miré mi reloj. Advertí que faltaba un minuto para las cinco. Las campanadas lo anunciaban anticipadamente.

Me paré, tomé la mochila y casi escapando salí del templo. Antes de cruzar el umbral de salida, me arrodillé con respeto, agradecí la buena energía, me persigné y me lancé por las enormes escaleras de entrada de la basílica. Tropecé al llegar a la vereda y mi cara besó el suelo. No sentí dolor: solo quería llegar a tiempo a la cita. Crucé sin mirar y en diagonal la avenida Santa Fe. En menos de un minuto

toqué timbre en el departamento de Suárez Mason. Una voz de mujer adulta sonó agradable a través del portero eléctrico.

—¡Hola! ¿Quién es?

Me sorprendió que fuese una mujer la que estaba atenta a recibirme. En mi cabeza estaba fija la voz autoritaria del general. Rápido me di cuenta de que se trataba de la misma mujer que me atendía cuando llamaba por teléfono, su esposa Lita. Me presenté con nombre y apellido para que no hubiese dudas. Hubo un pequeño cuchicheo que la mujer mantuvo con otra persona a su lado, pero no pude descifrar qué hablaban.

La mujer comenzó a pronunciar una frase y se detuvo antes de llegar a terminarla…

—En la base de la civilización…

Yo debería completar la frase que se me proponía. Me puse nervioso. Me di vuelta para mirar de nuevo las dos inmensas torres de la basílica.

—…es la sangre lo que une todos los ladrillos.

Dije completando el santo y seña que me había dado Suárez Mason por teléfono.

—¡Bravo, muy bien, es correcto! Adelante, puede ingresar, señor Sammartino.

Mientras sonaba chirriante el portero eléctrico y yo entraba al edificio, recordé que la frase era un textual de Suárez Mason. Me la había dicho un par de veces.

Al llegar al ascensor y antes de tocar el sexto piso manoteé el frasco de agua bendita de mi mochila. Mientras el ascensor subía, lo destapé y me tomé todo su contenido.

* * *

Después de cuatro años de comunicaciones telefónicas había llegado el momento de vernos las caras otra vez. Toqué timbre y Lita, una mujer elegante y simpática, me invitó a pasar.

—¡Buenas tardes, señor Sammartino! Adelante, pase que hace mucho frío en el edificio.

Mientras nos saludamos con un apretón de manos, sonrió.

—¡No se ofenda! Me río por el santo y seña que mi marido nos hizo dar. Por ser la primera vez, me parece que se lo hizo bastante complicado. Más adelante será menos exagerado.

Mientras la seguía por un pasillo largo, Lita volvió a hablar.

—Llegó puntual, es un buen síntoma. Al general le gusta que las personas lleguen a horario. Él dice que es la primera muestra de respeto entre dos personas.

Me llamó la atención la manera en que Lita se refería a su propio marido: *el general*. Los últimos metros ella se retiró, me señaló una puerta y seguí caminando solo.

Entré a la sala de estar de la casa. Era amplia y elegante. Muebles antiguos y de alta calidad, parquet recién encerado, varias pinturas de paisajes y una gran ventana cerrada que daba hacia el pulmón del edificio. No había televisor, el ambiente se componía de un enorme sillón para cuatro o cinco personas de pana verde oscuro y otros dos sillones individuales enfrentados. En un rincón, una lámpara de pie encendida señalaba que allí reposaba el clásico teléfono negro a disco. Desde la posición en que yo me encontraba y hacia el lado derecho, continuaba un comedor con una gran mesa impecablemente lustrada que en su extremo más distante se unía a la cocina por su parte de atrás. En ese mismo sector, la vajilla y la cristalería distribuidas en enormes muebles de vidrio con estantes para exponer y proteger los objetos, enceguecía agradablemente cuando del techo se encendía una inmensa araña antigua.

Hacia el lado izquierdo, se extendía un largo pasillo, como si se dirigiera hacia la avenida Santa Fe. Esa era la parte más íntima del hogar. Alrededor había tres habitaciones y dos baños. En uno de esos cuartos, a modo de escritorio, el general aún guardaba ropa militar: gorras, uniformes de distintos colores, insignias desparramadas por todos lados, varios sables y hasta pistolas de guerra dispuestas sobre una mesa, desarmadas para ser limpiadas.

De espaldas y de pie junto a uno de los sillones, Suárez Mason aguardaba mi llegada. Aunque escuchó que yo estaba acercándome, se quedó inmóvil y en ningún momento se dio vuelta. Esperaba que yo me ubicara frente a él para saludarlo. Toda una ceremonia, un

ritual de respeto y autoridad que el general me quería imponer desde el principio. Jugaba de local e imponía sus reglas.

No me sorprendió su actitud. Tuve que dar un rodeo para quedar cara a cara. Estiré mi mano derecha buscando la suya.

—¡Buenas tardes, general! Hablamos casi todos los días pero hacía rato que no nos reuníamos.

Me miró fijo a los ojos, apretó fuerte con su mano y sin siquiera saludarme, comenzó a hablar:

—No está autorizado a grabar nada si yo no se lo permito y a nadie le puede revelar lo que yo cuente en esta reunión. Supongo que no trajo ningún arma encima, ¿verdad? Acá no se puede fumar, nunca llegue antes de tiempo y espero que jamás se atreva a llegar tarde. Siempre recuerde el santo y seña que acordemos para cada cita porque, de lo contrario, aquí nadie le abrirá la puerta.

Se lo veía cansado y enojado. Después me inspeccionó de abajo hacia arriba y me clavó la mirada.

—¿Cómo está, Sammartino? ¡Gracias por acercarse hasta mi casa! De momento, no puedo salir de este encierro.

Se sentó en un sillón individual ubicado en la cabecera y desde donde podía controlar lo que ocurría en toda la casa. Seguí sus movimientos y me senté:

—No es ninguna molestia. Sabe muy bien que soy yo el interesado en hablar con usted. Le agradezco mucho que finalmente se haya decidido…

Se quitó los lentes que usaba para leer, se acomodó en su asiento y, antes de comenzar a dialogar, llegó su esposa con una bandeja de scones recién horneados. Los depositó en una mesa ratona, ofreció té y café, y se fue rápido.

El general me ganó de mano y sin rodeos arrancó la conversación con una filípica en contra de Carlos Menem y su actitud de bajarse del *ballotage* que lo enfrentaba a Néstor Kirchner:

—Ayer Menem se pareció al marqués Sobremonte. Es un cobarde, nunca tuvo los huevos suficientes. Me hace acordar a cuando yo lo tenía preso. Era capaz de alcahuetear a su propia madre por mantenerse con vida. Por pusilánime, Facundo Quiroga lo hubiese fusilado él mismo.

Suárez Mason terminó su desahogo y quedó pensativo. Estaba abstraído, como extasiado debatiendo ideas y pensamientos. Yo lo observaba con atención. En ningún momento se me ocurrió sacarlo de la frecuencia en la que estaba. Ensimismado, se lo notaba tenso.

Volvió su esposa. Té para el general y café para mí. No dijo ni una palabra. Luego de apoyar la bandeja, miró fugazmente a su esposo y le acarició el pelo con su mano derecha, al tiempo que, de refilón, me observó también a mí para guiñarme un ojo. Luego se fue.

El silencio de la casa era absoluto. Yo tomaba mi café de a sorbos pequeños y aguardaba su reacción. Sin cerrar los ojos, se mantuvo absorto durante largo rato. Si él no quería hablar, yo solo estaba allí para acompañar.

De pronto sentí que nos observaban. Miré para un lado y para el otro pero no encontré nada que me llamara la atención. Al rato seguí teniendo la misma sensación. Fue en ese momento que, al levantar la cabeza y recorrer fugazmente la estancia, pude descubrir los ojos de alguien acechando desde la cocina, por detrás de la puerta entreabierta que la separaba del comedor y a resguardo de la oscuridad que había en todo el departamento.

Me hice el distraído y, de tanto en tanto, era yo el que la espiaba para saber si aún estaba. Al rato, Suárez Mason movió levemente sus manos, levantó la cabeza y, recobrando la normalidad, fue saliendo de su ensimismamiento. A los pocos segundos, me miró fijamente:

—¿Nos están espiando?

Le dije que sí, que en la cocina había una persona que constantemente vigilaba y que me parecía que se trataba de una mujer.

—No se preocupe, no hay nada que temer. Es Lita: le gusta espiar todo lo que pasa. Cuando se tranquilice va a dejar de molestarnos.

Era su primer gesto de confianza hacia mí. Aproveché la ocasión y comencé a insinuar los propósitos que me llevaron a perseguirlo cuatro años. Suárez Mason se apresuró en desactivar cualquier intento por comandar el asunto.

—Escúcheme bien, Sammartino: vamos a dejarnos de joder y pongamos en claro todo este piripipí.

Me asombré pero mantuve la calma. Quería saber hasta dónde llegaba.

—Usted me dijo que quiere hacer un libro y contar mi historia y yo le dije que si aceptaba mis condiciones, le iba a facilitar todo lo que estuviese a mi alcance para que usted fuese el único que conozca todo lo que tengo para decir. ¿Me sigue hasta ahí?

Asentí con un leve movimiento de mi cabeza. Él siguió. Cada tanto gritaba. En su disertación mezclaba un poco de todo. Se refería a otras épocas y lapidaba a cuanto personaje pasara por su memoria. Habló de su vida, de todo lo que hizo y también de lo que no pudo hacer. Ni bien vio el momento, me denostó por haber abandonado el Ejército y hacerme periodista. También se lamentó por el desprecio que sentía de parte de sus propios hijos y se cuestionó a sí mismo por la "injuria ingrata" que recibía su apellido. A Menem lo insultó, a Balza lo deshonró, a Maradona lo ninguneó y a Videla lo denigró. A su turno, lo más duro y ofensivo le tocó a Perón.

—Todos lo sabían. El general se acostaba con nenas y Evita era una puta.

La charla se había desvirtuado. El diálogo inicial se había transformado en monólogo. Suárez Mason se desahogaba.

—Si estamos de acuerdo en lo que buscamos hacer, le voy a detallar cuáles son las condiciones que le impongo para que usted pueda contar la historia de mi vida.

Tomé otro sorbo de café, que ya estaba helado, gesticulé con desconfianza y luego, desafiante, busqué su rostro para mirarlo fijo:

—Pareciera que usted intenta atemorizarme. Estoy acá porque usted me citó y para escuchar cuáles son sus requerimientos. Solo pretendo contar una historia en la que usted es el protagonista.

Con algo de dificultad, se puso de pie y hurgó nervioso en los dos bolsillos del pantalón. Sacó un pequeño papel meticulosamente doblado. Se volvió a sentar, reacomodó su cuerpo en el sillón, se puso los anteojos para poder leer, repasó en silencio el texto y tomó aire antes de empezar a hablar con tono imperativo y pausado:

—Sammartino, esto es lo que yo quiero… Primero: todo lo que yo le relate solo podrá ser utilizado para publicar un libro que se refiera a la historia de mi vida. Segundo: no aceptará la corrección de ningún familiar, amigo o camarada mío. Tercero: nos reuniremos una vez por semana, serán charlas de cuarenta minutos y solo podrá usar el grabador cuando yo se lo permita. Cuarto: usted podrá dar a conocer todo lo que hablemos entre nosotros, solo si acepta que yo le corrija lo que usted escriba. Si no cumple con alguno de estos pedidos, le aseguro que no lo autorizaré hasta que yo cumpla los cien años.

Al terminar se echó a reír frenéticamente. Al principio me mantuve serio, porque no aceptaba alguna de las imposiciones; pero luego, con disimulo, me sonreí. Al día de hoy, no sé de qué se trató aquella extraña situación. Quizás haya sido una puesta en escena o, simplemente, alguna broma que me jugaba como muestra de lo era capaz: hablar en serio y burlarse al mismo tiempo. Yo cumplí al pie de la letra casi todos sus requerimientos. Jamás lo dejaría corregir absolutamente nada de lo que yo escriba.

Cuando terminó de reírse, le pedí el papel para poder recordarlo. El general, amagó a entregarlo pero se detuvo. Dudó y apareció su esposa Lita y se paró a su lado. Me miró con ojos encendidos y gesto duro: moviendo su cabeza de derecha a izquierda le indicó a su esposo que no debía darme el papel. Suárez Mason asintió sumiso y se excusó:

—Creo que lo mejor será que pase en limpio este papel y que lo haga revisar por mis abogados.

Lita recuperó su simpatía y ofreció más scones. Aproveché la interrupción:

—General, ¿por qué le genera tanto temor que Menem se haya retirado?

Su gesto mutó. Le disgustó que abruptamente le quitara la sensación de confort que momentáneamente disfrutaba. Se puso serio:

—Es por esto mismo que odio tanto a los periodistas. De la nada, te sacuden con preguntas traicioneras haciéndose los ingenuos. Usted no me conoce: ¡yo no le temo a nada!

Otra vez el silencio. Movía su cabeza de un lado hacia otro mientras parecía buscar las palabras adecuadas.

—Se acaba de terminar una era de tolerancia y consideración en Argentina. Ahora comienza otra historia. Para muchos militares como yo, Menem era un salvoconducto. Yo le salvé el pescuezo en los setenta. Lo que se viene son tiempos de canibalismo. Una nueva etapa de odio y resentimiento. Los vencidos se harán cargo del poder.

Se respaldó en su sillón con la mirada triste y extraviada. Volvió a entrar Lita, tomé otra taza de café a las apuradas y, al poco tiempo me despidieron ambos con amabilidad. Suárez Mason se paró y me estrechó la mano.

—Hasta acá llegamos por ahora. Espero que le haya servido de algo. Si le parece, nos vemos en una semana. ¡Siempre a la hora del té, por favor! Le paso la contraseña por teléfono.

Suárez Mason se fue al dormitorio diciendo que tenía que descansar. Lita me acompañó hasta la puerta. En mi cabeza había una tormenta. Al llegar al ascensor, me di vuelta, me puse frente a la mirilla de la puerta cerrada y guiñé un ojo. Supuse que Lita seguía allí.

Al salir a la vereda, enfoqué derecho hacia el subte, estación Tribunales de la línea D. Estaba nervioso y caminaba atolondrado. De tanto en tanto, paraba, me acomodaba en la entrada de cualquier edificio y anotaba detalles. En mi mochila llevaba un block, varias lapiceras, una cámara fotográfica y también el grabador. Lo primero que anoté fueron sensaciones:

> OLOR A TUMBA. FRÍO Y OSCURO. ENOJO Y CARAS LARGAS, ROSTROS DEPRESIVOS Y MIRADAS ATEMORIZANTES. AMBIENTE DE INTRIGA, TUFO A MISTERIO Y AUGURIOS DE MALOS PRESENTIMIENTOS. ME ESPIARON, SE BURLARON, ME SUBESTIMARON.

Nada resultó como lo esperaba. Me equivoqué al creer que por tratarse del segundo encuentro personal iba a ser más sencillo. Todo fue más traumático, sórdido y lúgubre de lo que imaginé. Me llevó varios días poder volver en mí.

Fui en busca de certezas y lo que obtuve a cambio fueron más dudas e interrogantes.

Pero al menos me había ganado la posibilidad de un nuevo encuentro con el general.

Amigos militares, negocios y dinero

—En los setenta fue amigo de militares que conocí muy bien. Con su esposa tenía un estudio de abogados en Río Gallegos, en la provincia de Santa Cruz. Gracias a Martínez de Hoz hizo ventajosos negocios y ganó mucha plata.

Esto me dijo Suárez Mason por el auricular en la noche del domingo 25 de mayo de 2003. Néstor Kirchner llevaba pocas horas como presidente. Con su llegada al poder sabía que todo había cambiado para él.

—Me llega la hora. Vienen por mí.

Él había sugerido que nos encontráramos al día siguiente de la asunción de Kirchner:

—Quiero chusmear un poco con usted sobre el nuevo personaje que tenemos como presidente.

Así, coordinamos un nuevo encuentro directamente para el lunes 26 de mayo de 2003. Me preparé de la misma manera que la vez anterior. Las mismas cosas en la mochila. La misma inquietud recorriéndome el cuerpo. Salí temprano otra vez. Cuando ya había caminado varias cuadras me di cuenta de que me estaba olvidando algo muy importante. Pegué un giro y volví corriendo. Me faltaba la botella de agua bendita.

Llegué diez minutos antes y recordé la advertencia. No llegar tarde pero tampoco antes. Crucé a San Nicolás de Bari como la primera vez. Recé, me persigné, saqué de la mochila el agua bendita y de nuevo me la tomé de un sorbo.

Crucé la avenida Santa Fe a paso rápido. Toqué el portero eléctrico. Nadie respondió. Esperé unos segundos e insistí. Otra vez silencio. Volví a tocar. Dos veces más. Ya me estaba inquietando cuando llegó la respuesta.

—Aquí estoy, aquí estoy. ¿Quién es que no puede esperar unos segundos?

—Gustavo Sammartino. Quedé con el general que lo vería a las cinco de la tarde.

La voz de Lita cambió, se suavizó de inmediato.

—Los pecados deben…

Me atolondré a completar la frase que me abriría las puertas.

—...enterrarse con los muertos.

—¡Cómo está, Sammartino! Adelante, suba. El general lo está esperando.

Al salir del ascensor me sorprendió ver la entrada del departamento abierta y una luz encendida alumbrando el ingreso. Me quedé quieto y no avancé. En una casa como la de los Suárez Mason jamás se atreverían a dejar ninguna puerta abierta. Esperé un rato en el palier. Buscaba señales que me explicaran esta anomalía. Hasta que golpeé tres veces con mi puño en la puerta abierta para recordarles mi llegada. Un hermoso gato británico de pelo corto y color negro se asomó al umbral y caminó zigzagueante hacia mí, se detuvo, maulló, me miró y, raudo, escapó por la escalera hacia el séptimo piso.

Seguí esperando con algo de preocupación. ¿Sería un mal augurio la aparición del gato? Apareció Lita y me sacó de esos pensamientos.

—¡Buenas tardes, Sammartino! Disculpe la demora. Dejé la puerta entornada y salí corriendo porque tenía una emergencia en la otra punta de la casa. Quedó abierta la canilla de la bañera y se estaba inundando el baño. Adelante, lo están esperando.

Esta vez no me acompañó. Recorrí yo solo el pasillo hasta llegar a la sala de estar. Ella se dirigió a la cocina. A mis espaldas volví a escuchar su voz:

—Ya sale algo rico para acompañar el té.

Suárez Mason me esperaba sentado en el mismo sillón de la punta. Nos saludamos con un movimiento de cabeza, sin apretón de manos.

—Usted le cae muy bien a Lita. Dice que tiene cara de bueno. Lo vio entrando a la iglesia… Sammartino, ¿usted también es

chupacirios?

Amagué a contestar pero me detuve. No entendí si estaba buscando provocarme o si era su forma de decir que teníamos algo en común. Cambié de tema y le pregunté, aunque ya sabía la respuesta, qué pensaba de Néstor Kirchner.

—¡Es un mamarracho! Ya logró hacerse famoso cabeceando la cámara de un fotógrafo. ¡Es un atorrante! Dijo que es "parte de una generación diezmada". Esto huele fulero. Con este van a volver como funcionarios los mismos que echamos a patadas. Yo conozco a este tipo.

—¿A qué se refiere? ¿Sabe algún secreto de Kirchner?

Me miró desafiante, acomodó un poco los papeles que tenía entre sus manos y se inclinó para adelante en el sillón, como intentando subrayar lo que iba a decir.

—Me contaron que es muy vivo. Ligero con el dinero, oportunista. Le fue bien con nosotros, fue un tiempo próspero para él. Se hizo millonario con la 1050.

Miró impaciente hacia la cocina, como queriendo apurar a Lita con los cafés.

—Kirchner tenía una muy buena relación con el general Oscar Guerrero, comandante de la XI Brigada de Infantería Mecánica del Ejército en Río Gallegos. Y fue protegido del coronel Alberto Calloni, jefe del Ejército de Santa Cruz a fines de los setenta. Supo portarse bien: el tuerto es un pillo.

Durante un rato largo dio vueltas sobre lo mismo. Con algunas variaciones denostó de varias maneras al nuevo presidente: "Era un piola bárbaro", "Con la 1050 se aprovechaba de la gente", "Por algo les pusieron una bomba al estudio que tenían", "Eran aprovechadores sin escrúpulos, oportunistas berretas", "Este tipo viene para desterrarnos", "Un usurero con modos mafiosos".

Suárez Mason describía con énfasis el procedimiento mediante el cual Kirchner había acopiado propiedades. Según él, se lo habían contado informantes muy confiables.

—Desde una financiera le avisaban que alguien había dejado de pagar la cuota del crédito. Kirchner se reunía con el moroso para explicarle las únicas dos alternativas que le quedaban: resignarse y

esperar a que le remataran la propiedad y perder todo o vendérsela a ellos. Eso sí, a mucho menos del valor original. Era un Robin Hood trucho. Les sacaba a los pobres para darle a los ricos.

Lita interrumpió. Traía una bandeja muy cargada en las manos y sonreía.

—Les hice una palmeritas de hojaldre y recién las saqué del horno. Tienen café, té y agua caliente. Que lo disfruten.

Desde el comienzo de la charla tenía en la mano unas hojas que movía de un lado al otro. A veces fijaba su vista en ellas. Las dejó a un lado para tomar la taza de té. Bebió un sorbo corto y parecía contrariado, como si buscara en su cabeza lo que estaba diciendo cuando apareció su esposa. Cada tanto dirigía su mirada hacia las hojas.

El silencio continuó por un par de minutos. Le acerqué la bandeja de palmeritas. Desechó la oferta y volvió a agarrar las hojas.

—Me intrigan esas hojas. Estuvo muy pendiente de ellas desde que llegué.

Tomó impulso como para responder pero no lo hizo. Pasó las hojas a su mano izquierda, mientras que con la derecha buscó su taza de té. Tomó dos sorbos, comió una palmerita y volvió a reacomodar los papeles.

De pronto, empezó a farfullar. En aquel momento no entendí nada de lo que dijo y ni siquiera sabía si me estaba hablando a mí. Dejé la taza de café con la falsa ilusión de que de esa manera iba a entender mejor. El murmullo se detuvo, se enderezó en el sillón y se puso los anteojos. Me estiró la primera de las hojas.

—Son mi ayudamemoria. De todo esto vamos a comenzar a hablar ahora mismo. Después se las presto para que las fotocopie. Eso sí: me las tiene que devolver cuanto antes.

Serían unas veinte páginas. Escritas a mano con birome color azul y en letra cursiva bastante legible. El título de cabecera estaba subrayado y se leía: “Desde Lejos”. Con la D y la L en mayúsculas. Por debajo, una pequeña oración a modo de epígrafe: “Dejemos constancia de lo vivido; ayuda a los que siguen”. Más abajo, otro título, también subrayado: “Introducción”.

—Es la prueba fiel de que estuve escribiendo para usted.

Se lo veía satisfecho. Estiró la mano reclamando que le devolviera la hoja.

—Yo mismo le voy a leer la primera página.

Lo interrumpí para pedirle que me dejase sacar el grabador y registrar el momento. Dudó, pensó unos segundos y finalmente no me lo permitió. Hice un pequeño gesto de fastidio pero no insistí. Todo me parecía una locura. No solo había escrito su testimonio para colaborar con mi historia sino que, además, estaba a punto de interpretar sus primeras palabras. Miré hacia atrás, donde podía estar su esposa espiando escondida, pero no la encontré. El general enderezó su cuerpo, cambió las facciones de su cara e impostó la voz:

> Nada comienza, solamente continúa. Algo se va modificando despacio, pero el tiempo, fuerza del universo, va haciendo del pasado causa parcial del presente y del presente causa del futuro.
> Todo tiene en el pasado raíces; por eso la humanidad va evolucionando desde su aparición en la Tierra y es el tiempo el que la transforma.
> Saber de dónde se viene es entender dónde se está y por qué se es. Si los que vienen lo olvidan, no sabrán por qué son y andarán errantes.
> Para comprender nuestro ser y nuestro ambiente, se debe mirar atrás y buscar, porque todo viene desde lejos y como todo seguirá esa precaución nos servirá para saber a dónde ir y también para orientar a los que llegan y hacerles ver cómo puede ser su futuro.
> Se ha dicho que los pueblos que olvidan su pasado no tienen futuro claro. Nosotros somos una parte de lo que fueron nuestros antepasados, desde bien atrás en el tiempo y aún más cerca, porque la evolución nos colocó en el hoy que vivimos desde la infancia hasta el adiós.
> Desde lejos viene todo, haciendo de la casualidad, causalidad, pues parece mandato divino. Si así lo ha orientado Dios, así será. Muchos no lo ven o no lo creen, y pierden su pensamiento en la oscuridad sin entender qué es el alma y a donde irá.
> Es por eso necesario el relato de lo vivido, que es memoria. Memoria es la fuente de la inteligencia. Sirve para aprender lo que pasó y advertir lo que viene. No sirve para deshacer el pasado; así como el olvido tampoco ilumina, sino que borra lo vivido.
> Detenerse a corregir lo que pasó es imposible; pero tener memoria es útil para enfrentar el futuro y volcar en él lo que enseñó el pasado. Sin pausas sigue hacia adelante lo que viene desde lejos en el tiempo.

> Así pues, saber quién se es, se rastrea en el pasado y así se verá mejor el futuro, que es precisamente lo que trato de hacer antes de irme. Por eso voy para atrás en busca de los míos y sus tiempos.

Hasta ahí leyó. Se lo veía satisfecho. Volvió a ordenar los papeles y se hundió en el sillón. Otra transfiguración: el gesto duro, la voz grave, la mirada amenazante. La puesta en escena había terminado.

—Voy a comenzar a hablar. Todo de corrido, no quiero que me interrumpa. Después haremos las aclaraciones que sean necesarias. Ahora sí puede usar su grabador y, cada vez que yo se lo indique, lo deberá apagar. ¿Le queda claro?

Saqué rápido el grabador y lo coloqué lo más cerca que pude del general y apreté *rec*.

—Mi nombre es Paz, así me llamo. Mi documento de identidad solo prueba que me llamo Carlos Guillermo Suárez Mason, pero por una graciosa ironía del destino y según consta en los registros de la Iglesia católica, mi nombre completo es Carlos Guillermo de la Paz Suárez Mason. Sí, sé lo que usted está pensando. Quién se lo iba a imaginar. Justamente yo. Pero bueno, así son los hechos, es la pura verdad. Supongo que cuando mis padres eligieron cómo llamarme, no sospechaban en quién me iba a convertir. Ja, ja, ja. Pero la culpa no fue de mis padres. Fue una obligación que les impuso mi abuela. Ella era muy piadosa, extremadamente religiosa y ferviente practicante de la religión católica. Por este motivo, y según certifica el registro parroquial, en la fe de bautismo se me inscribió con el nombre "de la Paz". Cada 24 de enero, el día que nací, se conmemoraba la fiesta de Nuestra Señora Reina de la Paz. Esa fue la razón. En verdad nunca lo usé, pero me gusta que se conozca ya que todo el mundo piensa que soy el general de la muerte.

Sonó el teléfono e interrumpió el relato. El viejo aparato insistía y retumbaba feroz por detrás mío. Me ofrecí a atender el llamado, pero se negó moviendo la cabeza. Estaba visiblemente molesto, su rostro nuevamente se había desfigurado aunque no intentó hacer nada. Solo se empeñó en permanecer quieto y mascullando de bronca.

Apareció Lita por la puerta de la cocina, apesadumbrada y presurosa, y corrió hacia el teléfono.

—Disculpen, disculpen. Estaba haciendo más palmeritas y no escuché que sonaba.

El general la observó con desprecio. Siguió su recorrido hasta que logró atender. Ella ni siquiera lo miró: sabía cuál era el estado de ánimo del marido en ese momento.

—¡Hola! ¿Quién es? El general está ocupado, llame más tarde.

Cortó, se dio media vuelta y desapareció hacia la cocina.

—Ya les traigo algo calentito así continúan tranquilos en lo que estaban.

La mujer se estaba disculpando por algo de lo que no había sido responsable y anticipaba un manjar como ofrenda de paz. Antes de retomar su relato, Suárez Mason se acomodó el cuello de la camisa y suspiró con hastío.

—Por mis venas corre la sangre que desciende de José Hernández, aquel que fue el autor del *Martín Fierro*. Él también fue militar, como yo, y fue militar como usted. En algo nos relacionamos, Sammartino. José Hernández hizo un poco de todo. Fue poeta, periodista, orador, comerciante, contador, taquígrafo, estanciero, soldado y también político. Fue un grande de nuestra patria. Mi familia desciende del escritor Leopoldo Lugones, el autor de *La guerra gaucha*. Quién lo diría... Por mis venas corre sangre de dos grandes periodistas. ¡Sospecho su alegría, Sammartino! A don Jacobo Timerman le hubiese agradado mucho saber esto. En el fondo de la historia tengo ancestros que provienen de las mismas tierras de las brujas de Salem. Mi apellido es compuesto. Suárez por parte de mi padre, y Mason por parte de mi madre. Pero esto no fue así cuando inicié mis estudios escolares. Tanto en la primaria como en la secundaria siempre figuré como Suárez, porque en mi partida de nacimiento solo aparece ese apellido. El doble apellido nació cuando me hicieron la libreta de enrolamiento. En ese trámite me preguntaron el nombre de mi madre y me lo colocaron en el documento. Luego me vi obligado a regularizar mi situación y en mi ingreso al Ejército debí cambiar mi apellido. De esta manera, y desde entonces, pasé a llamarme Suárez Mason. Sin embargo, tanto

mi pasaporte como mi cédula siempre quedaron registrados como Suárez. Mi historia familiar paterna tiene su origen en los Suárez de La Coruña, en España, entre los años 1650 y 1700, y otra parte también en Portugal. La familia Suárez se instaló en el Río de la Plata recién en el año 1700. Durante las invasiones inglesas, en 1806, mi tatarabuelo, Francisco Suárez Villoldo, era teniente de Caballería en el Escuadrón Migueletes de la escolta del Virrey Liniers. Él había nacido en Argentina y tenía en ese entonces veinte años de edad. Yo aún conservo en mi poder, como orgullo y reliquia de la historia familiar, el nombramiento de Francisco Suárez Villoldo firmado por el propio Liniers. Ese documento es una copia, ya que el original se halla en el Museo Fernández Blanco; ahí se puede ver el cuadro de mi tatarabuelo y conocer su aspecto físico. Mi abuelo fue un ganadero de la provincia de Buenos Aires, más exactamente de la localidad de San Clemente del Tuyú. Era rematador de hacienda y tuvo una gran fortuna. De su familia ya había heredado bastante, y él se las ingenió para aumentar incluso su riqueza. Lamentablemente, la bienaventuranza llegó a su fin con la llegada de la Primera Guerra Mundial. Como él trabajaba con firmas alemanas, lo pusieron en las listas negras. A raíz de ello se enfermó, tuvo una apoplejía y desbarrancó económicamente. Lo recuerdo como un tipo rubio, de ojos más bien claros, que en su hablar develaba de inmediato su origen gallego. Murió en los años treinta, con casi 70 años. Se había casado con Isabel González del Solar, proveniente también de otra familia muy antigua y tradicional de Buenos Aires. Los orígenes de ellos arrancan en la Argentina con el primer González del Solar que fue soldado del Virrey La Mar durante la época de la Independencia. Su abuela fue Isabel González del Solar y una de las tías de su abuela fue la mujer de José Hernández, Carolina González del Solar.

El general detuvo su relato. Me miró a los ojos con un cierto gesto de desagrado pero no dijo nada. Lita se acercó, sigilosa y en silencio, sosteniendo una nueva bandeja con café, té, leche, agua caliente, palmeritas y scones recién horneados.

En cuestión de segundos, el ambiente había cambiado. Indudablemente, el aroma de las delicias recién horneadas era una

clara invitación a detener la marcha. El matrimonio ni se miró. Suárez Mason me hizo graciosas señas con la mano ordenando que apagara el grabador. Con nerviosismo movía su mano, acompañando el movimiento con absurdos ademanes. En un momento, su gesto transmitió temor. Mientras el grabador estuviese encendido, se controlaba y medía lo que decía. Finalmente accedí a su pedido. Apagué el grabador y crucé una mirada con Lita y le hice un gesto de disconformidad mientras cumplía la orden. Ella me sonrío delicada y me guiñó el ojo. El general se sirvió un té y comió varios scones. Supuse que estaba repasando mentalmente la continuación de su relato.

—Vamos a seguir un poco más, pero pronto terminamos. Yo le impuse reglas pero creo que no las estoy haciendo cumplir. Por ahora no quiero más el grabador. Tengo que lograr que las charlas sean de cuarenta minutos y que no haya interrupciones.

Asentí mientras tomaba el segundo café de la tarde. No quería hablar de las reglas porque siempre significaban algún tipo de restricción.

—Ahora le toca a mi madre. Su origen es mucho más interesante. Mi mamá era Mason Lugones, hija de Guillermo Mason y de Sara Lugones. Dos familias tradicionales en la ciudad. El origen de los Mason es Estados Unidos, aunque naturalmente son de Inglaterra. Según la reconstrucción familiar hay un William Robert Mason nacido en la ciudad de Salem. William Robert trabajaba en el astillero de su padre; siendo niño todavía, su papá se fue a Baltimore y hasta allí trasladó el astillero para hacer barcos más grandes. Las embarcaciones que hicieron los Mason en ese entonces fueron parte de la independencia de los Estados Unidos. La cuestión es que en Baltimore también se crio William Brown. Guillermo Brown había nacido en Irlanda, pero a los ocho años se fue a vivir a Baltimore con toda su familia. Allí se hizo marino. Después de la Revolución de Mayo, Brown viene a Buenos Aires y se instala como comerciante que navegaba por el río Paraná y los puertos de la costa oriental. Cuando se forma la primera escuadrilla nacional fracasan en San Nicolás y son derrotados por los barcos españoles que estaban en Montevideo. Ahí aparece la figura de Guillermo Brown que todos

conocemos como un buen marino y en donde se le encarga la organización de la primera escuadra marina nacional argentina. Esto provocó inmediatamente que mucha gente proveniente de los Estados Unidos viniera con cartas credenciales a presentarse a las autoridades de la república. Uno de ellos fue precisamente, William Robert Mason, quien obtuvo una autorización especial —que daban los gobernantes a los civiles de otras nacionalidades— con la que se les permitía combatir a los barcos enemigos y quedarse con las ganancias de los botines capturados tras los enfrentamientos para luego compartir con el gobierno. Esa fue una metodología que se usó durante mucho tiempo. En una de sus tantas campañas militares, William Robert Mason atacó una fragata portuguesa, en tanto era un aliado de España, pero resultó ser que ya se había firmado la paz con Portugal y William Robert lo desconocía. El error le provocó tres años de prisión en Lisboa; luego de cumplir sus años de arresto quedó en libertad y el gobierno argentino lo repatrió, trayendo también toda la familia. Tenía cinco hijos, uno de los cuales se llamaba Charles y otro James, que es de donde yo desciendo. En la época de Juan Manuel de Rosas, a Charles lo mata la policía de Rosas porque junto con otros intentaban escaparse al Uruguay. Ellos eran antirrosistas, fueron sorprendidos en las costas de Buenos Aires y los mataron a todos. José Mármol después noveló este hecho en *Amalia*: la novela empieza con la muerte de Carlos Mason y otros. A raíz de esto, William Robert Mason —como le habían matado a su hijo— decide marcharse al Uruguay y es en Montevideo donde se hace cargo de una Fragata de la escuadra de Rivera que en ese entonces era el presidente uruguayo. William Robert Mason tiene un combate en Montevideo enfrentando a Guillermo Brown y, por supuesto, es derrotado. Lo traen preso de vuelta a Buenos Aires pero Rosas lo pone en libertad como recompensa por haber prestado sus servicios en la lucha durante la Guerra de la Independencia y la Guerra del Brasil. Cuando se produce la intervención anglo-francesa en el Río de la Plata, Juan Manuel de Rosas organiza algunos barcos, y es entonces cuando reincorporan a William Robert Mason. Este lleva algunos barcos al sur, a Puerto Madryn y a lo que es hoy Bahía Blanca, allí muere en 1834. De

James nace quien fuera mi bisabuelo Tomás. Él fue el fundador de la ciudad de Santa Rosa, la capital de La Pampa, porque una hija suya se casó con el coronel Remigio Hitt, que había hecho la Campaña del Desierto luchando contra los indígenas dueños de esas tierras en el sur argentino. Fue por eso por lo que el presidente Julio Argentino Roca, cuando hizo la ley de distribución de la tierra, repartió esos territorios y a Remigio Hitt le dio una buena porción de esa zona porque nadie en esa época quería habitarla. El bisabuelo resultó ser un hombre emprendedor que logró desarrollar ese territorio. Remigio y su mujer, Malvina, tía abuela mía, se instalaron como familia en esas tierras en el año 1884, época en que todavía vivía el cacique Ranquel, Mariano Rosas. Con el tiempo, comenzó a llegar gente de todas partes y se formó un poblado que al crecer y organizarse se dio en llamar el Territorio de la Pampa Central. De esta forma, en 1892 se funda la capital de dicho territorio y el primer intendente es Tomás Mason, que luego sería el dueño de bastantes cosas más. Tuvo dos hijos, un varón que se llamaba Guillermo y una mujer, Malvina Magdalena Casad, que fue la que se casó con el coronel Remigio Hitt. Guillermo fue mi abuelo. Tuvo cinco hijos, tres varones (uno mayor militar del ejército y los otros dos aviadores navales) y dos mujeres, una de ellas llamada Esther, la que sería años después mi mamá. Yo jamás conocí a mi abuelo: murió siendo joven aún y con hijos muy pequeños. Mi abuela fue Sara Lugones, proveniente de una familia antiquísima que llegó al Perú a fines del año 1500 y que en el 1600 se instaló definitivamente en Santiago del Estero. Todos los Lugones son oriundos de esta provincia. Un tío segundo de mi madre fue el escritor Leopoldo Lugones.

De pronto dejó de hablar. Se lo notaba calmo, parecía disfrutar del relato familiar.

—Bueno, ya es suficiente, hasta acá llegamos por hoy. Estoy cansado y es mejor que sigamos otro día.

Recién en ese momento me di cuenta de esto; hasta se podría decir que estaba exhausto. A su edad ya no estaba acostumbrado a mantenerse en guardia durante tanto tiempo. La noche y el frío ya habían avanzado. La conversación se había extendido demasiado, casi tres horas. Con esfuerzo se incorporó en el sillón y se puso de

pie. Mientras yo hacía lo mismo, me extendió su mano derecha y me saludó con entusiasmo:

—Por fin comenzamos. Fue una conversación muy provechosa. La semana que viene seguiremos avanzando. Usted escriba, no se olvide ningún detalle. Seguimos en contacto.

Le di la mano y me despedí. Apenas di un paso, su esposa se abalanzó de inmediato sobre nosotros. No sé de dónde, pero se nos vino encima en cuanto vio que nos paramos. Ella seguía fiel a las costumbres de la casa: desde algún rincón de ese hogar, acostumbraba a relojear todo lo que sucedía alrededor de su esposo. El general se dio media vuelta y se retiró hacia los dormitorios, apagando a su paso cada luz encendida.

Lita me tomó del brazo y, sin forzarme, gentilmente, me acompañó hasta la puerta.

—Sammartino, le tengo que pedir un favor…

Me pareció que estaba nerviosa o tal vez con vergüenza. Estaba ubicada a mi izquierda, pero con la vista al frente, evitando mirarme.

—Necesito que la próxima vez que venga a reunirse con el general, se quede un poco más de tiempo y lo cuide un rato.

Me tomó por sorpresa. Acepté a pesar de que me parecía algo insólito.

—El general está con problemas de salud y, encima, el Ejército no le paga lo que le corresponde. Tengo que hacer un trámite urgente en la obra social, pero no puedo dejarlo solo. A usted ya le tiene confianza, y yo también se la tengo. Se quedarían conversando como siempre y él ni siquiera notaría mi ausencia. ¡Sammartino, no quiero que él se entere!

La noté angustiada. Le dije que se quedara tranquila y que contara conmigo. Me volvió a agradecer y en lugar de darme la mano, se despidió con un beso. Bajé despacio por la escalera. En cada tramo, un nuevo interrogante. ¿Sería cierto que el general estaba tan delicado de salud? ¿Sinceramente me tenían tanta confianza? Me parecía una locura que, de buenas a primeras, me encontrara "cuidando" a alguien así.

Salí y llovía. Hacía mucho frío. Aún me faltaba un largo camino hasta llegar a mi casa. Estaba yo también muy cansado, como si

cargara con un peso enorme sobre mi espalda.

Solo, enfermo y jugando a los soldaditos

"La intriga cuartelera hacia la política fue erradicada de la vida argentina. La intriga política sobre los cuarteles es tan riesgosa como la anterior y parece regresar después de veinte años", afirmó amenazante el exjefe del Ejército teniente general Ricardo Brinzoni el 28 de mayo de 2003. Lo hizo en el marco de su discurso de despedida, luego de tres años y medio al frente de la institución. Fue removido junto a más de veinte altos mandos de las tres Fuerzas Armadas que pasaron a retiro por decisión del flamante presidente Néstor Kirchner.

"Duele esta despedida. No por lo personal sino por las circunstancias inexplicadas que la enmarcan. El árbol del rencor no da frutos. No es posible avanzar mirando por un espejo retrovisor. Es necesario superar los intereses mezquinos y disolventes que anidan en algunas minorías de la sociedad", destacó Brinzoni al hablar en el amplio Patio de Armas del Regimiento I Patricios ante el ministro de Defensa, José Pampuro, y delante de su propio sucesor, el general Roberto Bendini.

A tan solo 72 horas de asumir el poder, el nuevo gobierno iniciaba el recambio de las cúpulas de las tres Fuerzas Armadas.

La salida apresurada de Brinzoni, un día antes de que se celebrara el Día del Ejército, se debió a una orden impartida por Kirchner, quien deseaba evitar que el militar apartado le hiciera pasar un mal trago con su discurso estando él presente. Kirchner pretendía ir al hueso: para el ascenso de Bendini era necesario producir el retiro inmediato de cerca de treinta generales, a los que se sumaron trece almirantes y doce brigadieres.

A su turno, en su debut como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, Kirchner respondió contundente al temerario discurso pronunciado por el relevado Brinzoni, advirtiendo que "no es función de los militares analizar las conductas del poder político".

Lo hizo al hablar en el acto del Día del Ejército, en el Colegio Militar de El Palomar: "Fui puesto en posesión de mi cargo, que implica ser el comandante en jefe de todas las Fuerzas Armadas de la Nación, y cumpliré acabadamente ese rol por el que también me han elegido. Sorprende que después de lo que ha vivido nuestra patria se le pida a la sociedad o se pretenda agradecimiento por respetar la Constitución", dijo Kirchner.

El viernes 6 de junio del 2003 me volví a reunir con Suárez Mason. A escondidas suyas, coordinamos con Lita el día y el horario más conveniente para mi nueva visita, para poder cumplir con el compromiso que había asumido de cuidarlo en ausencia de su esposa. De todas maneras ella estaba preocupada; muchas veces me repitió: "El general no debe enterarse de que me fui".

Ese día llegué al departamento dos horas antes de lo habitual. La excusa fue insólita: le dije que necesitaba información sobre las islas Galápagos ya que pretendía llevar a mi familia de visita. Tenía un sentido: yo sabía que el general había sido agregado militar de la embajada argentina en Ecuador durante el gobierno de Onganía y varias veces me había hablado de su deslumbramiento por las islas. La artimaña funcionó mejor de lo esperado.

Llegué cinco minutos tarde y eso hizo que no pudiera cumplir con el ritual de pasar por la iglesia San Nicolás de Bari. Lita me esperaba con la puerta abierta. Estaba inquieta y un poco desencajada. Apenas me vio, con una mueca insinuó una queja pero no dijo nada. Me estiró las llaves de la casa y urgida me detalló las instrucciones:

—Cierre la puerta y no le abra a nadie. A más tardar en una hora estoy de regreso. El general lo espera en la sala. Entre directamente que ya le avisé de su llegada. No deje la llave puesta, yo tengo otra copia. Sammartino, confío en usted. Ahora él depende de usted.

Me saludó con un beso, se dio media vuelta y subió al ascensor. La situación era inverosímil. Jamás se me hubiese ocurrido que podría llegar a quedar en custodia del mismísimo Suárez Mason.

Apresurado y nervioso, cerré la puerta, colgué la llave y encaré por el pasillo. Para peor una migraña me partía de dolor. Apenas entré a la sala de estar, una imagen me paralizó: el general estaba jugando con soldaditos.

Lo encontré de pie, junto a la mesa que limitaba el comedor, con toda su tropa dispersa a lo largo y ancho del mantel de hilo antiguo, bordado y calado a mano. Hablaba solo, meneaba la cabeza y movía sus brazos. Como un chico, se entretenía desplazando de un lado hacia otro pequeños soldados de plástico verdes, marrones y negros. También había tanques, motos, camiones, un Jeep con ametralladoras y varios helicópteros. Hasta un soldado articulado de unos treinta centímetros, mucho más grande que el resto de los militares de juguete, que desde la palma de la mano del general impartía órdenes de combate: "Avancen los tanques, no se retrase la infantería, alisten a los aviones, destruyan al enemigo".

Lo observé durante un rato. Mi asombro crecía a la par de su entretenimiento. Sus gestos eran muy reales, parecía estar convencido de comandar un ejército. Hablaba con él mismo. Se preguntaba y se respondía. No advirtió que yo estaba a dos metros hasta que el gato negro me delató. El general giró y me vio. Dejó los soldaditos y se dirigió a su sillón.

—Me sorprendió en pleno combate. Esta es mi pequeña maqueta de guerra personal. ¿Cómo está, Sammartino? Supongo que a usted también le agrada jugar con los soldaditos…

Mientras me acomodaba le di a entender que era una práctica que había abandonado mucho tiempo atrás, cuando era un niño. La respuesta le molestó. Quizás esperaba compartir conmigo algunas estrategias del juego y yo no supe percibirlo. Enseguida cambió de tema y comenzó a explayarse sobre las riquezas y bondades de las Galápagos. Con su mano derecha me señaló la mesita de vidrio donde estaba la bandeja servida con café, té, agua caliente y abundantes rodajas de budín.

—Le pedí a Lita que nos dejara preparada la merienda así no interrumpe mientras conversamos.

Serví su té y café para mí. Después lo animé a seguir con el tema y así estuvimos por un largo rato. El tiempo se me hizo eterno, solo

deseaba que su esposa retornara cuanto antes. Estaba incómodo. Apenas pude, cuando pareció que había agotado sus saberes sobre las Galápagos, cambié de tema.

—¿Leyó el reportaje que le hicieron a Fidel Castro el domingo en *Clarín*? Dijo que la violencia no parece ser el camino. Que hay fenómenos nuevos. Y que a ningún militar se le ocurre hoy un golpe de Estado: hay un cambio en las conciencias.

—Increíble que reciban a este tipo en Argentina. En primer lugar quiero decirle que Fidel Castro es comunista y que su liderazgo se sustenta en la tiranía y la opresión. Además, en la década de los setenta y durante el Proceso, tuvimos que combatir con órdenes de aniquilar a muchos compatriotas subversivos que habían sido entrenados precisamente en Cuba. Y, por último, le quiero aclarar que, mientras nosotros destrozamos a cuetazos al enemigo terrorista y comunista que pretendía adueñarse de la Argentina… ahora, a poco más de veinte años, nosotros somos los juzgados y encarcelados mientras que nuestros enemigos se florean en los cargos públicos. ¡Qué mal habremos hecho las cosas los militares! Mientras yo estoy prisionero en mi propia casa, Fidel Castro es recibido con las pompas de un líder mundial y el montonero Néstor Kirchner gobierna la Argentina.

Después entró en un largo mutismo. Fue como si se apagara. La alegría que tenía mientras jugaba a los soldaditos se había esfumado, había sido consumida por la preocupación, la indignación que le causaba la realidad. Ya casi había pasado una hora y Lita no volvía. Yo no dejaba de mirar el reloj.

—No termino de entenderlo, general. Hace casi siete años, en una entrevista publicada en *Noticias*, usted le dijo a Darío Gallo: "A veces pienso que nos merecemos un Fidel Castro". En esa misma entrevista usted también dijo que "los comunistas eran gente de respeto porque no ocultaban nada". ¿Qué cambió en tan poco tiempo?

Antes de que respondiera, apareció Lita. Me sorprendió porque no escuché la puerta de calle. Me puso contento su regreso, me alivió. Suárez Mason también estaba reconfortado con su presencia. Le pidió más café, agua para el té y algo rico para comer.

—En poco tiempo cambió todo, Sammartino. Ahora el enemigo se ha instalado en el poder.

—Pero hace algunos años usted no decía lo mismo. Estaba convencido de que la subversión no regresaría.

—Yo pensaba que la subversión no volvería en lo inmediato, pero ahora pienso lo contrario. Nos juzgan como malvados pero se olvidan que vinieron a buscarnos para que aniquilemos la guerrilla.

—¡Por supuesto que son unos malvados! No divaguemos sobre lo que decía la letra chica de los decretos. Ustedes mataron, torturaron, encarcelaron en lugares clandestinos, desaparecieron a miles de personas, robaron bebés. Eso no lo pueden negar…

No me atrevía a mirar a Suárez Mason. Era la primera vez que le hablaba de esa manera. Sin darme cuenta, había levantado la voz. Es más, mientras hablaba me paré para darle énfasis a lo que decía. Suárez Mason no hizo ningún gesto, no dijo nada. Tal vez estaba calibrando la réplica. Pero entró Lita y se paró frente a los dos sillones con la bandeja en la mano.

—Me pareció que comenzaron a levantar la voz. Si tienen que pelearse, por favor no lo hagan en mi casa. Les traje algo rico y calentito para que puedan hablar más relajados.

Volví a llenar las tazas. Suárez Mason dio un sorbo largo al té antes de retomar la palabra.

—La guerra es un juego en el que gana el más violento. Pero ya hablaremos de esto más adelante. Yo prefiero seguir conversando en orden como lo veníamos haciendo hasta ahora.

La conversación siguió, insustancial, por varios minutos. Ninguno dijo nada nuevo. Miré el reloj y ya habían pasado casi dos horas. Volvimos a hablar de Kirchner y de su primera cadena nacional, en la que se había referido a la corrupción del poder judicial y reclamaba la renovación de la Corte Suprema. Exigió al Congreso que con urgencia les hiciera juicio político a los jueces de la "mayoría automática" que apoyaron cada medida de Menem.

—Kirchner se mete con la Corte porque va por todo. Ese tuerto es muy astuto. Ya se sacó de encima al Turco, ahora se quiere sacar de encima a sus jueces. Cambió el paradigma, Sammartino. Este tipo me va a enterrar. Pero ya está. Vamos a lo nuestro,

arranquemos de una vez por todas con el tema que teníamos previsto para hoy. Encienda el grabador…

Se lo veía fastidiado. Empezó a hablar casi sin hacer una pausa, como si no estuviese cambiando de tema. Acerqué el grabador lo más cerca que pude...

* * *

—Nací en la ciudad de Buenos Aires el 24 de enero del año 1924. Mi mamá me tuvo en una casa de la calle Córdoba, ahí vivían sus padres. En esa época los partos ocurrían en las casas. A los dos días de haber nacido me llevaron a vivir a Punta Alta. Mi papá era marino y trabajaba en Puerto Belgrano. Allí me crie, tuve una infancia hermosa. Después de la estadía en ese paraje campesino y casi desolado, volvimos a Buenos Aires, la gran ciudad que jamás toleré por sus ruidos, olores y la gran cantidad de personas apretadas corriendo sin dirección. Nunca pude superar la impresión que me produjo vivir ese tiempo en la Capital Federal. En Buenos Aires conocí de cerca la Revolución de 1930. El 6 de septiembre el general José Félix Uriburu precipitó el derrocamiento de Hipólito Yrigoyen, quebrando así la continuidad democrática argentina iniciada en 1912 con la Ley Sáenz Peña. Yrigoyen era de la Unión Cívica Radical y nosotros, los Suárez Mason, lamentamos profundamente su desplazamiento. De esos días recuerdo que, cuando iba al colegio en Constitución, presencié la destrucción de la casa de Yrigoyen. Era la primera vez que me topaba cara a cara con un atentado. Aún recuerdo aquellas imágenes. Era una banda de forajidos descontrolados pretendiendo hacer justicia con sus propias manos. Al cumplir los once, cuando me encontraba en el sexto grado, mis padres me inscribieron en una escuela religiosa. El prestigioso colegio de La Salle, de los hermanos Lasallanos. Un colegio católico muy bueno y tradicional. Estuve ahí hasta cuarto año ya que para entonces, convencido de mi vocación por las armas, me retiré a preparar mi ingreso al Colegio Militar de la Nación. De adolescente me apasionaba el fútbol. No jugaba muy bien. Con la pelota nunca

me han ido bien las cosas, pero durante unos meses llegué a participar como arquero en las divisiones inferiores de Argentinos Juniors. A partir de ese momento Argentinos pasó a ser el amor y la pasión de mi vida. En mi casa paterna siempre se habló de las Fuerzas Armadas. Los temas militares eran cotidianos; tal vez por eso desde niño cultivé la curiosidad hacia esa profesión. Mi tío Guillermo, el hermano mayor de mi madre —que era muy cercano y solía convivir con nosotros— me contaba historias increíbles del Ejército Argentino, que a mí me fascinaban. Fue su influencia la que seguramente hizo que me decidiera a último momento por cambiarme de bando e ingresar al Colegio Militar. Digo esto porque siempre había dicho que entraría en la Armada. Quería ser marino como mi padre. Al Ejército siempre lo consideré bajo el aspecto del Arma de Caballería, jamás hubiera sido infante. Entré al Colegio Militar con el orden de mérito número tres entre trescientos postulantes que nos presentamos. Ese fue el resultado académico de mis exámenes. Como cadete novato me vestí desafortunadamente con el uniforme de Infantería, pero al poco tiempo pude elegir el arma que me acompañaría durante toda la carrera profesional: la Caballería. A mí siempre me gustó la libertad y consideraba que me permitiría andar mucho más por el campo. Añoraba mi infancia y las cabalgatas en la chacra que mis padres alquilaban en Escobar. Cuando ingresé al Colegio Militar había que hacer cinco años para poder recibirse como militar profesional, pero al poco tiempo de mi incorporación se suprimió ese quinto año y, además, tuve la oportunidad de hacer un curso acelerado que me permitió recibirme en tan solo tres años. Hice tres en lugar de los cinco años que tenía previsto. Me tocó la camada de egresados número 73 y me crie y eduqué con esa clase de gente que hoy nadie quiere ni ver. Yo fui compañero y amigo de los represores más conocidos de la dictadura. Mi formación académica y profesional se forjó junto a los tan famosos y recordados generales del Proceso. Videla, Viola, Laplane, Cáceres, Aguirre y muchos otros fueron mis compañeros de estudios y de largos días de instrucción. Todos ellos llegaron a ser comandantes jefes. Tuvieron cargos y responsabilidades muy importantes. Llegaron lejos en sus carreras. El general Carlos Aguirre

fue gobernador de La Pampa, el general de división Isidro Cáceres fue comandante del I Cuerpo de Ejército, el general Rodolfo Cánepa fue también comandante del I Cuerpo de Ejército y a quien reemplacé al momento de su muerte. El general Alberto Numa Laplane fue comandante en la época de Juan Domingo Perón, José Andrés Martínez Waldner fue gobernador de Neuquén, el general Juan Carlos Miatello fue director de la SIDE, Miró fue general de división y Mónaco, del arma de Ingenieros. Todos compañeros míos. También fui compañero de estudios del "Cholo" Pomar, que se hizo públicamente conocido por la Revolución del 55 en Córdoba. Pomar era paracaidista y fue íntimo amigo mío. Otro de mis compañeros fue Urdapilleta, que llegó a ser el jefe de Granaderos cuando Onganía renunció. El general Luciano Benjamín Menéndez perteneció a la promoción siguiente, a la 74. Los generales Cristino Nicolaides y Antonio Domingo Bussi venían unas camadas más abajo que la mía. Recuerdo que egresé con el orden de mérito número 34 entre los doscientos compañeros que terminamos la carrera. Salí de allí con el grado de subteniente del arma de Caballería. Mi primer destino fue el Regimiento Nº 9 de Caballería de Curuzú Cuatiá, Corrientes. Era un destino muy conveniente para un oficial recién egresado. El beneficio había sido logrado gracias a las gestiones de mi madre ante un oficial de alto rango jerárquico para que yo obtuviera ciertas bondades y conveniencias en virtud de que, desde pequeño, sufría de reiterados y continuos problemas de intestinos. Ese oficial de alto rango jerárquico que me concedió uno de los llamados *destinos sanos*, era un familiar mío que por ese entonces ocupaba la jefatura del Estado Mayor General del Ejército. Era mi tío abuelo. Yo hubiera deseado ir a la provincia de Salta, al Regimiento de Orán, pero mi madre frustró mis ambiciones. Mi tío abuelo me sacó corriendo: "En Orán hay paludismo...", dijo cerrando la discusión. En Curuzú Cuatiá estuve dos años y de ahí me fui a Paraná. Fue un buen tiempo. Quedará registrado en mí para toda la vida. En Paraná, me casé con la mujer más valiente del mundo. Ella sería la elegida para acompañarme a lo largo de toda mi carrera. Sesenta años juntos. La conocí en Mendoza mientras estaba de vacaciones. Fue en enero de 1944, dos días después del terremoto

de San Juan. Yo estaba en cuarto año del Colegio Militar. Ella también estaba de vacaciones. El padre de mi novia, mi futuro suegro, había sido muy amigo de mi abuela materna, Sara Lugones, y por eso nos conocimos en la localidad de Uspallata. La relación se dio muy bien, y a los pocos días formalizamos el noviazgo como correspondía en aquella época. Cuando ascendí a teniente de Caballería decidimos que era el momento apropiado para comprometernos en santo matrimonio. Nos casamos en julio de 1947, hace ya unos cuantos años. Lita es la esposa perfecta, la única persona que me da paz. Ella logra siempre sedarme en forma inmediata. Yo soy un tipo que se irrita muy fácilmente y mi esposa sabe cómo contenerme. No pregunta y no cuestiona. Al contrario, banca, apoya y comprende. Ella es la única que logra tener el control sobre mí. Ha sido siempre así, toda la vida, desde que estamos juntos. Siempre fue una gran compañera y asesora. Ella sabe muy bien cuáles han sido mis penas y mis logros. Yo he sido un hombre afortunado y bendecido con el amor y afecto de esta mujer. Le ha tocado pasar momentos muy duros y amargos. Una cosa es que yo viva los sinsabores de mi profesión, y otra muy distinta es que se las tenga que aguantar mi familia. Gracias a Dios, no me puedo quejar con lo que me ha tocado. Lita fue la única persona que estuvo al tanto de todo. Siempre hemos sido muy confidentes entre nosotros y no hubo decisión importante que yo no consultara con ella. En aquella época, de subversivos y represión, ella fue la única que me dio confianza y valor para seguir adelante. Fue la única que me bancó hasta el último momento y que aún me sigue bancando. Ella no cuestiona y nunca lo hizo. Fueron tiempos muy duros. Todos creen que para nosotros era muy fácil reprimir y torturar, y la verdad es que había que tener muchos huevos para hacer lo que hicimos. Lo más fácil hubiera sido salir corriendo y mariconeando a gritos. Pero no fue así, eso no ocurrió, la responsabilidad era nuestra. Nosotros debíamos cumplir con nuestra misión de soldados de la patria y para eso estábamos preparados, para eso nos habíamos formado. Sabíamos cómo había que combatir a los zurdos. Eliminar a los terroristas era nuestra única misión y no había por qué hacer consultas con nadie. Yo antes de tomar grandes decisiones solía

hablar siempre a solas con mi mujer. Ella siempre me ha dado paz. Cualquier duda o consulta era compartida y todo se aliviaba. Era algo así como un código íntimo, de pareja, de compañeros de ruta. Estoy seguro de que ella me veía venir. Pero así y todo era prudente, jamás se anticipaba, quería escucharme primero para después poder aconsejarme. Para mí ese escenario era mágico, estaba cargado de un misterio casi angelical. Esa relación y esa charla con Lita era una especie de confesión divina en donde yo sentía que me elevaba. Evidentemente había una gran comunión entre nosotros. Yo hablaba con ella, y luego de la charla sabía perfectamente qué debía hacer. Lita ha sido siempre mi gran consejera y guía. Juntos hemos compartido decisiones dificilísimas. Llevamos muchos años de casados y jamás me ha reprochado la vida que le he hecho pasar. Estoy convencido de que ella tiene los mismos ideales que yo. De no haber sido así, jamás hubiera tolerado estar al lado de un hombre que ha debido rebajarse por la grandeza de la Nación. Lamentablemente, no lo digo con orgullo. Yo reconozco que, según mi condición humana, he tenido que hacer cosas que un ser normal no hace. Y de eso creo que se trata cuando se pelea en una guerra. Se hacen cosas que no se deben hacer pero que en una guerra se está autorizado a hacer. Gracias a Dios, he tenido a mi lado a una esposa formidable. Me emociona mirarla y ver cómo sobrelleva con estoicismo todos los deshonores provocados por mi profesión. No le ha tocado fácil. Ha tenido que apoyar mis aciertos y también tolerar mis errores. Para mí, ella ha sido la mujer perfecta. Buena esposa y tierna madre. ¡Como ocurre en todo matrimonio que se considera normal!

Sacó un pañuelo de su pantalón y se secó los ojos. Agachó la cabeza para que no le viera la cara. No quería un testigo de su emoción. Lita volvió a entrar en cuadro:

—Me parece que ya es hora de ir terminando. Vayan los dos a descansar que hoy estuvieron casi tres horas conversando. En unos días se juntan de nuevo y siguen avanzando.

Apagué el grabador y me paré. El general también lo hizo pero con bastante esfuerzo. Me pidió que lo esperara un minuto. Se metió en uno de los cuartos y volvió con un fajo de hojas escritas a mano

por él. Me pidió que les sacara fotocopias y se las devolviera en la próxima reunión.

—Aquí está escrito, con algunos detalles más, lo que estuvimos charlando recién.

Luego me dio un apretón de manos, me pidió que lo llamara por teléfono en unos días y caminando hacia su cuarto le anunció a su señora que le dolía la muela.

—Lita, necesito alguno de tus calmantes. Si aumenta este dolor, me parece que esta noche no duerme nadie en esta casa.

Yo aproveché la ocasión y escapé hacia la puerta de salida. Saludé al matrimonio de lejos, satisfecho por el testimonio que había logrado. Lita me alcanzó a las apuradas antes de que me fuera. Estaba agradecida por haber cuidado de su marido en su ausencia.

—¡Yo confío en usted, Sammartino!

Libros prohibidos

Nos volvimos a reunir a mediados de 2003. No recuerdo la fecha exacta, ya que el encuentro se dio de manera precipitada. El general llamó a mi celular. Eran cerca de las tres de tarde y yo acaba de volver de trabajar en la radio. El día había sido bravo y solo quería comer y acostarme a descansar un rato.

Recuerdo las palabras precisas que utilizó cuando respondí:

—Sammartino, venga a mi casa un rato apenas pueda.

Ni siquiera me saludó. Tampoco esperó mi respuesta.

—¡Lita se escapó de casa! Ja, ja. Supongo que pensó que no me daría cuenta. Seguramente fue a comprar algo cerca porque no le gusta dejarme solo. De tanto en tanto se raja. Pero para resolver alguna urgencia. Para matar el tiempo me voy a poner a cocinar unos *cupcakes* de vainilla y se me ocurrió llamarlo para que se deleitara compartiendo el té conmigo.

Acepté y quedamos en que a las cinco estaría en su casa. Tenía un buen presentimiento. Tal vez el no haberme preparado para el encuentro me hacía ir más liviano. Fui con mi auto para llegar más tranquilo. Pero me agarró un embotellamiento y me costó encontrar estacionamiento. Al final llegué quince minutos tarde y bastante nervioso.

La puerta de entrada estaba abierta. En medio el portero obstaculizaba el paso. Era la primera vez que pasaba. Apurado, saludé al hombre, me presenté y le dije que el general me estaba aguardando. El encargado me miró de arriba a abajo y, sin preguntar nada, se corrió del medio. Toqué tres veces el portero eléctrico y antes de que me respondieran, seguí hacia el ascensor.

Me inquietaba algo que habíamos acordado en nuestra charla telefónica, algo inédito hasta ese momento: me permitiría

interrogarlo sobre "algunas cuestiones por fuera del protocolo que veníamos teniendo hasta el momento". Aunque, aclaró, obviamente no debería interrumpirse "nuestra rutina de trabajo habitual". Ese día estaba prohibido el uso del grabador.

En el palier golpeé la puerta con el puño. No sé por qué no toqué el timbre.

—¿Sammartino es usted?

La pregunta fue casi un susurro mientras entreabría la puerta. Apenas asomó su cabeza. Solo se distinguía su contorno merced a la oscuridad del departamento. Al verme, me hizo ingresar con urgencia. Había olor a algo recién horneado.

—Entre rápido. La merienda está servida y el té se le va a enfriar.

Estaba contento de verme. Llevaba un delantal de cocina negro manchado con harina. Me causó cierta gracia. Con esfuerzo logré evitar sonreír y hacerle alguna broma.

—Ya voy. Póngase cómodo mientras saco lo que está en el horno y ordeno un poco todo el desastre que hice por acá.

Desde mi sillón escuché la puerta metálica del horno, un rebote furioso de la puerta de la heladera y, finalmente, un golpazo de la puerta de la cocina. Suárez Mason salió sacudiéndose las manos. Lucía ostensiblemente satisfecho por lo que había preparado. Ya no llevaba el delantal enharinado.

—¡Avanti con los cañones, Sammartino! Gocemos de estos manjares ahora y luego seguimos con lo nuestro.

Apenas regresó, Lita se fue a dormir la siesta. Había encontrado a su marido entretenido con ollas y sartenes, y prefirió dejarlo solo, como a un chico, jugando. Suárez Mason masticaba con placer. Disfrutaba de la comida. Parecía exultante.

La situación me resultaba increíble. ¿Qué estaba haciendo ahí delante de ese tipo? ¿Qué sentimientos debía mostrar ante el terrible ser humano que había sido y que ahora, en los últimos años de vida, me revelaba su intimidad? ¿Compasión, misericordia, enojo, exigir perdón o sencillamente debía buscar la verdad?

Noté que en el otro extremo de la mesa había dos libros forrados en papel araña verde. Estaban uno encima del otro y sobre ellos

reposaba un abrecartas de plata de unos quince centímetros de largo y con una empuñadura con la figura de una cabeza de caballo.

El libro de arriba estaba en mal estado. No tenía rasgos de haber sido maltratado por su uso en la lectura, ni tampoco por el correr degradante del tiempo; el ejemplar había sido mutilado adrede, poco a poco, desde el centro y hacia abajo. Me llamó mucho la atención. ¿Qué historia guardaría ese ejemplar como para que alguien hiciera semejante estropicio? ¿Por qué estaba sobre la mesa? Señalé los libros.

—¡No puedo creer que usted haya hecho esa atrocidad!

Suárez Mason se mantuvo en silencio, mirándome.

—Usted no se imagina qué atrocidades soy capaz de cometer.

La frase me heló la sangre. Parecía que el simulado juego de simpatías que había entre él y yo se había terminado. No sabía qué hacer, estaba paralizado. Él no parecía afectado. Se levantó con dificultad del sillón. Dio dos o tres pasos lentos hacia la otra punta de la mesa, tomó con su mano derecha el abrecartas y con su mano izquierda el primer libro. Despiadado, lo agujereó con cinismo. Una y otra y otra vez clavó el filo despedazando varias páginas a la vez.

—Esto es lo que yo hago con estas porquerías. Este es mi desahogo más sublime.

Continuó con su tarea hasta que, sin saber bien qué hacía, me levanté y de un tirón le saqué el libro de las manos. Traté de hablar simulando normalidad.

—¿Me permite ver de qué se trata? Por algún motivo se ha ensañado con estas páginas.

El general se detuvo de inmediato. No trató de lastimarme, permitió complaciente que tomara el libro. Tomó el otro ejemplar, que aún estaba sobre la mesa, y se sentó. Bebió dos sorbos de té y hojeó el libro. En la mano derecha seguía empuñando el abrecartas de plata.

Yo también me senté. Aparentando indiferencia, comí una masita y abrí con curiosidad el libro que acababa de rescatar. Era una primera edición del *Nunca Más*.

—Y volvió hacia el zorro...

Por un segundo no entendí si se trataba de una broma. Cuando siguió leyendo pero con la cadencia del que recita, me convencí de que no lo era.

—Adiós, dijo el zorro. He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos. Lo esencial es invisible a los ojos, repitió el principito, a fin de acordarse. El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante. El tiempo que perdí por mi rosa, dijo el principito, a fin de acordarse. Los hombres han olvidado esta verdad, dijo el zorro. Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa. Soy responsable de mi rosa, repitió el principito, a fin de acordarse.

Suárez Mason cerró el libro de un golpe y escrutó mi reacción. Seguía con el abrecartas en una de sus manos.

—¿Por qué está leyendo ese libro? Ustedes lo prohibieron durante la dictadura.

Todavía no sé si la pregunta surgió de la curiosidad o fue un intento por provocarlo.

—¿Por qué le parece raro? Siempre me causó curiosidad saber el motivo de por qué lo encontramos en muchas de las casas allanadas.

Volvió a abrir el libro, rebuscó entre algunas marcas y, de nuevo, se puso a leer en voz alta. En la frase "eres responsable para siempre de lo que has domesticado" elevó el tono.

—¡No se trastorne, Sammartino! Ya lo decía Maquiavelo: los fantasmas asustan más de lejos que de cerca.

Dio por terminado el momento de peculiar crítica literaria. Me quitó el *Nunca Más* apuñalado con amabilidad y junto a *El Principito*, lo puso detrás suyo, entre su espalda y el sillón. Los escondió. Golpeó los dos pies contra el piso y se frotó con energía las manos.

—¡Volvamos a lo nuestro! Reanudemos donde habíamos quedado la última vez.

Fue más una demanda, una orden que una propuesta. Acaté.

* * *

—Lo vi emocionarse cuando hablaba de Lita. Hablemos un poco más de ella.

A pesar de que no estaba dentro de su plan, asintió y me dejó seguir hablando.

—Hace un par de años hubo un desastre ecológico por derrame de petróleo en Chile. Un buque-tanque de bandera panameña derramó cerca de 440 toneladas de petróleo en el canal Moraleda en la región de Aysén. El incidente ocurrió a las 21.30 en la salida del canal Darwin. Había malas condiciones de tiempo y la embarcación, que ya había dado un aviso previo sobre el cambio de ruta, sufrió un golpe con roturas y sobrevino el desastre.

Suárez Mason parecía sorprendido. Intentó interrumpirme y con un gesto de la mano le pedí que me dejara continuar.

—Le recuerdo esto porque el responsable de esta tragedia ecológica fue el buque-tanque *José Fuchs*, de origen argentino pero con bandera panameña. Se dice que en el momento del accidente transportaba una carga superior a 57 millones de litros de petróleo crudo provenientes de Caleta Olivia, para ser procesados en San Vicente, en la Octava Región. Y todo esto lo relaciono con su esposa. Según lo que investigué, en los registros figura que ese barco perteneció a la flota de YPF, que su fecha de botadura fue el 11 de diciembre de 1981, que Noemí A. Alais de Suárez Mason, su señora, fue la madrina de bautizo del *José Fuchs*.

—Eso es cierto, Sammartino. Se trató de un caprichito mío, una galantería para mi esposa. No hay nada que se me pueda cuestionar.

Había dado con el dato el día anterior, mientras revisaba documentos y viejos artículos periodísticos tratando de averiguar a qué se había dedicado cuando en plena dictadura dejó de ser el comandante del Cuerpo I de Ejército. Al pasar a retiro en 1979 se incorporó al directorio del *holding* Bridas y en 1981, sobre el final del gobierno militar, fue designado presidente de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). Por entonces tenía 57 años y ninguna experiencia en el área. Lo acusaron de hacer grandes negocios en

beneficio propio, de vaciar a la empresa y hasta se lo vinculó con el escándalo de la nafta adulterada. Además, como una especie de benefactor y padrino político de Argentinos Juniors, llegó a utilizar dinero de las arcas de YPF y Austral para conseguir que Diego Armando Maradona permaneciera en el club de La Paternal hasta 1981.

Durante su gestión, YPF se endeudó astronómicamente. Al 24 de marzo de 1976, la petrolera tenía una deuda de 372 millones de dólares. En tan solo ocho meses, Suárez Mason la dejó con más de 6.000 millones de dólares de deuda.

—No meta a Lita en nada raro.

—Los hermanos de su esposa, sus cuñados, también fueron personajes públicos y muy polémicos.

De golpe el general se paró y, sin mirarme ni decirme nada, tomó con vehemencia la tetera y salió en busca de más agua a la cocina. Caminaba con paso firme. De la cocina llegaba ruido de tazas y copas al chocarse, de puertas de armarios abriendo y cerrándose. Un chiflete helado me atacaba por la espalda. La ventana que daba al pulmón interno del edificio estaba entreabierta y enfriaba toda la casa. Se hacía de noche. Pensé que tal vez no regresara y que el encuentro de ese día podía terminar allí.

Dos cuñados de Suárez Mason y hermanos de su esposa, Noemí Alais, también fueron en efecto públicamente conocidos y bastante polémicos. Por un lado, estaba el comisario Félix Alejandro Alais, le decían "El Oso", dueño de la empresa de seguridad Fast que custodiaba el polideportivo de Argentinos Juniors y a quien Rodolfo Walsh denunció públicamente en 1974 por integrar la Triple A. El 8 de marzo de 1983, el oficial inspector Rodolfo Peregrino Fernández y exayudante del ministro del Interior durante la dictadura militar, general Albano Harguindeguy, ratificó la denuncia ante la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU) en Madrid, señalándolo entre los asesinos del abogado y diputado nacional Rodolfo Ortega Peña el 31 de julio de 1974. Félix Alejandro Alais murió en prisión el 6 de agosto de 2012 sin recibir condena por los crímenes de lesa humanidad de los que estaba acusado.

El otro cuñado fue el general Ernesto Arturo Alais, el jefe militar que nunca llegó a Campo de Mayo en la Semana Santa de 1987 para reprimir a los uniformados carapintadas que habían decidido sublevarse en pleno gobierno de Raúl Alfonsín. El hombre más lento del mundo. Hasta ese día no tenía apodo pero, como su hermano, se ganó uno del reino animal: "Tortuga" Alais. El general Alais murió el 3 de febrero de 2016. Estuvo preso en el penal de Marcos Paz, luego en el Hospital Militar Central, y finalmente en el penal de Ezeiza. Padecía demencia senil, y mientras se sustanciaba el juicio en el que estaba procesado por delitos de lesa humanidad cuando era comandante del Regimiento de Infantería 19 de Tucumán, asistía, ya fuera de sus facultades, en silla de ruedas.

Suárez Mason volvió diez minutos después. Se lo veía más calmado. Traía otra bandeja con agua caliente y rosquitas de maicena recalentadas. Apoyó todo en la mesa y se fijó que en su sillón siguieran los libros. Los volvió a acomodar y se zambulló en el asiento.

—Escuche, Sammartino. Encienda un rato ese aparato que siempre trae y aproveche para grabar esto que le voy a decir. Mi esposa y mis hijos saben todo lo que tienen que saber sobre quién soy yo. Obviamente, el grado de intimidad que hay con mi mujer es distinto. Quizás ella sepa algún detalle más, pero yo a mis hijos no les oculté nada. Si ellos preguntaban, yo les contestaba. Ellos también han sido buenos hijos y muy comprensivos. Nunca fueron más allá, no les interesaba cuestionar, bastaba la palabra del padre. La relación con mis hijos siempre ha sido buena. Son un poco chapados a la antigua, así los hemos educado, pero no tengo diferencias groseras con ellos, para nada. Creo que han entendido bien lo que se hizo. Jamás me he sentido cuestionado por ninguno de ellos. Son hijos muy cariñosos, no tienen rencores, sufren los problemas de su padre pero han sabido abrirse camino solos. Tienen un apellido digno para llevar y, aunque ahora les cueste llamarse Suárez Mason, están convencidos de que la historia redimirá la dignidad familiar con abundancia de honores. No me puedo quejar, son excelentes hijos, todos han salido muy buenos. El que está en los Estados Unidos llama casi todos los días por teléfono. Allá los

yanquis tienen más baratas las comunicaciones que acá en Argentina. Ese hijo la pasa muy bien ahora. Está en una empresa constructora de casas donde él es el diseñador. Además tiene otros trabajos particulares. Se quedó a vivir allá porque acá la pasaba muy mal. Sus hijas están estudiando en la universidad. En los Estados Unidos, cuando las chicas se van a la universidad se las arreglan solas. Estudian, trabajan y desde allí ya se independizan. La mayor de ellas se recibió muy bien y la más chica está estudiando abogacía. Ya le he dicho que en cualquier momento necesito de sus servicios. Ellas tienen muy en claro quién es su abuelo. Gracias a Dios, mi descendencia no me preocupa. Creo que saben muy bien quién he sido en la vida. Yo sé perfectamente lo que hice y por qué lo hice. También sé que he tenido muchos aciertos y que he cometido algunos errores. ¡Es lógico! ¡Soy un ser humano! Hasta el día de hoy no me arrepiento de nada de todo aquello que tuve que hacer. Estuvimos en una guerra que aquí nadie quiere aún reconocer. Se hicieron cosas que tampoco a nadie le gustaría hacer. Pero había que hacerlo por el bien de nuestra patria. Ya lo he dicho, eran ellos o nosotros. En una guerra no hay nada que sea lícito. Es una situación en donde se está permitido matar. ¡Si yo no te mato a vos, vos me matás a mí! Todo vale, solo hay que matar y ganar.

En casa nunca hubo problemas. Las únicas preocupaciones lógicas estaban vinculadas a la seguridad. A eso sí le he tenido mucho cagazo. Los zurdos no respetan nada ni a nadie. No entienden de códigos de batalla. Si te quieren cagar van a intentar cualquier cosa. Los subversivos sabían hacer muy bien la inteligencia de combate. No sé cómo lo lograban, pero tenían datos personales muy exactos de cómo era mi vida. Eso siempre me asustó. No por mí, pero mis hijos y mi esposa nada tenían que ver. Para contrarrestar un poco todo esto aplicábamos la contrainteligencia. Gracias a Dios, logramos zafar en todas, nunca nos pasó nada. Mi esposa en estas cosas también fue muy astuta. Siempre fue muy prudente en los desplazamientos fuera del hogar y nunca se expuso cuando las cosas venían bravas. Me acuerdo que todos los días, cuando nos juntábamos para charlar un ratito, me daba las novedades como si fuera un parte militar diario. Ella siempre se

comportó como la compañera ideal. Yo la embromo diciéndole que solo le falta llevar el uniforme verde de fajina. Para mí el matrimonio ha sido una bendición. Yo creo que esa unión tan especial es un concurso de paciencia. Ella me demostró ser más guapa que yo. A mis hijos les quedará esa herencia. Para bien o para mal, llamarse Suárez Mason los marcará de por vida. Tengo una hija mayor que se llama Gloria. Ella es doctora en psicología y trabaja en el Hospital Militar. Tiene su propio consultorio pero, lamentablemente, se me quedó soltera. Creo que eso me da un poco de culpa. Relacionarse con los hombres siempre le ha costado demasiado a raíz de esa portación de apellido. Mi primo, para consolarme, me dice que no me extrañe porque en la familia de los Suárez hay un montón de solteros. Es de familia, dice. Yo quisiera que mis hijos no sufran por mi culpa. Ella ha sentido la segregación por ser la hija de un general de la dictadura. ¡Qué barbaridad! No lo puedo creer. Es un mundo que funciona todo al revés. Mi hija no puede encontrar su amor por el odio que hay en la gente. Después, tengo tres varones más. El mayor de ellos, Carlos, es marino y ahora tiene el cargo de capitán de navío. Se parece mucho a mí. Tiene el mismo carácter que yo y se metió en las Fuerzas Armadas con los mismos ideales que yo tenía. Le ha tocado otra época. También lleva el estigma de la portación de apellido. En la Armada no lo han jodido demasiado, más bien lo han protegido y resguardado. Vamos a ver qué pasa cuando le toque ascender. Solo espero que en el Congreso de la Nación no le corten la carrera que ha hecho y le impidan continuar por tener la culpa de ser un hijo mío. Después de Carlos viene Mario, que es arquitecto y vive en los Estados Unidos. Mario estudió en el Liceo Militar General San Martín, luego se casó, tuvo dos hijos y se fue a vivir al exterior. Nunca se sintió muy argentino. Aquí se sintió discriminado y por eso emigró. Allá en el norte, al principio la pasaron mal pero al final se afincaron y ahora están trabajando muy bien en el estado de La Florida. Marcos, el más chico, se recibió de ingeniero electrónico. Este me salió muy buen jugador de fútbol. Llegó a jugar cuatro años en las inferiores de Racing hasta que un buen día el presidente de Argentinos Juniors me dijo que lo llevara a probar. Allí, Marcos llegó a jugar hasta la tercera. También jugó un

tiempo en Estudiantes y Carlos Bilardo, que vivía muy cerca de casa, lo llevaba a La Plata todos los días. Estuvo en el Perú, en Colombia, en Estados Unidos, en Japón y en Uruguay. Todo gracias al fútbol. Marcos fue compañero de Diego... ¡De Maradona! Se hicieron muy amigos. Diego venía seguido a mi casa cuando era chico. Por entonces Maradona era una criatura, tenía tan solo 16 años. Por supuesto, venía porque era muy amigo de mi hijo. Se llevaban muy bien.

* * *

Se detuvo y fue en busca de su té. Resopló como buscando un poco de aire. Parecía satisfecho con su monólogo.

—Lo detengo un poco. Me toca el turno de preguntar.

El general hizo un gesto de aprobación levantando el pulgar derecho de su mano mientras se metía una rosquita en la boca.

—Encontré un artículo de *La Nación*. Es del 2002. El título dice: "Firmé entre 50 y 100 sentencias de muerte por día".

Extendió su mano para que le pasara el recorte. Seguí leyendo.

—"Yo firmé entre 50 y 100 sentencias de muerte por día durante mucho tiempo", se ufanó en 1979 el entonces general del Ejército Guillermo Suárez Mason, en una conversación con un embajador extranjero. El embajador le preguntó si no le abrumaba semejante responsabilidad y el general contestó: "No, porque en todos los casos las personas confesaron alguna asociación con el terrorismo".

Le alcancé el artículo. Lo miró por arriba, lo dejó arriba de la mesa y señaló el grabador.

—¿Por qué no se deshace de ese aparato y seguimos conversando?

Levanté ampulosamente el grabador y lo apagué como en cámara lenta para que no le quedaran dudas de lo que estaba haciendo.

—¿Alguna vez mató a alguien?

—Nunca.

—¿Alguna vez mandó a matar a alguien? Estoy seguro de que usted sí dio órdenes para matar personas.

—Y yo estoy seguro de que usted es capaz de comprender por qué lo hice…

—¿Por qué lo hizo?

— Estábamos en guerra y cumplí órdenes.

—¿Se arrepiente de algo?

—De que no terminamos nuestra misión…

—¿Querían quedarse para siempre?

—Queríamos terminar con todos los malos…

—Usted logró zafar del Juicio a las Juntas porque se escapó del país, sus camaradas lo odian por eso y es como un paria dentro del mismo Ejército. ¿Cómo logra convivir con eso?

—Ja, ja. Tengo la conciencia muy tranquila. Duermo en paz y sin remordimientos.

—¿Y por qué cree que está en esta situación? Se lo acusa de muchos delitos y crímenes aberrantes.

—Sammartino, no se crea todo lo que dicen. No se preocupe por mí, soy inofensivo.

—¿Su esposa alguna vez le cuestionó lo que hizo?

—Mi señora me ama.

—¿Sus hijos nunca le llamaron la atención?

—Seguramente alguna vez lo hicieron.

Suárez Mason se puso de pie y estiró la mano para despedirme. A los pocos segundos se acercó Lita. El general se retiró hacia el dormitorio. Cuando estaba llegando al ascensor, desde lejos, como apagándose, escuché su voz.

—Descanse bien, Sammartino, nos vemos en unos días.

Esta vez bajé las escaleras corriendo. Quería llegar rápido abajo para anotar la última parte de la conversación, para no olvidar nada. Me senté en el umbral y escribí frenético en mi anotador. Estuve más de diez minutos.

La bruja de Quilmes

Mi siguiente encuentro se produciría recién tres semanas después. Precisamente en la fecha en la que se conmemoraba el vigésimo séptimo aniversario de la masacre de los curas palotinos.

La dictadura militar llevaba poco más de tres meses en el poder, y en la madrugada del domingo 4 de julio de 1976 cinco personas ingresaron a la casa parroquial de la iglesia de San Patricio ubicada en el barrio de Belgrano, en la calle Estomba 1942, y acribillaron a sangre fría a los sacerdotes Alfredo Leaden, Alfredo Kelly y Pedro Duffau y los seminaristas Salvador Barbeito y Emilio Barletti.

Según se pudo constatar por los peritajes policiales, los cinco religiosos fueron forzados a arrodillarse en el living del primer piso, les ataron las manos y les vendaron los ojos; finalmente fueron alevosamente asesinados. De una de las habitaciones del lugar los criminales arrancaron un póster de Mafalda (en el que señalando la cachiporra de un policía la niña comenta: "¿Ven? Este es el palito de abollar ideologías") y lo dejaron tirado encima del cadáver del seminarista Barbeito. "Por los camaradas dinamitados de Seguridad Federal. Viva la Patria", pintaron en la puerta del living antes de irse. "Estos zurdos murieron por ser adoctrinadores de mentes vírgenes y son MSTM", escribieron en la alfombra colorada del pasillo, en obvia referencia al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.

"Entré por una ventana lateral porque nadie respondía el timbre y los llamados, pese a que se veían luces prendidas desde afuera. Al subir por la escalera vi que había una estufa encendida en el pasillo. Los llamé por sus nombres, golpeé con las palmas y desde el descanso de la escalera pude ver un desorden descomunal y pintadas en las paredes… estaba aturdido. Vi los cuerpos sin vida, una imagen de terror… Volví a la calle y solo pude decir que me

parecía que los habían asaltado", relató muchos años después el organista de la iglesia, Rolando Savino, cuando le llegó el turno de declarar durante el juicio por los crímenes de lesa humanidad cometidos por los grupos de tareas de la ESMA.

Mientras tanto, desde la Junta Militar Videla-Massera-Agosti se difundió la versión "oficial" de los hechos a través de un comunicado que responsabilizaba a fuerzas terroristas: "Elementos subversivos asesinaron cobardemente a los sacerdotes y seminaristas. El vandálico hecho fue cometido en dependencias de la iglesia San Patricio, lo cual demuestra que sus autores, además de no tener Patria, tampoco tienen Dios".

Por su parte, la jerarquía católica desconfió de las excusas militares y fue así como en una misa celebrada en el mismo templo y en homenaje a los sacerdotes asesinados, el lunes 5 de julio el padre Roberto Favre apuntó elípticamente a los responsables:

> No puede haber voces discordantes en la reprobación de estos hechos. Tenemos necesidad de buscar más que nunca la justicia, la verdad y el amor para ponerlas al servicio de la paz... Hay que rogar a Dios no solo por los muertos, sino también por las innumerables desapariciones que se conocen día a día. En este momento debemos reclamar a todos aquellos que tienen alguna responsabilidad, que realicen todos los esfuerzos posibles para que se retorne al Estado de derecho que requiere todo pueblo civilizado.

Esa misa fue concelebrada por el representante papal en Argentina, el entonces nuncio apostólico Pío Laghi, quien se atrevió a confesar por lo bajo al periodista británico y director del diario *Buenos Aires Herald*, Robert Cox: "Yo tuve que darle la hostia al general Suárez Mason. Puede imaginar lo que siento como cura... Ganas de pegarle con el puño en la cara".

Para los investigadores, según consta en informes policiales y crónicas periodísticas del momento, la masacre de los palotinos se debió a una venganza de la dictadura en contraposición de un atentado producido apenas dos días antes. El 2 de julio de 1976, en un ataque ejecutado por miembros de la agrupación Montoneros en horas del mediodía, una bomba había detonado en el comedor de la

sede de la ex Superintendencia de Seguridad Federal, ubicada en la calle Moreno 1431 del barrio porteño de Monserrat, dejando 23 muertos y 110 heridos.

Poco después de la matanza de los palotinos, en agosto de 1976, un comando armado secuestró por unas horas al periodista y abogado Mariano Grondona y su esposa. El hecho ocurrió durante la tarde, a la salida del Buenos Aires Lawn Tennis Club. El periodista se hallaba sentado al volante de su auto, aguardando la salida de su hija. A su lado, de acompañante, se encontraba su esposa Elena Lynch. De pronto se acercaron personas armadas y a través de la ventanilla los amenazaron y los obligaron a hacer trasbordo a otro vehículo. Luego de varios minutos y con los ojos vendados, el auto que los trasladaba se detuvo. Escucharon el ruido de una cortina metálica, los hicieron descender del vehículo, subieron por unas escaleras hasta un primer piso y fue allí donde les retiraron los vendajes para que pudieran ver. Inmediatamente después, sobre una de las paredes, observaron una foto de Hitler y a su lado un recorte de diario reciente sobre la noticia referida a la muerte de Mario Roberto Santucho, el líder del PRT-ERP y el hombre más buscado por la dictadura.

Según la reconstrucción de los hechos, cerca de las dos de la tarde del lunes 19 de julio de 1976, cuatro hombres del Ejército llegaron al departamento ubicado en el cuarto piso de un edificio de la calle Venezuela 3149 de Villa Martelli, en el partido de Vicente López. Allí se encontraba Santucho junto a otros dirigentes de la organización y un niño de dos años. Pese a la resistencia, en pocos segundos los militares lograron ingresar al departamento en medio de un tiroteo infernal. Según lo revelado en investigaciones posteriores, el niño hallado en el enfrentamiento fue entregado a sus familiares. Se llamaba José Urteaga y era el hijo de Benito y Nélida Augier.

Pese a las discrepancias que hay entre tantos relatos y reconstrucciones sobre la muerte de Santucho, se cree que el líder de ERP murió durante el tiroteo y que su cuerpo fue trasladado, como evidencia de su fallecimiento, a dependencias de Campo de Mayo en las que se encontraba Carlos Guillermo Súarez Mason. Allí,

el cadáver de Santucho habría sido vejado y expuesto como trofeo de guerra.

Luego de intimidar a Grondona y su esposa, los secuestradores los dejaron en libertad ordenando que llevaran un mensaje a los obispos de la Iglesia católica: los captores amenazaban a la cúpula eclesiástica que si seguían tolerando a sacerdotes de izquierda "proseguirían los episodios como el de los palotinos y sufrirían una escalada hacia la jerarquía eclesiástica".

Sin bien Grondona no denunció el secuestro ante la justicia hasta el año 1984, inmediatamente después de ser liberado por sus secuestradores le comunicó el mensaje al nuncio Pío Laghi y al vicario castrense, monseñor Adolfo Tortolo.

Con el correr del tiempo, en 2002 y en oportunidad de un nuevo aniversario de los asesinatos, el entonces arzobispo de Buenos Aires, Jorge Bergoglio, fue el responsable de impulsar la postulación de la causa eclesiástica con el propósito de reconocer la santidad de los religiosos palotinos asesinados. "Yo soy testigo porque lo acompañé en la dirección espiritual y en la confesión hasta su muerte de lo que era la vida de Alfie Kelly. Solo pensaba en Dios y lo nombro a él porque soy testigo de su corazón. Y en él a todos los demás", confesó por entonces Bergoglio sobre quien fuera su compañero en el seminario.

El episodio de los curas palotinos significó para la iglesia la peor matanza sufrida en sus más de cuatrocientos años en territorio argentino. Tres días después de los asesinatos, el cardenal Juan Carlos Aramburu y el nuncio Pío Laghi se reunieron con los integrantes de la Junta Militar para pedir explicaciones, y al término de ese encuentro los jefes militares abandonaron las excusas del atentado terrorista reconociendo que "los autores podrían haber sido grupos de tareas fuera de control".

* * *

El último encuentro con Suárez Mason, entredicho de por medio, alteró la relación. Si bien esa tensión había derivado en confesiones

valiosas de su parte, nuestro vínculo se había deteriorado. Por un tiempo temí que la historia hubiese llegado a su fin. Pese a todo, poco tiempo antes de que mi pesimismo se diera de lleno contra la evidencia de mi riesgosa jugada, un llamado telefónico acudió en auxilio de mi impaciencia. Lita, la esposa de Suárez Mason, se atrevía a negociar un salvoconducto con el objeto de subsanar la relación.

—Yo hablé con el general… Él lo aprecia y respeta mucho, Sammartino. Quizás lo incomodaron un poco sus preguntas de la última reunión pero, sin condicionamientos, está dispuesto a seguir colaborando con su testimonio.

Era mensajera de una ofrenda de paz que me ofrecía Suárez Mason. La escuché atento, no la interrumpí ni acoté nada. Finalmente agradecí su gestión.

—Usted es joven, tiene que comprender que el general ya está grande… Hay muchas cosas que ni siquiera a mí me quiso contar. Lo mejor que le puede pasar es desahogarse, le hace bien hablar con usted…

Su tono era firme pero con un dejo de angustia. Se la notaba triste. Me sentí incómodo. Yo no había hecho nada malo pero, al parecer, mi presencia actuaba como una caja de resonancia. Su esposa estaba consciente de lo que sucedía. Cuando ella se refería al desahogo de su esposo, bien sabía que se trataba de una infinidad de maldades que Suárez Mason había llevado adelante y que nunca se había atrevido a confesar. De alguna manera, ella quería que su marido expulsara de una buena vez todo lo malo que había dentro de sí. Lita quería que hablara; estaba convencida de que al hacerlo, él dejaría de atormentarse.

Quedé desconcertado. Le dije que pretendía seguir visitándolo y, en la medida que me lo permitieran, avanzando con mi proyecto de contar los detalles de su historia de vida. Asimismo, ella me suplicó un poco más de tolerancia y, si llegase a ser necesario, hasta que le tuviese algo de compasión.

La charla terminó luego de invitarme a tomar el té en su casa el sábado siguiente. Antes de terminar la comunicación, y ya recompuesta y con mejor ánimo, me hizo un pedido especial:

—Si Argentinos logra ascender este fin de semana, voy a necesitar que me ayude... El general va a intentar escaparse para ir a festejar con sus amigos.

Obviamente se estaba refiriendo al partido que Argentinos Juniors disputaría con Quilmes, revancha de la final por el segundo ascenso a la primera división del fútbol de la AFA. En el partido de ida, el Cervecero se había impuesto uno a cero con gol de Agustín Alayes. Justo el sábado 5 de julio de 2003 se disputaría la instancia decisiva en el estadio de Ferro, donde Argentinos hacía de local; lamentablemente, yo sería el convidado de piedra en una circunstancia en la que ni siquiera Suárez Mason me querría a su lado.

No me podía negar a la intermediación y al pedido de ayuda y, además, consideraba que la situación podía llegar a ser la ideal si de alguna manera pretendía reconciliarme con el general. A su vez, a él tampoco le sería fácil eludir la exigencia de su mujer, ya que ella estaba empecinada en que de inmediato restaurara la comunicación conmigo.

—La jugada está clara, Sammartino: si el sábado a la tarde usted viene a mi casa a tomar el té y escuchar por radio el partido de fútbol con el general, salimos ganando todos. Ustedes dos se vuelven a juntar para charlar y yo me quedo un poco en paz.

Así las cosas, el día prefijado llegué a la cita con cierta antelación y bastante afilado. No solo había podido leer e investigar abundantes detalles de la vida y obra del general, sino que, además, me había preparado con mayor rigor para enfrentar lo que se viniese.

La puerta de entrada al edificio estaba abierta y el portero no estaba a la vista. Subí rápido por el ascensor y a los pocos segundos estaba tocando el timbre en el departamento del sexto piso. Como ya era habitual, esperé un poco y volví a tocar el timbre. Cuando comenzaba a impacientarme, la puerta se abrió pero nadie se asomó. Esperé unos segundos y luego empujé la puerta para entrar. No vi a nadie ni oí nada. Lentamente ingresé a la casa, y a medida que avanzaba, desde el fondo del pasillo se empezaba a escuchar la transmisión por radio de la previa del partido entre Argentinos y Quilmes. De pronto, escuché el ruido metálico de una hebilla de

cinturón golpeándose contra el piso. A los dos pasos llegué a la sala de estar y, sin que pudiera evitar la indecorosa situación, justo sorprendí a Suárez Mason semidesnudo, con el pantalón a la altura de las rodillas y acomodándose el calzoncillo. Sin interrumpir lo que estaba haciendo, me saludó a la ligera, pidió que me sentara y se excusó por su demora en atender la puerta:

—Disculpe, Sammartino, estaba durmiendo la siesta, lo esperaba un poco más tarde. Ya puse la radio para escuchar el partido…

De inmediato apareció Lita. Me saludó cordialmente con un beso y prometió traer cuanto antes "cosas ricas y algo caliente". Partió presurosa, esquivando a su marido y sin decir ni una palabra, pero a la ligera le echó un vistazo de arriba hacia abajo. El papelón que el general acababa de protagonizar delante de una visita le resultaba vergonzoso. Haciéndome el distraído y para salvar en algo esta inolvidable imagen, con la radio encendida de fondo y Suárez Mason terminando de vestirse, me atreví a comenzar el diálogo con un recordatorio.

—Ayer se cumplió otro aniversario de la masacre de los palotinos…

Pero de inmediato y sin dejarme continuar, me tapó la boca hablando encima mientras se acomodaba despreciativo en su apoltronado sillón.

—Yo no recuerdo nada. Se me borró de la memoria.

Cuando ya estaba a punto de retrucarle, continuó hablando:

—De esa época, solo recuerdo la muerte de Santucho…

Y se calló por un rato. En su rostro parecía haber un esfuerzo por recordar. Gesticulaba y movía de a poco sus dos manos. Lo esperé unos segundos y repregunté…

—Pero… ¿Cómo sabe que murió? El cadáver de Santucho nunca se encontró.

De pronto, dejó de mover las manos, levantó la cabeza y me miró punzante a los ojos.

—Yo vi su cadáver, estaba bien muerto —respondió categórico y sin dejarme ninguna duda sobre lo que me estaba confesando.

El cadáver del líder del ERP se había convertido en el trofeo más codiciado para los militares de aquella época. Obviamente, el

general bien sabía por qué lo decía. Morbosamente le agradaba jugar con la ambigüedad de las palabras. Mientras a veces se mostraba contundente, directo y muy preciso, otras tantas lo hacía de manera confusa y sujeta a varias interpretaciones.

—¿Quién era la "puta" de Perón? —me preguntaba brutalmente, pretendiendo que con rapidez y precisión le respondiera: "Evita era la puta de Perón".

Para el general solo consistía en una distracción o un pasatiempo que lo deleitaba, un modo de hacerme sentir un subordinado. A mi manera de ver, en su locura jugaba a tomarme la lección como si yo fuera el alumno y él fuese el maestro.

Rápidamente, llegó un nuevo ida y vuelta de palabras. Evidentemente se había quedado con la sangre en el ojo tras nuestro último encuentro. Apenas terminó de masticar un scon y depositar la tasa de té sobre la mesa, sorpresivamente atacó con relativa agresividad.

—Vos siempre me querés sonsacar algo más —me dijo sin llamarme por mi apellido. Y prosiguió: —Yo sé que hice lo correcto. Cumplí con mi deber… En un mundo plagado de pecados, solo fui un pecador más.

Lo afirmó de modo categórico, mirándome sin siquiera parpadear y con cara de pocos amigos. Indudablemente, a esa altura de los acontecimientos, yo no medía bien o no evaluaba conscientemente con qué clase de persona estaba tratando.

—¿Me tiene miedo, Sammartino?

—Me causa rechazo, pero no le tengo miedo.

—¿No le asusta mi presencia?

—Tengo mis recelos, pero me interesa mucho hablar con usted.

—¿Por qué le interesa?

—Porque tengo la posibilidad de escucharlo.

—¿Qué quiere saber?

—Por qué hizo tanto daño…

—Yo no hice nada malo. Solo cumplí órdenes como cualquier buen soldado.

—Usted y yo sabemos que eso no es del todo cierto…

—¿Cree que miento?

—Creo que se justifica. Creo que no está loco y que lo que hizo fue a conciencia.

—Usted puede decir lo que dice porque yo hice lo que hice. El poder político brota de la boca de un fusil, en eso sí coincido con lo que dijo Firmenich.

Inmediatamente después, se quedó un rato en silencio, luego subió la radio y dio por terminada el fugaz tiroteo verbal. El partido revancha entre Argentinos Juniors y Quilmes estaba a punto de comenzar. Lita regresó de la cocina, y aún molesta con su marido, dejó la bandeja y la merienda servida sobre la mesa y en cuestión de segundos se mandó a mudar susurrando en voz baja al pasar:

—¡Me voy de compras! Supongo que por un rato se pueden arreglar sin mí…

Estaba enojada y quería darlo a entender. Prefirió borrarse y no dar a conocer más de su furia antes que seguir espiando como lo hacía habitualmente. Era una mujer brava. Tenía carácter y su personalidad mandaba por sobre el militar duro con fama de implacable. El general me miró, cómplice y, con un atisbo de sonrisa dirigió la mirada a las delicias que recién había traído su esposa y exclamó:

—¡Ataquemos!

Y con ambas manos a la vez, se lanzó desaforado y hambriento sobre la pasta frola y los scones. Como siempre ocurría, la bandeja desbordaba de delicias: budín de manzana glaseado de limón, bizcochuelo de chocolate y vainilla, tostadas, dulce de leche, manteca, miel, canela y hasta un poco de crema. Sin dudarlo, lo seguí con el banquete. En su taza le puse agua caliente para el té y luego me serví café en la mía. Mientras tanto, en la radio repetían por enésima vez la alineación de los equipos que ya estaban en la cancha.

Argentinos Juniors, el equipo de fútbol del cual era fanático Suárez Mason, había perdido uno a cero en el partido de ida jugando de visitante en el estadio Centenario. Llegaba el turno de la revancha pero jugando de local en el estadio de Ferro. La ansiedad del general era indescriptible. Parecía un león enjaulado que se iba transformando en una fiera más salvaje a medida que se

aproximaba el inicio del partido. Los bichos colorados, conducidos técnicamente por Ricardo Gareca, confiaban en que podían revertir la situación y así lograr el tan deseado ascenso. Asombrosamente, el partido y la abundante merienda habían jugado a favor de mi permanencia en el lugar: una tregua de fútbol y harinas.

Ya con la pelota en juego, Suárez Mason continuaba comiendo compulsivamente en un ambiente dominado por una mezcla de buen humor y nerviosismo. Ninguno de los dos equipos lograba sacar ventaja y la ansiedad aumentaba minuto a minuto. De pronto subía la radio y al rato la bajaba, luego se atragantaba con un budín y después apuraba sorbos de un té ya casi helado.

Finalmente, la disputa deportiva terminó en fiasco. El resultado final fue 0 a 0 y Quilmes ascendió a la categoría más alta del fútbol argentino. La desazón del general fue abrumadora. Se refregaba los ojos una y otra vez mientras golpeaba con el puño derecho el costado del sillón en el que estaba sentado. La radio seguía encendida. Lita regresó apenas terminó el partido. Se acercó con sigilo hasta la sala, pispeó el entorno desolador que reinaba y huyó rápido del lugar, comprendiendo lo que había pasado.

Yo me quedé quieto y callado sentado en mi lugar. Por varios minutos, permanecí inmóvil y atento a cualquier reacción de Suárez Mason. La angustia se lo estaba devorando. Miraba fijo y ensimismado hacia adelante, movía la cabeza y no dejaba de golpear el sillón con su puño derecho mientras se volvía a refregar los ojos.

En la radio, hablaban de la hazaña del equipo del DT Alfaro y, según comentaban, aquel 5 de julio de 2003 se convertiría en una fecha muy especial para el club del sur del Gran Buenos Aires. Tras once años en la segunda categoría, Quilmes Atlético Club daba por finalizado uno de los ciclos más extraños de su vida institucional, signado por la derrota en cinco finales, el gerenciamiento a través de sociedades anónimas y el famoso mito de la bruja.

Según describieron durante la transmisión radial, la leyenda contaba que la desgracia deportiva de Quilmes había comenzado allá por el año 1994, cuando el club se enfrentaba a Gimnasia de Jujuy en su lucha por ascender a la primera. Un grupo de dirigentes tuvo

el encargo de contactar a una afamada bruja de la zona de Chascomús con la intención de hacer un "pacto" a cambio del ascenso. En el trato, la bruja, llamada Dora, se comprometía a utilizar su magia para que el Lobo jujeño fuera derrotado por Douglas Haig de Pergamino y que Quilmes venciera a Deportivo Morón en el tramo final del torneo. Lamentablemente, los hechos no terminaron saliendo como lo habían planeado. Gimnasia de Jujuy perdería con Douglas Haig pero, el partido entre Quilmes y Deportivo Morón se suspendería por culpa de la explosión de un petardo. Los dirigentes responsables del "pacto" con Dora solo le pagaron a la bruja la mitad del trabajo, ya que consideraron como incumplido el trato. La hechicera no solo maldijo al club, sino que Quilmes no volvió a ganar un partido durante ese campeonato y habría de atravesar una inusitada cantidad de infortunios. La historia se termina cuando un exjugador del club, finalmente logra saldar la deuda pendiente con Dora.

Desde su rincón, Suárez Mason seguía muy atento el relato sobre la bruja y su magia negra en contra de Quilmes. Apenas se acabó la historia, con un violento manotazo de furia apagó la radio, se puso de pie y se fue a su dormitorio. Al hacerlo, y sin ninguna intención, pisó brutalmente la cola del gato que sigilosamente se había acurrucado a descansar al calor de la alfombra. La mascota pegó un alarido de desesperación y, asustada, salió disparada hacia la cocina. El general ni siquiera se inmutó. Apenas si acomodó su cuerpo que se había desbalanceado torpemente por el tropezón y continuó su marcha hacia la habitación.

Luego de semejante incidente, me quedé solo en el lugar.

Pensé en levantarme y salir a ver qué demoraba al general, pero preferí esperar, saqué los apuntes que traía en mi mochila, me acomodé en el sillón y me puse a escribir en letra grande, mayúscula y bien legible: SEMIDESNUDO, SANTUCHO, ARGENTINOS JUNIORS, BRUJA, GATO y la frase "En un mundo plagado de pecados, solo fui un pecador más". Realmente me había impresionado aquella confesión.

Finalmente, y luego de casi diez minutos, regresó el general con algunos papeles entre sus manos. Se sentó de nuevo en su sillón,

acomodó las hojas que aparentemente traía desordenadas y repentinamente pegó un grito de enojo llamando a su esposa.

—¡Lita, Lita!

Me quedé quieto en mi lugar. Por fortuna, a los pocos segundos se acercó Lita, displicente, sin la celeridad con la que solía atenderlo habitualmente. Lo miró atentamente pero de mala gana y, como entendiendo lo que demandaba y sin decir ni una palabra, recogió apática la bandeja que estaba sobre la mesa y se retiró deprisa.

Suárez Mason me miró y visiblemente más calmado me dijo:

—Ahora me toca hablar a mí. Me interesa que sigamos con el relato que veníamos haciendo. Si quiere, puede prender su grabador y escuchar con atención…

Y de inmediato se puso a leer las hojas que había traído desde su habitación. Sin demora me puse a grabar y, siguiendo su sugerencia, acomodé los apuntes y me dispuse a reforzar el registro con apuntes. De refilón logré espiar el montoncito de páginas escritas de su puño y letra: sospechaba que la lectura sería larga. Suárez Mason impostaba la voz pretendiendo dotar de certeza a cada palabra que salía de su boca. A medida que pasaban los segundos, el hombre aceitaba su actuación con pinceladas de histrionismo. De tanto en tanto, frenaba y se detenía. Repasaba brevemente la letra escrita, se recomponía mentalmente y arrancaba nuevamente con el vigor entero y recompuesto.

Parecía disfrutar de esos minutos de lectura. En su rostro se percibía un esplendor muy particular cuando emocionado leía cada uno de esos párrafos de su vida.

Lita volvió con otra ronda de té, café y nuevas exquisiteces. Mientras tanto el general, protagonista de su misma historia, imperturbablemente continuaba con su narración.

Me fugué a Uruguay por culpa de Perón y el odio a Evita…

Suárez Mason sic: el monólogo

Transcurrían agitados y polémicos los días del verano del 1951. Un fuerte espíritu antiperonista se había instalado en el seno de las Fuerzas Armadas. Por ese entonces, la posibilidad de que Evita, esposa del general Juan Domingo Perón, se postulara como su compañera de fórmula en las elecciones presidenciales generaba grandes resquemores y duras críticas en la intimidad de las filas castrenses.

La más refinada y elitista casta militar, comprendida por los uniformados de carrera más jerarquizados y sus familias, veían con desagrado la llegada de Evita a los cargos más altos del poder nacional.

Su pasado oscuro y turbulento, sumado a los prohibidos amoríos con el militar más poderoso y popular de la Argentina, y a su vertiginosa llegada y ascenso dentro del mismo gobierno, le generaron la consideración de mujer de vida ligera, interesada y ambiciosa.

Lamentablemente, el pueblo amaba a Evita tanto como los militares la odiaban.

Mientras tanto, mi vida como la de tantos otros militares disgustados con Perón y la presencia cercana de Evita en el poder, transcurría inquieta y en alerta dentro de los cuarteles.

Sin manifestarse públicamente, el malestar crecía con el correr de los días. Reuniones clandestinas, arengas desafiantes y propuestas revolucionarias amenazaban a escondidas la continuidad institucional del gobierno y cuestionaban seriamente las veladas intenciones de la pareja presidencial. Perón y Evita querían perpetuarse en el poder.

En esa época comencé a contactarme con algunos amigos oficiales de mi escuadrón y también de otras unidades militares. Muchos de nosotros opinábamos de manera similar y por eso decidimos agruparnos. Había militares del Colegio Militar, del Escuadrón 8 de Caballería, de la Escuela de Infantería, del Regimiento 10 de Caballería, del Destacamento de La Tablada y también del Regimiento de Granaderos.

Por todo el ámbito militar se había difundido la repulsa al gobierno de Perón. Poco a poco se estaba desarrollando, por lo menos dentro del ejército, un malestar muy grande. Del interior del país también venían noticias inquietantes sobre el desempeño del gobierno y muchas unidades militares se manifestaron con problemas de subordinación a la autoridad emanada desde los altos cargos provenientes de Buenos Aires. El descontento se extendió más allá del Ejército y la Fuerza Aérea también se animó a las deliberaciones clandestinas y a los cuestionamientos contra el gobierno nacional.

Entre tantas deliberaciones militares, un líder natural resultó expuesto como referente válido de semejante amotinamiento institucional. El general Benjamín Menéndez fue bendecido por sus camaradas como el jefe en las sombras del intento restaurador de la nueva línea de pensamiento del ser militar argentino, en oposición a los lineamientos del general Perón, a quien se consideraba a esa altura un traidor a los altos referentes e históricos valores sanmartinianos.

Por supuesto, y resulta obvio agregar, que la oposición a Evita seguía siendo el principal elemento de conflicto en el intento de reconciliación con el gran general.

En el orden nacional había muchos episodios que contribuían a que el malestar castrense se fuera agravando. Un factor de máxima irritación resultó ser el incentivo y la promoción que se dio a la candidatura de Evita como compañera de fórmula de Perón.

En los ámbitos militares, la idea de que Evita fuera candidata no solo resultaba cuestionada, sino que lograba la exasperación de los ánimos de quienes "por la patria" se atreverían a traspasar los límites de las leyes constitucionales.

La noticia de la candidatura de Evita corrió en los cuarteles como reguero de pólvora. De regimiento en regimiento, la indignación de los oficiales y sus familias crecía a un ritmo imparable. El Ejército en su gran mayoría repudiaba aquella iniciativa de Perón.

Evita era considerada como una especie de "mujer de baja categoría", que no tenía ninguna aptitud política y que carecía en todos los aspectos del más mínimo conocimiento académico. Los militares la odiaban. Creían que la postulación era un capricho de Perón.

Gracias a Dios, llegó la solución al serio problema que se nos avecinaba. Por ese entonces, se supo que una grave enfermedad acechaba la vida de Evita.

Pese a todo, la idea de un levantamiento militar latía en el pensamiento y en la conciencia de cada uniformado de aquella época. En septiembre de 1951, cuando ya existía un estado interno de alerta generalizado, los conspiradores pasaron a la acción.

Recuerdo que era una noche de primavera cuando recibí el llamado de un capitán de la Escuela de Caballería con asiento en Campo de Mayo y me ordenó que inmediatamente fuera al lugar porque el levantamiento sería ese mismo día, bien temprano, exactamente a las cinco de la mañana.

Uno a uno se comenzaron a levantar los escuadrones. Todo ocurrió muy rápido y en perfecta sincronización. Se trataba de oficiales de todos los rangos y soldados que poco comprendían lo que estaban haciendo.

Finalmente, alrededor de las seis de la mañana, se apersonó el líder de la conspiración, el general Benjamín Andrés Menéndez, en compañía de muchos oficiales que venían de la Escuela de Guerra y de otros regimientos cercanos a la ciudad de Buenos Aires.

Luego de unas deliberaciones, se aprestó a la Escuela de Caballería en orden para salir y, a las siete en punto de la mañana, se dio la orden de partir. En ese mismo instante, cuando se disponían a emprender la marcha, se dio la "alerta" a raíz de los disparos provenientes del Regimiento 8 que estaba justo al lado de donde nos hallábamos y que también se preparaban para iniciar la partida.

Obviamente, algo no andaba del todo bien. Dentro de la Escuela de Caballería algunos decidieron quedarse en el lugar abortando la idea de movilizarse, mientras que el resto se decidió a salir del cuartel.

Yo decidí partir de la Escuela de Caballería tomando por la ruta 8 y llegando hasta la base aérea de El Palomar, donde sufrí el primer gran susto cuando un enorme avión caza bombardero apareció sobre mi cabeza volando muy bajo. La aeronave hizo una guiñada de luces en señal de pertenecer al mismo bando de combate. El alivio llegó a las tropas rebeldes y decidimos apostarnos a descansar en las afueras de la base aérea.

Luego continuamos hacia Morón y más tarde seguimos hasta La Tablada donde nos apostamos nuevamente.

Recuerdo que eran alrededor de las tres de la tarde cuando las tropas leales al gobierno nacional se nos habían acercado reclamando la rendición y entrega de las armas. Fue el capitán Alejandro Agustín Lanusse quien se apersonó y transmitió la voluntad del general rebelde y líder de la conspiración. Anunciaba que el movimiento había fracasado y que por lo tanto todos los oficiales quedaban en libertad de acción para decidir a conciencia sobre los pasos a seguir.

Yo sospeché que si permanecía en ese lugar sería puesto en prisión, razón por la cual decidí darme a la fuga. Di vuelta con rudeza el caballo que montaba y junto a otros oficiales que me acompañaban escapé metiéndome en un campo y galopando unos cuantos kilómetros hasta encontrar un refugio seguro en una casa en construcción. En esos tiempos, la zona de La Tablada era un territorio despoblado.

Me infiltré en una casa con la intención de dejar el caballo allí, sacarme el uniforme y proseguir la huida. Pero me topé con un hombre que ante la amenaza de mi ametralladora me facilitó ropa para poder escapar. Salí caminando del refugio en construcción y en agradecimiento a esa persona le dejé un hermoso alazán militar.

De allí en más anduve vestido de civil y gracias a eso logré pasar desapercibido por los controles militares que patrullaban la zona en búsqueda de rebeldes.

Caminé y caminé, porque no tenía ni un centavo. Cuando no sabía más qué hacer y mis piernas ya no daban más, vi un colectivo que pasaba y me dispuse a tomarlo pidiéndole al chofer un poco de solidaridad para alguien a quien le acababan de robar.

De poco sirvió inventar aquella historia, ya que al ascender al transporte de pasajeros, el chofer me hizo un ademán invitándome a pasar y diciéndome: "No, no... Hoy no se paga porque el gremio apoya al general Perón y los lleva gratis". "Zafé", dije en mi interior, me di media vuelta y me fui hasta el fondo para esconderme agachado en el último asiento, a la derecha, al lado de la ventanilla.

Gracias a Dios resultó ser que justo ese colectivo llegaba hasta el barrio de Flores. El micro siguió su recorrido habitual hasta tomar por Directorio y pasar justo a una cuadra de la casa en donde vivían unos primos míos.

Recuerdo que me bajé en la esquina y con mucho miedo me fui corriendo a buscar refugio.

Conocía la forma de pensar de ellos y, por supuesto, sabía que no tendrían problemas en ayudar. Obviamente, en cuanto me vieron se inquietaron, pero no tardaron en darme su afecto y colaboración. Me dieron comida, ropa y un lugar para descansar. Cuando todo estuvo claro, avisaron a mi familia para que se quedaran tranquilos. Ya estaba seguro y protegido. Con el correr de las horas, y entrada ya la noche, mis padres se acercaron a visitarme con la mayor precaución posible.

Al verme, me dijeron: "Bueno, la revolución ha fracasado pero el gobierno ha quedado muy debilitado. Se sabe que algunos se pudieron escapar hacia el Uruguay. El gobierno recién ahora está cobrando ánimo y hablan por el balcón arengando a la masa y esas cosas…".

En mi interior estaba muy preocupado. No terminaba de discernir en mi conciencia si lo que había hecho estaba bien o me había mandado una "gran cagada".

De todos modos ya estaba jugado y la situación no tenía retorno. Había quedado escrachado para siempre y debía seguir adelante. Tenía que avanzar y, por lo pronto, lo más inmediato y urgente era saber adónde iría a esconderme.

La sensación era bastante fea. Me sentía desorientado y no sabía qué hacer. Tenía que decidir rápidamente cómo me iba a mover de allí.

Al cabo de dos días se presentó en la casa un señor, amigo de una de las chicas de la familia. Ese hombre era, según me explicaron por entonces, militante del Partido Radical. Con mucha amabilidad y sin conocerme me ofreció ayuda para intentar sacarme de la situación en la que estaba.

No podía moverme a ningún lado, era un prófugo, y si me agarraban me metían en el calabozo o terminaba en el paredón. No tenía muchas alternativas para pensar. No me quedaba otra solución que mandarme a mudar muy lejos y esperar a que el quilombo pasara.

Ese hombre, que llegó a la casa de manera fortuita (según me enteré tiempo después), fue quien me ayudó a salir de esa delicada situación. En ese momento, al interiorizarse bien de lo que yo había hecho, me dijo que él era parte de una red para sacar gente al Uruguay. Él mismo se encargaba de colaborar y asistir a personas que tenían problemas políticos y eran perseguidas por el gobierno. A mí me pareció de confianza y, como no tenía ningún otro plan para salir de esa situación, accedí a sus sugerencias y propuestas.

De inmediato me ofreció sacarme con urgencia de Buenos Aires y trasladarme a la ciudad de Rosario. Una vez allí, se resolvería paso a paso, minuto a minuto, la manera y la oportunidad más conveniente para poder escaparme del país. Por lo pronto, era vital salir de la Capital Federal: la ciudad estaba apestada de enemigos que querían verme entre rejas.

Lo cierto es que no lo dudé. Era la única salida que tenía y la tomé. Tenía una manera de salir de esa situación y la iba a aprovechar. Aguardé escondido e impaciente hasta que "el buen hombre" vino a buscarme. Llegó con un auto, estaba solo y era de noche. No recuerdo la hora. Me despedí de mi familia, tomé mi bolso y sin saber mucho más de lo que iba a ser de mí, nos fuimos directo hasta Rosario.

Tardamos cinco horas en llegar. Fue un viaje tranquilo y no tuvimos problemas de ningún tipo. A mí me preocupaba lo que

pudiera haber pasado en caso de que me atraparan huyendo. Sinceramente, no sé cómo habría reaccionado. Obviamente yo estaba preparado y llevaba conmigo mi arma reglamentaria, pero una cosa es disparar contra un enemigo concreto y definido en un levantamiento militar, y otra muy distinta es pegarle un tiro a un soldado o policía que te para en ruta para pedirte los documentos.

Por suerte, el trayecto a mi nuevo destino resultó placentero y el tiempo se pasó volando.

Cuando llegamos a Rosario fuimos rápidamente al domicilio de un "matrimonio amigo" de quien era mi guía y protector circunstancial. Seguramente esa pareja de ancianos amigables formaba parte del primer eslabón en la red clandestina creada con la finalidad de rescatar y proteger a militantes políticos perseguidos por el poder central del gobierno.

El matrimonio estaba compuesto por personas mayores muy agradables que tenían varios hijos y vivían en una casa antigua, bastante amplia y confortable en la mejor zona del gran centro de Rosario.

En cuanto bajé del auto y me los presentaron, ellos me saludaron y con afecto me dijeron: "Quedate tranquilo, acá estás totalmente a salvo. Nadie sabe de tu paradero, ni siquiera tu propia familia. Esto debe ser así si querés salvar tu vida. Sabés muy bien que el régimen no permite opositores. Vos y los tuyos lo intentaron pero por ahora nadie pudo con ellos. No hay de qué preocuparse, ya se van a caer. Son como animales políticos, tarde o temprano los gorilas se matan entre ellos. Mientras tanto, será bueno que se manden a mudar del país para que preparen el regreso cuando estén las condiciones dadas para volver. Por ahora, vamos a descansar y a ubicarte a resguardo. Ya hemos empezado el operativo para llevarte al Uruguay. Es una cuestión de tiempo, no hay de qué preocuparse".

Pasé varios días en esa casa. La familia era verdaderamente amable y me trataron con mucho respeto y cuidado. Evidentemente estaban convencidos de lo que hacían y del servicio que prestaban en la red dentro de la gran causa en contra del gobierno.

Por el momento yo la estaba pasando bárbaro. Había logrado equilibrar mis sentidos, ya no estaba tan nervioso y tenía un poco

más en claro cómo se iban a suceder mis días.

Lo que sí me preocupaba era mi familia. No tenía contacto con ninguno de ellos y tenía prohibido hacerlo. Y con razón: hasta que no lograra salir del país era muy imprudente intentar comunicarme con ellos.

Recuerdo que era tan agradable y cómoda la situación en la que me hallaba que cuando llegó el fin de semana, casi sin darme cuenta y como si desconociera la situación real en la que me encontraba, me mandé a mudar fuera de la casa.

Yo estaba adentro todo el día y no me dejaban asomarme ni a la vereda. La verdad es que ya no aguantaba más. De repente, llegó una situación casi ideal para salir. Se empezó a escuchar un murmullo proveniente desde la calle que venía y se iba. Era como si un grupo de muchachos pasara hablando y gritando y luego volvieran a pasar y volverse a ir.

Decidí asomarme y ver qué pasaba. Me fijé con mucho cuidado a través de la ventana ocultando mi rostro con la cortina y vi a la gente agrupada que pasaba con camisetas y banderas de la lepra.

Rápidamente me cambió el humor. Me fijé la hora y vi que todavía faltaban dos horas para el comienzo de los partidos. El alma me volvió al cuerpo. Volvía mi pasión por el fútbol, no se había desvanecido. Muy por el contrario, me sentía bárbaro, casi en familia y con ánimo.

Era domingo y esa tarde jugaba Newell's en su cancha. Casi sin pensarlo, tomé la decisión de ir "sí o sí" a ver el partido. ¿Quién me iba a reconocer en la cancha?

Busqué al matrimonio que cuidaba de todos mis movimientos y, a pesar de ellos, me rajé de inmediato. Por supuesto, la pareja de ancianos quedó sorprendida. Me dijeron que yo estaba loco pero que hiciera lo que quisiera, porque no me lo podían impedir.

Yo sabía que era una imprudencia pero realmente no aguantaba más. Creo que lo necesitaba para poder seguir adelante. Sentía que era como una inyección de "adrenalina extra" que requería para afrontar los próximos pasos de mi escape.

Me camuflé como pude, salí de la casa y fui a la cancha de Newell's a ver un partido de fútbol demasiado tranquilo. Me senté en

la tribuna en paz y muy feliz. Disfruté mucho de esos instantes mágicos y realmente míos. Estuve verdaderamente solo en mi intimidad pese a haber estado en la compañía de miles de desconocidos.

Estuve en calma y me sentí bien durante los noventa minutos que duró el partido. Fui uno de los primeros en entrar, y uno de los últimos en retirarse. El fervor futbolero me devolvió la sangre al cuerpo. Ya me había olvidado del placer que se siente al ver una gambeta o el quiebre de una cintura.

Saciado y satisfecho, y con una fuerte carga de emoción que anudaba mi garganta, volví despacio, melancólico y también triste, a la casa que era mi refugio. Debí hacer un esfuerzo para entrar en razón nuevamente. Tenía que volver a esconderme y ocultar mi identidad hasta poder cruzar el gran charco con destino al Uruguay.

Finalmente me fui de Rosario: había estado casi una semana y a mí me había parecido toda una eternidad.

Luego de establecer que era el momento apropiado para continuar con el operativo, el dueño de la casa en persona fue quien me trasladó en un auto hasta la ciudad de Santa Fe.

Allí me llevaron a la casa de un dirigente político conservador, que también me intentó tranquilizar diciendo que no me preocupara y que estaba muy próximo a salir del país.

Mientras tanto, yo creía que se trataría tan solo de horas, pero no fue así. Las horas pasaron y mi ánimo se iba apagando. Reconozco que me sentía mal. Ya no entendía nada y llegué a pensar en "mandarlos a la mierda" a todos esos tipos que solo me hacían perder el tiempo. Gracias a Dios, tuve un poco de lucidez como para recapacitar sin estar del todo convencido, y con santa paciencia aguardé el destino de mis próximos e inmediatos minutos de vida. Estaba seguro de que la situación no podía empeorar más de lo que estaba.

En la ciudad de Santa Fe llegué a estar dos días. En la mañana del tercer día, de un momento a otro, me subieron a otro auto y salimos del lugar. Por primera vez en toda la incursión clandestina percibí cierto nerviosismo en el hombre que me trasladaba. Su ánimo había cambiado, ya no conversaba gentil y claramente, y se

dejó ver con el revólver en la cintura. No tuve miedo, pero mi aspecto cambió. Yo también tomé mi resguardo y estuve más alerta y atento que antes.

Anduvimos en auto un par de horas. Yo no tenía ni la menor idea de dónde me encontraba. Ya había perdido todo tipo de referencia y mi chofer circunstancial no estaba dispuesto a entablar comunicación conmigo. El hombre estaba muy tensionado y se le notaba.

Entendí el momento, intenté serenar mi espíritu y dejé de controlar al chofer que solo trataba de cumplir con su misión.

Llegamos al borde de un río y hasta el día de hoy no sé de qué charco de la provincia se trataba. La verdad es que poco me importaba en ese momento.

El conductor subió el vehículo a una balsa y en menos de dos minutos ya estábamos cruzando un río bastante ancho y caudaloso.

Recién allí sentí alivio. Miré hacia el hombre que me transportaba que, con un gesto adusto que se transformaba en una tímida sonrisa, me decía: "Quedate tranquilo, ya estás a salvo. Acá ya nadie te puede agarrar".

En unos pocos minutos desembarcamos del otro lado del río, cerca de Paraná. Aunque no habíamos llegado al final del recorrido, me sentía nuevamente en libertad, pero triste y solo.

Mientras duró mi huida y persecución, yo desconocía la realidad de lo que estaba pasando. Nadie me informaba nada, no podía leer los periódicos y mi único objetivo era llegar cuanto antes a Uruguay para estar a salvo e intentar un reencuentro con mis seres queridos.

Los días pasaban uno tras otro y no tenía ni la menor idea de cómo iba a lograr zafar de toda esta situación, pero la gente que me protegía y guiaba estaba tan convencida de lograrlo que jamás se me pasó por la cabeza la posibilidad de que me pudieran atrapar. Durante todo lo que duró el escape solo tuve que seguir las instrucciones que me daban. En ningún momento pensé en desistir de la ayuda. Me sometí conscientemente, aun sin saber muy bien el destino final del operativo.

Toda esa gente de la red clandestina que colaboró para que yo me pudiera ir del país obviamente me apoyaba porque —en realidad

— participaban también ellos de la misma "causa". De alguna manera los animaba la idea de "oponerse al gobierno" y admiraban nuestro frágil intento de cuestionar una autoridad desvalorizada.

En Paraná me trasladaron hasta la casa de una familia muy importante de la ciudad. Ellos tenían una reconocida trayectoria y participación política pública. Era una familia tradicional del Partido Radical, cuyo jefe y enorme líder político era el doctor Carlos Humberto Perette, el mismo que en su momento llegó a ser vicepresidente de la Nación.

En su hogar pasé unos cuantos días al cuidado de su familia, hasta que un buen día el propio Perette me vino a buscar con un auto. Se trataba de un Ford bastante viejo y roto que le había prestado precisamente su hermano. Recuerdo que mientras íbamos viajando, despacio y con bastantes dificultades, yo pensaba que jamás íbamos a llegar con esa "catramina" toda estropeada por esos caminos de tierra bastante embarrados.

Salimos muy temprano y no paramos hasta llegar a la ciudad de Concepción del Uruguay. En principio, la idea era la de permanecer en Villa White, pero el doctor Perette, adelantándose como podía en el camino, había entrado en contacto con unos amigos que le recomendaron huir hacia otro destino. Así de complicada se nos presentaba la situación. Seguramente la contrainteligencia ya había avisado que andábamos en la zona y nos estaban esperando en un cruce de caminos.

Luego de la alerta, Perette se decidió a ir a la casa de otro dirigente radical muy amigo suyo. Se trataba de una familia hermosa que nos recibió muy bien. Vivían en la plaza central de Concepción del Uruguay, y a consecuencia de ello nuevamente no podía ni asomar la nariz a la calle. Tenía prohibido salir a la vereda o mostrarme por la ventana.

Mientras estuvimos allí, recuerdo una noche en la que hubo un acto político de los gremios locales justo enfrente de la casa: desde la ventana me sentía como en una platea privilegiada. Me encontraba acompañado por las simpáticas hijas del dueño de casa. Ellas eran muy divertidas y se reían con mucha gracia de la situación que juntos vivíamos en esos instantes. A carcajadas decían: "Si

estos tipos se dieran cuenta o supieran quién está aquí en esta casa, nos cagarían a golpes y nos llevarían a todos en cana...".

El operativo escape parecía no tener fin. Llegar al Uruguay ya se me había convertido en un trastorno. Lentamente pasaron las horas y también los días. Me aburría sin nada importante que hacer, me desanimaba y me cuestionaba. La soledad comenzó a flagelarme y mi conciencia retumbaba de remordimientos.

De pronto, y justo en el peor momento sentimental de toda la tediosa e interminable travesía, nos pusimos en marcha de nuevo. Después de dos o tres días, o no sé cuántos más, ya que había perdido toda la noción del tiempo a raíz de la abrupta depresión que me había invadido, sorpresivamente me dijeron: "Quédese tranquilo, ya está todo listo y preparado. Ahora mismo lo vamos a llevar en auto hasta una calle. Allí, usted se va a bajar y va a caminar en dirección hacia el puerto. Cuando llegue, se le va a acercar un hombre con un cajón de pescado al hombro que lo va a saludar y decir: 'iQué tal, amigo! ¿Cómo anda? Venga, vamos juntos por aquí…'. Obviamente usted lo va seguir sin decir ni una palabra".

Y así fue, tan preciso como me lo habían anunciado. Me bajé del auto y comencé a caminar. A los cien metros se me apareció un hombre de aspecto inconfundible. Venía con su cajón de pescado al hombro, nos miramos y juntos fuimos hasta el arroyo de la China que estaba a dos o tres cuadras del puerto. Llegamos y otro hombre, bastante anciano, nos esperaba en un pequeño y viejo bote listo para partir.

Subimos rápidamente y cruzamos el arroyo. Habremos tardado unos veinte minutos en llegar a la otra orilla. Al descender me despidieron diciendo: "Hasta acá llegamos nosotros, a partir de ahora deberá seguir solo por el monte. Camine derecho hasta encontrar la única casa que hay en el lugar. Allí lo espera un viejo pescador que lo va a alojar hasta que considere oportuno y prudente llevarlo hasta el Uruguay. Usted no se preocupe de nada, él se las va a ingeniar para que llegue a destino sano y salvo…".

El hombre resultó ser un viejito muy simpático. Era un tipo bastante piola y fue muy agradable compartir esas horas de angustia con él. Tomábamos mate todo el día. Charlábamos de cualquier

tema y discutíamos apasionados sobre fútbol. Cuando cayó la tarde, luego de una breve pero reparadora siesta, el buen hombre me encaró y me dijo: "Ahora, en un ratito más, cerca de las siete de la tarde, va a pasar la lancha de gendarmería. Inmediatamente después, cuando veamos que se aleja y esté oscuro el día, nos subiremos a nuestro bote y nos iremos del otro lado del río".

Yo no contesté nada. Con una leve inclinación de cabeza le di a entender que estaba de acuerdo. Obviamente, seguía sometiéndome a las directivas de mis circunstanciales protectores. El cuidado que ejercían sobre mí era realmente formidable. Creo que nunca llegué a saber por qué pusieron tanta dedicación en mi traslado hacia el exilio. Cuando ya era de noche y nada se veía a un metro de distancia, nos subimos al bote y comenzamos la peligrosa travesía. Si bien la lancha de gendarmería ya había pasado, el riesgo continuaba siendo latente ya que los "milicos" solían hacer pasadas sorpresivas sobre el río, advertidos de que los traficantes intentaban pasar ilegalmente de un lado a otro de la frontera.

El viejito remaba y remaba con fuerza y constancia. Había dejado de hablar, estaba atento y concentrado con su vista fija en el agua. Hacía mucho calor, los mosquitos molestaban bastante y el río estaba un poco inquieto. La luz de la luna nos delataba. No había forma de evitar su presencia y esa era la preocupación de mi amigo. Se lo notaba tenso. Apresuraba sus movimientos y con el giro de su cabeza para uno y otro lado vigilaba las orillas del río.

Tardamos un buen rato en llegar. Yo no tenía ni la menor idea de adónde íbamos a desembarcar. No sabía tampoco dónde me encontraba y, además, estaba completamente convencido de que si algo nos pasaba allí jamás nos encontrarían.

Sin mayores zozobras, la ansiedad y el temor finalmente llegaron a su fin. Arribamos a la otra orilla y ambos nos relajamos con un suspiro casi en simultáneo. Descendimos, buscamos resguardo de la intensa luz de la luna, amarramos el bote y juntos caminamos unos veinte metros hasta alcanzar un enorme árbol que oportunamente nos servía de protección y cuidado.

Al llegar, el viejito extendió su mano buscando la mía para saludarme un tanto apresurado. Le extendí también mi mano,

mirándolo sorprendido y agradecido al mismo tiempo, sin decir ni una sola palabra. El hombre me miró apretando fuertemente su mano y me dijo: "Ahora todo depende de usted. Métale pata para aquel lado —señalando hacia mi derecha— y no corra. Vaya ligero pero no corra porque hay muchas fieras sueltas que lo pueden atacar. Si usted va ligero y a buen ritmo nada le tiene que pasar. Siga para adelante sin detenerse para nada y trate de evitar el descampado sin árboles porque hay mucha luz de luna. Si llegase a escuchar tiros, sencillamente vaya hacia el lado contrario y no se detenga para nada. Después de una hora de travesía, su meta será llegar hasta el camino de tierra que se topará justo enfrente de sus narices. Siga esa ruta, siempre a resguardo y oculto por el borde de la senda. Camine y camine sin descansar; después de un buen rato finalmente llegará a Paysandú. Allí podrá relajarse y descansar: Luego, solo siga el mismo camino que lo llevará hasta la ciudad de Montevideo. Si puede, trate de subirse a un auto o colectivo para ahorrarse el cansancio. Hágame caso y quédese tranquilo, ya está a salvo. Bienvenido al Uruguay y que tenga buena suerte…".

El viejito amigable esperó hasta que yo me alejara del lugar y partió remando a toda velocidad. Me puse a caminar con impaciencia y bastante miedo. La noche era muy clara y se podía ver a lo lejos. El camino era interminable y en varias ocasiones tuve que parar a descansar. Finalmente, en una especie de lomada que se me presentaba por delante, vi luces y muy despacio me acerqué. De pronto, salieron unos perros enormes y se armó un despelote tremendo. Luego se acercó un hombre mayor a quien rápidamente le expliqué los motivos de mi presencia en ese lugar y a esa hora. El tipo me escuchó con atención y luego me dijo: "Quédese tranquilo, muchacho, ya sabemos todo lo que pasa en Buenos Aires y ya han venido huyendo muchos militares como usted. Aquí no tiene de qué preocuparse. Duerma en el galpón y mañana seguimos conversando".

Respiré aliviado y en mi interior le agradecí a Dios la gentileza de ese hombre. Me encontraba muerto de cansancio. Me metí de inmediato en el galpón y allí, en medio de unos cuantos fardos de pasto, me puse a dormir sin reparos. Me recosté y descansé

plácidamente, sabía que por el momento me encontraba a salvo en ese lugar.

A la mañana siguiente el dueño de casa se acercó para ver cómo andaba y charlar un rato, porque quería que yo le contara la historia de mi travesía. Conversamos un buen rato, tomamos unos cuantos mates amargos y luego me recomendó avisar de mi presencia a la autoridad policial de la zona. En un principio no me pareció una buena idea. La veía un poco riesgosa y algo contraproducente. De todos modos, la insistencia del hombre terminó por convencerme. Al rato apareció un vigilante en un sulky, me saludó de manera muy cordial y me dijo que no me preocupara porque me iba a llevar hasta el destacamento en donde el comisario me estaba esperando.

Y así ocurrió. Yo no sabía si estaba haciendo bien las cosas pero intuía que esto no me iba a perjudicar. Luego de una larga marcha de más de tres leguas llegamos al pueblo de Paysandú. Allí me estaba esperando el comisario, que apenas me vio me dijo: "Ya está avisado el jefe del batallón de Infantería que hay aquí en el pueblo. Él lo está esperando en el casino de oficiales. Preséntese de inmediato".

Sin detenerme, me fui directo al batallón. Allí me estaban aguardando y rápidamente me llevaron en presencia del jefe del regimiento. Él no estaba solo, lo acompañaban todos sus oficiales y al verme me saludaron, uno a uno, con excesiva cordialidad.

Luego de conversar por un buen rato me informaron que estaban al tanto de las noticias que venían de la Argentina. También me dijeron que habían escuchado por la radio que otros militares argentinos habían logrado escapar de Buenos Aires y ya se encontraban en Montevideo. La noticia me tranquilizó y me reconfortó la idea de saber que no era el único militar argentino prófugo que había logrado escapar hacia el territorio oriental. Recuperé el aliento, comí algo y rápidamente propuse emprender la partida con destino a Montevideo.

Y así fue, cerca de las dos de la tarde vino un oficial de policía vestido de civil con los pasajes en la mano. Juntos nos fuimos a la estación de ómnibus y tomamos el micro con destino a la capital uruguaya. Cuando llegamos, nos bajamos en la plaza Cagancha y

caminamos por la calle 18 de Julio hasta llegar a un edificio muy antiguo y elegante donde funcionaba el Ministerio del Interior. Entramos y en la guardia de la recepción, el policía que me acompañaba a modo de custodia notificó mi situación como una presencia ilegal en el territorio oriental. Lo que escuché me sorprendió y me inquietó. Comencé a preocuparme nuevamente. Yo seguía muy pasivo cada hecho que se me presentaba por delante. No discutía ni cuestionaba, pero sentía que en cualquier momento iba a explotar y volver a ser aquel soldado inquieto y revolucionario de siempre.

Recuerdo que en ese lugar había una especie de vestíbulo con un par de bancos de madera antiguos y bien pintados. El policía que me custodiaba me dijo que me sentara y lo esperara hasta que él terminara de hablar. El tiempo se me hizo eterno, no sé cuánto tiempo transcurrió hasta que el cana volvió a buscarme con determinada urgencia.

"Venga, pase por acá, el ministro lo va a recibir. Lo quiere conocer personalmente y desea hablar con usted", me dijo el policía bastante nervioso, apurado y con mucho miedo en su rostro. Yo avancé junto a él, apenas un paso por detrás, hasta llegar al despacho del funcionario. De pronto se abrió la puerta y otro hombre se acercó hacia mí y me dijo con voz enérgica: "Pase por acá, por favor. El señor ministro lo está esperando. El doctor Guichón es el ministro del Interior del Uruguay y está muy ansioso de poder dialogar con usted para que le cuente las intimidades de la conflictiva situación que se vive en Buenos Aires".

Yo presentía que mi destino estaba enteramente jugado. De los ánimos de este buen hombre dependía mi futuro inmediato. Con una sola orden ese funcionario podía deportarme a la Argentina en cuestión de horas.

Avancé despacio y con miedo por la enorme oficina mientras pensaba en cómo manejaría prudentemente la situación. Caminé varios pasos hasta llegar, allá en el fondo, a un gran escritorio en el que se hallaba sentado y esperando el propio ministro. Cuando me acercaba se levantó y me saludó diciendo: "Me alegra muchísimo que esté en mi país. Por ahora usted se encuentra sano y salvo bajo

nuestra custodia y protección. No tengo ni la menor idea de cómo hizo para llegar, pero eso por ahora no nos interesa. Siéntase como en su casa pero siga estrictamente las directivas que nuestra gente le vaya brindado. Quédese tranquilo que usted es bien recibido en estas tierras. Sabemos las verdaderas causas que provocan su exilio. Acá podrá permanecer de manera legal siempre y cuando respete nuestras reglas de convivencia. Pórtese bien, acostúmbrese a este pueblo y de a poco logrará rehacer su vida. Mientras tanto, lo único que puedo hacer por usted por el momento, ya que va a quedar detenido bajo nuestra responsabilidad, es mandarlo al mejor lugar que tenemos. Por ahora usted va a quedar recluido en nuestro Colegio Militar, lugar en el que ya se encuentran otros de sus compatriotas. Le repito, no me genere problemas y nos llevaremos bien".

Esto lo dijo en un claro tono amenazante. Por supuesto, agradecí su colaboración con un fuerte apretón de manos y le juré que jamás me olvidaría de él. Salí del despacho y las piernas aún me temblaban. Apresuré la marcha y me sentí más aliviado.

Llegué hasta el oficial de policía que me había acompañado y con un fuerte abrazo me despedí y agradecí su custodia y compañía. Inmediatamente y sin perder el tiempo, otro oficial del ejército uruguayo tomó la posta de mi cuidado y me trasladó con deliberada urgencia hasta el Colegio Militar. La academia militar no quedaba muy lejos. Se trataba de un edificio muy antiguo de Montevideo. Me desplacé hasta el casino de oficiales y allí, con sorpresa y desahogo, pude reencontrarme con mis camaradas argentinos.

Fue un momento emocionante, me alegré mucho al verlos, ya no me volvería a sentir tan solo. Todos mis compañeros habían llegado mucho antes que yo, cada uno tenía su historia o anécdota particular de lo que significó la travesía, la huida de Argentina hacia el Uruguay.

Recuerdo que estaban el capitán Novelasco, Dónovan, Anaya, Tiscornia, Dasa y había también muchos otros que mi memoria no ubica hoy con nombre y apellido. Los estoy viendo ahí, parados y mirándome sorprendidos por mi llegada. Todos creían que me habían atrapado. Ya habían pasado varios días y no había noticias

mías por ningún lado. Por suerte llegué: comenzaba otra historia. Había también varios oficiales mayores, eran superiores míos, más antiguos. Todos pertenecíamos al arma de Caballería. Por algo habrá sido.

En cuanto pude relajarme, realmente me sentí a salvo, cómodo y acompañado. Ya no tenía problemas de soledad o depresión, ahora solo quería reencontrarme con mi familia.

Los quince días que duró el periplo de la fuga estuve con la angustia de no saber qué "cuernos" me iba a pasar. Eso, al menos, fugazmente ya se había disipado. Solo quería reiniciar mi vida, empezar de nuevo.

Al día siguiente llegó al Colegio Militar un regimiento de Caballería completo, alistado con armas y tropas para entrar en operaciones en forma inmediata. Se trataba del Regimiento de Caballería N° 9 procedente de Olimar, que venía a Montevideo porque en la ciudad se desarrollaba una huelga general muy importante. Las autoridades habían decidido traer de urgencia tropas militares para que brindaran mayor seguridad ante la amenaza de que se ocasionaran disturbios en la capital. Al mando de uno de los escuadrones estaba un capitán de apellido Álvarez, que había sido alumno del Colegio Militar de la Argentina y que al mismo tiempo había sido compañero de estudios de muchos de los militares argentinos que nos encontrábamos allí detenidos.

En cuanto se enteró de nuestra presencia y situación, el capitán Álvarez vino a saludarnos. Estuvimos un largo rato festejando el encuentro y recordando viejas anécdotas de aquellos tiempos de cadetes. En un momento me dijo: "¿Qué puedo hacer por usted? Quisiera ayudarlo... ¿Cómo lo saco de esta situación?". Sin dudarlo, le dije de inmediato: "Te pido por favor que llames a mi casa y que avises que estoy bien". Le di el número telefónico de mi familia y él se comprometió a realizar la llamada en forma inmediata. Lamentablemente las cosas no ocurrieron como yo hubiera deseado. Efectivamente, el capitán Álvarez cumplió con su palabra y llamó a mi casa, avisó que yo me encontraba muy bien, les mandó muchos saludos de mi parte y colgó. Lo grave fue que no les dijo nunca nada sobre dónde me encontraba. Toda mi familia, si bien acababa de

saber que estaba bien, comenzaron a entrar en pánico por no conocer el lugar en el que me hallaba.

Pasamos cerca de una semana en ese Colegio Militar, totalmente incomunicados con el exterior. Un día llegó un micro al lugar, nos ordenaron subir sin darnos mayores explicaciones y nos trasladaron hasta el pueblo de Treinta y Tres, ubicado bien en territorio de las sierras uruguayas. Llegamos, vimos que el lugar era antiguo pero grande y muy agradable. De inmediato nos hicieron alojar en un hotel bastante viejo próximo a la plaza central. En cuanto nos ubicamos, el jefe del operativo nos reunió para despedirse y nos comunicó nuestra nueva situación: "Aquí tendrán alojamiento y comida y no les faltará protección y asistencia. El gobierno del Uruguay les comunica que deberán permanecer en este lugar, sin tener autorización para retirarse del pueblo hasta tanto se le comunique a vuestro país, la República Argentina, que se ha cumplido con la ley. Nuestro deber y compromiso era trasladarlos sanos y salvos hasta el interior del país, lejos de la frontera argentina. Les informo que hemos cumplido, ustedes deberán permanecer acá sin generar problemas. Caso contrario, serán detenidos y deportados de inmediato. Mientras tanto, aquí podrán buscar y conseguir trabajo hasta que la crisis política pase y se puedan ir".

Jamás volví a ver a ninguna de las personas que me ayudaron a salir de la Argentina. Siempre les estuve agradecido por lo que hicieron desinteresadamente. Fueron momentos muy duros, y sin la colaboración que me brindaron, quién sabe qué sería hoy de mí. Estoy seguro de que en más de una oportunidad mi imprudencia e inmadurez me hubiesen conducido por caminos menos convenientes. Quizás hubiera metido la pata aún más adentro de lo que lo hice o quizás me hubieran pegado un tiro en un intento por resguardar mi vida y mis ideales. Nadie sabe... solo sé que seguramente me hubiera ido peor.

De toda aquella época solo me quedan sabores amargos, fueron días muy duros, desoladores. Las expectativas del país eran negativas. Perón no toleraba ningún tipo de cuestionamiento o crítica.

De todos modos, había muchos opositores políticos que se atrevían a desafiarlo. Lamentablemente, luego de hacer expresas sus quejas y diferencias con el general, debían también huir del país como consecuencia de la persecución ilegal a la que eran sometidos. Estaban obligados a escapar de la Argentina ya que, en caso contrario, el régimen peronista les tenía garantizaba la cárcel, el sometimiento y hasta la misma muerte. Es una verdadera lástima que ya nadie cuente la historia argentina como realmente ocurrió. Seguramente, algún fin perverso habrá tras el relato de una historia que no ocurrió como se la cuenta. El tiempo dirá la verdad, estoy seguro de ello.

Ya establecido definitivamente en tierra uruguaya, mi única preocupación pasó a ser la de tratar de contactarme con mi familia. Con urgencia debía hacerles saber que estaba a resguardo del "maldito general Perón" y que me encontraba a salvo en la otra orilla del Río de la Plata. Esto para mí era vital porque me sentía abrumado y muy angustiado. Estaba mentalmente extenuado y percibía la necesidad del afecto, el cariño y la comprensión de los seres queridos. Hasta allí había llegado con arrojo, pero ya era muy evidente que no podría seguir mucho más el camino solo y alejado de los míos.

Los días habían pasado de manera vertiginosa y nadie se acostumbra a una escapatoria tan repentina. Yo quería y necesitaba volver a estar cuanto antes junto a mi familia. Mientras tanto, debía resolver qué iba a ser de mi vida. Todo lo que conocía o sabía hacer había dejado de existir. La huida a Uruguay transformaría indefectiblemente mi futuro. No tenía ni la menor idea de a qué me iba a dedicar y, mucho menos, de qué iba a vivir.

Por momentos pensaba que todo lo que había hecho se había convertido en una gran locura personal. Mi conciencia me reprochaba una y otra vez el no haber sido lo suficientemente consciente de lo que estaba haciendo. Puse en riesgo mi vida y descuidé la protección de mi familia. Me sentía un inconsciente. Además, la "envalentonada" me había salido mal. No había ganado nada y me había "cagado" la vida para siempre. Pese a todo, debía

seguir adelante y estaba dispuesto a rebuscármelas para mejorar mi situación y la de los míos.

En Buenos Aires, los teléfonos de mi casa estaban intervenidos y había mucha vigilancia. Me estaban buscando por todos lados pero yo no sospechaba que fuera tan serio, no tenía conciencia de nada. En realidad, pensaba que ya se habrían olvidado de mí después de pasados diez días del frustrado intento de sublevación.

En aquellos días yo había actuado porque estaba convencido de lo que hacía, sin sugerencias ni presiones de nadie. Sin embargo, en honor a la verdad también debo reconocer que era un joven un tanto inmaduro, que se movía por impulsos, un poco apresurado e idealista, bastante despreocupado por el futuro inmediato. De más está decir que tampoco tenía experiencia en ese tipo de sublevaciones o "intentonas políticas". De cualquier modo, todo era lógico y sensato para mí. Si estaba convencido y la medida valía la pena, yo iba a estar presente con mi ánimo y mi voluntad.

Gracias a Dios, siempre supe a qué "bando" quería pertenecer. Si había que jugárselas, allí iba a estar. Pese a todo, lo ocurrido me sirvió para madurar de cara a los tiempos que llegaron después. En la vida todo es experiencia y sirve para los días que vendrán. Aunque uno no lo entienda en el momento, Dios aprieta pero no ahorca. En la época del Proceso Militar yo estaba varios pasos más adelantado que el resto de mis compañeros de lucha.

La vida en el exilio fue terrible, me costó mucho salir adelante. La desolación se adueñó de nuestras almas. Al principio nos habíamos sentido seguros y reconfortados, pero con el correr de los días la preocupación nos embargó de nuevo el ánimo. Creo que de a poco íbamos entrando en razón y las autocríticas personales comenzaban a horadar nuestras conciencias. De un modo u otro sabíamos que nuestras vidas jamás volverían a ser iguales.

Recuerdo que estuve depresivo y desorientado por un buen tiempo. Dormía todo el día y estaba asqueado de todo y de todos. Solo quería dormir y apagar el funcionamiento de los pensamientos que atormentaban mi cabeza. Mi imaginación divagaba ajena a mi voluntad proponiendo un sinfín de barbaridades.

Aseguro que llegué a enloquecer. Me peleaba con cualquiera que se me cruzara por delante. Yo no me permitía el fracaso y aquella aventura había terminado muy mal para mí y con graves consecuencias para mis seres queridos.

El desafío era aprender a recuperar el valor de enfrentar nuevos retos y así poder salir adelante. Confieso que en esos momentos me faltó lucidez y un poco de "huevos" para tomar decisiones más drásticas. Intenté recomponerme y opté por lo más sano y prudente, pensar en el reencuentro con mi familia. Como me sentía muy encerrado, iba seguido a la plaza del pueblo. Como ocurre en todos los pueblos del interior, a la tardecita se daba la vuelta al perro. Todas las chicas y muchachos del lugar se lanzaban a las calles en busca de relaciones y emociones. Se paseaba un poco, se tomaba algo de alcohol en cualquier boliche y de a poco surgían las nuevas amistades. Todos los que estábamos allí, de una u otra manera, buscábamos sin decirlo alguna forma de aplacar la frustración que nos ocasionaba el destierro. En ese lugar no pasaba nada de nada, estaba aislado de todo. No teníamos posibilidades de hacer nada: solo había que esperar, dormir y salir a la plaza.

En una de esas noches de aburrimiento y fastidio fuimos a ver un partido de fútbol que se jugaba en el pueblo. Nada tendría de interesante y trascendente esta historia a no ser porque allí tuve la ocasión de conocer a un tal "Capitán Villa". Este hombre fue el primero de nosotros en decidirse a trabajar y de esta manera reiniciar su vida de "ser normal". Nosotros debíamos seguir su camino. Había que dejar atrás el pasado, no llorar más sobre los escombros y cenizas, y envalentonarse para comenzar de nuevo.

Este "tipo", el Capitán Villa, era un hombre bastante ansioso y preocupado por su tiempo. Al charlar con él, nos dijo textualmente que estaba "harto de sentirse al pedo" en la vida y que había logrado encontrarle la vuelta a su aburrimiento y depresión. Se las había ingeniado para dar comienzo a una actividad que al principio desconocía por completo pero que con voluntad y empeño llegó a ser una pasión y un medio eficaz de vida.

El hombre había logrado conseguir prestada por un tiempo una máquina de fotos y con ella se decidió a comenzar a recorrer los

eventos sociales del pueblo sacando fotos y cobrando por sus servicios. Las fiestas, los cumpleaños, los casamientos, todo lo que le permitiera sacar fotos para luego poder venderlas. Se las empezó a rebuscar y le salió bastante bien. Encima, como si fuera poco, era joven y muy buen jugador de fútbol. Como en los tiempos de ocio le encantaba jugar a la pelota en los potreros, logró que los dirigentes del club más grande del pueblo vieran sus habilidades y le propusieran jugar en su primer equipo.

Gracias al fútbol comenzó a ganar muy buena plata. El Capitán andaba "chocho" de la vida. Le pagaban por jugar a la pelota y encima la fotografía se había convertido en un buen negocio. Era vivo. Se compró un puesto de Coca-Cola y lo puso a "laburar" en la cancha de fútbol en la que jugaba. Era un fenómeno, ya no le quedaba nada de "milico". Sacaba fotos, jugaba al fútbol y tenía un puestito de Coca-Cola. Se las ingenió bárbaro, ganaba buena plata y se había logrado adaptar a la nueva sociedad. No sufría "para nada" el destierro que a nosotros nos atormentaba.

En mi caso, las cosas no fueron tan fáciles. Yo no contaba con esas dotes o habilidades para poder sobrevivir "rebuscándomelas" con cualquier cosa. Tardé en encontrarle la vuelta. Mi cabeza seguía de cerca todos los sucesos de Buenos Aires. No lograba comenzar de nuevo.

Al poco tiempo nos enteramos de que desde la Argentina enviaban espías para controlarnos y saber qué hacíamos. La situación no podía ser peor, estábamos vigilados y en un país extraño a nuestras costumbres. Por una cuestión de seguridad, nuestras familias tardaron en venir al Uruguay.

En ese pueblo habré estado tres meses, hasta que finalmente mi tío apareció por Uruguay. Él había seguido la misma cadena de escape que yo, pero llegó como dos meses más tarde. Obviamente, una vez llegado a territorio oriental, me buscó y se conectó de inmediato conmigo. Él estaba alojado en Montevideo pero tuvo la fortuna de que lo ayudaran mucho más que a mí. Estaba en contacto con muchos otros militares exiliados y también con políticos que habían emigrado. Se había instalado en una pensión que estaba atrás de la estación y me invitó a que me fuera a vivir con él. Yo no

lo dudé ni por un instante, de inmediato preparé todas mis cosas y partí con él rumbo a Montevideo. No tenía ni la menor idea de qué podía hacer para ganarme la vida, pero tenía en claro que si no me "calentaba un poco", las cucarachas me iban a comer.

Tuve la oportunidad de conectarme rápidamente con otros camaradas que habían llegado a Montevideo, casi todos oficiales de Caballería que no habían ido a Treinta y Tres. Cuando hicieron la distribución nos repartieron por distintas partes del país. A algunos los mandaron a Rocha, a otros a Minas y otros fueron a Tacuarembó. Éramos muchos. De a poco, a medida que tomábamos conciencia de nuestra realidad y de la que se vivía en la Argentina, fuimos sabiendo que los militares no éramos los únicos que habíamos escapado a Uruguay. Descubrimos que había también exiliados ferroviarios, políticos y de otros gremios, que se encontraban allí producto de las persecuciones y amenazas que recibían. Había radicales, del Partido Conservador, socialistas, comunistas, y todo un popurrí de ideologías.

En esa mezcla de personajes extraños y necesidades compartidas nos fuimos conociendo poco a poco hasta solidarizarnos unos con otros hasta en las más mínimas cuestiones de supervivencia. Entre ellos había un viejo teniente coronel llamado Atilio Catáneo, que pertenecía a la aviación del Ejército.

Catáneo llegó a ser diputado de la Nación, pertenecía al Partido Radical y tuvo que escapar a Montevideo. El hombre tenía una anécdota bárbara con Perón. En una oportunidad el general salió al balcón para intentar justificar una imputación. Lo acusaban de tener una quinta majestuosa y él se indignaba. La quinta la tenía en San Vicente y es la que ahora le pertenece a Eduardo Duhalde. Lo cierto es que Perón salió al balcón y en su discurso dijo: "Dicen que yo tengo una quinta que vale una fortuna… Esa quinta la heredé de mi viejo, no vale nada, si alguno me da cincuenta mil pesos, se la vendo". Fue entonces cuando este tipo, Atilio Catáneo, se paró en la primera sesión de diputados y dijo: "De acuerdo al conocimiento que me dan las palabras del señor presidente, le ofrezco los cincuenta mil pesos por la quinta".

Obviamente, Catáneo sabía que la quinta valía mucho más y que Perón había macaneado al decir una cifra tan baja. Él sabía que, si "el loco" por casualidad se la vendía, hacía un gran negocio. Fue entonces cuando lo llamaron de urgencia y le avisaron: "Mirá, Catáneo, salí volando de acá y escondete, que ya viene a buscarte la Policía Federal…". Obviamente, Perón quería sacárselo de encima y como todo mandato suyo, así ocurrió. El buen hombre se las tuvo que picar y se rajó como pudo para Uruguay.

Cuando lo conocí, ya había conseguido trabajo como cobrador de la fábrica de aceites El torero. Él solía pasar a visitarnos y allí aprovechábamos para charlar un rato. Si bien era un oficial mucho más antiguo que nosotros, nos encantaba dialogar de temas militares y de nuestra patria que nos quedaba muy distante.

Al poco tiempo, llegó mi mujer a Montevideo acompañada por mi madre y mis dos hijos. Creo que era el mes de diciembre. Mi señora estaba embarazada y le faltaba poco para tener familia. Nuestro tercer hijo estaba al llegar y ella no quería estar lejos de mí. Cuando los vi la emoción fue tremenda. Disfrutamos de unos días en familia, pusimos nuestros temas en claro y tratamos de enderezar nuestra vida. Mi mujer debía partir nuevamente hacia Buenos Aires, ya que se venía la llegada del bebé. En ese momento mis otros dos hijos eran muy chicos, Gloria tenía tres años y pico, y Carlitos, el que la seguía, uno y pico.

El exilio duró cuatro años. Al principio nos costó adaptarnos, pero luego lo pudimos sobrellevar sin mayores sobresaltos. Llegué a pensar que jamás retornaría a mi país. Pronto conseguimos trabajo, aunque apenas nos alcanzaba para vivir. De todos modos, al final las cosas no resultaron tan difíciles: la gente era tan cordial, tan humilde, tan distinta, que nos empezamos a sentir como en casa. Estábamos muy bien, de manera que yo me fui haciendo a la idea de que me podía quedar. Para mí, Uruguay es como una segunda patria. Como será, que mi hijo más chico, el cuarto, es uruguayo: nació en Paysandú. Él fue el último que tuvimos y nos salió "yorugua".

La mayor parte de nuestro exilio transcurrió en Paysandú, allí conseguí trabajo y nos trataron muy bien. Solo me quedan grandes

recuerdos de ese lugar y un enorme agradecimiento a toda la gente que nos ayudó. Allá éramos como héroes. Los uruguayos nos trataban bárbaro porque ellos tampoco querían a Perón. El general odiaba a los orientales y por eso siempre les puso toda clase de inconvenientes. No querían saber nada con Perón, ni la gente del pueblo ni los partidos políticos. Uruguay mantenía su democracia y por eso se atrevían a refugiar a los políticos de partidos opositores a Perón. La cosa era muy sencilla: Perón odiaba a los uruguayos y los uruguayos odiaban a Perón.

Al poco de estar en Paysandú me fui dando cuenta de que realmente los uruguayos, casi todos en general, nos apoyaban. ¿Cuál era el motivo? Al principio no lo sabía porque lo lógico hubiese sido que fueran indiferentes como sucede en cualquier parte del mundo.

Pero recopilando un poco en mi memoria recordé que después del año 43, estando detenido en el Colegio Militar, hubo una serie de cambios que motivaron la llegada de nuevos profesores al instituto. Todos ellos eran muy nacionalistas y pertenecían a un grupo bastante avanzado políticamente. Entre las cosas que nos comentaban había apreciaciones sobre la prensa argentina. Hablaban muy mal del diario *La Prensa* porque lo consideraban un medio liberal, extranjerizante y representante de la oligarquía vacuna. Ellos decían que nuestro país, la Argentina, debía recuperar lo que fue el Virreinato del Río de la Plata. Es decir, recuperar la posesión de Uruguay, parte de Río Grande, Paraguay y el Alto Perú.

Con el Alto Perú realmente había antecedentes muy claros, porque todas las provincias del sur de Bolivia habían firmado el Acta de la Independencia en Tucumán en 1816. Pero, bueno, esa era la rara teoría de estos uruguayos. A veces, estando todavía detenido en ese Colegio Militar, llegaba información de que había mucha vigilancia en la frontera con Brasil a raíz de la posición nacionalista que tenía el gobierno militar que, en definitiva, era más favorable al gobierno alemán que a los aliados.

Buceando en nuestra historia recuerdo que hubo intenciones firmes de recuperar al Uruguay como provincia argentina. Efectivamente, Rosas nunca reconoció la independencia de Uruguay,

tampoco la del Paraguay, y además con Bolivia tuvo una guerra. Con respecto a la independencia del Paraguay que Rosas no reconocía, esa es la razón por la cual él bloqueó el río Paraná, lo que después dio lugar a la batalla de Vuelta de Obligado.

En conclusión, estos hechos históricos hicieron que Uruguay repudiase con fuerza al gobierno argentino y todo lo que sería después su herencia en el peronismo. Esa era la razón por la cual todos los argentinos que se aparecían por el Uruguay oponiéndose al gobierno de Perón, no solo eran bien recibidos sino que además eran tratados como verdaderos héroes de guerra. Para ellos, oponerse a Perón en esa época era como "tener los huevos gigantes".

Mi primer trabajo en Uruguay estuvo vinculado a la construcción. Junto con mi tío tomamos la idea de que se podía trabajar en este rubro, razón por la cual decidimos comprar un camioncito volcador marca Ford, le hicimos una caja volcadora y empezamos a trabajar en todas las obras de construcción. Trabajamos durante mucho tiempo en eso, nos pagaban por cada viaje y nos iba bien. Me acuerdo de que el camión tenía cuatro metros cúbicos de capacidad. En esa época los constructores pagaban semanalmente.

Yo trabajé mucho en la excavación de un cine en la calle 8 de Octubre. Después fue un cine muy grande y toda esa excavación la hice yo. La tierra la depositábamos pasando el Parque Rodó, donde todavía hay ahora una especie de montaña verde que antes no existía pero que la hicimos nosotros acumulando la tierra.

Con las ganancias de ese camión más o menos vivíamos pero ajustados. Sacábamos para comer y nos sobraba un poco. Cuando finalmente llegó mi esposa con mis hijos para radicarse conmigo en Uruguay, las cosas se complicaron. Mi esposa tenía prohibido ir a Uruguay, por lo tanto tenía que entrar de manera ilegal, clandestina. Para salir del país, mi señora iba hacia Paso de los Libres y allí se encargaba de todo el traslado el propio Arturo Frondizi. Desde entonces, Arturo pasó a ser un gran amigo nuestro y lo ha sido siempre, hasta su muerte. A pesar de todos los avatares políticos, Frondizi fue un hombre que trabajó mucho en contra de Perón.

Como las dificultades económicas se hacían más evidentes, conocí a un señor que se llamaba Tarragó. El tipo era un concesionario de Ancap, sigla que significaba Asociación Nacional de Combustibles, Alcoholes y Pórtland. Y bueno… Tarragó tenía una especie de concesión para el transporte de combustible de Ancap hacia otras plantas y estaciones de servicio, y como él no lo hacía con material propio y alquilaba camiones, le daba trabajo a camioneros que tuvieran camión tanque. Pensamos entonces que si teníamos un camión tanque íbamos a tener dos trabajos, yo y mi tío, uno para cada uno. Pero conseguir un camión era una cosa bastante complicada. Mi tío logró vender su departamento en Buenos Aires y con ese dinero, que le trajeron los amigos, pagó unas cuotas iniciales para la compra del nuevo vehículo. Compramos un chasis de semirremolque y con unos italianos que eran talleristas hicimos hacer un tanque de 16 mil litros. Todo era muy precario porque no teníamos plata y entonces había que pichulear por todos lados. Los italianos nos dieron una gran mano, trabajaban muy bien. Tenían un taller chiquito y ahí hicieron el tanque. Después me tocó a mí la misión de pintar el tanque porque, siguiendo las instrucciones de Ancap, había que ponerle "16 mil litros - Gasoil". Llegamos a transportar cualquier tipo de cosas, pero de todos modos cumplíamos con las reglas: en el camión decía bien clarito "Gasoil".

El eje trasero se lo compramos a otro italiano que tenía un taller y que lo consiguió de un ómnibus viejo. Con eso armamos el semi. Tarragó nos empezó a dar trabajo y gracias a ello empecé a viajar por todas partes. Le dejé el camión chico a mi tío, y yo me agarré el más grande. Disfrutaba muchísimo de esos viajes. Yo mismo manejaba, ahí no daba para ser empresario ni mucho menos. Hicimos muchos viajes al interior. En Fray Bentos había un depósito de combustible y otro en Paysandú.

Una cosa que pasaba era que cuando el río estaba alto los barcos entraban y llevaban el combustible, pero cuando el río estaba bajo había que llevar el combustible con los camiones. Ahí era el momento en que nosotros entrábamos. También llevábamos el combustible a las estaciones de servicio de Ancap que estaban distribuidas por todo el país.

Todos los caminos eran de tierra y ripio. Ahora todo eso se acabó, pero en aquella época estaba solamente asfaltada la ruta a Colonia, que yo recorría casi diariamente. Me acuerdo de esa ruta porque tiene muchas subidas y bajadas. Los puentes ahora están mejorados, pero en aquella época eran muy angostos. Cuando uno volvía a la noche indefectiblemente había niebla y entonces cada bajada de los puentes era una aventura. De todas maneras, yo salía por la mañana y a la nochecita estaba de vuelta en casa.

A raíz de este trabajo mi tío se fue interiorizando cada vez más del negocio y, a través de unos amigos, tomó contacto directo con gente de Ancap y así se enteró de que iba a haber una licitación para el transporte de combustible desde Paysandú. Se trataba de una licitación local, que para entonces tenía otro fletero que era de Paysandú. Hicimos los cálculos, nos presentamos en la licitación y la ganamos con unos precios muy bajos porque nosotros lo necesitábamos para comer. El otro que se presentó, como ya tenía su buena posición, puso un precio demasiado elevado y perdió. Además, él tenía camiones chicos y entonces con los camiones grandes no podía competir mucho. Fue así como nos tuvimos que trasladar a Paysandú. Allí nos radicamos de inmediato.

El 19 de abril es una fecha histórica para Uruguay, el día del desembarco de Lavalleja en La Agraciada con los treinta y tres orientales; ahí empieza la campaña por la independencia contra los portugueses, que culmina con la batalla de Sarandí. Alquilamos una casa en la calle 19 de abril. Había en el pueblo otros exiliados con sus rebusques. Uno repartía cigarrillos con una camionetita y otro trabajaba en una empresa de cueros.

Desde Paysandú empezamos a transportar combustible hacia Salto, Bella Unión, Mercedes y a un pueblo que se llama Young. Tenía un viaje diario a Salto y a Young. El problema empezó porque no nos alcanzaba un solo camión. Decidimos arriesgarnos y compramos otro en cuotas. Era chico y se le puso un tanque de diez mil litros. Entonces, con ese camión de diez mil íbamos todos los días a Young y con el camión grande todos los días menos sábados y domingos, a Salto. Otras veces, en la temporada de verano, nos mandaban a traer melaza desde Bella Unión.

De esta forma fuimos trabajando durante casi cuatro años. En el último año se había terminado la licitación de Paysandú y volvimos a Montevideo. Ya para entonces conocíamos a todos los fleteros, de la Esso, de la Shell, nosotros que éramos de Ancap y algunos otros más pequeños, particulares, de Texaco. Entonces resolvimos entre todos hacer una asociación a la que llamamos AFLECOM, o sea, Asociación Fleteros de Combustibles, que tenía por objeto repartir el trabajo, no andar peleándose. Las empresas iban pidiendo y nosotros íbamos mandando los camiones. Pusimos a un tipo de administrador y nosotros laburábamos. De manera que esa última parte, ese último año, lo pasamos en Montevideo.

A raíz de todo lo que andábamos por el país tuve ocasión de conocer a camioneros de todas partes y de todo tipo. Era muy fácil hacer amigos en Uruguay. La gente es muy gaucha, muy amable. En todas partes nos hacíamos de nuevos amigos; tomábamos mate y comíamos asado todo el tiempo. Fue por eso que conocí a mucha gente exiliada, empleados ferroviarios que habían participado en una huelga grande contra Perón, muchos políticos, comunistas, socialistas, radicales, conservadores y hasta algún peronista disidente. Uno de los amigos que nos hicimos fue Agustín Rodríguez Araya. Era un viejo dirigente radical que también había sido presidente de Rosario Central y que allá en Rosario gozaba de popularidad por su actuación política y también por sus vínculos con el mundo del fútbol. Rodríguez Araya era amigo de todos los dirigentes del fútbol uruguayo. Conocía a los de Nacional, Peñarol, Danubio y exdirigentes del fútbol argentino. Nos hicimos muy amigos. Siempre nos traía noticias, venía a casa a tomar mate y cuando nació mi hijo más chico en Paysandú, nos fuimos hasta Montevideo para bautizarlo y Agustín Rodríguez Araya fue el padrino. Mi hijo más chico se llama Agustín en homenaje a él.

En la época de la subversión, a uno de sus hijos lo mataron y para mí fue un gran disgusto. El hecho ocurrió en Santa Fe, en la ciudad de Rosario, fuera de mi jurisdicción y conocimiento. Por suerte Agustín ya había fallecido pero su madre, la señora Elisa, y las hermanas, sufrieron muchísimo la pérdida. Yo las traté de acompañar en lo que pude porque era gente muy buena.

Lamentablemente, creo que el chico era un desviado, como tantos otros de esa época que se creían todas las musarañas que contaban los montoneros. Esos miserables terroristas llevaron a la muerte inútilmente a muchos jóvenes argentinos.

Un día hice un viaje a Bella Unión, casi en el límite con Brasil, sobre el río Uruguay. A la vuelta, entramos en Salto porque allí teníamos una agencia de Ancap. Habíamos ido tantas veces que ya éramos amigos. Solíamos pasar para refrescarnos un poco. De repente sale un hombre que era una especie de administrador de la estación y me dice: "¿Sabe lo que pasó? Hay una revolución en su país. Ha habido un bombardeo y no se sabe qué va a pasar".

Nos fuimos de inmediato hacia Montevideo y allí empezamos a tomar contacto y a saber qué había sucedido con un poco más de detalle. Había aviadores de la Fuerza Aérea y también aviadores navales. Esperamos un buen tiempo para poder conversar con ellos y saber qué había pasado. Me enteré de que un primo hermano mío, marino retirado, había participado pero no en los bombardeos sino que con un grupo tomó radio Mitre. Por supuesto, transmitieron durante la mañana pero luego, cuando la intentona había fracasado, tuvieron que salir disparando. Obviamente también fue a parar al Uruguay y se vino para mi casa. De un día para otro, teníamos un pariente más en nuestro hogar, y una nueva boca que alimentar.

En mi casa habían parado muchos, ya que algunos no tenían con qué pagar una pensión. Alquilábamos en Carrasco en una propiedad muy grande. Algunos dormían en el garaje, un lugar chico como para un auto. Nuestro camión, única fuente de trabajo real, permanecía en la calle al aire libre. Varios pasaban la noche, comían con nosotros y después salían a buscar trabajo. Un par de compañeros de promoción también estaban cerca, porque trabajaban en el Carrasco Polo Club. Eran instructores de equitación y de polo, estaban cerca de casa pero tenían su sueldo.

Después de un tiempo pusieron en libertad a los aviadores. Se la pasaban dando vueltas por Montevideo y fue así que los pude conocer a casi todos. Uno de ellos había sido compañero de promoción mío. Habían salido de la provincia de Córdoba el 16 de junio del 55.

La crisis en Argentina ya era muy grande. Si bien el movimiento del 55 había fracasado, se veía demasiada efervescencia en la sociedad. La gente ya no se bancaba como antes algunas cosas que pasaban. Se veía que el régimen no daba para más y hasta el mismo Perón empezaba a dar señales de debilidad. Por lo pronto, convocó a la oposición a una especie de pacto o de trabajo en conjunto.

Realmente no me puedo quejar. Todos esos años que estuve en Uruguay la pasé bárbaro. Me hacía mucho bien la vida del campo y no estaba encerrado. Tenía muchísimo que hacer y lo que ganábamos era suficiente para sobrellevar la casa, criar a nuestros hijos y solventar cosas extras. Si hasta incluso mi esposa, cuando estuvimos en Montevideo, se puso a trabajar sin dejar de realizar todas las tareas domésticas que se requieren en una familia con tres hijos. Ella habla muy bien inglés, casi perfecto diría yo, porque fue educada por los mismos ingleses. Habla tan bien que una vez el embajador británico le preguntó de qué parte era. Ella nos ayudaba con su trabajo en una fábrica americana que se instaló en esos años en Uruguay. Era una fábrica de papel y de cartón de nombre Johnson.

Yo siempre pensaba que alguna vez iba a volver a la Argentina, pero lo veía como algo difícil de materializar en la medida en que Perón siguiera siendo el que era. Pensar en que algún día retornaría a mi país era una sensación que me deprimía y angustiaba.

Ya dije que me encontré con muchos políticos exiliados por culpa de Perón. Conocí a Silvano Santander, a Catáneo y a Américo Ghioldi, un socialista que fue el mejor político que yo conocí. Ghioldi tenía una visión crítica y justa a la vez, y era un tipo absolutamente honesto. Fue un luchador terrible e incansable dirigiendo el diario *La Vanguardia*. Recuerdo que nos solíamos reunir mucho con él, le gustaba venir a casa, era un tipo que se daba con todo el mundo, una persona admirable.

El tiempo pasaba y así llegamos más o menos a septiembre. Recuerdo que por la mañana comenzaron a llegar las noticias de que había una sublevación en la provincia de Córdoba. Las informaciones eran confusas porque los que escuchaban alguna radio de la Argentina decían que el problema había terminado y otros decían

que todavía continuaba. Ese día yo llegué por la tarde a Montevideo, en donde la información era un poco más completa: el problema aún continuaba; debilitado, pero el conflicto seguía.

Así pasamos horas y horas con mucha angustia. A la distancia esto es muy "fulero". Muchos de los exiliados que estábamos allí permanecíamos juntos sin querer abandonar el grupo hasta tener buenas noticias desde Argentina. También se supo que había habido una sublevación en Mendoza con el Ejército de los Andes, con lo cual se ampliaba mucho el conflicto. Fue en ese momento en que algunos se envalentonaron y decidieron pasar de nuevo a la Argentina para participar de la revuelta.

La cosa no era fácil. Pasar por el río era imposible. De pronto, a uno se le ocurrió pasar al Brasil a través de Rivera, y de allí ir a Uruguayana y de Uruguayana a Paso de los Libres. De a poco, casi sin darnos cuenta, nos fuimos reuniendo, hablando y discutiendo hasta que finalmente organizamos un viaje hasta Rivera. El objetivo era claro: queríamos ir al regimiento de Paso de los Libres para participar del levantamiento. Nos trasladamos en distintos autos, pero una vez que logramos llegar, nos agarraron a todos juntos y nos metieron presos. Tanto la policía como el servicio de información uruguayo sabían todo lo que ocurría mucho mejor que nosotros. Nos estaban esperando, nos agarraron y metieron a todos en cana. Era terrible, pero nos matamos de risa.

Recuerdo que éramos un grupo bastante numeroso, cerca de sesenta argentinos. La verdad es que nos apresaron con mucha amabilidad y nos tuvieron detenidos en el Batallón de Infantería que los uruguayos tienen allí en Rivera. Al día siguiente, el problema en Argentina seguía. Ahora se sabía que también la marina se había sublevado. Pasó otro día más y por la mañana, mientras caminábamos un poco por el cuartel, empezamos a sentir las campanas de las iglesias que no cesaban de sonar. Rivera es una ciudad mitad brasileña, Santana do Livramento, y mitad uruguaya, Rivera, dividida apenas por una calle.

Empezamos a sentir las campanas de las iglesias de Santana do Livramento y de pronto una algarabía fenomenal en las personas que transitaban las calles. Ellos tenían la noticia de que Perón había

renunciado. Es decir que los brasileros tampoco lo querían para nada.

Luego de eso nos pusieron en libertad y nos mandaron de vuelta para Montevideo. Ya cerca del veintipico de septiembre, en Río Santiago había habido un movimiento de la Marina. Dos barcos que trasladaban a los cadetes de la Escuela Naval y también a algunos del Liceo Naval, entraron al puerto de Montevideo trayendo algunos muertos. Se hizo un llamado a la población para que alojaran a los cadetes del Liceo porque eran muy chicos. Después, se hizo el entierro de los muertos, que serían cerca de quince o veinte. Entre las víctimas había algún que otro cadete, varios oficiales y el resto eran marineros.

No me olvidaré jamás de esa ceremonia. Los cadáveres fueron trasladados al cementerio de Montevideo con una caravana enorme donde el pueblo uruguayo, a modo de homenaje y con pesar, concurrió tirando flores y pronunciando oraciones de despedida por los militares fallecidos. El acto fue muy conmovedor porque se trataba de muertos que eran todos muy "chiquilines". Al finalizar todo y cuando aún latía fresco el dolor en el alma, se nos anunció la renuncia de Perón. Todos sabíamos que el general Lonardi, que estaba en la provincia de Córdoba, iba a trasladarse hasta Buenos Aires para hacerse cargo de la situación. También nos enteramos de que Perón se había alojado en una cañonera paraguaya y que estaba en el puerto de Buenos Aires.

El día 27 nos comunicaron que el crucero 9 de Julio venía a Montevideo para llevarnos de regreso a la patria. Los primeros que embarcaron fueron los heridos: a los muertos los habían enterrado pero a los heridos los tenían dispersos por distintos hospitales. Después nos llevaron a nosotros, los que estábamos desde antes, a casi todos sin excepción.

En el crucero me encontré con un viejo amigo que luego llegó a ser almirante. Se llamaba Pereyra Murrey y había sido compañero de promoción de mi primo. Gracias a él tuvimos la suerte de poder alojarnos en su propio camarote. Así, mi mujer, dos chicos y yo, pudimos llegar de manera más placentera a Buenos Aires.

Recuerdo que en el camino nos encontramos con la cañonera paraguaya en la que estaba Perón. La embarcación estaba quieta, anclada e inmóvil. De repente, viraron, comenzando a girar las torres con los cañones apuntando en dirección hacia donde estaba el mismísimo Perón. Nos alarmamos y nos matamos de risa a la vez. Se trataba de una broma y supusimos que se tienen que haber pegado un jabón tremendo.

Minutos más tarde, entramos al puerto, donde había una multitud de gente y entre ellos también estaban mis autoridades militares. Junto con nosotros entró una corbeta uruguaya que nos había acompañado durante todo el trayecto y en la cual venían algunos políticos argentinos que el gobierno uruguayo repatrió.

En cuanto desembarcamos fui a mi casa con mis padres. Vino gente de todas partes a saludarnos y nos contaron lo que ellos habían vivido en esos días. La ciudad se veía muy normal. Se habían realizado reuniones en la Plaza de Mayo y manifestaciones en distintos puntos de la Capital. Por ahora todo estaba tranquilo: tensa calma, como se dice hoy en día.

Luego de serenar nuestros impulsos nos encontramos con un problema que debíamos resolver: habíamos dejado todas nuestras pertenencias en el Uruguay. Decidí volver y que mi señora se quedara con los chicos en Buenos Aires. Regresé a Montevideo por lo menos a liquidar el tema de los camiones y el del alquiler de la casa en la que vivíamos. Rápidamente vendí los camiones a unos choferes que transportaban combustible y a la semana regresé a Buenos Aires junto a mi familia.

Finalmente, en el mes de octubre salió una ley de amnistía para todo el personal militar por lo que, de la noche a la mañana, quedé reincorporado al Ejército con el grado que nos hubiese correspondido alcanzar. Luego, las leyes de amnistía borraron el hecho y santo remedio. Fue como nunca haber hecho nada. No fue un indulto. El indulto es un perdón donde la pena queda suspendida pero lo demás sigue como antes. En cambio, la ley de amnistía borra todo. Es lo mismo que pasó con los guerrilleros. Cuando hicieron la amnistía salieron todos y ahora son diputados, gobernadores y poderosos funcionarios como si no hubiera pasado nada.

Abandonar la vida militar

Nos volvimos a encontrar pocas semanas después, a finales de julio de 2003. Llegué de sorpresa a la casa de los Suárez Mason. Venía planificando ese movimiento fuera de libreto con la intención de probar la espontaneidad del general. Pretendía capturar el detrás de escena de ese personaje que siempre estaba preparado a la hora de recibirme, en un horario pautado con rigurosidad, con un tema seleccionado y un relato que, por supuesto, ya tenía ensayado.

Además, caer de sopetón en su casa me parecía una buena aventura para contar. ¿De qué hablaría si no tenía su rutina ya pensada? ¿Cómo se comportaría? ¿Estaría cansado, preocupado, ansioso? Hacer uso del factor sorpresa y ver con qué me encontraba. Tal vez la conversación terminaba resultando más llana y franca.

Recuerdo que estaba en la radio cuando lo llamé por teléfono. Le hablé de fútbol para endulzarlo un poco. Por esos días la noticia deportiva se relacionaba con el debut del Kun Agüero, que días atrás se había convertido en el jugador de fútbol más joven en debutar en la Primera División de Argentina. El 5 de julio de 2003, día de su debut oficial, Agüero tenía apenas 15 años y 35 días. El pibe de Independiente había batido el récord y destronado al mismísimo Diego Maradona, que había hecho su debut el 20 de octubre de 1976, cuando le faltaban diez días para cumplir los 16 años.

—¿Qué opina de la nueva promesa del fútbol, que con su debut acaba de destronar a su mimado de Villa Fiorito?

Picó el anzuelo y, medio en broma y medio en serio, me contestó:

—Maradona nunca fue un mimado mío. Era un crack con dotes naturales. Venía mucho a mi casa porque era amigo de mi hijo. A mí

me debe muchos favores. Gracias a mí, Diego hizo una colimba de lujo…

Inmediatamente le propuse tomar el té y charlar un rato en su casa aprovechando que yo tenía un espacio de tres horas antes de volver a trabajar. El general aceptó sin ningún inconveniente y ahí mismo enfilé hacia Barrio Norte.

Al llegar, la puerta del edificio estaba abierta y apenas ingresé, me topé con Lita, que salía a las apuradas. Al verme se detuvo, me saludó con la mano y me dijo:

—¡Qué suerte que lo encuentro! Me enteré de que venía y aprovecho para escaparme. Necesito que entretenga al general un rato. En menos de dos horas yo ya estoy de regreso…

La situación era ideal. Tendría un buen tiempo para charlar a solas con Suárez Mason. Subí al sexto piso y golpeé la puerta con la mano, sin tocar el timbre. No hizo falta esperar. A diferencia de otras oportunidades, la puerta se abrió a los pocos segundos.

—Pase, Sammartino, lo estaba esperando… Recién se fue Lita, así que podemos charlar un rato en paz.

Caminé por el pasillo mientras el general se demoraba en la cocina haciendo ruido con la vajilla. Al llegar a la sala, me di cuenta de que mi estrategia había fracasado antes de comenzar. Suárez Mason me esperaba con un pilón de hojas escritas a mano. Las había dejado sobre el sillón que solía utilizar. Me senté, el general llegó haciendo equilibrio con la bandeja y comenzamos a charlar de bueyes perdidos. El tiempo, la humedad, Kirchner, Menem, Maradona y otra vez la cantinela de "ahora vienen por mí, me queda poco tiempo".

Se sirvió té, me sirvió café y comenzó a leer, una por una, todas las hojas que tenía preparadas. Si ingenuamente yo pretendí tomarlo por sorpresa, había resultado un fracaso. Autoritario como siempre, arrancó con el relato de su vida desde donde habíamos quedado la última vez que nos vimos...

* * *

A mí me costaba mucho volver a asumir la situación de ser y sentirme un militar profesional. Ya me había aburguesado, me había acostumbrado a los placeres que otorgaba la plenitud de la vida civil. Creo que jamás volví a tener una vida tan libre e independiente como la que tuve por aquellos años en Uruguay.

Recuerdo que mis primeros días fueron como recibir una "sopapo" de realismo. Me sentía incómodo, enjaulado y, en el fondo de mi ser, no quería saber nada de nada sobre la vida militar que comenzaba a llevar adelante de nuevo. Además era consciente de que eso que me pasaba, se agravaría en la Escuela de Guerra. No sabía si llegaría a tolerar semejante encierro. En el fondo de mi ser sentía la intención de no seguir la Escuela de Guerra.

De todos modos, los hechos no se dieron como yo esperaba. Un buen día, me llama un general y me dice: "¿Usted sabe que tiene el acceso a la Escuela de Guerra?".

Yo me sorprendí por la propuesta. Sonó autoritaria, imperativa. Fue más una orden que una sugerencia. Recuerdo que me paré de frente y muy cerca del general. Lo miré fijo y en un tono de miedo y rebeldía le contesté que aún no lo sabía. Me tomé el permiso y el atrevimiento de aclararle que aún estaba evaluando qué iba a ser de mi vida, ya que estaba considerando seriamente abandonar la vida militar.

El general se ofuscó por lo que acababa de decir y con notable furia me volvió a interrogar:

—¿Y usted ha resuelto que no va a ir?

—Aún no lo he resuelto… Lo estoy pensando.

Fue entonces que, con notable severidad, me respondió en un tono de reprimenda y sin dar lugar a objeciones de civilidad:

—Mire, muchacho… Ante la duda, ninguna duda. Si usted no lo decide, ahora mismo lo decido yo. Y entonces, yo resuelvo que usted va a ir. Así que ahora mismo se pone a laburar y se va inmediatamente a la Escuela de Guerra. Ya he dado indicaciones y he hablado personalmente con el mayor López Aufranc que lo está esperando…

Y así fue, así ocurrió. No me quedó otra alternativa que ir a la Escuela de Guerra a pesar de mi propia voluntad. De no haber sido

así, nunca hubiera llegado a ser general de la Nación y a desempeñar las supremas tareas que realicé mientras estuvimos a cargo del país.

Hacer la Escuela de Guerra fue para mí un esfuerzo terrible. Realmente no quería saber nada con la nueva vida militar que me esperaba. Mi ánimo se hallaba ya muy lejos de todo eso y en la cabeza solo tenía presente lo que había vivido en los últimos años en el Uruguay.

Recordaba que en la otra orilla me había abierto camino trabajando con esfuerzo. Laburaba recorriendo todo el país. Disfrutaba del ir y venir por las rutas, estar libre y sentirme plenamente feliz. Mientras tanto, en la Escuela de Guerra me ocurría todo lo contrario. Sentía que me habían vuelto a encerrar; no quería estar en el lugar en que me hallaba. La pasé mal, sabía que era mi obligación quedarme si realmente quería recomponer mi vida, pero realmente la pasé mal. Gracias a Dios, la fe y el empeño en darle para adelante me ayudaron a pasar el mal trago.

Ya estaba de vuelta en Buenos Aires junto a mi familia y debía recomponer rápidamente mi situación. De buenas a primeras empecé un curso que duró tres años completos y que significó una eternidad para el estado emocional en el que me hallaba. Hice toda la Escuela de Guerra junto a los camaradas que habían sufrido el exilio conmigo en Uruguay.

¡Cómo son las cosas del destino! Esa camada de militares egresados en esas circunstancias terminó siendo una generación de oficiales bastante brava. Todos muy capaces, excelentes profesionalmente hablando, con aptitudes militares óptimas, pero con un carácter y una personalidad inquebrantables. Militares duros, de respeto al código y al honor, y ajenos a cualquier tipo de consideración sensiblera. Respetaban la ley y la hacían respetar.

Además de nosotros, en segundo y tercer año había otros oficiales reincorporados que habían sido expulsados durante los distintos movimientos del año 52. Creo que el saldo de aquella época fue que después de esos "tiempos duros", se imponía la necesidad de comenzar a formar militares más duros.

Había mucha inseguridad dentro del Ejército. Muchos bandos distintos. Se había quebrado la lealtad y el perfume a traición merodeaba por todas las unidades. Nadie confiaba en nadie. Eran constantes los movimientos en contra del gobierno, pero rápidamente eran sofocados. El malestar en la fuerza era generalizado. Y los intentos de sublevación se pagaban caros. Hubo fusilamientos y persecuciones: estábamos bajo sospecha.

Esa época fue "una mierda" para el Ejército. Muchos oficiales y suboficiales fueron dados de baja, perseguidos, encarcelados, deportados; muchos también fueron asesinados. Yo tuve un amigo que a pesar de haber salvado su vida la pasó muy mal. Traía una carrera brillante, era capaz e inteligente, pero se le cruzó a Perón, que decidió cagarle la vida. Gracias a Dios solo lo jodió en su carrera militar. Jamás dejó de ser un buen hombre y un amigo fiel. Los argentinos lo recordarán por su labor en el ambiente del fútbol. Me refiero a mi gran amigo, Próspero Cónsoli, que llegó a ser el presidente de Argentinos Juniors, el club de mis amores.

Así se vivía por aquellos días. Pese a mi disconformismo y a las crisis institucionales que afrontaba el país, llegué "a duras penas" hasta el tercer y último año. Obtuve el diploma de oficial de Estado Mayor creo que con el orden de mérito número trece o catorce entre los cincuenta que habíamos participado de la cursada. Mi desempeño no fue excelente pero tampoco había resultado tan malo. Simplemente sobreviví y pasé. Recién allí tomé verdadera conciencia de que, ahora sí, podía llegar a ser general de la Nación. La cuestión me sorprendió. Hasta allí venía haciendo mi carrera con malhumor y fastidio, como una obligación de vida que no sabía resolver.

Haber tomado conciencia de que en mi futuro existía la posibilidad de llegar "al generalato" me entusiasmó y me ordenó la vida. De repente sentí el compromiso profesional y la meta personal que tanto me faltaban. Todo cobraba valor. Mis expectativas habían cambiado repentinamente y volvía a sentir el orgullo de llevar el verde oliva en la piel.

De a poco y sin mayores sobresaltos llegué hasta fines del año 58. Ese mismo año hubo elecciones nacionales y las ganó mi gran

amigo Arturo Frondizi. Recuerdo que por ese entonces se había separado, había dividido el radicalismo y tenía el apoyo del general Perón. Lamentablemente, se había levantado mucho fastidio en la población. Jamás se le perdonó el hecho de que esta nueva fuerza se aliara con el peronismo.

Frondizi llegó a ser un gran amigo. Le debo respeto y admiración por todo lo que hizo por mí. Fue quien me ayudó en los momentos duros y personalmente se encargó de hacer pasar al Uruguay a mi esposa cuando me hallaba exiliado. A ese buen hombre le di toda mi consideración y respeto a pesar de no coincidir mucho con su pensamiento.

Si bien yo con él tenía una relación de amistad, no me gustaba para nada su tinte político. No nos poníamos de acuerdo en nada y discutíamos bastante. De todos modos, era un tipo bárbaro, una persona de bien y un hombre honorable. Por desgracia, en el Ejército provocó grandes divisiones y muchos problemas y disgustos. Sinceramente yo creo que los dirigentes políticos de esa época fracasaron en el intento de entender el "sentir" de los militares.

A Frondizi le cuestionaba severamente que le permitiera al general y a toda su gente volver otra vez. Para que se pueda entender y sabiendo que hago una comparación grosera, aunque cercana en el tiempo, lo que ocurrió en aquella época es como lo que está ocurriendo ahora en la Argentina. Luego de lo hecho por el Proceso en la década de los años 70 y luego de haber ganado una guerra aniquilando a la subversión, ahora —que ya han pasado unos cuantos años— los militares somos los "malos", responsables de atrocidades, mientras que los subversivos regresan para ocupar cargos y funciones de poder en el gobierno nacional. Yo ya no comprendo nada, este país está hecho al revés. La historia es cíclica y los hechos se repiten. Los enemigos llegan al poder y los héroes son denigrados.

Este país se merece lo que tiene. Es un fracaso, y lo peor es su gente, esa es la verdad.

Terminada la Escuela de Guerra fui a parar a la secretaría del Estado Mayor. Allí estuve hasta el mes de agosto del año 59. La vida ahí dentro fue un infierno porque había eternos conflictos entre los

jefes. El subsecretario era el coronel Raimúndez, al que después llamaron "Dragón verde". Era una persona maravillosa; yo lo conocía porque habíamos estado en el levantamiento del 51 y porque además él era de Caballería. Lamentablemente, tenía mucha contra ahí adentro, así que mi estadía allí fue más bien un sufrimiento.

Dentro del Ejército, como siempre ha ocurrido, había distintos movimientos, y un sector no paró hasta echar a Raimúndez del Estado Mayor. Obviamente la medida me embromó bastante, porque de inmediato me asignaron un nuevo destino en la provincia de Mendoza. Estábamos en una época del año en que ni mi señora y tampoco los chicos se podían mover de Buenos Aires, así que me fui solo. Gracias a Dios trabajé en el Comando de Logística y me reencontré con buenas amistades de la fuerza. Además, ya era una ciudad espectacular. Estaba solo pero la pasaba bien, tenía mucho trabajo y había logrado distanciarme de Buenos Aires.

Llegó el mes de diciembre y se anunció la visita del ministro de Guerra, que por entonces era el general Larche. Era uno de los militares que también había participado en el movimiento del 51. Había estado preso como yo, pero no lo conocía personalmente.

Yo no participé en las reuniones que hubo con el ministro, aunque éramos parte del Estado Mayor de la brigada. En una de esas noches en que Larche nos visitaba, yo me lo cruzo en el ascensor cuando estaba yendo al casino de oficiales. Al abrir la puerta me lo encuentro y me dice sin ningún tipo de preámbulos: "A usted lo acabo de nombrar segundo jefe del Regimiento 6 de Caballería".

Me quedé impactado, no supe cómo reaccionar. Le agradecí y fui inmediatamente a mi habitación a reflexionar sobre lo que esto significaba. Me estaban dando una jefatura y eso era algo bueno para mi carrera. El regimiento quedaba en Concordia y había que mudarse nuevamente. Las felicitaciones de todo el mundo no se hicieron esperar. Larche en persona se encargó de desparramar la noticia, porque acababa de hacer los nombramientos de todos los jefes.

Yo estaba bárbaro. Mi carrera profesional y mi futuro habían resucitado mágicamente. Jamás pensé que luego de Uruguay eso

podría llegar a pasar. En pocos años mi foja de servicios se había limpiado, ya era jefe de un regimiento y tenía asegurada mi llegada al cargo de general. No podía pretender mucho más: yo y mi familia estábamos en plenitud.

Lo que pasó después fue muy gracioso. Luego de dos días, vino el boletín y resultó ser que mi destino no era el regimiento 6 sino el 9. Se trataba de mi viejo regimiento de Curuzú Cuatiá, que entonces había pasado a Mercedes, en la provincia de Corrientes. Mercedes es un pueblo ganadero, igual que Curuzú Cuatiá pero más chico. Yo ya había estado en Corrientes, conocía ese viejo regimiento y tan mal no me vino porque al lado de Concordia eso era como ir al África. De Mendoza, me fui a presentar al regimiento. El jefe que había sido nombrado unos meses antes era el teniente coronel Tiscornia. En Mercedes había un barrio militar en el que cada uno tenía su casa, así que pude llevar a mi señora y a los chicos.

Comenzaban los años 60 y fue una época muy buena, porque llevábamos una vida casi de campo. El barrio militar estaba en las afueras. Éramos una especie de gran familia, todos nos conocíamos y estaba lleno de chiquilines, como siempre pasa con los militares.

En el segundo año nos impusieron una protección de frontera en el norte, en el límite con Paraguay. En ese país por entonces había guerrilla, así que se había establecido un control que se llamaba "protección de frontera". A mi regimiento le asignaron una zona que iba entre Itaimbé, que es el arroyo que divide Misiones de Corrientes, e Itá Ibaté, que es un pueblo que está entre Corrientes y Posadas, a unos 150 kilómetros más o menos.

Por supuesto, no iba a trasladar a todo el regimiento para la misión, solo íbamos a dejar un escuadrón reforzado. Debíamos establecer los distintos puestos, organizar la zona y mantener la vigilancia. El puesto principal se instaló en Ituzaingó, que por entonces era una especie de ranchería, no lo que es hoy. No existía la represa que hay ahora y era todo mucho más precario. Era un pueblo típico correntino. El patrullaje de la zona era extenuante. Había muchos kilómetros por controlar y existía el temor de que los guerrilleros decidieran cruzar a la Argentina. En Paraguay la situación era difícil. Había una guerrilla que comandó al que

llamaban "Comandante Rotela", que tenía mucha gente que lo seguía.

A raíz de que Paraguay posee un territorio muy inhóspito, resultaba complicado para las autoridades del país combatir a la guerrilla. De todos modos, lograron detectarla y la liquidaron sin ninguna consideración. Los testigos dijeron que los exterminaron como a las ratas. Durante varios días vimos cómo desfilaban por el río cadáveres de guerrilleros asesinados por las fuerzas del gobierno. En Paraguay no andaban con bromas, a la guerrilla la liquidaron violentamente. Fue una guerra de guerrillas en pleno monte.

Aunque las cosas parecían normalizadas en el vecino país, igual seguimos patrullando la zona hasta fines de 1961. Recuerdo que estábamos muy cerca de las islas Apipé a las que solía ir muy seguido a pescar el general Alfredo Stroessner. Llegaba con un avión y toda una guardia especial que lo protegía. Un día, un capitán de apellido Dri, que estaba a cargo de la sección de Ituzaingó, salió a pescar y se encontró con unos militares en una lancha paraguaya que lo invitaron a que los acompañara. El capitán obedeció, y se encontró con el mismísimo Stroessner. Dri no sabía para dónde disparar, lo llevaron allí para que escuchase los reclamos que Stroessner le tenía que hacer: "Bueno, es una barbaridad que ustedes estén apoyando en contra nuestra". A lo que el pobre y atemorizado capitán le respondió: "Pero eso no es así, mi General…".

Stroessner, con impaciencia, le respondió levantando la voz: "No me diga que no. Acaso usted no lo sabe o se me hace el ignorante. Yo sé que ustedes los argentinos me están pateando en contra. Yo tengo los números de todos los fusiles que han pasado de la orilla argentina a la paraguaya. Así que vaya y diga a sus jefes que yo ya me he dado cuenta". Así de complicados estuvieron aquellos días a pesar de que nunca pasó nada grave.

Yo lo conocí personalmente a Stroessner. Era una persona muy especial, los oficiales paraguayos lo adoraban. Para ellos era como una especie de dios viviente. No era solo el presidente sino un hombre con todas las dotes y carisma de un auténtico líder.

A fines del año 1961 me sale el pase de cambio de destino y nuevamente me asignan un puesto en el Estado Mayor Conjunto del

Ejército. Lamenté muchísimo mi regreso a Buenos Aires, sabía que mi retorno a la gran ciudad me traería nuevos problemas. Acababa de ascender al grado de teniente coronel.

* * *

De pronto Suárez Mason detuvo su relato y, fastidioso, se puso a reacomodar las hojas que le faltaban leer. Me pidió gentilmente que le sirviera un poco más de té, mientras por lo bajo rumiaba sus sospechas: suponía que su esposa había estado espiando los escritos. De pronto, cuando estaba a punto de continuar, sonó el teléfono de la casa. "La puta madre", insultó al aire, tirando las hojas sobre la mesa. Me ofrecí a atender la llamada, y hasta amagué con levantarme de mi asiento, pero el general me lo impidió. Con visible dificultad se puso de pie y caminó esos pocos pasos. El enfado se le fue de inmediato.

Luego supe que lo había llamado un amigo, el empresario Emilio Asad, otro fanático empedernido de Argentinos Juniors, club del que había sido candidato a presidente, sin fortuna, en el año 1996. Hablaron un largo rato y parecía que se desahogaban mutuamente: "Por culpa de estos jugadores no ascendimos", "El club se llenó de zurdos y maricones", "Segura me traicionó". Luego hablaron de promesas incumplidas, de negocios y deudas millonarias. Cada tanto Suárez Mason se daba media vuelta y con la palma de la mano me hacía un gesto para que le tuviera paciencia. Mientras tanto, yo escuchaba tratando de pescar alguna cuestión interesante. Hablaron mucho de Luis Segura, extrañaron a Próspero Cónsoli y mencionaron a Néstor Ortigoza, Leonardo Pisculichi, Lucas Biglia y Ricardo Gareca. En un momento, Suárez Mason disparó una frase lapidaria y la escribí tal cual: "En su mundo, las reglas lo protegen. En el mío, si creo que es culpable, ejecuto la sentencia". Me llamó mucho la atención pero nunca tuve la menor idea de a quién se estaba refiriendo.

Habían pasado cerca de veinte minutos de conversación cuando comenzaron a despedirse. Aparentemente quedaron en encontrarse

el fin de semana y el general respondió que lo vería en la quinta. Justo ahí, Suárez Mason me dirigió la mirada y advirtió que yo estaba escuchando. Al instante, con la clara intención de impedir que su interlocutor escuchara, apretó el teléfono contra el pecho y por primera vez me dijo: "Si lo contás, te mato".

Luego se puso de espaldas. Una vez que cortó la comunicación, caminó de regreso y en silencio los pasos que lo separaban de su sillón, y al sentarse me explicó: "A veces, durante el fin de semana, los muchachos de gendarmería que me custodian me dejan escapar unas horas para que me distraiga con mis amigos".

Me quedé callado. No pretendía que me explicara cómo hacía para violar su prisión domiciliaria, pero sí esperaba que por lo menos se disculpara. No ocurrió. Disimulé intentando tomar un poco de café, que ya estaba helado. Enseguida se escuchó el ruido de la llave en la puerta: la esposa del general regresaba antes de lo previsto. Mientras tanto, por la ventana que daba al patio interior de la casa, se empezaban a escuchar las primeras gotas de un chaparrón repentino. La sala se ponía en penumbras. De pronto Suárez Mason interrumpió el silencio y me dijo: "Hasta acá llegamos por hoy. Creo que es lo mejor por ahora". Enseguida se puso de pie y me saludó con un apretón de manos. Le dije que lo llamaría en unos días y me retiré sin que nadie me acompañara. Antes de salir, al abrir la puerta saludé al pasar a Lita creyendo que estaba en la cocina. Ella no me respondió o tal vez no me escuchó porque, a diferencia de otras veces, la radio estaba encendida a todo volumen. Al retirarme, de fondo pude escuchar que el periodista Chiche Gelblung hacía referencia a que el flamante presidente Néstor Kirchner impulsaría la nulidad de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final que por entonces impedían el juzgamiento de los responsables de los delitos de lesa humanidad.

Me fui de la casa de los Suárez Mason algo preocupado por la amenaza recibida. No me la había tomado del todo en serio, pero sí me había inquietado. De alguna manera, el dardo había sido lanzado y eso era muestra de que la bestia comenzaba a sentirse amenazada.

Pizza con fainá

A mediados de agosto de 2003 repetí la estrategia de llamar a las apuradas con la excusa de pasar a verlo unos minutos. Fue un día en el que, casualmente, me encontraba cerca de su casa grabando un documental con una señora muy grande que había asesinado a su marido con tres puñaladas en el pecho. El hombre estaba enfermo y ella, para calmar sus dolores, había decidido darle muerte "para que no sufriera", acuchillándolo en la cama que ambos compartían. Había sido condenada a cadena perpetua pero, en virtud de que tenía más de setenta años, gozaba de los beneficios de la prisión domiciliaria.

Desafortunadamente, la grabación se complicó más de lo previsto y tuve que llamar en dos oportunidades para avisar que estaba demorado. En mi última comunicación, medio en broma y medio en serio, Suárez Mason me dijo que no me preocupara y que me esperaba a la hora que fuese. Llegué a su casa casi de noche. Era invierno pero no hacía frío. La tarde había sido hermosa. Pensé en desistir de la visita, pero ya no podía.

Sabiendo que el horario era inoportuno para que un extraño se presentase en una casa de familia, toqué el portero eléctrico y con incomodidad aguardé el desenlace de los hechos.

—¿Sammartino es usted? —preguntó Lita—. El general dice que le gustaría comer pizza con fainá. Le sugiere que vaya hasta la pizzería Güerrín. También dice que no se preocupe, que lo sigue esperando sea la hora que sea.

Inmediatamente después de escuchar las indicaciones, me reí hacia adentro y mansamente enfilé hacia la avenida Corrientes. Aunque insólito, el pedido no me había sorprendido. Si algo había aprendido del vínculo que manteníamos era que el interés mandaba.

El general me hacía caminar casi diez cuadras con el innegable propósito de cumplir con la sanción que me había impuesto por haber demorado excesivamente mi visita.

Cansado y hambriento, tardé casi cuarenta minutos en regresar. Llegué con una grande de calabresa, otra grande de jamón y morrones y abundante fainá. Más relajado que nunca y con el mejor de los humores, Suárez Mason aguardaba sentado en su sillón.

Arrancamos a comer y al principio solo hablamos de bueyes perdidos. Un poco de fútbol, Néstor Kirchner y su política de derechos humanos y por qué yo había decidido estudiar cine. "¿Qué tiene de relevante hacer un documental con una vieja loca que mató a su marido?", me preguntó asombrado por la historia que le había contado. Yo le di mis razones pero sus dudas seguían. "¿Usted no tiene nada que hacer en su vida?", insistió, más provocador y agresivo. Se lo notaba relajado y estaba obsesionado por mostrarse sincero. No se controlaba en lo más mínimo. En un arrebato por esquivar el tema y salir de su presión, se me ocurrió referirle el comentario que me había hecho un compañero de estudio cuando le comenté que me tenía que reunir con él: "¿Es el milico que condenaron por antisemita y que se parece a Pablo Neruda?".

El general primero se asombró por lo que le dije, pero luego se echó a reír a carcajadas. Recostado sobre el respaldo del sillón repetía a los gritos para que su esposa lo escuchara:

—Yo soy Pablo Neruda. ¡Jaaaaaa! Me parezco a Pablo Neruda…

Lita no tardó en llegar pero no entendía lo que pasaba. Su esposo gritaba y mi cara de perplejidad no ayudaba nada. Suárez Mason continuaba desaforado diciendo:

—Maldito parecido si en algo me asemejo con ese viejo comunista…

Luego de la locura se calmó por un instante y, aprovechando que estaba su mujer delante, le preguntó de la nada y sin ninguna explicación:

—¿Vos me ves parecido a Pablo Neruda?

Ella se sorprendió primero por la ocurrencia y luego sinceramente se fascinó al considerar el parecido: "Uh, sí. Es cierto. ¡Sos como Pablo Neruda!", y se echó también a reír. Luego de unos minutos los

dos se relajaron. Lita ofreció de postre un poco de flan casero y el general fue directo al grano y me dijo:

—Hoy no tengo nada preparado… ¿De qué le gustaría conversar un rato?

Sorprendido por el inesperado convite, le propuse hablar sobre la fuga, cuando no aceptó ser juzgado por el Juicio a las Juntas y se fue del país. Ahí no más, solito y con ganas, se largó a confesar lo que tenía guardado.

* * *

En el 84 decidí fugarme porque yo no quería ser el pato de la boda. Nadie tenía el derecho a acusarme de nada. La guerra se había ganado y los malos ya estaban muertos o escondidos en el exterior. No había nada que juzgar.

Había que tener los huevos bien puestos para hacer lo que hicimos.

Recuerdo que lo conversé con mi mujer y mis hijos y después mandé al diablo todas las citaciones judiciales. ¡Al carajo con todo! ¡Se van todos a la puta que los parió! ¡Quién mierda se creen que son para faltarme así el respeto! ¡¿Y los jefes dónde están?!

Reclamé a cuanto colega de milicia pude ubicar. Fueron horas muy jodidas. Algunos se escondieron, otros se borraron antes de tiempo y otros tantos comenzaron a transar con los políticos de la nueva escena democrática.

Obviamente, zafar en esas circunstancias resultaba muy fácil. Solo había que buchonear un poco, contar todo lo que se sabía y mandar al frente a dos o tres que yo odiara. Con eso me aseguraba pasarla bien y que mi familia no se jodiera de por vida.

De esa manera, automáticamente, pasaba a ser un militar de la democracia. Era como ir al confesionario y hablar con un cura: de pronto todos mis pecados eran olvidados y perdonados. Yo era absuelto y ganaba una vida nueva pero esta vez en democracia.

Recuerdo que pensé mucho en mis superiores. ¿Adónde mierda se metieron que nunca los encontré?

Como la causa estaba perdida, finalmente tomé la decisión y me mandé a mudar. Me fugué a los Estados Unidos. No iba a soportar la humillación de desfilar ante los tribunales de la justicia civil que pretendían juzgarme. No eran tribunales militares. Eran civiles que nada entendían del estado de guerra en que se vivió. Nosotros salvamos la patria y nos juzgaron como asesinos.

Antes de irme le dije a mis subalternos que usaran mi ausencia para descargar las cosas que quisieran. Algunos se fueron de boca, pero la mayoría no lo usó abusivamente.

El exilio no fue muy largo. Tres años más tarde fui detenido por Interpol y en 1988 me trajeron de regreso a la Argentina para ser juzgado. Me acusaron de exceder los límites de todos los derechos humanos... ¿De qué derechos humanos me están hablando? ¿Se refieren a los derechos humanos de jóvenes terroristas trasnochados e ilusionados por una ideología comunista de moda promocionada por imberbes líderes de cartón que ante los primeros disparos huyeron asustados?

Esos pendejos de mierda que hoy llaman desaparecidos jamás supieron lo que estaban haciendo. Ni siquiera se los podía tratar con los códigos de guerra de un enemigo convencional. Eran nenes de mamá que jugaban a los soldaditos con balas de verdad.

En 1990 parecía que la historia se lograba recomponer y se volvía a ubicar de nuestro lado. Justo el Día de los Santos Inocentes Carlos Menem decidió indultarme. No se imaginan la alegría que sentí en ese momento. Siempre sospeché que Menem me indultó como gesto de devolución de favores. Hubo un hecho que nadie conoce que ocurrió durante la guerra contra la subversión. Menem sabe que gracias a mí está vivo.

Recuerdo que un día me lo trajeron detenido y venía llorando. Fue una lástima: justo ese día yo no estaba, y menos mal que fue así. Lo atendió mi segundo jefe y lo mandó de inmediato arrestado a Tandil. Allí podría moverse por el pueblo, pero tenía prohibido irse del lugar.

Menem zafó de mí porque ese día yo no estaba. Él sabe muy bien que si hubiera caído en mis manos hoy no lo contaba.

El Turco era uno de los políticos que más me molestaba en esos tiempos. Yo lo odiaba y deseaba ponerle las manos encima. Conmigo hubiera sufrido un poco. Quizás nos hubiéramos ahorrado semejante desastre que nos hizo después. Pero, bueno, gracias a la casualidad logró zafar. Siempre fue un hombre de suerte ese riojano.

* * *

Suárez Mason no paraba de hablar. Terminaba con un tema e inmediatamente se enganchaba con otro. Se lo notaba descuidado y desinhibido. No le ponía reparo a nada y fue así como aproveché a preguntar todo lo que podía.

—¿Por qué dicen que usted fue un duro?

—Sammartino, si usted no mata, lo matan. De eso se trata. ¿Entiende? Yo fui un general de "la época dura de la dictadura militar", como les gusta decir a los zurdos. Todo un duro, sí. Eso está claro. No me preocupa ni me arrepiento de nada. Hay que ser bien macho, un duro de verdad, para hacer lo más feo que se puede hacer en vida. Matar a un ser humano no es para cualquiera… ¿De qué creen que se trata una guerra? Precisamente de eso. Estamos hablando de matar a una persona. Y si como yo, son jefes, peor aún: se trata de mandar a otros a que maten a otros. Yo fui partícipe de todo lo que se hizo durante ese período. No tengo nada de qué arrepentirme. Estoy orgulloso de haber salvado a mi patria. Tampoco tengo miedo, mi conciencia está tranquila. Pueden hablar y acusarme de lo que quieran, pero yo cumplí con mi deber de soldado. Por eso decidí escaparme… La llegada de la democracia fue nefasta para nosotros los militares. Los héroes victoriosos de la guerra contra la subversión fuimos acusados de crímenes y vejámenes en lugar de recibir nuestras condecoraciones. ¿Acaso no se sabe lo que ocurre en una guerra? Si uno no dispara primero, el que está enfrente lo mata sin dudarlo. Y Alfonsín nos traicionó, nos llevó al banquillo de los acusados. El Juicio a las Juntas fue una fantochada. Fue hecho para los medios de comunicación y toda la gilada del pueblo argentino. Allí nadie juzgó a nadie, desde el

comienzo estuvimos sentenciados. Por eso me fui. Acá no tenía nada que hacer. No me quise prestar al nuevo divertimento democrático. A nosotros la democracia nos cagó. Nos usaron montando un show mediático para echar la culpa de lo sucedido a los primeros que tenían a mano. Este país se merece todo lo que le pasó. Los argentinos no son dignos de las Fuerzas Armadas que tuvieron.

Poco a poco Suárez Mason se fue apagando. Aparecieron los silencios y desaceleró el ritmo de sus palabras. Los recuerdos parecían afectarlo y el día había sido extremadamente largo. Apenas terminamos con el postre, Lita apareció para echarme:

—Ya se hizo demasiado tarde. Otro día continúan con lo que estaban hablando…

Me puse de pie y saludé al general, que ya estaba muerto de sueño. Su esposa me acompañó hasta la puerta y en menos de dos minutos ya estaba en la vereda anotando mis últimos comentarios del encuentro. Esta vez todo había resultado distinto. Suárez Mason continuaba mostrándose tal cual era. Sin ningún tipo de remordimientos.

Si no mata al caníbal, usted será su almuerzo

Nos volvimos a reunir a comienzos de septiembre del 2003. Suárez Mason estaba insoportable. Lo llamé el día anterior para programar la visita. Él quería que lo fuera a ver cuanto antes, apenas pudiera. Por teléfono, advertí que algo lo atormentaba. Ya no era el mismo hombre con el que comía pizza y se burlaba de su parecido con Pablo Neruda.

Llegué, como siempre, a las cinco de la tarde. Lita me abrió la puerta y se recluyó en su habitación. Su comportamiento no era el habitual, y apenas si me saludó. No hubo ninguna de sus ironías contra la prensa: creo que ella odiaba más a los periodistas que su esposo.

Todo era oscuridad, los muebles estaban fuera de lugar y algunos almohadones tirados en el suelo. Un fuerte olor a humedad invadía el ambiente. La pulcritud de otras tardes había quedado lejos. La cocina estaba cerrada y no había nada preparado para la merienda. El gato negro deambulaba aburrido de un lado a otro.

El general me esperaba sentado en el sillón de siempre. Tenía puesto un pijama. Era la primera vez que lo veía con un vaso de whisky semivacío en la mano. Ni siquiera saludó cuando me senté frente a él. No supe reaccionar ante este cuadro. No quise empeorar la situación. Simplemente me dispuse a escuchar y observar.

El presidente Néstor Kirchner acababa de declarar la nulidad de las llamadas leyes del perdón o de la impunidad. Con ánimo de posicionarse en el terreno de la defensa de los derechos humanos, el nuevo presidente había consumado un golpe de efecto fenomenal al promulgar la Ley 25.779 que declaraba la invalidez de las leyes de

Punto Final y de Obediencia Debida. El futuro de Suárez Mason pendía de un hilo. Estaba acorralado.

—Era cuestión de tiempo.

Lo que salió de su garganta fue un susurro espectral, grave pero con muy bajo volumen.

—Van a hacer cualquier cosa por mandarme a la cárcel y matarme.

Había empezado a hablar apenas me vio sentado delante suyo. Pero después de esas dos frases breves se levantó del sillón y se fue despacio, arrastrando los pies, hacia el interior del departamento. Tambaleaba a cada paso. Con las manos tanteaba los muebles para no tropezar con nada. Lo vi entrar al baño y encender la luz. Se quedó allí un largo rato.

Repasé mentalmente una historia que pensaba confrontar con Suárez Mason, aunque luego, por más de un motivo, desistiría de hacerlo. Buceando en los archivos de diarios en la Biblioteca Nacional había descubierto que acababa de cumplirse un aniversario de la muerte de Horacio Agulla, acribillado el 28 agosto de 1978. Era el padre de Ramiro Agulla, el famoso publicista autor de la campaña que catapultó a Fernando de la Rúa a la presidencia de la Nación. Muchos años después, Ramiro contó que su padre fue asesinado por la dictadura. Siempre sospechó de Suárez Mason:

> Mi viejo era un tipo muy especial, con mucho humor. Abogado, dirigente, también se había hecho periodista. Tenía la revista *Confirmado* y trataba de buscar data con colegas vinculados al poder, políticos, militares, subversivos. El viejo era muy derecho y sugería que había que dar una salida democrática rápida. Siempre estaba en comidas, muchas se hacían en mi casa. Y una vez el humor lo condenó. En una ocasión estaban Neustadt, Grondona y Suárez Mason. A mí me interesaba, siempre estaba a su lado y los conocía a todos. Mis hermanos eran diez años más grandes que yo, pero no tenían idea. La cosa es que esa noche, cuando llegó este general, se cortó la luz. Me acuerdo de que mi papá dijo "mala tos tiene el gato", frase que me quedó grabada. Cuando el tipo se fue, todos empezaron piripipí y piripipí. Y mi viejo, fiel a su estilo, dijo: "Muchachos, acabamos de comer con un asesino". De pronto tocaron el timbre. Era Suárez Mason que se había olvidado el arma. Mi madre contó que subió con otra cara. No sabían si había escuchado. Pero ella sintió escalofríos.

> Cuando mataron a papá estaba solo con mi madre, Angelita. Siempre nos amenazaban y era yo el que atendía el teléfono. Pero ese día sonó el portero eléctrico y ella me dijo que la acompañe a la comisaría, que parecía que papá había tenido un accidente. Fuimos caminando a la 17 de Recoleta. Mientras mi madre hablaba con el comisario, yo estaba afuera contando los mosaicos del patio entero. Es el día de hoy que los puedo describir uno por uno. Esperaba con la esperanza de que estuviera detenido, pero no. Al rato salió mamá y dijo que lo habían matado. Enseguida adoptamos eso de que, a partir de ese instante, debíamos ser fuertes. No tenía sentido exiliarse porque el asunto ya estaba. Ellos se podrían haber ido antes; lo sigo cuestionando. Muchas veces digo: te dejaste matar, pelotudo. Es algo que psicológicamente trato de esquivar, pero vuelve.

Esto lo contó Ramiro Agulla en una entrevista publicada por el diario *La Nación* el 11 de febrero de 2023. Ampliando detalles y con algunos matices, aunque en la misma sintonía, en julio de 2021 Juan Cruz Taborda Varela publicaba lo siguiente en cba24n.com.ar:

> En plena dictadura, el cordobés Horacio Agulla, padre del publicista, formaba parte de los periodistas amigos del poder. Nada malo podía pasarle en el festival de la muerte. El problema fue el humor, que casi siempre salva, pero no en festivales de la muerte.
> En agosto de 1978, siete periodistas cercanos al poder de facto se juntaron a almorzar en el piso de Bernardo Neustadt, el vocero favorito de los uniformados. No hay detalles de la charla ni del menú y mucho menos de los vinos con los que brindaron. Sí se sabe que entre los que brindaron no solo había periodistas: el general Suárez Mason, Pajarito, también festejaba algo con sus periodistas favoritos. No hay más memoria de aquella comida. Tan solo que a la hora de la despedida, el palier lleno de humo de tabaco fue el espacio de las últimas conversaciones mientras se esperaba el ascensor.
> El primero en irse fue el militar. Apenas la máquina comenzó a bajar, Horacio Agulla comenzó a burlarse del hombre de gorra. Mientras el resto le festejaba las ocurrencias, Agulla imitaba el tono marcial y circunspecto de Suárez Mason. Después de dos horas de conversación seria y aburrida, ahora las risas los desbordaban por las ocurrencias del cordobés.
> Mientras las carcajadas seguían, el ascensor retornó al piso de Neustadt, pero no estaba vacío: el propio Suárez Mason volvía a buscar el arma olvidada en el departamento. El silencio fue total y la cara del militar ya no tenía la fraternidad del almuerzo. Las burlas habían viajado por el hueco del ascensor hasta los oídos del hombre ofendido.

Tres días después de aquel almuerzo, el 28 de agosto de 1978 y mientras Agulla planeaba convertir en candidato a presidente a Martínez de Hoz, un desconocido le descerrajó uno, dos, tres, cuatro, cinco disparos. Horacio Agulla, el cordobés del partido demócrata, el padre de Ramiro, el publicista de Menem, De la Rúa y Manes, se sumó a la lista de asesinados de la dictadura que también mataba a sus amigos. Desde entonces, nadie más quiso almorzar con Suárez Mason.

Escuché un ruido y miré a mis espaldas. En el pasillo no había nadie y la luz del baño estaba apagada. Al girar de nuevo la cabeza Lita dejaba una bandeja sobre la mesa colmada de palmeritas, budín de chocolate, café y té.

—No lo quise despertar. Ahora vuelve el general. Lo reté un poco y lo mandé a que se vistiera más presentable.

Me había quedado dormido esperando. De a poco la casa retomaba el ritmo habitual. La esposa de Suárez Mason merodeaba por los rincones, algunas luces se encendieron y la ventana que daba al patio interior se abrió de par en par para ventilar.

A paso lento, el general retornó a la cita dispuesto a seguir adelante. Tenía mejor semblante y parecía que su ánimo había levantado. En su mano derecha llevaba un libro.

—Sammartino, me sirve un poco de té. Vamos a charlar un rato.

Se sentó en su sillón y comenzó a hablar como si nada de lo que yo había vivido unos pocos minutos atrás hubiese sucedido. Me mostró el libro.

—*Fuerzas Armadas, ética y represión*. Marcial Castro Castillo. Editorial Nuevo Orden. Vamos a hablar un poco de esto. Sé que le va a interesar.

Habló de corrido durante casi una hora. De tanto en tanto abría el libro, leía un poco y lo volvía a cerrar para seguir hablando. Fue como otro monólogo, como un *stand up* que no tenía nada de cómico. Leía, hablaba, se reía, se mofaba, se enojaba, levantaba la voz, se expresaba en sorna y también ironizaba. Era como un show creado para una sola persona.

* * *

Mi sobrenombre es "Cacho". En mi familia todos me llaman así. Solamente Lita me dice general, burlándose de mí. Cacho es un apodo cariñoso que llevo desde hace ya muchos años. No sé por qué todos me citan como *alias Pajarito*. Dicen que es mi alias de guerra. ¡Qué zurdos imbéciles! Yo no canto, los hacía cantar. No sé por qué todo el mundo piensa que soy como un demonio. Seguro es porque "huelo a muerte". Ja, ja. ¿Si fui un duro? ¡Claro que sí! Si no mata al caníbal, usted será su almuerzo. ¡Son unos malditos maricones! Reclaman y exigen derechos humanos solo para los derrotados, pero nadie pide un poco de tolerancia para los que con gloria fueron los justos vencedores. Es una desgracia.

Ahora llega este tipo del sur y pretende reescribir la historia. Nos quieren ver presos y muertos para que se puedan salvar los enemigos que quedaron vivos. ¡Si cayeran en mis manos! Estoy muy viejo, pero aún me quedan influencias. Me tienen encerrado en mi casa porque me tienen miedo. ¿No hay derechos humanos para mí? Llegó la democracia pero no hay derechos para los militares. Yo nunca maté a nadie y si no que lo demuestren. Se les fue la mano. Me quieren engrampar en todas las denuncias. Me usan de chivo expiatorio para lavar sus culpas. Nos robaron la gloria. Yo estuve entre los jefes que hicieron cagar y desaparecer al enemigo. Soy el general Carlos Guillermo Suárez Mason y no me oculto de nadie. No estoy exiliado en el exterior como los terroristas que lograron escaparse. ¿Acaso soy el único responsable de todo esto? Somos unos parias. La justicia de este país no nos quiere. Pero conmigo no van a poder. Voy a morirme antes de que me condenen por algo. Yo sé que me odian y me persiguen porque fui el único que se atrevió a enfrentarlos. Conmigo no pudieron. Sabían que no negocio ni transo.

¡Yo ya huelo a muerte! ¡A los periodistas los detesto! Son todos traicioneros. Mienten y se ensucian por dos mangos. Son como las garrapatas que tienen que chupar la sangre a otro para poder vivir. Son unos piolas bárbaros. Se jactan de manejar contactos e influencias y lo único que hacen es retransmitir datos en *off* que sus amigos de otros poderes les ofrecen por conveniencia. Ese conventillo de la prensa es realmente nefasto. ¿En los momentos duros dónde estuvieron los periodistas? Yo se los voy a decir. ¡Se

escondieron debajo de la cama o de las faldas de sus mujeres que eran más mentirosas que ellos! Uno de esos fue Bernardo Neustadt. Ese sí que fue un cagón. Transaba con nosotros y después se dio vuelta como una media. A mí me acusó de un montón de estupideces. Ese atorrante, como otros tantos periodistas, venía muy seguido a mi despacho. Todos los periodistas que conocí siempre fueron unos buenos informantes. A Bernardo en particular lo conocí muy bien, porque venía a verme incluso a mi propia casa. Si yo contase las cosas que hizo, lo hubieran colgado del mástil de Plaza de Mayo. Era un atorrante, se comportó como otros tantos empresarios que colaboraban para nosotros. Nos pedían ayuda y nosotros les cuidábamos el pellejo. A muchos de esos cajetudos los salvamos de que los mataran. Con el tiempo, muchos de esos ricachones que habíamos protegido se hicieron los pelotudos y miraban para otro lado para no comprometerse. Empresarios y periodistas siempre fueron aliados. Uno necesita y se apoya en el otro. Unos buscan plata, otros pretenden fama y poder. Aquellos sobornan y otros protegen. Es como el juego de la oferta y la demanda. Hay prensa corrupta porque hay empresarios que pagan sus servicios. Hay empresarios prestigiosos y conocidos porque hay prensa inescrupulosa. Si se trata de mentir, los periodistas son los peores. No se les puede creer en nada. En el periodismo de hoy solo rescato la figura de Daniel Hadad. Ese sí que ha sabido hacer bien las cosas. Tiene una buena carrera como periodista y se ha sabido desarrollar también como empresario. Hadad es el periodista más benigno con nosotros. Siempre ha tratado bien a los militares. De todo el resto, no sirve ninguno.

En mi casa solo se lee el diario *La Nación*. En la prensa argentina hay muchos que están pagados por intereses o ideologías de izquierda y encima militan en los organismos de los derechos humanos. Responden a órdenes y directivas de las Madres de Plaza de Mayo que solo son un grupo de viejas histéricas. Recuerdo que cuando me venían a ver los periodistas siempre querían negociar algo a cambio de información. Eran capaces de vender su alma o de entregar a sus mujeres a cambio de un dato que los hiciera distintos de los demás. Siempre buscaban exclusivas. Uno de ellos, hoy ya

muy reconocido en los medios, me llegó a pedir colaboración para autosecuestrarse. Quería que yo lo ayudara a desaparecer durante un mes y a cambio me proponía que a su regreso él contaría las aventuras y desventuras de cómo logró escapar del cautiverio y sometimiento provocado por terroristas, por los montoneros. Un verdadero disparate, un acto demencial. No quiero dar su nombre, pero es un turro bárbaro. Para sacármelo de encima tuve que pararlo en seco un día y decirle: "Si me volvés a pedir esa estupidez, te hago desaparecer de verdad y nadie se va a enterar. ¡Vos sabés que yo lo hago!". Y santo remedio. No molestó nunca más. Se cagó en las patas. No existen límites para los periodistas. No tienen patria, no practican ninguna religión y les importa un bledo la familia. Solo trabajan para ellos. Por una primicia son capaces de hacer cualquier cosa. Si tienen que cagar a alguien, lo hacen sin dudar.

En estos tiempos, ya nadie tiene memoria. ¿Por qué no buscan y releen las páginas de los diarios de aquellos días? ¿No se acuerdan de lo que decían algunos periodistas por la radio? ¿Quién dijo que no teníamos apoyo de la prensa y los empresarios? Todos los días hablaban al aire. Todos sabemos lo que decían y el grado de compromiso que tenían con la causa. Los que adhirieron y apoyaron tienen nombre y apellido, no se pueden hacer los desentendidos. ¿Acaso no fueron los mismos periodistas los que conspiraron y fogonearon la guerra contra la subversión? Esa clase de gente no militaba en ningún bando. Tenían sus propios objetivos y sus intereses provenían de origen muy extraño. Estoy seguro de que se trataba de plata. Los periodistas son capaces de hacer cualquier cosa por plata. Son tipos cizañeros, sin escrúpulos ni códigos, capaces de entregar los datos de su fuente por un poco más de dinero. Yo lo pude comprobar personalmente. No se imagina la cantidad de merca que nos dieron a cambio de cualquier cosa. Los datos que los periodistas nos traían siempre fueron muy bien considerados. Ellos estaban en contacto con las mismas fuentes. Lo que para ellos eran personas que les brindaban más información para publicar, para nosotros eran fuentes de identificación y ubicación del enemigo. Para el tipo de guerra que llevamos adelante

contra la subversión, la buchoneada por plata que hacían los periodistas era una operación de inteligencia óptima. Daba muy buenos resultados y se pagaba con favores de cualquier tipo. Los periodistas son oportunistas. Siempre han sabido sacar réditos de su condición profesional. Es sabido que la prensa goza de los privilegios de poder estar de uno u otro bando. Yo recuerdo que a muchos de los tipos que les hicimos el seguimiento, salían de reunirse con sus fuentes, líderes zurdos del bando enemigo que les pasaban información, y luego venían derechitos para mi oficina a darnos todos los datos que les acababan de dar. Por supuesto, yo tampoco comía vidrio. Sabía que así como traían merca también llevaban para el otro bando. En ese juego se jugaba haciéndose uno un poco el boludo.

¡Yo fui un general duro porque no transé con nadie! A mí no se me hacía el verso porque si no los hacía cagar fuego. Así era como funcionaba: "No jodas porque te jodo". Logramos aniquilar a los subversivos. Se trató de una guerra y todo lo que hicimos fue legal. Hay documentos que avalan y justifican nuestro accionar militar contra el enemigo que ya se había instalado en el país al momento de hacernos cargo con la Junta Militar. Parece que ya nadie se acuerda que los decretos emitidos por el gobierno constitucional ordenaban *aniquilar* a la subversión. Además, se creó el Consejo de Defensa Nacional que nos avalaba a *borrar de la faz de la tierra* a todos los guerrilleros. Esa era nuestra legalidad. Teníamos toda la autoridad del mundo y por ello también se nos permitió hacer lo que se hizo. El decreto lo decía bien clarito. Aniquilar a la subversión quiere decir aniquilar a la subversión. Solo faltaba ponerle nombres y apellidos. Basta de hipocresías. Todos entendemos lo que quiere decir aniquilar. Esa fue la orden que recibimos y nosotros los militares nos limitamos a ejecutar las órdenes. No me vengan con el cuento de que no estábamos en guerra. Había tiros de todos lados, de uno y otro bando. Si yo no mataba al que estaba enfrente, ese mismo tipo me cagaba a tiros.

Gracias a lo que se hizo en los 70 nuestro país sigue siendo una nación libre e independiente. ¿Hubo excesos? Seguramente hubo excesos. En toda guerra hay excesos, heridos, lisiados y también

muertos. Lamentablemente, es una situación de pena y de dolor en donde hay un bando que gana y un bando que pierde. De eso se trata, de ganar o de perder. De matar o de que te maten. Yo no inventé la guerra, pero sí me preparé para hacerla. Y fue en mi propio país en donde recibí la instrucción militar para defenderlo y protegerlo. La guerra es lo que es, así como se la ve y se la conoce. No es ni buena ni mala. La guerra es un juego, un juego en el que gana el más violento. Estábamos en un conflicto bélico. ¡Por supuesto que se detenía a las personas! ¿Qué importancia tiene si comunicábamos o no a quiénes deteníamos? En esas circunstancias todo se extralimita. No se puede andar informando todo lo que pasa o se hace. De una situación se pasa inmediatamente a la otra, y a la otra y a la otra.

Hubo mucha improvisación. Sufrimos de precariedades propias de una guerra atípica. El que estuvo detenido fue porque había una causa y el que murió, por algo murió. Bien muerto está. Nuestra intención no era la de andar matando a todo guerrillero que se nos cruzara. Muchos fueron a parar a nuestras cárceles y allí, si colaboraba y se la bancaba, tenía ganado el cielo. Así era como se salvaba o no el pellejo. En realidad, corría mejor suerte el tipo que era detenido que el que moría en combate. Por lo menos, tenía alguna chance más. Era como obtener un comodín. Aún tenía la posibilidad de zafar si se predisponía a colaborar.

Yo no voy a cuestionar las torturas. Esa es la parte que nadie va a entender, pero son los métodos que se enseñan para aplicar en casos de requerimientos de información cuando el enemigo no quiere colaborar. A mí no me consta que haya habido fusilamientos. Si los hubo o no, la verdad es que no lo sé. Este es un tema muy jodido, yo no apruebo ni dejo de aprobar. Creo que hay circunstancias que ameritan su consideración. Por lo que nos tocó vivir, está claro que a algunos los tuvimos que eliminar porque eran enemigos. También hubo muchos de esos maricones que no se la aguantaron y antes de que los despachemos se suicidaban solitos.

En lo que a mi actuación respecta, yo me hago cargo de todo lo que hice. Está claro que era el máximo responsable del accionar militar del comando del I Primer Cuerpo de Ejército. Bajo mis

órdenes estuvieron a cargo los oficiales del Ejército y efectivos de Gendarmería y de la Policía Federal que actuaron en los distintos lugares de detención. Después de todo lo que vivimos y combatimos no le tengo miedo a nada. La muerte es un hecho del destino.

Recuerdo el día en que mataron a un integrante de mi custodia porque se confundieron de auto. Es algo que no podré olvidar jamás. Los subversivos quisieron matarme pero se equivocaron de vehículo y en vez de matarme a mí, mataron a mi custodia. Si no hubiera sido así, hoy yo no estaría contando el cuento. La vida es así, se gana y se pierde, se vive y se muere mientras Dios te lo permita. No somos nada pero… siempre es bueno estar del lado de los que ganan.

¿Por qué me buscan? Porque creen que soy un monstruo. Muchos países intentaron sacarme de la Argentina pero, hasta ahora, han fracasado y no han logrado juzgarme. Si alguno lograse llevarme, yo sería boleta. Acá la justicia no existe, es un gran verso. Todo se arregla o se conversa pero allá en Europa donde la gente es más seria y ya tiene muchas guerras encima, te dan para que tengas. Ante la duda, ellos te mandan a guardar y andá a reclamar después de cien años de soledad. Desde cualquier parte del mundo me quieren joder. Se creen que todo muerto o desaparecido me lo van a cargar a mí. Qué paradoja: acá en Argentina yo no tengo ninguna sentencia y allá en Europa ya me condenaron. Ellos tienen a los nazis y a los fachos sueltos por todo el continente y se preocupan por mí que ya no mato ni una mosca. Los países que me reclaman para juzgarme no saben que en esta guerra sucia también los extranjeros usaban armas y mataban. España, Italia, Alemania o Francia, no tienen nada que buscar ni exigir en este país. En lugar de reclamar constantemente mi extradición, mejor sería que se ocuparan de controlar a sus ciudadanos para que no atenten contra la legalidad en tierras que son ajenas a su nacionalidad.

La justicia italiana me busca porque me vincula con Licio Gelli, el capo de la Logia Propaganda Due. Dicen que encontraron en su casa documentación en donde figura mi nombre. Yo le pregunto a la justicia italiana cuál es el problema. ¿Si lo conocí? Y sí. Lo conocí. ¿Qué hay de malo en eso? Lo conocí porque me lo envió Perón, que

por otra parte lo había condecorado. Quería que intercambiáramos información. Ninguna otra cosa podrán demostrar aunque sigan diciendo estupideces sobre mí. También me han tratado de narcotraficante y de que tenía relaciones *muy estrechas* con los militares bolivianos vinculados al negocio de la droga. ¡Todas boludeces! Si quieren seguir jodiendo con eso, yo no tengo ningún problema, que lo demuestren. Además, los bolitas siempre fueron muy buenos amigos. Así de malas están las cosas. Por ahora zafo si me quedo quieto esperando que me juzguen. Pero tengo la sensación de que el barco ya se mueve demasiado.

* * *

Finalmente se calló. Cerró el libro y lo dejó a un costado. Estaba extenuado. Yo no pude meter ni un solo bocado. No quiso que sacara el grabador pero sí me dejó anotar. Durante esa hora larga que duró el soliloquio del general, su esposa fue y vino por lo menos cuatro o cinco veces. Se acercaba y reponía el agua caliente, enseguida traía más palmeritas y en otras ocasiones solo pasaba y echaba un vistazo controlando que el general siguiera tranquilo hablando conmigo.

Esa tarde comprendí que, desde la primera vez que lo conocí, muchas cosas habían cambiado. Lo más evidente: su estado físico, psicológico y emocional. Se lo veía desmejorado. El estrés, la depresión, los miedos y la impotencia evidentemente hacían su trabajo. A medida que avanzábamos con nuestras conversaciones, se develaba que su personalidad iba mutando. Al principio se mostraba enérgico, misterioso y, por momentos y solo a medias, se atrevía a reconocer la veracidad de los hechos. En los últimos encuentros todo era distinto. Abatido, Suárez Mason se expresaba con mayor sinceridad. Claramente decía lo que sentía y hablaba sin rodeos. Por primera vez vi con claridad que había logrado estar en el lugar indicado y a la hora señalada.

El presidente que no fue

El jueves 25 de septiembre de 2003, a cuatro meses de haber asumido, el presidente Néstor Kirchner habló por primera vez ante la 58° Asamblea General de las Naciones Unidas. Con traje gris y corbata, el mandatario argentino criticó a los organismos de crédito, condenó el terrorismo internacional a partir de los atentados de la AMIA y la Embajada de Israel, reclamó la soberanía sobre la Islas Malvinas ante el Comité de Descolonización y solicitó el diálogo al Reino Unido. También habló sobre derechos humanos:

> La defensa de los derechos humanos ocupa un lugar central en la nueva agenda de la República Argentina. Somos hijos de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Y por ello insistimos en apoyar de manera permanente el fortalecimiento del sistema internacional de protección de los derechos humanos y el juzgamiento y condena de quienes los violen. Nuestra tarea va a ser implacable. En la Argentina hubo un genocidio, más de 30.000 desaparecidos. Los culpables de esas atrocidades van a ser juzgados ante la Justicia y con todos los derechos que ellos negaron a sus víctimas.

Desde entonces, su política de derechos humanos sería más tarde uno de los temas recurrentes durante su disertación ante los inversores y diplomáticos del influyente Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York.

Cuatro días después me reuní con Suárez Mason. Era una jornada típica de primavera. La cita con el general había tenido un par de idas y vueltas. Al principio la idea era concretar más tarde el encuentro, ya que los días son más largos durante esta época del año. Finalmente, a instancias de Lita, que tenía que hacer algunos trámites y prefería que yo estuviese en la casa para acompañar a su marido, la reunión se fijó para las tres de la tarde. La noche anterior

Suárez Mason ya me había anticipado que quería hablar "largo y tendido" sobre lo que había dicho Kirchner en la ONU sobre los desaparecidos.

Llegué puntual y al entrar sentí un intenso aroma a jazmines. Los floreros estaban distribuidos por todo el hogar. Uno en la cocina, otro en el pasillo de entrada, dos más sobre la mesa grande del comedor y otros dos bastante grandes en la sala de estar en la que solíamos conversar. Una brisa reconfortante entraba por la ventana. Suárez Mason me hizo sentar rápido porque quería comenzar a despotricar. De nuevo entre sus manos tenía el pequeño libro de tapa azul *Fuerzas Armadas, ética y represión*:

—Ese tipo que tenemos de presidente fue a la ONU a patalear por los desaparecidos. ¡Acaso no sabe que a nadie le interesa lo que pasa en Argentina! El malparido habló de derechos humanos y de genocidio. ¿En qué planeta vive? ¿No se dio cuenta de la guerra que tuvimos que afrontar contra los subversivos?

No me dio tiempo a responder. Prosiguió, atolondrado.

—Yo tenía razón. Este tipo viene con el cuentito de los derechos humanos bajo el brazo y me va a cagar la vida. Hoy se miente mucho sobre lo que hicimos o dejamos de hacer. Ahí están esas viejas locas cacareando alrededor de la Plaza de Mayo, gritando que los militares somos unos hijos de putas. ¡Esas viejas locas parieron hijos subversivos! Empuñaban armas de verdad. Ponían bombas y mataban inocentes. ¿Por qué nadie las cuestiona? ¿Por qué no investigan de dónde sacan la plata? Dicen mentiras para ocultar las cagadas que hicieron sus hijos. Reclaman por los desaparecidos pero ya saben que muchos de ellos están escondidos con nuevas identidades por distintas partes del mundo. Respeto un poco más a las Abuelas de Plaza de Mayo. Ellas son otra cosa. Buscan a sus nietos y las entiendo. Los bebés nada tuvieron que ver con la guerra. Fueron víctimas del descontrol que provocaron ambos bandos. Hay que ser justos, en esa época pasó de todo. Se nos acusa de haber robado bebés pero nadie habla de las mujeres subversivas que se apareaban con militares con tal de conseguir cualquier tipo de información. Algunas hasta se cambiaron de bando. Otras quedaron embarazadas para poder conseguir su libertad.

Todas esas viejas me odian. Yo soy la muerte para esas mujeres. De qué derechos humanos me hablan si solo se preocupan por lo que pasó de un solo lado de la guerra. Yo no tengo nada que demostrar. Mejor sería que investiguen bien a Estela de Carlotto. Es una vieja mentirosa. Ella jamás tuvo un nieto verdadero. Es puro verso. Lo sabe ella y la justicia también. La hija de Carlotto fue una informante calificada de la Marina. Estaba separada de su pareja. Era una buchona que nos pasaba información de los subversivos. Yo supe que el general Reynaldo Bignone logró averiguar y comprobar lo que le digo. Tenía documentación médica, que luego desapareció, que sostenía que la hija de Estela de Carlotto no podía quedar embarazada. Nunca tuvo un hijo y nunca hubo un nieto.

Como sucedía siempre, terminaba con un tema e inmediatamente comenzaba con el otro. Como era de esperar en un viejo y autoritario militar, al general le gustaba hablar sin que nadie lo interrumpiera. Estaba acostumbrado a preguntar pero no estaba dispuesto a responder. Disfrutaba de la arenga y sabía dar instrucciones. Cuando se cansaba, paraba y se callaba. Él marcaba el tiempo y el ritmo de la conversación. Lo mío era mucho más fácil. Interrogaba cuando podía, interrumpía si se me permitía y me hacía el distraído durante gran parte del encuentro. Mientras tanto, observaba y anotaba sin restricciones.

—¡Yo fui elegido presidente! —confesó de repente el general, sacudiendo la modorra en que ambos habíamos entrado.

* * *

Me eligieron para suceder a Videla. Debí ser presidente, me correspondía. Recuerdo muy bien aquella tarde en la que me avisaron que la votación de generales realizada en el Colegio Militar para elegir al sucesor de Videla en el poder la había ganado yo con una amplia mayoría y diferencia de votos, y también con un importante consenso general. Lamentablemente los hechos no se dieron como esperaba. El diablo metió la cola y mis ambiciones se frustraron de inmediato. Si bien fue cierto que yo había ganado la

votación de los generales y que contaba con el apoyo y el consenso de la gran mayoría de los altos jefes, también fue cierto que el teniente general Videla contaba con el poder de veto. Y así ocurrió. Videla quiso que fuese otro su sucesor y por eso echó mano a otro general caracterizado por ser un militar mucho más blando y conciliador que yo. En ese momento pensé que el tren de la historia había pasado y que me quedaba sin subir. Con las medallas y los méritos metidos en el culo. La sensación que viví en esos instantes fue muy extraña. No sé muy bien qué pasó. Yo me llevaba bárbaro con Videla, pero en el momento de la decisión el tipo se cagó en el voto de la mayoría y por las suyas presionó para que fuera otro su reemplazante. Obviamente él era el comandante en jefe y aún tenía peso para tomar cualquier decisión.

Muchos amigos y camaradas tampoco entendieron lo que pasó. Llamaban para consolarme, buscando una explicación que ni siquiera yo tenía. Hasta el día de hoy no encuentro una buena excusa para imaginar por qué Videla me bajó el pulgar. ¡Quién lo diría! Yo fui elegido para suceder a Videla. Quizás fue para mejor. Quién sabe si me iba a gustar hacerme cargo de semejante quilombo. Pero bueno, así son las cosas en este país. Lo que yo creo es que Videla no quiso poner a un duro en su lugar y por eso eligió a Viola, que era mucho más blando y conciliador que yo. Si yo hubiese llegado a ser presidente, otra hubiera sido la historia de este país. Me arrepiento de no haber estado lo suficientemente lúcido como para presionar y hacer valer mis pergaminos. Estaba más o menos claro que todo el mundo sabía que yo era el más indicado para ser presidente. Por desgracia, estos boludos se cagaron en las patas con el verso de que yo representaba la mano dura del Proceso como si ellos fueran unos pobres angelitos.

Me dio vergüenza lo que vi. Los grandes jefes militares comenzaron con el arrugue y anunciaron la retirada. Desde el exterior los reclamos y la presión de los numerosos organismos de derechos humanos hicieron insostenible la continuidad del proyecto. Había que aflojar y la orden fue la de amainar y distender. Finalmente me retiré del Ejército Argentino. Ya nada me quedaba por hacer dentro de las filas activas. Para mí la guerra estaba

totalmente controlada y las chances de suceder a Videla se habían esfumado. Amargado, desilusionado, ya sin uniforme, me fui a presidir los destinos de YPF. Allí estuve poco tiempo, pero me gustó lo que se hizo. De todos modos, tampoco gocé de paz y armonía durante ese tiempo en la empresa. Recuerdo que uno de los que saltó en esa oportunidad fue el buchón de Guillermo Patricio Kelly. Me denunció por haber vaciado la empresa nacional en tan solo ocho meses. Ese tipo estaba loco. YPF se endeudó porque desde el Ministerio de Economía se pedían préstamos a través de la petrolera y nosotros de ese dinero no veíamos ni un solo centavo.

Es la parte ingrata de vivir en este país. Nadie reconoce nada y todos se creen que lo único que hiciste fue currar. Este es un país de miserables. Hacés todo por tu patria y te lo pagan con ingratitud e indiferencia. Si hiciste algo, seguro que fue malo. Sos milico, represor, torturador y seguro que también sos un ladrón. Así no se puede vivir, me cagaron la vida por todos los costados. El peor día de mi vida fue en el mes de abril del año 1984, cuando anunciaron mi baja del Ejército. Jamás imaginé semejante dolor. No lo podía creer, fue una mierda. Lloré a escondidas dentro de un baño porque no quería que nadie me viera. Fue muy duro para mí, me hicieron vivir y sentir el deshonor delante de mi propia familia, y eso jamás se los perdonaré. Cuando comunicaron mi baja, se dijo que la medida se fundamentó en "la situación de rebeldía" en la que yo había incurrido por no haberme presentado a las reiteradas citaciones que la Justicia Civil y el Consejo Supremo de la Fuerzas Armadas me habían hecho. Fueron unos malditos cretinos. Después tuvieron que volver todo para atrás. Cuando me extraditaron y trajeron de regreso al país, fui reincorporado a la actividad militar para poder ser juzgado y fue entonces que recuperé mi categoría de grado militar. Pese a ello, en el departamento de prensa del Estado Mayor General del Ejército continúan asegurando que yo estoy dado de baja y que por lo tanto deben tratarme como a un civil cualquiera. Fue increíble: mis propios camaradas querían que los civiles y sus leyes democráticas me juzgaran. Esta es una Nación llena de traidores y yo lo tengo muy en claro.

Nadie entenderá en estos tiempos cómo y por qué se hizo lo que se hizo en los 70. Hoy en día llevo una vida miserable. ¿Qué quieren que haga? No recibo ninguna pensión y mi familia se las arregla como puede para poder sobrevivir. ¡Son unos hijos de puta! Mi situación es injusta. No tengo trabajo, y si quisiera trabajar tampoco me dejarían. Parece que mi currículum no califica para nadie. Tampoco soy una persona cualquiera. Si intento ir a conseguir cualquier laburo, en cuanto escuchan mi nombre, se asustan y salen corriendo como si hubieran visto un fantasma que está a punto de chuparles la sangre.

Lamentablemente hoy soy un desocupado más de los tantos que sufren en su propio cuerpo la epidemia social que castiga a millones de argentinos. Muchos de los que me deben favores, hoy me dan vuelta la cara. Me ignoran o dicen que no me conocen. En aquella época, yo personalmente me encargaba de los favores especiales. Me acuerdo de que por entonces, el mismo Raúl Alfonsín venía en persona a mi despacho. Yo lo conocí muy bien a don Raúl, a mí no me puede engañar. Miren cómo terminó todo después, siendo el gran defensor de los derechos humanos. Siempre me llevé bien con los radicales, conocí a muchos de ellos y fui muy amigo de Balbín y también de Perette.

Yo no me olvido de nada. Tengo una larga lista grabada en mi memoria. Muchos políticos, empresarios, sindicalistas, y hasta artistas muy famosos, pasaron varias veces por mi oficina para pedir favores y beneficios. Yo me acuerdo de todo y de todos. ¡Gracias a mí más de uno salvó su culo! Hasta Diego Maradona me debe favores.

El fútbol fue siempre mi gran pasión. Soy un fanático acérrimo de Argentinos Juniors y sufro mucho por no poder ir a verlo a la cancha. Yo fui el que descubrió a Maradona. Diego me debe muchos favores. Gracias a mí se pudo ir a jugar a Boca. Su transferencia se firmó en mi oficina de la calle San Martín. Gracias a mí también se pudo ir al Barcelona. Esa historia pocos la conocen y no se animan a recordarla. Lo de Maradona al Barcelona se trató de una operación reservada. No era conveniente que se supiera que un general de la Nación estaba colaborando para que el mejor jugador de la historia

argentina fuese vendido al exterior. Recuerdo que la negociación de Argentinos Juniors por la venta de Diego al Barcelona me generó problemas internos en el Ejército. ¿Qué más podía hacer? Se trataba de la joyita del club de mis amores. Por Argentinos Juniors yo era capaz de hacer cualquier cosa. Maradona está en deuda conmigo. Él ha estado en mi propia casa acompañado de mi hijo. Venía muy seguido porque jugaban juntos al fútbol. Cuando Diego creció futbolísticamente, venía a casa pero con su representante, Jorge Cysterpiller. Ese tipo era un judío muy astuto y vivo que rápido se chamuyó a los viejos y se hizo cargo del pibe. Cysterpiller la tenía muy clara, sabía que ese pendejo era oro en polvo. Con el judío transamos en mi propia casa cómo debía ser la venta de Diego al Barcelona y que Argentinos Juniors debía llevarse una buena parte de esa transacción comercial. Era justo, el club se lo merecía. Yo estoy convencido de que si no hubiera ayudado en ese momento a que Maradona se fuera al exterior, quién sabe si hubiera llegado a ser lo que fue. A veces, los éxitos y la fama vienen gracias a las oportunidades que se nos presentan. Esto quiere decir que Maradona es lo que es gracias a que, más allá de lo genio que es futbolísticamente, estuvo en el lugar preciso en el momento más indicado. De no haber sucedido como sucedió, hoy Maradona sería uno más.

Voy a hacer una confesión y sé que está mal que yo lo diga: ¡A Diego lo hice zafar de la colimba! Ese chico no se merecía hacer ni un solo salto de rana. Sus piernas habían sido dotadas para otras genialidades. Era un patrimonio de mi amado club.

Yo soy fanático de Argentinos Juniors, bastantes dolores de cabeza me trajo esa camiseta. En mi juventud llegué a ser arquero de la tercera división del club. Tengo mi carnet de socio honorario N°1. Mientras duró el Proceso, no desaproveché ninguna oportunidad de hacer crecer en todo lo posible a mi glorioso club de La Paternal. Pudimos adquirir los terrenos de la cancha que, por aquellos años, iban a pasar a la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Gracias a Dios llegué justo a tiempo para hablar con un viejo amigo, Osvaldo Cacciatore, que por ese entonces era el Intendente… ¡santo remedio!

El brigadier Cacciatore era el intendente de la Capital Federal y fue uno de mis compañeros de penurias por allá en 1951, cuando debí exiliarme en el Uruguay. Como en todos los órdenes de la vida, los buenos contactos te ayudan a zafar. Conseguimos que le dieran al club un crédito de USD 600.000 del Banco Río para poder sobrellevar la crisis financiera que lo acechaba. Me acuerdo de que por aquellos años le permití un régimen benigno al soldado conscripto Diego Armando Maradona quien por entonces ya era la figura de Argentinos y el factótum del seleccionado juvenil argentino campeón en Tokio en 1979. Cuando Diego regresó de Japón, por intermedio del presidente de Argentinos Juniors, Próspero Cónsoli, solicitó una entrevista personal para agradecerme el permiso concedido para ausentarse de la vida del cuartel. El día del encuentro, Maradona dialogó conmigo con las manos entrelazadas en la espalda, como un alumno respetuoso y sumiso. Él me dijo: "Lo que más me sorprendió de Japón, fueron los techos que vi desde el avión. Son todos iguales y grises". Al día siguiente Cónsoli me llamó nuevamente y me reiteró el pedido. "¡Diego te quiere ver!". Y yo le dije: "¿Otra vez? Si me vio ayer". Lo que pasó fue que el día anterior, cuando Maradona estuvo en mi despacho, por timidez, vergüenza o miedo, no se atrevió a darme un frasco de perfume de regalo que me había traído de su viaje por Japón como agradecimiento a mi colaboración. Fue por eso por lo que tuvo siempre sus brazos cruzados en su espalda. Mantuvo el perfume oculto, fuera de mi vista.

Pero bueno… ¡la gente cambia! Con el correr del tiempo, las personas dejan de ser agradecidas y simplemente te ignoran, se olvidan de tu ayuda. Algunos hasta llegan a traicionarte por dos centavos. Yo he tenido enemigos durante toda mi vida. En la profesión de militar nos enseñan a convivir con esta situación. Siempre pensamos en el rival, en el contrincante. Nos preparan para destruir al que está enfrente. Es por eso que los militares siempre vamos a tener enemigos. Yo los tuve. Los amigos son para la vida social. De mis enemigos valoro el honor. Mario Firmenich ha sido un ejemplo. Él sí tiene derecho a hablar y actuar porque se las jugó. Siempre estuvo combatiendo del lado de enfrente, fue un enemigo

peligroso, pero tuvo los huevos suficientes como para ir siempre de frente. Otros, en cambio, al principio amigos y luego traidores del propio líder montonero, fueron pura ideología. Cuando se los apretaba, cantaban como pajaritos. Eran unos mariquitas que traicionaban a la madre en cuanto le torcías la muñeca de la mano. Esos tipos no tenían código de honor. En realidad, eran unos pendejos recién salidos de sus casas que se quisieron envalentonar sin siquiera tener dos huevos bien puestos. Cacareaban desde lejos pero los huevos los ponían en otro lado.

No se imaginan la cantidad de escenas lamentables que me tocó vivir. He visto traicionar la causa terrorista al menor amague o susurro de una picana. Si es por mí, Mario Firmenich tiene todos mis respetos. De todos modos, vi muchos jefes zurdos que cuando las papas quemaban se escondían debajo de la mesa. Yo estoy convencido de que a Firmenich no le molestó que nos indultaran. Él lo sabe muy bien. En la guerra, los códigos del honor se respetan, estés del lado que estés. A Firmenich nunca le oí decir algo. En cambio, a los zurdos cagones que no se la bancaron peleando acá, cara a cara con nosotros y se fueron como maricones a exiliarse en otros países, armaban flor de escándalo en nombre de los derechos humanos cuando en realidad fueron ellos quienes comenzaron la guerra.

Yo no me hago una autocrítica personal. No creo que la tenga que hacer. Yo actué dentro de las normas del Ejército. Supongo que lo más cuerdo hubiese sido acortar el gobierno militar cuando la situación de guerra estaba controlada e instalar un nuevo gobierno con una nueva autoridad ciudadana. Con esto se hubiese conseguido salir a tiempo de una manera más armónica y honrosa. Los militares no estamos hechos para gobernar un país. Los militares estamos hechos para hacer la guerra y eso fue lo que hicimos. Por supuesto, en esa ocasión, no esperamos la invitación de nadie. Nos metimos de prepo porque la situación no daba para más. El gobierno democrático de Isabelita ya no existía. No había autoridad en el país y por esa razón nos metimos por la fuerza. Corrimos a un costado a la viudita y fuimos a buscar a los subversivos. Todos los días uno

comete errores, pero no encuentro algo extremadamente grueso con respecto a mi persona.

A los otros que actuaron en la misma guerra, no tengo ningún derecho a criticarlos. Cada uno sabe lo que hace. Un soldado está preparado para situaciones extremas. El tema es que algunos reaccionan de inmediato, pero hay otros que se taran. Hay quienes van más allá de lo necesario y quienes van a menos de lo necesario. La guerra es una instancia sin límites. Hay muertos de verdad, cuerpos destrozados y familias destruidas. Se gana o se pierde matando, con la sangre derramada hasta que el otro deja de existir. Eso debiera estar claro para todos. En todas partes surgen las mismas críticas. Las luchas civiles internas siempre son más enconadas y polémicas que las internacionales en las que se enfrentan diferentes países. Yo cumplí órdenes. No tengo nada de qué arrepentirme. Matar si era necesario, reprimir todo lo que fue conveniente y conseguir la información como sea, eran cuestiones implícitas en todas mis directivas. Siempre con las órdenes bien claras y muy concretas. Órdenes por escrito que decían qué hacer y cómo hacerlo. Algunos excesos hubo, ya lo reconocí. Descontrolados hay en todos lados, mucho más en la situación que nos tocó atravesar. Tengo todos los papeles guardados en una caja fuerte fuera del país. Hay unas cuantas copias para cuando la justicia argentina decida pedirlas.

* * *

De pronto el gato empezó a corretear alrededor de Suárez Mason. Una polilla revoloteaba detrás de su sillón y el animal no se detuvo hasta atraparla. El general se puso de pie de inmediato, tomando distancia para observar el espectáculo. El incidente no solo sirvió para distraernos un rato, sino también para aflojar un poco con la tensión del relato. En esa instancia nos encontró Lita. Recién llegada de hacer sus trámites, se acercó a saludar y preguntar cómo me había tratado su marido. Después ofreció algo fresco para tomar y prometió una sorpresa dulce.

—Sigamos con lo nuestro, Sammartino.

Suárez Mason terminó el recreo. Volvimos cada uno a su lugar pero antes de que arrancara de nuevo su monólogo, me tiré un lance.

— Podríamos jugar un poco a las preguntas y respuestas.

El general ni consideró mi propuesta. Siguió con su discurso como si no me hubiese escuchado.

* * *

Nosotros nunca usamos perros para que los detenidos confesaran. Los perros se usaron mucho en Chile, pero en Argentina no se llegaron a aplicar. Lo pensamos, pero no lo hicimos. Estoy seguro de que nadie los usó. Por lo general, los lugares en donde se interrogaba no eran los mismos de detención. Cuando había urgencia, los interrogatorios se apuraban. No había tiempo que perder. Por un terrorista que hablaba, había muchos que se salvaban. En este tipo de trabajo, lo que hacía la policía era fundamental. Algunos estuvieron a la altura de las circunstancias, pero con otros tuvimos serios problemas porque se descontrolaban demasiado. Es la parte de la guerra que no se debe contar. La guerra no es un estado natural para el hombre y por eso es lógico que se provoquen desequilibrios. Para estar y permanecer en combate, me atrevería a asegurar que un buen soldado necesita de lo que yo llamaría un cierto estado de demencia pasajera. Si se considera esto es de rigor considerar algunos excesos cometidos.

En este tipo de circunstancias la rigidez no conduce a ningún lado. Sin saberlo, a veces uno está en los límites de convertirse en un salvaje mercenario. Nuestro deber de jefes nos obligaba a rescatarlos de esa atrocidad. Los trabajos de tortura que se aplicaron durante el Proceso tuvieron óptimos resultados. Y por supuesto, había que estar preparado para saber hacer lo que se hizo. En este país hay mucha ignorancia sobre todo lo que realmente pasó en aquellos años. Es la ignorancia propia de quienes no conocieron el poder de fuego de un enemigo invisible que combatía

en los centros urbanos, infiltrados entre los habitantes de la población común y con capacidad operacional de mimetizarse en cada una de las esquinas sin poder llegar a ser reconocidos.

En una guerra se oponen dos fuerzas y gana la más potente. Lo que importa es ganar. Si no se gana, sos boleta. Acá en Argentina, sucedió a la inversa. Nosotros ganamos la guerra pero los zurdos comunistas que combatimos son los que nos juzgan y gobiernan. Sin dudas no lo hicimos bien. Todo se ha vuelto a subvertir. No tengo ninguna duda de que toda la metodología aplicada contra la subversión fue necesaria. Yo no me arrepiento de nada. Tampoco soy el único responsable. Los comandantes en jefe debieron hablar y decir algo. No puede ser que hayan agachado la cabeza ante un tribunal civil y luego se guardaran en sus casas como si nada hubiera pasado. A Videla le faltó ambición, Viola no existió, Galtieri fue un inútil y Bignone nos entregó.

Videla era un buen tipo pero pretendía demasiado. Después de la dictadura yo no tuve más contacto con él. Nuestras mujeres todavía se hablan, pero la verdad es que yo no. Nunca fuimos amigos ni nada por el estilo. Combatimos en diferentes puestos de batalla. Él firmaba comunicados mientras yo ordenaba y ejecutaba. Lo he respetado toda mi vida y nunca lo desautoricé. Siempre fue un buen líder. Tenía carácter y para mi gusto largó antes de tiempo: no se animó a completar lo que había comenzado. Creo que fue un error que le diera tanta participación a otras fuerzas de seguridad. Eso ya es historia vieja y ya nada vamos a cambiar.

¡Qué puedo decir sobre Galtieri! Como militar no existió. No sé cómo hizo para llegar al lugar que llegó. Siempre me avergonzó que fuera un integrante del Ejército Argentino. Ese tipo fue un improvisado toda su vida, y lamentablemente todo terminó mal. Lo de la guerra de Malvinas fue un fracaso estratégico imperdonable. Gracias a él, lo bueno que habíamos hecho en los años anteriores no sirvió para nada. Nosotros habíamos ganado una guerra, y de pronto vino él, se inventó otra guerra para solidarizarse con el pueblo y fracasó. Después de allí, nada fue igual. Galtieri nunca tuvo que haber sido comandante en jefe.

Cuando llegó Bignone ya no quedaba mucho por hacer. Todo se precipitó rápidamente, y la verdad es que Bignone tampoco se esforzó demasiado por revertirlo. Creo que se asustó con lo que pasaba en el país y capituló con Alfonsín. Gracias a Bignone se le dio entrada a la democracia y así nació la desculturización alfonsinista. El grave error de Bignone fue no saber dejar las cosas en claro. Se vino la democracia, se vino Alfonsín y los derechos humanos comenzaron a cagarnos. A Bignone le debemos haber quedado desprotegidos. Se nos vinieron encima como si hubiéramos sido el propio enemigo.

De un día para otro, los subversivos dejaron de preocuparnos y la guerra de Malvinas nos comenzó a defenestrar. La gente común no mata, nosotros lo hacemos. Sobre los lugares de detención, solo puedo decir que en toda guerra hay detenidos, y si hay detenidos son considerados prisioneros, y los prisioneros enemigos siguen siendo enemigos, y para que no molesten se los ubica en lugares de detención para enemigos prisioneros. Si los militares no hubiésemos ganado la guerra y los guerrilleros hubiesen triunfado, la Argentina hoy sería comunista y no gozaríamos de los derechos ciudadanos que logramos recuperar. En una guerra el ser humano pierde su condición de tal y se comporta como un animal. Nosotros los militares, estamos preparados para eso. Si hay una guerra, somos los responsables de hacer las cosas que no haría nadie. Todos los pueblos, en cualquier parte del planeta y en todos los tiempos históricos desde que la vida fue creada han tenido sus propias fuerzas militares, a las que les han encargado la misión de matar por ellos.

No soy buchón y tampoco soy un alcahuete. La orden de reprimir no la inventé yo. Sencillamente me dediqué a ejecutarla. De mi parte, yo confieso que cumplí esas órdenes y también confieso que ordené y supervisé que se hicieran ejecutar. Con la familia Massera me une una amistad de muchos años. Y sobre los supuestos negocios con Ramón Camps, les recomiendo que en lugar de decir estupideces, investiguen un poquito y vayan a los archivos del Boletín Oficial donde podrán descubrir la legalidad de todas mis actividades privadas. Allí podrán encontrar que yo legalmente

conformé una sociedad anónima en el año 1982, cuando ya estaba retirado del Ejército. De esa sociedad también participaban Ramón Camps y otras personas. El objeto de esa sociedad era la de dedicarnos por nuestra propia cuenta o a través de terceros a la importación y exportación de productos argentinos. La idea era comprar, vender y distribuir frutos del país, pero también teníamos como agregado extra todo lo concerniente a los bienes producidos por la industria metalúrgica nacional. Para ese entonces, tanto Camps como yo habíamos pasado a retiro. La guerra ya había terminado. Solo pretendíamos lanzarnos con emprendimientos comerciales para incursionar en el mundo empresarial.

¡Claro que fui un General duro! Estoy seguro de que ninguno de los que se atreven a juzgarme hubiera sido capaz de vencer a los subversivos mejor que yo. De aquella época había que salir con vida y yo logré hacerlo. La guerra es un juego en el que solo ganan los más violentos. Y aunque no guste, nosotros los militares, ganamos la guerra. Ahora bien, discutir la metodología es como discutir si hubo o no guerra. Acá no hay interlocutores para hablar de esos temas. Los civiles no están capacitados: no conocen y no son capaces de analizar o evaluar lo que se hizo. Es por eso que si querían juzgarnos por algo en especial, los únicos capacitados para hacerlo eran los integrantes de un tribunal de honor militar. A puertas cerradas y no a la vista de toda la sociedad. Yo no puedo permitir que se debata democráticamente si hice bien o mal en apretar el gatillo. En ese momento, solo yo y mi conciencia sabíamos lo que había que hacer.

Manual de ética y represión

Diez días más tarde nos volvimos a ver. Llegué a la casa de los Suárez Mason con un recorte del diario *Página/12* publicado durante el fin de semana. En el artículo, el periodista Carlos Ares entrevistaba al expresidente Raúl Alfonsín, que se quejaba porque Néstor Kirchner nunca lo había llamado: "Yo no recibí ni un llamado de Kirchner". También le cuestionó que fuese "a la carga contra todos los militares" y se justificó por haber promovido las leyes de Punto Final y Obediencia Debida "para salvar la democracia". Decía Alfonsín:

> Cuando empezaba a llamar a los oficiales subalternos se me metían en los regimientos y no acudían. Eso me degradaba el poder en seis meses. Entonces tuve que sacar estas leyes. Con dolor, pero... Yo tengo un gran orgullo con relación a la política de derechos humanos que he llevado adelante, un gran orgullo personal. Nunca se había hecho antes una cosa igual como el Juicio a las Juntas. Y en América latina, en todas las transiciones, había que conversar con los dictadores. Creo que ahora hay una ilusión comparable con la de aquellos años. El gobierno tiene, por lo menos de mi parte, y del radicalismo en su conjunto, la mejor voluntad en la medida que haya un comportamiento que no exceda los límites de la actividad política y de la libertad. Nosotros consideramos que la democracia significa al mismo tiempo una lucha por la libertad y por la igualdad, no puede separarse una cosa de la otra. Además, falta resolver el problema de los indultos, que es una cosa tremenda porque se indultó a personas que estaban procesadas. Porque no es cierto que habíamos juzgado solamente a los comandantes. Por eso varios decretos de indulto de Menem abarcaron a tanta gente. De todos modos, yo considero factible que se pueda tener otra opinión acerca de la constitucionalidad de las leyes. Mi deseo es que haya gente que sea juzgada. Pero creo que al mismo tiempo hay que tener prudencia y no llamar a todo el Ejército, aunque el noventa por ciento o más sean retirados.

Apenas me senté en la sala, le extendí el artículo. Al principio hizo un gesto despectivo, pero luego se interesó y lo leyó completo.

—Usted ya sabe lo que opino de Alfonsín. Venía muy seguido a verme a mi despacho y terminó siendo el gran defensor de los derechos humanos. ¡Es un mamarracho!

Me devolvió el recorte como si poco le interesara hablar sobre el tema. Luego se acomodó en su sillón y, de refilón, pude ver que a su costado sobre la pierna izquierda tenía, otra vez, semiescondido *Fuerzas Armadas, ética y represión.*

—¿Qué está leyendo, general? Hace varias reuniones que lo veo acompañado de ese libro.

Después de unos instantes de pensarlo, hizo lo que mejor sabía hacer cuando se lo acosaba: esquivar el bulto, mirar para otro lado y seguir adelante.

—Para no aburrirme demasiado, mientras sigo detenido aquí en mi casa, aprovecho para escribir lo que luego hablamos con usted y también me gusta mucho leer. La historia me apasiona. Esos libros son los que más me entretienen porque son los que más enseñan. Si uno no sabe de dónde viene, no va a acertar hacia dónde debe ir. Hay una gran ignorancia. La gente no entiende el verdadero sentido de la palabra "patria" porque no sabe lo que es. Nunca se la han enseñado, y nunca se han preocupado en averiguarlo. Por eso es que no se entiende que los militares quisimos salvar la Nación. Nos califican de dictadores, represores y genocidas y desconocen que tuvimos que hacernos cargo de un país amenazado por el terrorismo. Isabel Perón no se quería ir. Por eso tuvimos que sacarla a patadas y meternos a gobernar. Gracias a que ganamos la guerra contra la subversión nos convertimos en héroes. Fuimos nosotros los responsables de restaurar el orden social del país. En general, los argentinos ignoran por completo su pasado. Desconocen sus raíces, sus héroes y también sus conquistas. Se creen que la patria nace de la nada. Como nunca han sabido de historia tienen los conceptos equivocados. Para mí, el escritor que más criterio tiene y por eso me gusta mucho es Félix Luna. Él es un historiador serio. No tengo el gusto de conocerlo pero una vez, hace muchos años, lo visité junto con el socialista Américo Ghioldi y me causó una muy buena

impresión. En mi biblioteca hay varios libros escritos por él. Realmente no sé por qué le tomé el gusto a leer sobre historia. Todos esos libros y novelas que leí cuando era joven no me dejaron demasiado en la cabeza. Con la historia ocurre algo muy distinto. Me di cuenta de una gran cantidad de cosas que no sabía. Ahora estoy leyendo un libro sobre Juan Manuel de Rosas que escribió Pacho O'Donnell. Es muy interesante, pero hay que saber mucho sobre historia para poder entenderlo y proyectar lo que dice el autor. O'Donnell me parece un tipo muy inteligente, es una persona que me gusta mucho. Tampoco lo conozco personalmente, pero me agrada. También leo mucho los diarios. En mi familia, tradicionalmente siempre se ha comprado *La Nación*, aunque ahora también recibimos *Ámbito Financiero*. Me gusta estar bien informado y saber qué está pasando. Por supuesto que siempre tomo las cosas con pinzas y trato de darme mi propia interpretación a los hechos. Los periodistas de este país fueron y serán eternamente corruptos. El diario *La Nación* ha sido más serio en otras épocas, ahora hay que leerlo con mucho cuidado. Es por eso que decidimos cambiar y pensamos que *Ámbito Financiero* tiene mejor información. Prácticamente no veo televisión, es muy obscena. Es todo una porquería y se la pasan poniendo minas en bolas. Los chicos maman estupideces desde muy temprano y los padres chochos de que los nenes están embobados. Si los chicos están viendo tele, no joden, y eso es lo que quieren los padres: que los hijos no jodan. La decadencia moral del país pasa en gran medida por ese aparato diabólico que es la televisión. Yo solo veo de vez en cuando algún noticiero. En estos momentos estoy viendo también a Daniel Hadad. Me parece que él es un periodista de derecha que banca a muerte la causa militar. Odia a los zurdos y sabe muy bien lo que pasó con los subversivos. También sigo al Tata Yofre, que es un tipo que siempre está muy informado. A mi señora le gusta mucho escuchar la radio. Yo no soy tan fanático pero la acompaño. Acá solo se escucha Radio 10. A mí me gusta la música folclórica así que cuando hay alguna audición de esa música la escucho.

De pronto se escucharon voces que venían de la entrada del departamento. Suárez Mason dejó de hablar y se puso en alerta.

Primero hizo una mueca de disgusto y luego una sonrisa, cuando una de sus nietas se acercó a saludarlo con un beso.

—¡Hola, abuelito!

Lo saludó cariñosamente y se fue apenas advirtió que el general estaba acompañado. Suárez Mason no se movió de su sillón. Luego apareció Lita, ofreció servir la merienda y aseguró que "nada ni nadie" nos iba a interrumpir de nuevo. Con gesto agrio, el general tomó el pequeño libro que tenía guardado bajo su pierna y arrancó a hablar de nuevo.

—Cuando un soldado tiene dudas, no está listo para el combate y seguramente eso le costará la vida. Lo sé por experiencia. Los militares no estamos hechos para dudar. Cuando uno duda en matar, lo matan. Este libro que tengo entre mis manos es algo así como un manual de ética y represión. La mayor parte fue escrita antes del 24 de marzo de 1976. Es decir, antes de que nos hiciéramos cargo del poder. Fue una publicación de circulación interna dentro de las Fuerzas Armadas y su distribución fue prácticamente clandestina. Claramente el libro aludía a la realidad que se vivía en Argentina durante los inicios de la década de los años 70. Antes de su publicación definitiva, el texto final recopiló varios capítulos con respuestas a consultas recibidas sobre problemas puntuales y estrictamente inherentes con la conciencia de un militar en guerra.

Bajó su mirada y se quedó en silencio. Durante un largo minuto hojeó varias páginas, se detuvo y finalmente retomó.

—Una aclaración: según consta en su tapa de color azul y letras blancas, este libro es autoría de Marcial Castro Castillo. En las páginas del mismo no existe semblanza o alusión alguna a Castro Castillo. Se editaron solo dos mil ejemplares y su circulación se hizo de mano en mano entre el personal de las Fuerzas Armadas y de Seguridad. Las copias de los borradores ya circulaban entre oficiales del Ejército Argentino desde comienzos de los setenta.

Hablaba mirándome a los ojos, pero cada tanto bajaba la vista y volvía a revisar las páginas del libro. Lo usaba a modo de ayudamemoria.

—En la introducción dice: "Este es un libro dirigido al oficial combatiente". No se escribió para teólogos, filósofos o juristas, sino

para responder a los requerimientos de la acción.

Suárez Mason se comportaba como si yo no estuviera allí. Se lo notaba como poseído, me ignoraba por completo. Sentí que me usaba como un boxeador usa a su *sparring* para preparar un combate. Hablaba fuerte, colocando la voz.

—La diferencia entre el militar y el mercenario o el guerrillero no estriba en el grado de instrucción profesional: hombre por hombre podemos ser igualados y tal vez separados. Somos distintos porque defendemos principios diferentes que definen al hombre, su vida, su destino y a la sociedad con sus estructuras naturales. Si nosotros no respetamos estos principios, somos sus enemigos, aliados de la guerra revolucionaria. Un militar que no luche por el derecho a vivir conforme al orden natural y que no lo encarne en su conducta, no se distingue del enemigo más que por la dirección de sus disparos; ha errado al elegir su bando. A los jóvenes, soldados o guerrilleros, que hubieran extraviado el camino, decimos: primera y máxima es la responsabilidad de los superiores cómplices de la situación en algún caso, y en otros, incompetentes para enfrentarla con doctrina clara y coraje cívico. Gobernantes, funcionarios, altos jefes, ideólogos, docentes y encargados de la formación juvenil, dirigentes que debían ser ejemplos, han dejado sin cumplir su obligación, o bien se han enrolado en el proceso corruptor de la juventud.

Hizo una pausa. Pensé que estaba tomando aire. O que se había cansado. Después de un rato, cuando ya nada hacía sospechar lo contrario, el general se volvió y me increpó:

—Sammartino, ¿usted se da cuenta de lo que le estoy contando? Para muchos militares, estas páginas significaron su propio código de ética. Cómo se debía proceder ante cualquier hecho suscitado dentro del ejercicio propio de la represión ejercida contra los subversivos.

Según Suárez Mason, el tormento, la tortura, los crímenes de guerra, la pena de muerte y hasta el robo de las propiedades y los hijos del enemigo estaban contemplados en las hojas de ese compendio de sugerencias y reglas de moral. Como no quería prestarme a su juego, no respondí. No sabía a dónde quería llegar.

Tras esperar un rato, y viendo que yo no estaba dispuesto a colaborar, arrancó otra vez con su disertación sobre lo que es moral.

—Para mí, todo pecado o inmoralidad es una subversión… La guerra subversiva y revolucionaria fue simplemente el intento por degradar al hombre tratando de corromperlo, fomentando la facilidad para pecar. Quisieron, y en cierta medida lo han logrado, institucionalizar las pasiones como el odio y los vicios como la envidia y el resentimiento. Han entronizado la mentira y el error en el lugar que le correspondía a la verdad. Se subvirtieron los valores y hoy los pibes se ven tentados a reemplazar el bien por el mal y las virtudes por los vicios. Cuando una civilización se ve alterada por el ataque de la subversión, a veces no queda otro remedio temporal que restaurarla. Como cuando el cirujano corta y mutila a un miembro del cuerpo para salvar al todo porque no hay otro remedio eficaz. Así, a veces, el derecho natural solo puede ser curado por una fuerza de sentido restaurador, que no busca destruir sino que quiere restablecer el orden.

Leía y asentía, interpretando cada palabra. A veces se detenía y tomaba un sorbo de té para luego proseguir, retomando desde el párrafo en el que había interrumpido la lectura.

—El sentido real de la legalmente autorizada orden de aniquilar es: matar, asesinar, hacer desaparecer, cortar y mutilar para salvar al resto. Usar la fuerza para restablecer el orden, como el médico cirujano o como el militar de esa trágica época de los setenta.

Lo escuchaba y me daban ganas de salir corriendo. Comencé a sentir miedo. El tipo estaba desencajado. Decía cualquier barbaridad y no dejaba de acosarme con su mirada.

—Para mí solamente se puede hacer entrar en razón al hombre por el amor o por el terror. La utilización de la violencia es de alguna forma justificada desde la ética. La utilización de las armas está legitimada ante el derecho que tenemos todos los seres humanos de realizar actos que estén dirigidos a la defensa propia. Insisto con el ejemplo del cirujano. La violencia que ejercita un criminal no es la misma que la violencia que debe aplicar un cirujano. Una destruye el orden y la otra lo restaura. Y así, como no cualquiera está facultado para operar, tampoco cualquier ciudadano es dueño de usar la

violencia. Por eso la República nos prepara a nosotros, los militares, y nos califica para emplear la fuerza en su defensa. Lamentablemente, las Fuerzas Armadas que ganaron la guerra con los fusiles, al poco tiempo fueron derrotadas culturalmente. Vencimos sí, pero lograron corrompernos.

Ahora sentía que se hablaba a sí mismo, como si en su interior estuviese teniendo lugar un *mea culpa*. Ya nada me sorprendía. Parecía un alma perturbada justificándose a sí misma.

—¡Es pecado matar a un inocente pero no a un culpable! El castigo del culpable no es algo malo. Es un bien que se le hace al enemigo, a la sociedad y, sobre todo, al orden público. La doctrina militar es clara y contundente. No hay nada que pueda hacerse al extranjero que no sea lícito hacerle al enemigo interno. Si el derecho de guerra permite guerrear y matar al extranjero, es porque se puede hacer lo mismo con los propios ciudadanos delincuentes. ¡El matar prohibido por el quinto mandamiento es solo una objeción pacifista! Quien tenga autoridad para juzgar podrá y a veces deberá privar de la vida al delincuente, que al estar cometiendo el delito habrá renunciado a ese derecho, perdiendo la dignidad de ser racional.

Repitió dos veces la última frase. Más fuerte la segunda vez. Cuando se detenía me miraba con mayor intensidad. Todavía no sé por qué se ensañó tanto aquella tarde. Estuve a punto de renunciar a todo lo que venía haciendo.

—La justicia pública también tiene el deber de aplicar hasta la pena de muerte a quien la mereciere por la magnitud de su falta. Es un derecho natural de quien se defiende, protegerse con la violencia proporcionada contra la violencia injusta. Nada más natural que rechazar la fuerza con la fuerza. Cuando los hombres injustos renuncien a violentar el orden, los defensores de este podrán renunciar al uso de la fuerza. El uso justo de la fuerza para reprimir proporcionadamente la injusticia, el terrorismo y el crimen, no solo es lícito sino que el gobierno que no usa esta prerrogativa cuando el bien común lo exige, falta a su deber, amén de hacerse cómplice de los delincuentes.

Después de casi una hora y media de show corrido, terminó con su relato y dejó el libro de nuevo a un costado. Estaba exhausto. Nunca quiso relajarse y jamás me dejó participar. Fue como un sumario de temas lanzados al aire, uno detrás de otro, enganchados con una lógica y un destino de fatalidad. No aceptaba intervenciones porque tampoco toleraba las correcciones. Como todo autoritario, quería hablar y eternizar su mensaje.

Al despedirme hasta el próximo encuentro, lo saludé con un apretón de manos como gesto de que no me atemorizaba. Luego caminé tres o cuatro pasos para retirarme pero inmediatamente me volví sobre ellos. Se me ocurrió que antes de irme debía devolverle al general el recorte del diario *Página/12* que había llevado. Mientras se lo entregaba, de paso le recordé la frase final que Raúl Alfonsín había dicho en la entrevista.

—La historia la escriben los triunfadores. Lo que es seguro es que la historia no tiene nada grave de qué acusarme.

Un bebé para un cura amigo

Por algún motivo que no lograba descifrar, en octubre de 2003 comencé a presentir que mi vínculo con Suárez Mason estaba llegando a su etapa final. La última vez que nos vimos la había pasado mal. De una u otra manera, cuando esto ocurría, el general solía aplacar su voracidad y se esforzaba por bajar a tierra matizando su ímpetu belicoso. Lamentablemente, eso no volvería a ocurrir. Por esos días, su vida comenzaría a trastocarse y nunca más recuperaría el sosiego. Decidí borrarme por un tiempo. Si él no llamaba o me buscaba, yo no iba a hacerlo. Me estaba afectando su cercanía. Nadie se comporta correctamente cuando se siente amenazado.

La ansiedad y la ira de Suárez Mason no se detenían. De vez en cuando su esposa me llamaba por teléfono y me contaba cómo lo veía. Me decía que sufría mucho y que la estaba pasando muy mal. Ella sabía que era la única capaz de dominar a la bestia que había dentro de su marido. Lita me buscaba con la intención de hacer retornar al general a la senda del equilibrio y la normalidad. Con sus delicados modales, presionaba y se ofrecía de intermediaria para que yo aceptase volver a visitar a su esposo.

Desde la asunción de Kirchner como presidente, Suárez Mason advertía que las noticias contrarias a su bienestar se sucedían en las páginas de todos los diarios día tras día.

Después de varias idas y vueltas y de no pocas dudas, me volví a reunir con él. Le pedí a su esposa que no se ausentara de la casa. No quería volver a quedarme solo con el general.

El reencuentro fue en una tarde de intenso calor a finales de octubre de 2003. El departamento estaba fresco y Suárez Mason me esperaba ansioso, parado cerca de la mesa del comedor. Llevaba

puesta una chomba amarillo clarito, pantalón fino gris y se lo veía de buen semblante. Sus gestos transmitían el agrado por recibirme nuevamente en su casa. Apenas nos sentamos, cada uno en el lugar de siempre, no se contuvo y volvió a lo ocurrido la última vez.

—Usted que lee *Página/12*, supongo que leyó lo que salió sobre el documental de la periodista francesa.

Rebusqué en las lecturas recientes, pero no supe de qué me hablaba. Al verme desorientado, arremetió como siempre lo hacía. Me contó que uno de sus hijos le había acercado una nota que había publicado el diario *Página/12*.

—¡Ah, bueno! Parece que algo está cambiando en esta familia. Resulta que ahora también se lee un diario zurdo en esta casa —mi tono fue burlón. Suárez Mason me miró con disgusto y prosiguió con lo que me quería contar.

—En la nota de *Página/12*, Horacio Verbitsky escribe: "Bignone dijo que los derechos humanos tienen un valor distinto según la persona de quien se trate. En una asombrosa extrapolación de épocas, homologó las torturas aplicadas durante la dictadura militar con el maltrato a detenidos por la policía en el presente y dijo que los delincuentes que entran a una comisaría deben recibir por lo menos una pateadura. Bignone está bajo arresto domiciliario a disposición del juez federal Jorge Urso en la causa por el robo de bebés dados a luz en cautiverio".

Dejó de leer. Me miró fijo como reclamando que prestara atención. Y prosiguió.

—"Bignone admitió 8000 desapariciones, dijo que la tortura fue aprobada por la Iglesia y aseguró que la única forma de evitar que le pongan una bomba es matar antes al tipo que se la va a poner". ¡Estoy de acuerdo con todo eso!

Me usaba para desahogarse. No había cambiado en nada. El tono de su voz, la manera en que se dirigía a mí y, fundamentalmente, lo que decía. Se notaba que quería hablar, expresarse y contar lo que nunca había contado. Luego apareció Lita para traer algo fresco de tomar y unas masitas secas bañadas en chocolate. Según lo habíamos arreglado en privado, ella aparecería de tanto en tanto durante la charla para que su esposo sintiese más visible su

presencia y no me atosigara con la insistencia de los últimos encuentros. Traté de llevar la conversación para el lado que quería.

—Como Bignone, usted está bajo arresto domiciliario en la causa por el robo de bebés.

Suárez Mason me miró con inquina. Dejó el diario a un costado. Abrió la boca como para responder de inmediato pero finalmente se demoró unos instantes. Seguramente quería elaborar con precisión en su cabeza lo que iba a responder. Había logrado desenfocarlo. Por primera vez mi contrincante se disponía a reaccionar y contestar. En mi interior celebraba y le daba la bienvenida al juego de preguntas y respuestas.

—Con respecto al robo de bebés no tengo mucho para decir. Los hechos ocurrieron como consecuencia de la anarquía que se vivía. Las mujeres subversivas detenidas eran de lo peor. Eran muy combativas pero lloraban demasiado. Tenían la lealtad de cuidar y no entregar a sus hombres. Muchas de ellas fueron mocosas que se aparearon por puro idealismo con sus jefes. Es por eso que muchas mujeres terroristas llegaron detenidas con muy pocos meses de embarazo. En los lugares de detención las violaciones no formaban parte de las sesiones de tortura. Las guerrilleras no tenían ninguna moral. Se acostaban con todos los hombres de la célula terrorista para mostrar que no eran burguesas. Quedaban embarazadas y utilizaban su estado para ejecutar misiones terroristas más fácilmente. Eran unas salvajes. En el quinto mes de embarazo, tomaban una aguja y se la metían en el vientre para abortar.

Yo no podía creer lo que estaba escuchando y no me pude contener.

—¡Hubo militares, policías y personal de seguridad que abusaron y violaron!

Pretendí sacarlo de su zona de confort, pero no se inquietaba. Se tomaba su tiempo para responder. Mientras tanto, su esposa iba y venía tal cual se había comprometido. Su presencia y sus incursiones en medio de la charla me sirvieron para mantenerme tranquilo.

—En la gran mayoría de las situaciones, nuestros hombres eran fácilmente seducidos. De esta manera, gracias a los mutuos y continuos favores sexuales, las mujeres lograban piedad y mejores

tratos. A su vez, nuestras fuerzas descomprimían la presión de un trabajo cargado de mucha tensión. Yo siempre estuve al tanto de que todo esto ocurría, pero jamás me ocupé de reprimirlo. De alguna manera sospechaba que ambas partes recibían su compensación correspondiente más allá de que sus puestos de combate los encontrara enfrentados. Esas relaciones clandestinas jamás fueron autorizadas pero nos trajeron algunos beneficios. En muchas ocasiones, las mujeres guerrilleras dejaban de comportarse como tales y se unían a nuestra causa. Se cambiaban de bando y trabajaban para nosotros. Muchas llegaron a ser nuestros mejores espías. Le soy muy sincero. Nunca pensé que esto podía llegar a ocurrir en una situación de guerra. Solo podría entenderlo desde un análisis extremo de la psicología femenina. Supongo que usted ya sabe a qué me estoy refiriendo.

De nuevo aproveché el bache de silencio para preguntar rápidamente. Quería evitar que Suárez Mason se distrajera. Estaba confesando como nunca lo había hecho.

—A partir de lo que está contando, ¿niega la existencia de un plan sistemático de apropiación de bebés durante la dictadura?

Fue entonces cuando se descontroló. Levantando la voz me dijo que era un desubicado que abusaba de su hospitalidad. Estaba enardecido, como si yo lo hubiese insultado. Al instante apareció Lita para calmarlo. Me sugirió que diera por terminada la charla y en cuanto me puse de pie, el general también lo hizo y me obligó a quedarme. Inmediatamente nos sentamos los tres. Como ofrenda de paz, Suárez Mason le pidió a su esposa que no se retirara. Se calmó lentamente.

—Le cuento, Sammartino. Hubo muchos bebés en situaciones irregulares y todo se hizo muy difícil de controlar. ¡Lo de un plan sistemático son puras pelotudeces! Había bebés por todos lados. Venían con sus madres que eran detenidas y también nacían de mujeres subversivas que estaban embarazadas. Hasta incluso, muchos otros bebés fueron el resultado de un montón de relaciones mantenidas entre víctimas y victimarios.

—¿Y por qué usted no hizo nada?

Levanté la voz como si un impulso interior me obligara a hacerlo. Lo hice sin darme cuenta. Mientras tanto, Lita me sujetaba la mano con fuerza temiendo cualquier tipo de reacción.

—¿Y qué podía hacer yo? Yo debí hacer la vista gorda porque mis jefes también hacían la vista gorda. Si todos mirábamos para otro lado, nada de todo eso ocurría. Esta clase de hechos no estaban previstos en nuestros reglamentos militares. Pero está muy claro que en toda situación de guerra, este tipo de irregularidades son muy habituales.

Luego de minimizar lo que le había preguntado, se paró avisando que necesitaba ir al baño. Aprovechando la ocasión, Lita no tardó en reprenderme por haber hecho enojar a su marido. No me gustó la corrección y le respondí que el general se había vuelto irascible. Le ofrecí retirarme de inmediato. Ella no quiso que me fuera y me pidió un poco más de tolerancia. "Deje que se desahogue, por favor", me suplicó, y me tomó otra vez de la mano. Al rato Suárez Mason regresó y lo dejamos solo por unos minutos. Yo pasé al baño y Lita, atenta como siempre a todos los movimientos, aprovechó para escaparse en busca de más bebidas frescas.

En el baño me sorprendió el fuerte olor a cigarrillo. También quedaban algunos restos de humo. El general tenía terminantemente prohibido fumar pero lo hacía a escondidas. Sobre la jabonera había dejado olvidado un paquete de Kent, aquellos cigarrillos británicos bastante populares en Argentina entre los años setenta y noventa.

Reanudó la charla más calmado. Me volvió a sorprender.

—Le voy a hacer una confesión. Recuerdo un caso en el que intervine personalmente. Se trató de un favor que hice para alguien que hoy ocupa una alta jerarquía dentro de la Iglesia. En aquel entonces, solo se trataba de un simple cura, muy amigo mío. Como es de suponer, siempre estuvo al tanto de mis actividades. Actualmente es el obispo de una de las diócesis más importantes del país. Todavía sigue siendo un gran amigo mío y de mi familia.

De inmediato le pregunté de quién hablaba y qué favor le había hecho como para que me lo quisiera contar a mí en estas circunstancias.

—Tranquilo, Sammartino, no me atosigue...

Frustrado, me recosté contra el respaldo del sillón. Lita volvió a entrar y se sentó a mi lado. Se había apresurado en volver con otra bandeja cargada de galletitas de limón y jugo de naranja con hielo. Suárez Mason arrancó de nuevo.

—Por aquel entonces, este sacerdote amigo me pidió desesperado un favor que no pude negarle. El cura tenía a un hermano viviendo un serio problema. Atravesaba un estado depresivo porque con su esposa no podían tener hijos. Anoticiados de las distintas irregularidades que había con los partos de las mujeres guerrilleras detenidas, y en virtud de cierta revelación imprudente que yo había hecho durante alguna de mis confesiones privadas con el cura amigo, sus familiares se atrevieron a pedirme a través suyo que "por el amor de Dios" los ayudara a conseguir uno de esos bebés.

Supe de inmediato la gravedad de lo que Suárez Mason acababa de revelar. Hasta ese momento no había existido confesión mayor. Lucía plenamente consciente de lo que decía. Contuve mi impaciencia y me quedé callado. Miré a su esposa para saber si se mostraba sorprendida. Solo atinó a agachar la cabeza y esquivar mi mirada. Por supuesto que ella también sabía de lo que Suárez Mason hablaba. Debía seguir escuchando lo que el general quería terminar de contar. Me concentré en grabar en mi memoria cada detalle de aquella descomunal revelación.

—Estaban desesperados y yo no pude negarme. En realidad, no quería hacerlo pero terminé haciéndolo. ¡Yo colaboré para que ellos tuvieran un bebé! O se podría decir, que yo robé un bebé para Dios.

Allí largó una carcajada sonora que retumbó en el silencio del departamento. Una carcajada diabólica. Lo miré con odio apenas comenzó a reírse. Su esposa no despegaba la vista del piso. Suárez Mason continuaba burlándose como si se tratara de un juego. No tenía noción de la gravedad de lo que estaba diciendo. Me paré y Suárez Mason me interrumpió el paso. Se había puesto de pie rápido. Su semblante había cambiado. Ya no se reía con sarcasmo. Me acercó su cara lo más que pudo a la mía. Y modulando cada palabra con rabia me dijo por segunda vez:

—Si lo contás, te mato.

Y volvió a reír fuerte. Lo esquivé y encaré hacia la puerta; traté de marchar tranquilo a pesar de estar enteramente perturbado. Su esposa salió a buscarme y me interceptó. Me tomó de la mano, me pidió disculpas y, después de algunas vagas explicaciones, me rogó que tuviera discreción. Desde adentro de la casa, sin que yo pudiera verlo, Suárez Mason continuaba gritando desencajado:

—¡No se vaya, no sea cagón! A ese nene yo le salvé la vida. ¡Si lo contás, te mato!

Desde ese momento y sin quererlo, me convertí en una amenaza para Suárez Mason. Me consta que hasta los últimos días de su vida el verdugo de la dictadura viviría atormentado por el grave descuido cometido.

Salí del departamento lo más rápido que pude. Las piernas me temblaban. Al llegar a la planta baja, lo primero que hice fue mirar hacia todos lados y cerciorarme de que nadie me estuviera esperando. Me sentía agitado, comenzaba a tener miedo y mi cabeza no dejaba de repetir una y otra vez: "Qué tremendo hijo de puta, qué tremendo hijo de puta".

Dios, el diablo y el día que me echó de su casa

Luego del último encuentro, pocas chances me quedaban de seguir hablando con él. Su decadencia psicológica era tan evidente que, bajo la excusa del desahogo, yo debía predisponerme a cualquier tipo de agravio. A esa altura de los acontecimientos, continuar hablando con Suárez Mason se había convertido en una misión riesgosa. Además, mi cuota de tolerancia había llegado a su límite. Las numerosas intentonas que su esposa realizaba para disculparlo tenían fecha de vencimiento. De poco serviría que me volviera a llamar. Presentía que el juego de los buenos modales y las charlas amenas con Suárez Mason ya no se volverían a concretar.

A pesar de los esfuerzos que hacía por mantener firme mis convicciones, interiormente me reprochaba por no tener la capacidad de soportar las embestidas del verdugo. Cuanto más repasaba mis apuntes y revivía las grabaciones que hasta ese momento había logrado, mucho más valor informativo le daba al material conseguido.

Inesperadamente, en los días finales de noviembre de 2003, el general volvió a llamar. Insistió a lo largo de todo un día pero no quise atenderlo. Fueron alrededor de diez llamadas y en ninguna dejó mensaje. Al día siguiente insistió de la misma manera. Hizo tres intentos durante la mañana, otros tres por la tarde y, por último, uno más ya entrada bien la noche. En el final, dejó un mensaje perturbador.

—Sammartino, tengo ganas de reunirme con usted para charlar un poco de Dios.

Apenas lo escuché regresaron a mi memoria todos sus insultos. ¿Por qué insistía en querer hablar conmigo? ¿Qué tan peligroso podría seguir siendo el que fuera el verdugo más feroz de la dictadura? ¿Intento seguir hasta donde pueda o lo dejo definitivamente? Pasé horas considerando las opciones. Me preguntaba si, a pesar de lo ocurrido en la última conversación, todavía seguían existiendo chances de terminar con lo que había empezado.

El convite insinuaba alguna jugarreta. Jamás se me hubiese ocurrido pensar que el general tuviese la necesidad de hablar de Dios conmigo. Desde el día en que lo conocí hasta la fecha, nunca se había referido expresamente a Dios. Al contrario, en más de una ocasión me había expresado que creía en el infierno y solía hablar también de los poderes del demonio. "El diablo tiene una cola muy larga", repetía convencido.

Pese a todo, la propuesta me intrigaba y no me fue fácil tomar una decisión. Sufrí de ansiedad, soporté los miedos y, al final de todo, decidí equivocarme. Deseaba enormemente terminar lo que había comenzado. Una y otra vez me repetía que sería la última partida de ese macabro juego de confesiones.

Mientras me decidía, lo hice esperar. Contesté el mensaje recién cuatro días después. A propósito, llamé a la casa de los Suárez Mason a media mañana de un domingo sabiendo que el general no estaría allí: seguía escapándose de a ratos de su prisión domiciliaria. Su esposa Lita atendió el teléfono, suavizó con interpretaciones obscenas los motivos de mi último altercado con su esposo y finalmente acordamos el día y la hora de la próxima cita. "No venga armado", aconsejó burlonamente al despedirse.

Coordinamos la cita para el sábado siguiente a las cinco de la tarde. Si bien yo hubiera deseado concretar la reunión cuanto antes, ella insistió en esa fecha con la excusa de que así lo había pedido su marido. Con el ánimo de no entorpecer lo que supuestamente sería mi último encuentro con el general, acepté las reglas de juego.

Nos reunimos a las cinco de la tarde del sábado 6 de diciembre, festividad de San Nicolás de Bari. Suárez Mason eligió esa fecha a

propósito para hablar de Dios conmigo. Era un día desapacible, de lluvia torrencial y fuertes vientos. Yo no estaba del mejor humor.

Toqué el timbre y aguardé a ser atendido, inmóvil debajo del agua. El diluvio era intenso y no había llevado paraguas. Después de unos minutos, el general en persona se acercó para auxiliarme. Abrió la puerta y, antes de saludar, maldijo al portero por haber dejado la entrada cerrada con llave. Luego agradeció mi presencia y me hizo pasar. En el camino, se quejó del mal tiempo y de paso aprovechó para retarme por no haber llevado paraguas.

A los pocos minutos, ya estábamos sentados en el lugar de siempre. Lita me saludó apenas me vio entrar al departamento y luego desapareció. Suárez Mason lucía de buen talante. Se lo notaba entusiasmado y con ganas de conversar. En los primeros minutos yo me mantuve distante pero después, en tren de descomprimir, lo distraje hablando de Argentinos Juniors. Si algo pretendía lograr, no había mejor argumento que comenzar hablando de su equipo. Pero inmediatamente se apropió del protagonismo. Primero habló de fútbol, después aventuró represalias de Néstor Kirchner contra los militares y finalmente comenzó a hablar de Dios como si nada hubiese pasado entre nosotros.

En mi interior, manejaba un montón de hipótesis. ¿Realmente fui convocado para eso? ¿Qué tenía que ver yo con esa cuestión? ¿Por qué había cambiado tanto su personalidad? Algo raro presentía y su comportamiento era, al menos, sospechoso. Se había vuelto a comportar como en aquellas primeras reuniones. Era evidente que se estaba controlando. Cada tanto, su esposa espiaba por la puerta de la cocina. Supuse que se hacía ver para que yo me quedara tranquilo. A su manera, la esposa del general era predecible en su conducta.

Mientras tanto, Suárez Mason hablaba de Dios.

* * *

Yo soy una persona muy religiosa. En la vida he tenido manifestaciones muy importantes que han acrecentado mi fe.

Siempre he sostenido que la fe es algo que uno tiene a veces intuitivamente y, otras veces, se va educando en ella o la va mamando de a poco. La fe constatada y probada es mucho más firme y fuerte. Creo que yo la he tenido tal vez porque he tenido que pasar muchas cosas difíciles. Gracias a Dios, soy muy creyente. ¡Pero guarda, no soy un chupacirios! Creo en el alma y en un ser superior. Creo en Dios y en la Virgen, pero de los curas a veces me cuido. Hay de todo en la viña del Señor, pero algunos sacerdotes la pifian demasiado. Son seres humanos, es lógico. A veces nos equivocamos en pensar que hay que verlos y tratarlos como si fueran Cristo en carne y hueso. Pero eso no es así, son tan mortales como cualquiera de nosotros. Se equivocan y se mandan macanas. Hacen obras de caridad pero también mienten. Son tan pecadores como nosotros. La única diferencia es que están del otro lado del confesionario. Ellos pueden bendecir y en nombre de Dios nos dan la absolución. A nosotros solo nos queda arrepentirnos y confesar. Hay curas muy buenos, por supuesto. Tengo buenos amigos dentro de la iglesia. Muchos de ellos hoy son monseñores. En la época de la subversión trabajamos muy bien codo a codo. Ellos sabían cosas que por la situación de guerra que se vivía no se podían revelar. En esas circunstancias tan difíciles y dramáticas, donde uno se confunde o a veces se tara, siempre es bueno tener un sacerdote cerca que nos ayude a poner en claro nuestra conciencia. A la iglesia le pasa lo mismo que a las Fuerzas Armadas. Se la acusa de haber participado en la represión, de mirar para otro lado, de perdonar a los represores y condenar a los subversivos. Se dicen un montón de pelotudeces, pero hubo curas en los dos bandos. La Biblia lo dice y Cristo lo proclamó antes de que los judíos lo asesinaran. La iglesia tiene su misión en la tierra y no puede estar nunca del lado equivocado. La iglesia juega del lado de los buenos y nunca del lado contrario. Ella jamás podría acompañar la lucha de quienes son sus enemigos. Muy por el contrario, en la causa contra la subversión, la iglesia estaba de nuestro lado porque los zurdos eran los malos. Para los curas, los terroristas mataban y asesinaban, estaban pecando. Nosotros, en cambio, nos defendíamos del mal y del demonio que quería arrastrarnos. La iglesia tuvo lo suyo también. A ellos también

se les infiltró el comunismo. Hubo muchos sacerdotes de los llamados tercermundistas, como el padre Mugica, que nos complicaron bastante las cosas.

Yo he tenido que pasar por muchas cosas serias en la vida. Gracias a que las he superado, hoy puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que he vivido cosas verdaderamente milagrosas. Esos hechos me han demostrado que en el más allá hay algo muy superior al ser humano. Estoy convencido de la existencia de ese ser superior. He leído mucho sobre las religiones más importantes del mundo y a la cristiana la conozco bastante bien. Hay tres religiones monoteístas que fueron las que fundaron e instituyeron la verdad sobre la que nos regimos la mayoría de los seres vivientes que habitamos la Tierra. Por un lado están los judíos, por el otro sus herederos los cristianos, y por el otro lado han aparecido un poco después los musulmanes. Ellos son muy simplificadores y por eso han tenido un gran éxito. Es una religión que se ha difundido enormemente en muy poco tiempo. Para mí, la religión judía es muy complicada en todas sus normas. Moisés recibió los diez mandamientos de la ley de Dios pero después fue de nuevo y recibió la ley judía que resultó ser mucho más tremenda y de difícil cumplimiento. Los judíos son una raza y tienen una religión muy complicada. Es acertada en lo que es el monoteísmo, es decir, en la presencia de un único Dios verdadero. Cristo es un reformador que sigue la misma religión porque los diez mandamientos siguen siendo los de Moisés.

La religión cristiana no cambia nada. Moderniza o facilita dejando de lado toda esa complicada ley judía. Es por eso que reemplaza todo. Los musulmanes, en cambio, son todavía mucho más simplificadores. Para ellos, existe Dios y nada más. Un profeta, Mahoma, que escribió lo que Dios le dictaba por inspiración del Ángel San Miguel y que, en definitiva, son las mismas normas que Dios quiso que el hombre cumpla en la Tierra. Y punto, nada más. Eso cualquiera lo entiende. Es por esta razón que la religión musulmana se propaga enormemente. Lo único que tiene de complicado en la práctica es que deben rezar obligatoriamente las cinco oraciones del día.

También han habido, incluso existen hasta el día de hoy, infinidad de divisiones dentro del cristianismo. Por ejemplo, los protestantes y los católicos. En realidad, no hay grandes fundamentos para que esto ocurra ya que la religión es una sola, y es la que instauró Jesucristo cuando vino a la Tierra. Pertenecen a la misma religión que es la cristiana. Lo que los diferencia son sus normas, otros tipos de ritos y ciertos principios. El protestantismo apareció en su momento porque la Iglesia romana cometía demasiados abusos. Esos abusos generaron diferencias y las diferencias provocaron los cismas. Los protestantes concretaron un cisma muy grande con la Iglesia católica de Roma y se animaron a diferenciarse incluso en algunos principios y ritos. Después están los anglicanos que se separaron pero conservan casi todo igual. Uno puede escuchar misa en una iglesia anglicana y luego la escucha en una católica romana, y es todo igual. La única diferencia importante es que no responden al mandato del Papa y en su lugar de autoridad proclamaron a otro obispo propio.

Soy una persona de mucha fe. Tengo muchos curas y obispos amigos, y hasta algunos de ellos me deben buenos favores. Antes comulgaba más seguido pero ahora no voy tanto a la iglesia. Me bautizaron de muy chiquito y llevo grabado a fuego en mi alma el nombre de la Virgen de la Paz. Siempre me sedujo la confesión. Creo que es un sacramento de grandes beneficios. Hace rato que no converso largo y tendido con un buen sacerdote. Estamos un poco distanciados pero no existe nada grave, ya voy a retornar porque sé que soy yo el que está en falta. El tema de la religión siempre me interesó, es uno de los temas que más me apasionan. En mi casa y en mi familia siempre se respiró la fe en Dios y la devoción a la Virgen. Mi mujer es muy devota de la Virgen, cree en todas las advocaciones que encuentra. Yo para eso soy un poco más parco, siempre espero respuestas inmediatas y pido explicaciones cuando no las hay. Será por eso que mi mujer siempre me dice que soy un hombre de poca fe. No creo que sea tan así. Por el tipo de profesión que he seguido siempre he tenido que ser un poco más racional y nunca pude dejarme llevar por los sentimentalismos. Esas mariconadas no son propias de un buen militar. A nosotros nos

preparan para la guerra. En esos momentos cruciales no se puede dudar y los sentimientos no te pueden nublar la razón. Un buen soldado cumple con su deber y no cuestiona. Las órdenes se ejecutan primero y luego, "con muchísimo cuidado" se pregunta por las dudas que hayan quedado. La fe en esto, si bien ayuda, no tiene mucho que ver.

Yo relaciono la fe con el compañerismo, con la lealtad, con el compromiso del que está combatiendo a tu lado. La fe la veo en la relación que debe existir entre jefes y subordinados o en el convencimiento que debe haber con la misión que se ha de cumplir. Todo el resto, para mí, son sensiblerías que poco ayudan a quienes debemos llevar un uniforme. Creo mucho en el poder de la Virgen pero no tanto como mi esposa. Ella tiene una devoción casi ciega por la Virgen. Entiendo que la devoción que se tiene por esa figura religiosa es exagerada. María no es un ser divino, es un ser terrenal que —como madre de Jesús— se dice que es la mejor intercesora ante Dios. Para mí, así debe ser porque en realidad el jefe es Dios. ¡Ahí no hay vice que valga! Soy muy devoto a la Virgen del Rosario de San Nicolás. Es impresionante la historia de la virgen que se le apareció a una vidente muy humilde que vivía en esa localidad. Todos los meses yo solía hacer trescientos kilómetros para ir a verla y rezarle porque me habían pasado cosas muy importantes.

He vivido alguna vez una crisis espiritual. El hombre es una combinación de materia y espíritu. La materia se queda en la tierra y el espíritu sigue. Nadie puede decir para qué, ni a dónde. Pero que sigue es seguro. Si uno se aferra a lo material, a las riquezas y a todas esas cosas que se acumulan para ostentar y para pasarla mejor, no está haciendo más que juntar cosas que va a tener que dejar acá cuando se muera. Del otro lado, no se las va a poder llevar. Es necesario darse cuenta de lo importante que es el cultivo del espíritu. Si uno pasa por esta vida es precisamente para cultivar el espíritu. El espíritu es lo que sigue. ¡Cuando vayamos al cajón, no habrá mortaja con bolsillo! En la vida moderna hay una inclinación por saciar los placeres de los instintos más bajos. Por eso existen la prostitución, las drogas y todas esas cosas que son tan solo materiales. Las personas buscan evadirse y se equivocan. Se busca a

Dios en donde Dios no está. ¡El Dios dinero no existe y el Dios sexual tampoco!

Tuve la suerte de ser formado en una familia donde la importancia de los valores espirituales ha existido siempre. Además, gracias a Dios me eduqué en el colegio de La Salle en donde pude crecer durante cinco años en una verdadera escuela católica. Ellos no eran muy exigentes en el sentido religioso. Nosotros rezábamos una oración al empezar la clase y nada más. Los domingos íbamos a misa y punto, a otra cosa. Era suficiente como para saber que estábamos en un colegio que tenía principios morales muy estrictos y, la verdad, eso me ayudó mucho en mi vida. En el La Salle no había sacerdotes, había hermanos. La diferencia es que eran muy equilibrados. La religión era algo que ponían por sobre todas las cosas pero no insistían tanto. Creo que es el mejor camino para tener fe, porque uno llega por deducción propia y no porque te la den todo el día. Dejaban que la fe penetrara sola en nosotros y creo que era mejor así. Yo conozco a todos los que hemos salido de ese colegio y, con las excepciones de todas las reglas, ha sido gente que en la vida ha tenido éxito y ha seguido cultivando aquellas cosas que les enseñaron de chicos.

Mis familias eran muy religiosas, cristianas y católicas. Solo mi bisabuelo era de otro palo, era anglicano. Está enterrado en una iglesia en la catedral de Santa Rosa, en la provincia de La Pampa. En el caso de las Fuerzas Armadas, por ejemplo en el Ejército, la inmensa mayoría de la gente es católica. Obviamente, como sucede en todos lados, hay muchos remolones que no van a misa pero son católicos. No son muy practicantes que digamos pero profesan esa religión. Tengo compañeros que son católicos muy practicantes y otros que… Bueno, solo son cristianos y gracias. Alguno he conocido que era anglicano pero por lo tanto cristiano y otros, muy pocos, ateos. Ahora se les llama agnósticos porque se quieren sacar ese nombre o ese rótulo de ateos que les desagrada. Yo sé que a esa clase de personas que aseguran no creer en nada cuando les ha tocado vivir grandes dolores familiares, se han derrumbado inmediatamente. Eso ocurre porque no tienen el apoyo de la fe. Las sociedades de hoy promulgan por todas partes que los vicios, los

placeres, el egoísmo y la promiscuidad son la razón de vivir del ser humano. Yo soy una persona muy espiritual y por eso creo también en la existencia del mal. No me avergüenza admitirlo. Creo que el diablo existe y que tiene la cola muy larga. Cuando no somos del bando de Dios, el demonio trabaja para su causa. La criatura se va metiendo lentamente en el cuerpo pero también se mete en el alma. Si no estamos bien parados, Satanás nos dará vuelta de un plumazo. En pocos instantes nos puede transformar de buenas en malas personas.

* * *

—Sé muy bien lo que le digo, eh… Yo lo viví. ¡El mal existe! ¿Usted cree en el mal, Sammartino?

—¡Por supuesto! Creo en la condenación del infierno pero también creo en la salvación eterna.

—¿Usted está seguro de que el infierno existe?

Me eché a reír. Ese fue el momento en que me di cuenta de por qué me había citado. Aquel perverso señor de 79 años buscaba engatusarme, enredarme en cuestiones de fe. Empecé a hablar con plena convicción.

—Yo creo que para algunos se trata de una cuestión relativamente fácil y que para otros resulta muy difícil de creer. A mi modo de ver, por un lado están los que se comportan de acuerdo a la voluntad de Dios y por el otro lado están los que pretenden ser mucho más poderosos que él.

Suárez Mason me observaba atento pero no estaba de acuerdo con lo que decía. Hacía gestos con la cara y jugueteaba con sus manos. Parecía nervioso. Ya conocía esa expresión: estaba buscando en su cabeza lo que quería decir. Aproveché para preguntar:

—Y usted, ¿de qué lado cree que está?

—¿Usted qué piensa?

—Que usted no se arrepiente de nada y que jamás le escuché pedir perdón. Yo pienso que se va derecho hacia el infierno.

Dudé, sí, pero sentí la necesidad de comenzar a decirle todo lo que realmente pensaba sobre él. De otro modo no me lo iba a poder perdonar. Suárez Mason insinuó una sonrisa y me miró con odio. Su cara se llenó de bronca y sus manos dejaron de moverse. Me había desubicado y tendría que atenerme a las consecuencias.

—Usted se cree muy valiente para hablarme de esa manera porque lleva puesto un rosario colgado del cuello. Le cuento: como soldado no necesito pedir perdón por defender a mi patria. Yo no hice nada malo. Creo en el mal pero no soy el mal. Tampoco estoy loco, ni soy un desquiciado.

Imprevistamente apareció su hija Gloria, que sin que yo supiera ya estaba en la casa cuando yo había llegado. El general se distrajo y no pudo seguir con su descargo. Ella pasó indiferente al lado nuestro, sin siquiera saludar. Solo cruzó la sala durante unos pocos segundos. El general la excusó.

—Usted sabrá disculparla. Hace rato que ya no saluda. Me odia porque por culpa mía nunca pudo conseguir un novio.

Dijo esto y se rio socarronamente, mientras de costado espiaba que su hija no lo hubiera escuchado. Enseguida, llamó a su esposa a los gritos y reclamó por otra tanda de té, café y masas finas. Con la excusa de que era sábado y estaba anocheciendo, me puse de pie y me disculpé porque tenía que retirarme. Con el impulso final, cobré valor de nuevo y pregunté:

—¿Por qué quiso hablar de Dios conmigo?

Suárez Mason también se paró y me miró fijo a los ojos.

—Porque usted no me cree. Piensa que soy un malvado que hizo cosas terribles.

—Yo no creo en la justicia humana porque está llena de errores. Solo confío en la justicia divina. Ojalá usted encuentre la manera de excusar sus crímenes delante de Dios.

Suárez Mason se sorprendió. El odio lo transfiguró. Dejó de mirarme. Seguí.

—Usted se miente a sí mismo. El argumento de la guerra no lo excusa de nada. Pusieron la ley a un costado. Se escapó porque no quiso hacerse cargo. No fue presidente de milagro. Los hechos y las explicaciones que me dio se contraponen con la dignidad de todo ser

humano. Se atrevió a confesar que colaboró para que un bebé llegara a manos de un cura amigo. ¡Eso fue un robo!

Hasta ahí aguantó. Suárez Mason explotó de furia. Empezó a gritar.

—Se terminó, no hablamos nunca más. Quiero que se vaya ya mismo de acá.

Empujó con violencia el sillón donde hacía unos instantes estaba sentado. Luego dio tres o cuatro pasos hacia el costado para alejarse de mí.

—¡Lita! ¡Lita!¡Lita!

—No grite. Quédese tranquilo, me voy.

—¡No se atreva a publicar nada de lo que hablamos!

—¡Voy a escribir un libro!

Ahora el que gritaba era yo. Llegó Lita y trató de apaciguar los ánimos. Sujetó con fuerza el brazo izquierdo de su marido, al mismo tiempo que me contenía, apoyando su mano sobre mi hombro derecho.

—Pero lo tiene que hacer en mis términos —retrucó sorpresivamente Suárez Mason, un poco más calmado pero tan autoritario como de costumbre.

—¡Lo siento, general! Con su consentimiento, hablamos muchas veces y siempre nos reunimos en esta misma casa. ¡Yo voy a escribir un libro sobre usted, no para usted!

—¡Lo del bebé no se puede contar!

—Tarde o temprano se va a saber.

Luego me corrí hacia un costado para poder esquivarlo y avancé de nuevo para salir de la casa. Suárez Mason me despidió repitiendo por tercera y última vez aquellas palabras que ya le había escuchado decir:

—Si lo contás, te mato.

Esta vez le creí. En su rostro no había sonrisa grotesca y burlona, y ya nada disimulaba la gravedad de sus palabras. Sentí la amenaza en su máxima expresión.

Me juré no volver a verlo nunca más.

Pero no lo cumplí.

Evita la prostituta, las lujurias de Perón y el enigma de sus manos cortadas

Burlado ingenuamente por una mentira de su esposa, días antes de las fiestas de finales del 2003 me reuní —ahora sí— por última vez con Suárez Mason. A pesar de que había jurado no volver a hacerlo, me jugaron una emboscada.

Al igual que en otras circunstancias, nuevamente su esposa había intercedido en favor de su marido bajo la excusa de que "estaba mal de salud". "Sus problemas cardíacos se han complicado", "el general está grande y se siente perseguido", "fue un año muy malo para él", "aunque sea por compasión, no deje de visitarlo" y otras excusas constituyeron los argumentos que Lita utilizó para convencerme. Hasta llegó a insinuar de manera muy misteriosa que su esposo conocía a los responsables de haber robado las manos de Perón. Expresamente me dijo: "Si le interesa el tema, cuanto antes venga a ver al general. Él está convencido de que a usted le va a interesar". Luego me pidió que "no sea resentido, que me olvide de todo lo pasado" y finalmente selló la cita para la merienda del día siguiente.

Algo tramaban. Por alguna razón que todavía no llegaba a imaginar, Suárez Mason necesitaba que volviera a su hogar y puso como anzuelo información sobre el destino de las manos de Perón. Su estrategia dio resultado. El desafío bien valía el intento.

Dudé hasta último momento, pero al día siguiente me presenté puntual en la casa del general. Como era de esperar, nadie agonizaba dentro de esa casa. Suárez Mason poco se esforzaba por disimular. Me llamó la atención que en la mesa del comedor había

una bandeja con cuatro tazas preparadas. No había dos como siempre. Apenas nos sentamos, el general largó con su monólogo...

* * *

Hay una frase famosa del general Perón: "La única verdad es la realidad". Esa fue una de las pocas cosas buenas que le escuché decir y creo que tenía razón. Yo soy un tipo realista. Sé perfectamente que mi apellido condenará para siempre a toda mi familia. Mis hijos ya no usan el apellido completo, ahora son todos Suárez. Mi hija sufre porque no puede tener una vida normal y yo sufro porque ella no podrá ser feliz. El general era un viejo bandido. Recuerdo que también tenía otra que repetía muy a menudo: "La cuestión es poner el carro en movimiento porque los melones se acomodan solos". El loco era pura filosofía casera. Sabía muy bien de todas esas cosas porque era un viejo zorro. De no ser así, no hubiera podido permanecer tantos años en el poder. Pero lamentablemente nos causó un daño enorme. Por su culpa se deterioraron los más auténticos principios y valores de la Nación. Además, si el gran mal que tuvo este país fue Perón, el gran mal que tuvo Perón fue Evita. Fue él quien ensalzó toda la caca. Gracias a ella, y a Evita me estoy refiriendo, Perón tuvo que reemplazar toda la doctrina social del movimiento. El viejo sabía que estaba en falta. Si hasta por ella llegó a enfrentarse con la Iglesia. Él decía una cosa, pero después se daba vuelta y hacía otra. Evita lo dominaba. Esa mujer era una mina de cuarta y muy boca sucia. Lo único que hacía era repartir plata del Estado que no le pertenecía. Trabajó mucho, eso sí. Hay que admitirlo. Pero con plata ajena, con dinero del Estado nacional.

A Perón hay que reconocerle que fue uno de los grandes iniciadores de la industria argentina. Él se dio cuenta de que para salir adelante y crecer había que desarrollar la industria nacional. Por eso yo siempre digo que ni el Turco Menem, ni mucho menos el huevón de Duhalde, se le parecieron en algo. Ellos no llegaron ni a atarle los cordones de los zapatos. Se dicen peronistas pero no

tienen ni idea de la capacidad de ese viejo loco. Algo similar sucede con los radicales. Ninguno de los boinas blancas de hoy le llega siquiera a los talones a un Leandro Alem. Estos políticos que tenemos ahora son muy inferiores a los que había antes. Hay una diferencia enorme con los grandes fundadores y líderes de nuestro país. Si hasta el mismo Perón, con todas sus inmoralidades a cuestas, era mucho mejor que estos políticos ladrones que hay ahora. Por eso siempre digo: ¡cómo serán de malos los peronistas de hoy, que todavía el mejor de todos sigue siendo Perón!

Lamentablemente también es cierto que Perón se rodeó siempre de personas que no sabían un carajo de nada. No tenían estudios, ni siquiera alguna preparación básica. ¿Alguien puede pensar o creer que Evita estudió o se preparó en algo para desarrollar la función que desempeñaba?¡Ni en pedo! Así como lo hicieron era más fácil y más cómodo.

Se contaba un chiste a raíz del grado de obsecuencia que había en todo el entorno a Perón. El general le dice a Cámpora: "¡Che, Cámpora! ¿Qué hora es?". Y Cámpora le responde: "¡La hora que usted quiera, mi General!". López Rega fue otro personaje nefasto que también tuvo a su lado como hombre de confianza. ¡Ese sí que era un monje negro! Era un cabo que había sido dado de baja y que Perón lo hizo comisario general. Creo que nadie sabe por qué hizo eso. Perón tenía esa enorme facilidad de subvertir las cosas y, quizás, los efectos de sus erróneas decisiones las estamos sufriendo ahora. Esos efectos se ven claramente reflejados en los hijos y en los nietos de aquella generación que gobernó nuestra Nación. Hay un adagio español que dice: "Padre trabajador, hijo caballero, nieto pordiosero". Padre trabajador porque laburaba a *full*, hijo caballero porque disfrutaba del esfuerzo de sus padres y finalmente el nieto que se terminaba quedando en bolas. Esa idea tranquilamente se puede aplicar a la Argentina de los años dos mil. Hoy por las calles de Buenos Aires vemos a hombres con dos Mercedes Benz y catorce rubias encerradas en un *country*, mientras que hay otros pobres hombres deambulando por toda la ciudad, cagados de hambre y en pelotas revisando la basura. No hay más ética ni moral y la crisis siempre está latente.

Le cuento una anécdota que me tocó vivir hace muchos años. Cuando comencé mi carrera militar estuve destinado durante dos años en el regimiento de Paraná, en la provincia de Entre Ríos. Allí pude casarme y tener a mi primera hija, Gloria. Por desgracia, luego me trasladaron a la Escuela de Caballería ubicada en Campo de Mayo, en la provincia de Buenos Aires. Para mí ese traslado significó un cambio rotundo en mi vida porque fue allí, en la Escuela de Caballería, donde comenzaron mis primeros problemas. Esto ocurrió hacia fines del año 1948. La documentación del pase de cambio de destino había llegado tarde, razón por la cual recién me presenté en Campo de Mayo en febrero o marzo de 1949. De esta manera me vi obligado a realizar imprevistamente un curso de tenientes. Se trataba de una instrucción de aprendizaje que duraba todo un año y en la que las exigencias académicas y militares eran extremadamente difíciles. Me acuerdo de que durante ese período, el jefe del curso fue el entonces mayor Juan Carlos Onganía, que a su vez era el segundo jefe de la Escuela de Caballería. Durante todo ese tiempo tuve la posibilidad y la suerte de conocer muy de cerca a Onganía. Era un hombre parco y serio. Siempre se comportaba de manera disciplinada y solía ser exigente en todos los aspectos. Gozaba de una admirable capacidad profesional y, sin bien era un oficial estricto, ejercía su don de mando con absoluta honestidad y un adecuado sentido común. Como jefe de curso fue un buen conductor y un muy buen ejemplo. En 1950, pasé al Departamento de Reglamentos e Instrucción que estaba en la misma Escuela de Caballería. Ese departamento estaba dirigido por el mayor Rauch, que luego llegaría a ser general y fue el que —al poco tiempo de comenzar mis funciones— me confió su desagrado por todo lo que estaba ocurriendo en el gobierno nacional. Por supuesto, él se estaba refiriendo a Perón. Con él conversé muchas veces sobre el tema, hasta que en una oportunidad me llevó a dialogar con el general Bautista Molina, un viejo y muy conocido general de los años 30 que habló ante un gran número de jóvenes oficiales convocados a esa charla sobre el grave panorama político. Fue en ese preciso momento en que supe fehacientemente que para los militares Perón comenzaba a ser un gran problema. Mis instintos me decían que

algo raro se comenzaba a gestar. Dentro de las Fuerzas Armadas, y yo diría más bien dentro del entorno de la casta militar, la vulneración a los principios éticos y morales tenía muchísima repercusión. La vida íntima de un oficial no se podía ventilar públicamente porque exponía ante "la muchedumbre" la honorabilidad del militar argentino. Si bien es cierto que en cuestiones personales tampoco los uniformados somos unos santos, la obediencia y el respeto por la institución a la que representamos nos llevaba a cuidarnos y a ser extremadamente prudentes en cualquier tipo de incursión indecorosa.

Así fue que, por esos días, en el ambiente militar había muchísimo malestar. La gran familia castrense no aceptaba las ostentaciones inmorales de Perón. Para que se me entienda bien: hoy en día ver a una prostituta es una cosa muy común. Aparecen en las revistas, las entrevistan por televisión, se muestran y se las ve caminar de la mano de grandes empresarios e influyentes funcionarios. Todo eso es muy normal ahora, pero por aquellos años no era así. Que una mujer fuera algo rápida e indecorosa en su vida pública y que se manifestara un poco ligera de ropas en cercanías de hombres de poder ocasionaba un valor negativo y de rechazo. Eso era contrario a la decencia y a las buenas conductas. Mucho más si estos hechos se vinculaban de alguna manera con integrantes de las Fuerzas Armadas. Para nosotros, los militares en actividad de aquellos días, fue verdaderamente calumniante la presencia de Evita acompañando al general Perón. Por supuesto, era el mismo Perón el que se permitía esos excesos. Hasta incluso, llegué a enterarme de que no había manera de hacer reflexionar al general. ¡Perón no recapacitaba! En lo personal, creo que la conducta de los militares también se juzga por sus comportamientos éticos y sus compromisos morales en todos los quehaceres de la vida. Los privados y también los públicos. Además, eso importa mucho más aún si se trata de un oficial de una alta jerarquía y que ostenta la autoridad máxima de una nación. Para mí, lo de Evita siempre fue intolerable. Jamás se tuvo que haber permitido que esa mujer se aproximara al poder. Lamentablemente, con su aparición en escena, Perón comenzó a mostrar signos desfavorables. Recuerdo que

cuando yo era teniente, al general se le había ocurrido esa idea extraña de reformar la Constitución porque se quería perpetuar en el poder. Usando su carisma y apoyo popular buscaba indebidamente la reelección de su gobierno. Para los militares fue una terrible contradicción. No había necesidad de modificar la Constitución. Perón era muy querido y admirado por la gran mayoría de las personas y en el Ejército —pese a los cuestionamientos hacia su moralidad— como profesional militar tenía ascendiente admirable. Él no necesitaba quedarse indefinidamente atado al bastón de mando y tampoco tenía buenos motivos. Era su ego y sus ambiciones de más poder lo que lo llevaban a buscar la reelección.

* * *

Sonó el teléfono y Suárez Mason se detuvo. No se preocupó por intentar atender la llamada. Aprovechó el recreo y se abalanzó sobre las masas finas. Luego se sirvió un poco más de té y me ofreció café. En el ínterin, Lita se acercó desde la otra punta de la casa para que el aparato dejara de molestar. Solo habló unos pocos segundos y volvió a colgar. Al retirarse, le avisó a su marido que "el doctor no podía venir a verlo". Suárez Mason se molestó.

—¡La puta que lo parió! No se puede confiar en ningún abogado.

Lita se retiró. Suárez Mason farfullaba. Gesticulaba y movía las manos con mucha bronca. Luego de lamentarse en un rato más por la mala noticia que le anunciaron por teléfono, finalmente reveló el verdadero motivo de la convocatoria.

—No se enoje, Sammartino. Quería que conociera a mi abogado, pero tendrá que ser en otra ocasión.

Me acababa de confesar que me había convocado a través de un engaño. ¿Para qué querría presentarme a su abogado? ¿Qué iba a pasar ahora que no vendría? Por alguna razón fortuita, la intentona no le había salido bien, se le había frustrado. La inquietud y el malestar se habían apoderado de mí. Pese a todo, intenté disimular y aguanté la impaciencia. El general seguía hablando como si nada.

* * *

Como Perón quería la reelección, y encima la presencia de Evita era inaceptable, en poco tiempo los militares lo consideramos como un traidor. Me refiero a todos los integrantes de las Fuerzas Armadas, a todas nuestras familias y a todos los ciudadanos que adherían a los ideales sanmartinianos. Perón fue el responsable de la división del Ejército. Gracias a él, o mejor dicho, por culpa suya, se empezó a infiltrar la política entre los militares. Entre nosotros no debía haber ninguna tonalidad política y no nos tenía que influenciar ninguna ideología de turno. Nosotros éramos los representantes del gran Ejército Argentino y estábamos hechos para salvaguardar y proteger a nuestra Nación. Con la aparición de la política en el Ejército comenzó a surgir el espionaje interno y la persecución de nuestros camaradas. Se buscaba controlar la opinión de los oficiales, e incluso algunos que se habían animado a hablar mal del gobierno fueron desplazados del Ejército. La impunidad de Perón era total. No le importó en ningún momento el uniforme que llevaba puesto. Se dedicó a cazar a sus propios camaradas. Así las cosas, todo se fue complicando. El contagio se extendió y surgieron nuevos traidores. Había más buchones y también mayor inmoralidad. Evita era nuestro mayor problema. Ella fue un factor decisivo. Yo sé que cualquiera tiene derecho a casarse con quien le dé la gana, pero de acuerdo a los reglamentos de ética militar estaba prohibido casarse con prostitutas. Perón no debió nunca casarse con Evita. Con ella se prostituyó para siempre la moral de nuestras Fuerzas Armadas. Creo que esto no solo era indecoroso para nosotros los militares, sino también para los civiles y para todos los argentinos. ¡Evita era una prostituta! Para un militar, los reglamentos son códigos de honor. No hay nada ni nadie que se pueda atrever a romper esas reglas morales. Hacer caso omiso, sería como desertar y abandonar a los camaradas que luchan contra el enemigo.

Le voy a contar una anécdota que le dará una idea de lo que Evita influía en Perón, y de lo que Perón era capaz de hacer por ella. Esto sucedió cuando estaba en el cuarto año del Colegio Militar.

Como yo había sido estudiante del La Salle, el jefe del Cuerpo de Cadetes nos autorizó a participar como exalumnos en los actos conmemorativos de la fiesta patria que se celebraban en mi antigua escuela. Con la venia de nuestros jefes, los lasallanos que estábamos en los distintos institutos militares de las tres fuerzas nos hicimos presentes en el colegio. Luego de la ceremonia escolar, que fue bastante larga, al llegar a mi casa durante la tardecita, mi madre me dijo que habían llamado del Colegio Militar para notificar sobre un cambio de órdenes. Las instrucciones decían que yo no debía presentarme esa misma noche en el Instituto pero, asimismo, me ordenaban concurrir al día siguiente al Teatro General San Martín y reportarme a las órdenes del entonces teniente Caro. A la hora señalada nos encontramos en el lugar de la cita. Yo estaba contento porque había tenido un día más de licencia pero, a su vez, no lograba entender por qué me tenía que presentar en el Teatro General San Martín. Cuando llegamos, Caro nos llamó y nos repartió una entrada a cada uno de los cadetes y nos dijo que íbamos a disfrutar de una obra de teatro y que nos hallábamos allí por orden del director del Colegio Militar. También nos dijo que la obra era un poco larga y nos amenazó con sanciones en caso de atrevernos a quedarnos dormidos. "Yo voy a estar alerta y vigilante", recuerdo que nos dijo. De allí nos fuimos al *pullman* y nos instalamos. La función empezó inmediatamente, apenas dos minutos más tarde. La velada se trataba de una obra de teatro larguísima llamada *Pasión y muerte de Silverio Leguizamón*. Lo estoy recordando ahora y todavía me causa risa. Nosotros éramos cadetes del Colegio Militar a punto de recibirnos de oficiales y estábamos ahí sentados sin saber por qué diablos nos habían llevado. Según la obra, este tal Silverio Leguizamón vendría a representar a un gaucho que estaba muy alzado. Todo transcurría en territorio de la provincia de Santiago del Estero y se relataban las mil y una tropelías de este personaje, que tenía una novia rubia y muy bonita que lo acompañaba en todas sus andanzas. Un buen día, Silverio mata a un hombre en una reyerta que se arma en una pulpería. Luego viene la policía, lo detiene y lo condenan a muerte. La historia continúa hasta que en el último acto se disponen a concretar el fusilamiento en la plaza mayor del pueblo

según era la costumbre de la época en los tiempos de Rosas. Justo cuando a Silverio se le leían los argumentos de la sentencia, y los verdugos uniformados se aprestaban a ejecutarlo, llegó una orden del juez del lugar con la que se le permitía al sentenciado salvar su vida a cambio de que alguna mujer, presente en la plaza, lo pidiera en matrimonio. De ese modo se le cambiaría la pena por una condena que pudiera cumplir en vida. Sorprendido por el imprevisto milagro concedido por el juez que impartía la ley del lugar, Silverio esperaba que aquella mujer rubia y bonita que lo acompañaba en todos sus delitos y que además estaba presente en la plaza levantara su mano y se dispusiera a rescatarlo de aquella terrible muerte. Pero no ocurrió. La rubia se quedó quieta y ni siquiera se inmutó. En cambio, saltó otra mujer negra, mucho más gorda, culona y desdentada que se hallaba en la plaza vendiendo empanadas. Ella vio la oportunidad de su vida y, levantando la mano y a los gritos, dijo: "Yo me caso con Silverio, yo me caso con Silverio". Desilusionado y angustiado, el pobre Silverio Leguizamón miró a aquella joven bonita y compañera de andanzas, cerró los ojos y los volvió a abrir. Dirigiéndose al oficial que estaba a su lado, dijo: "¡Que me fusilen!".

* * *

Suárez Mason se echó a reír como un desequilibrado. Su rostro se había desencajado. Yo no lograba descifrar por qué me contaba aquel viejo recuerdo.

—Es una historia espectacular. La mujer lo traicionó y, según parece, la mina no lo quería tanto. Esa mujer estaba a su lado solo por interés y conveniencia y, cuando las papas quemaron, se borró. Lo dejó solo y se mandó a mudar. ¡Qué raras son algunas mujeres que son capaces de comportarse de esta manera! Pero lo insólito de todo esto era: ¿qué hacíamos nosotros ahí? Fueron cinco actos larguísimos y la obra era una historia terrible con un desenlace de locos. Le cuento, Sammartino: esa chica rubia, la que en la obra se había negado a salvar a Silverio Leguizamón, era María Eva Duarte.

¡Sí, era Evita! Ahora entenderá por qué estábamos allí en el teatro San Martín. Fuimos obligados a participar de la obra por el director del Colegio Militar. La razón de todo esto era muy sencilla. Evita era la amante de Perón y, por ese entonces, el general era el ministro de Guerra. Por eso recibimos la orden de ir a ver esa obra. Nos obligaron a ver cómo actuaba la amante del general Perón. Y nosotros estuvimos. Encima de todo, la obra era una porquería. Con el correr del tiempo, todo iría de mal en peor. La maldad de esa mujer ya había sembrado su semilla. Evita fue la mina, la amante, y llegó a ser la mujer de Perón. No se detuvo hasta convertirse en una heroína del pueblo argentino. Esa señora no tenía ningún derecho de estar ahí. Ocupó un lugar que no le correspondía y vaya uno a saber las cosas que habrá hecho para llegar hasta donde llegó. Perón se calentó con ella y se la apropió como su amante. Ella no tenía ningún derecho para estar a su lado y, mucho menos, para casarse con él. Perón era un militar con enormes cualidades para la política y un impresionante apoyo popular pero esta mujer le arruinó la vida. El problema fue que el general no podía estar solo y las mujeres le gustaban demasiado. Cuando Evita llegó a su vida, llegó como una prostituta que solo busca su propia conveniencia. Luego vinieron los acontecimientos políticos y se terminaron casando. Así nos empezaron a joder a todos nosotros y ella comenzó a intervenir en todos los actos de gobierno. Perón dejó de ser aquel líder tan carismático e individualista como se lo conocía para convertirse en otro Perón que solo se mostraba y se movía a las sombras de Evita. ¡Qué lo parió! Esa mujerzuela logró opacar a Perón. ¡Es increíble lo que puede hacer una mina! Por culpa de ella, Perón se tuvo que enfrentar con sus propios pares que no la aceptaban a su lado. Con la presencia de Evita, llegó la inmoralidad al Ejército. La política ya había empezado a corroer el código de ética militar y la presencia de esta mujer ocasionó la destrucción moral de los militares de esa época. Yo lo viví de cerca. A mí nadie me la va a contar torcida. La familia militar no solo repudiaba a Evita sino que también rechazaba a Perón. El gran líder carismático y de enorme popularidad delante de sus propios camaradas, precipitadamente comenzaba a desgastarse. Se había convertido en un verdadero inmoral.

Subrayó la última frase y dio por terminada la charla. Como solía ocurrir, todo se acababa cuando él lo decidía. De todos modos, en esta oportunidad me pareció más que conveniente. Hacía dos horas que estábamos allí encerrados hablando de la mala vida de Evita y la lujuria de Perón. Yo seguía nervioso y me dolía muchísimo la cabeza. De alguna manera, parte de mí se había abstraído del encuentro. Me había sentido incómodo desde que me enteré de que quería presentarme a su abogado.

Antes de la despedida, el general comenzó a hablar como si estuviera relatando un cuento extraño. Todo lo que decía parecía un delirio, con indicios imprecisos y datos rebuscados.

—La historia cuenta la vida de un hombre bueno que terminó haciéndose malo. Con el transcurso del tiempo, se enamoró de una hiena y se convirtió en una bestia salvaje. Vivía encadenado a un árbol y cuando logró soltarse salió corriendo a jugar con las víboras. Poco a poco recuperó sus fuerzas y se hizo más poderoso que antes. Volvió a ser el hombre malo que era. Un buen día llegaron unos cuervos que comenzaron a picotearle la cabeza y luego las piernas y después los brazos. Más tarde aparecieron bichos por todos lados. Eran tantos y tan molestos, que el hombre empezó a comerlos para que dejaran de fastidiarlo. Poco a poco volvió a convertirse en bestia. Viejo y estropeado, finalmente el hombre bestia se arrojó por un precipicio y al caer golpeó su cuerpo contra el suelo y se le cortaron las manos.

Me preguntó si había entendido algo de su analogía. Supuse que "el hombre malo" aludía a Perón. Pero todo parecía irreal y confuso. Suárez Mason celebró mi acierto con aplausos:

—Ahora entiende por qué le cortamos las manos a Perón.

—¿Le cortamos? ¿Acaso usted tuvo algo que ver?

Una vez más había logrado sorprenderme.

—No, no, solo es una analogía. Cuando ocurrió lo de las manos de Perón yo estaba lejos de Argentina. Evita era la hiena. Fue la gran culpable y después el general se enloqueció. Por jugar con las víboras, ese hombre malo tuvo a una nena de amante y fue por eso que le robaron las manos. Quizás se las cortó alguno que jugaba de arquero.

Suárez Mason se fue al baño y yo me quedé rumiando preguntas. Sonó el portero eléctrico de la casa y volví a la realidad. Pensé que el abogado de Suárez Mason finalmente había llegado y temía por lo que pudiera pasar. Apresuré la retirada. Aprovechando que el general no había regresado, me puse de pie lo más rápido que pude y enfilé hacia la entrada del departamento. Abrí la puerta, le dije a Lita que iba a buscar unos papeles al auto y no regresé nunca más. A esa altura del encuentro ya el enigma de la reunión había quedado develado. De alguna manera, Suárez Mason y su abogado pretendían formalizar algún tipo de presión adicional sobre mí. Su defensor le habría advertido que había sido una imprudencia confesar el episodio del robo del bebé.

Cárcel y muerte

Desde aquella última vez en la que prácticamente me escapé de su casa, nunca más volví a reunirme con Suárez Mason. A los pocos días, luego de un incidente ocasionado por la violación de su prisión domiciliaria, la justicia le revocaría definitivamente ese beneficio. Todo comenzó en la noche previa a su cumpleaños número 80, cuando el exrepresor abandonó su departamento para festejar anticipadamente en una cena con amigos. Según lo que pudo determinar la investigación oficial, el episodio se conoció a partir de un mensaje anónimo que llegó a manos del entonces canciller Rafael Bielsa. Dicha denuncia aseguraba que el viernes 23 de enero de 2004, "Suárez Mason había salido de su departamento de la avenida Santa Fe al 1300, acompañado por tres hombres, a bordo de un automóvil Audi con patente diplomática CD 0027". Según el anónimo, "el mismo auto regresó al exrepresor a su casa alrededor de la 1.30 del sábado 24, día de su cumpleaños".

La cancillería argentina constató que el vehículo diplomático pertenecía al embajador ecuatoriano en Buenos Aires, teniente coronel retirado Germánico Molina, que en diálogo telefónico con el canciller Bielsa reconoció que el hecho había sucedido. Según lo que explicó el diplomático ecuatoriano, fue a verlo "por pedido de Rubén Chiriboga, amigo del exrepresor desde tiempos en que este fuera agregado militar en Ecuador. Chiriboga —hijo de un exembajador ecuatoriano en Buenos Aires, Ángel Isaac Chiriboga Navarro— quería hacerle llegar a Suárez Mason un regalo de cumpleaños".

Molina relató que el viernes por la tarde cerró su Embajada, compró dos botellas de vino y fue a tocar timbre a casa de Suárez Mason. "En medio de la charla llegó otro amigo, el empresario Emilio Asad, fanático hincha de Argentinos Juniors". Suárez Mason se fue

de su casa, pero en el auto de Asad, aseguró el embajador Molina en su versión.

Para la cancillería, cuando Molina habló con Bielsa, dijo "no haberse dado cuenta de la gravedad del hecho, dio detalles del cumpleaños y hasta contó que en el festejo había mujeres que bailaban la danza del vientre, entre ellas una hija de Asad".

Apenas se confirmó la veracidad de los hechos, por instrucción del presidente Néstor Kirchner, el canciller Bielsa llamó a su colega ecuatoriano Patricio Zuquilanda y le solicitó que retirara del país a su representante. Le hizo saber además que "para el gobierno argentino no había dudas del rol que había cumplido Molina en la salida de Suárez Mason".

En declaraciones radiales realizadas todavía desde su casa, el exrepresor negó la versión de los hechos. "No hay testimonio directo del embajador de Ecuador que diga que vio a Suárez Mason fuera de su casa, sino un relato de Bielsa que dice eso", argumentó su abogado defensor, Adolfo Casabal Elía. Según el letrado, las denuncias respondían a "una guerra entre la subversión y los militares que continúa por los medios". Eran parte de "una campaña para que los que cumplen arresto domiciliario vuelvan a prisión común". "Queda claro que los medios salen contra los que son militares y esconden o callan todo lo que pasó del lado de la guerrilla, que fue la que impulsó la represión. Nunca se habla de lo que pasó con la guerrilla, sino de lo que puede haber hecho un militar para combatir", insistió.

Mientras todo esto ocurría, públicamente se agitaba el debate sobre la prisión domiciliaria de los más de 50 exrepresores mayores de 70 años con prisión preventiva. Los organismos de derechos humanos reclamaban que cumplieran su condena en la cárcel.

A los pocos días se definió el incidente. Mientras que el gobierno ecuatoriano accedió al pedido argentino de retirar al embajador, el juez federal Jorge Ballestero decidió enviar a Suárez Mason a una cárcel común. En su resolución el magistrado consideró que el arresto domiciliario, contemplado en la Ley 24.660, está previsto para los mayores de 70 años o enfermos incurables en período

terminal, pero la norma dispone también que el beneficio se puede revocar si se desobedecen las condiciones que impone el juez.

El abogado de Suárez Mason apeló la decisión e hizo un pedido para que su defendido no fuera trasladado a una cárcel común, argumentando que sufría de una isquemia coronaria, por lo que debía realizar ejercicios en un gimnasio tres veces por semana.

Finalmente, el exjefe del I Cuerpo de Ejército fue alojado en el complejo penitenciario federal de Marcos Paz, luego de que tres jueces federales coincidieron en revocarle la prisión domiciliaria por considerar que había salido de su casa sin permiso para festejar su cumpleaños número 80. En su primera noche en la cárcel, Suárez Mason no durmió en una celda, sino que fue alojado en las instalaciones hospitalarias del complejo.

El 22 de julio de 2004, bajo el título "Por Suárez Mason", la señora Noemí Alais de Suárez Mason, su esposa, hizo llegar al director del diario *La Nación* una copia de la carta que había enviado al presidente Kirchner, al jefe de Gabinete, a varios ministros y a los jueces de la causa que se instruía contra su marido.

> Me dirijo a usted en mi calidad de esposa del señor Carlos Guillermo Suárez Mason para hacerle presente la delicada situación en la cual se encuentra, la que conlleva una palmaria violación a los derechos humanos y demás derechos civiles consagrados en el Pacto de San José de Costa Rica que es norma suprema de la Nación, en virtud de lo prescripto en el artículo 31 de la Constitución nacional.
> Motiva esta carta presentarle los siguientes aspectos referidos a la situación de mi esposo: 1) es el caso recordar que el señor Suárez Mason tiene a la fecha 80 años, en virtud de lo cual, por las normas procesales aplicables, le corresponde gozar del beneficio de la detención domiciliaria; 2) el deteriorado estado de salud de mi marido, conforme constancias presentadas en varias oportunidades en la causa N° 10326/96 radicada en el Juzgado en lo Criminal y Correccional Federal N° 7, Secretaría 13, interinamente a cargo del doctor Jorge Urso, se ha agravado en las últimas semanas, según consta en la historia clínica obrante en el Hospital Militar Central, Cr. My. Dr. Cosme Argerich; 3) su detención, a partir del 2 de febrero del actual en el Complejo Penitenciario Federal II de Marcos Paz, ubicado en la provincia de Buenos Aires, ha ocasionado una acentuación del deterioro de su salud, referido en el punto (2) de esta presentación, en relación a las precarias condiciones asistenciales existentes en dicho centro.

Se destaca que el 11 de junio tuvo que ser intervenido quirúrgicamente en carácter de urgencia.
Estas tres situaciones de hecho, objetivas y evidentes, acreditadas fehacientemente a través de la actuación del equipo médico que asiste a mi esposo y de las constancias obrantes en la causa judicial antes referida, me llevan a peticionarle, invocando los derechos humanos aludidos en la normativa aplicable, vigente y obligatoria en la República Argentina, que se restablezca a través de los medios procesales pertinentes, en forma inmediata, el beneficio que, conforme a derecho, corresponde conceder a favor de mi esposo, atento a las consideraciones vertidas precedentemente.
Señor presidente, soy consciente, y conforme a ello lo he peticionado en la presente, de que, en virtud del principio de separación de los poderes, son los jueces de la causa los que tienen que tornar operativo el beneficio antes aludido. No obstante lo expuesto y conforme a lo prescripto en el Pacto de San José de Costa Rica y en la Convención de Viena sobre el Derecho de los Tratados, normativa también vigente y obligatoria en la República Argentina, la no concesión de lo peticionado podría generar responsabilidad internacional del Estado por el incumplimiento de derechos consagrados en tratados internacionales que, conforme se expresó *ut supra*, son ley suprema de la Nación.
Máxime teniendo en cuenta la delicada situación de salud en la que se encuentra mi esposo, efectúo desde ya la reserva de accionar conforme al derecho que nos asiste, de invocar las acciones legales correspondientes en contra de todos los funcionarios a los cuales les correspondiere algún grado de responsabilidad de no adoptarse la medida que, conforme al derecho nacional e internacional, corresponde se aplique en forma inmediata en este caso. La no concesión de esta medida configuraría, lisa y llanamente, el tipo penal "abandono de persona" previsto en el Código Penal argentino.

Once meses después de su detención, en diciembre de 2004, la Cámara Federal confirmó la pérdida del beneficio del arresto domiciliario en la causa sobre la existencia de un plan sistemático para la apropiación de bebés durante la última dictadura militar. El abogado José Casabal Elía había planteado la nulidad de la decisión que se tomó en primera instancia. La Sala I de la Cámara sostuvo que la desobediencia de las disposiciones del arresto domiciliario por parte del imputado obligaba a revocar el beneficio. "Vale resaltar también —expresaron los camaristas Horacio Vigliani y Gabriel Cavallo— que los informes médicos agregados al legajo de salud de Suárez Mason descartan la posibilidad de que esta medida resulte

desmesurada". Los camaristas analizaron que, si bien los estudios médicos "reafirman el delicado estado de salud de Suárez Mason", los exámenes "indican que se encuentra en condiciones tanto para realizar las rehabilitaciones como para ser reintegrado a la unidad de detención donde se encuentra actualmente alojado".

Cuatro meses después, el 16 de abril de 2005, tres jueces federales —Daniel Rafecas, Guillermo Montenegro y Sergio Torres— ordenaron que Suárez Mason volviera a la cárcel de Devoto, luego de haber estado internado en el Hospital Militar, para esperar en ese penal la resolución de las causas en su contra. Según los magistrados, en esa ocasión se constató el estado de salud del exmilitar y se comprobó que estaba en condiciones de volver a una cárcel común.

De sus cuatro hijos, uno lo defendió públicamente. Se trata de Mario Suárez, el tercer hijo del general Suárez Mason, que por más de un motivo había decidido no exponerse con el apellido completo de su progenitor. Un par de meses antes de la muerte del general, Mario hizo pública una carta con fecha 15 de abril de 2005 en la que, entre otras cosas, acusaba al expresidente Néstor Kirchner de querer que su padre muriera:

> Soy Mario Suárez, uno de los hijos del Grl Div (RE) Carlos Suárez Mason. Escribo a usted para informarle que mi padre ha sido retirado del Hospital Militar donde se encontraba cumpliendo "arresto domiciliario", y conducido a Devoto por orden del Juez Torres.
> La salud de mi padre a los ochenta y un años de edad es delicada por lo que a mi juicio es muy claro que la intención de la dictadura Kirchnerista-Montonera es que mi padre se muera, razón por la cual se lo retira de un lugar de sumo cuidado para trasladarlo a Devoto.
> La "justicia" es una palabra que ha dejado de existir hace rato en lo que queda de lo que fue la Argentina. Las presentaciones que realizó el Dr. Florencio Varela han demostrado que las FF. AA. de la Nación actuaron cumpliendo las órdenes de un gobierno Constitucional en primera instancia y por sobre todas las cosas utilizando los Reglamentos Militares vigentes desde la década de los sesenta y votados y aprobados por el Congreso Nacional.
> Ese mismo Congreso que declaró que en el país las actividades de los grupos terroristas eran ilegales, como así también las declaró asociaciones

ilícitas. Los Montoneros buscan venganza de la batalla militar perdida y ahora que tienen el poder no han hecho más que sumir al país en la pobreza total. Hoy Argentina, de la mano de los Montoneros, es considerado el tercer país de mayor riesgo del planeta, comenzando de atrás, quiere decir solamente estamos mejor que Irak y Afganistán. Información que puede ser confirmada en los bancos de inversión en el exterior. Los Montoneros muestran lo que quieren hacer con el pueblo. Las leyes de comunicaciones donde se controla a la gente, léase los enemigos, y por supuesto ni imaginar los mails que van a crear para encarcelar a quienes deseen. El Montonero Rafael Bielsa ordenó al Juez la detención de mi padre por abandono de domicilio para concurrir a una fiesta de odaliscas para celebrar sus ochenta años, prepárense quienes no estén de acuerdo con esta dictadura a sufrir las consecuencias de la misma, los inventos no tendrán límite y así también las detenciones de disidentes. Kirchner desea hacer del país una nueva Cuba, es decir sumir al pueblo en la pobreza absoluta y en la deseducación total, lo que significa olvidarse del futuro. Los Montoneros no se entrenaron para construir sino para destruir, raptar y matar, algo de lo que Bielsa declaró estar orgulloso antes de asumir funciones. De la vida de mi padre en primera instancia será responsable legalmente Néstor Kirchner y luego quienes correspondan debido a que las órdenes en esta dictadura con cobertura de "democracia", siempre vienen de la casa Montonera, ex-Rosada. Una muestra muy clara de la nueva dictadura es que Kirchner nos dijo a todos que tenía cosas más importantes que hacer que ir al funeral del Santo Padre, que eso no es importante, que él es como es y así hay que aceptarlo. Solo fue importante para todos los presidentes incluso el presidente de EE.UU. Está total y diametralmente equivocado, no hay que aceptarlo como él dice que es pues en definitiva él es un Representante del Pueblo y debe hacer lo que debe hacer en representación de su Pueblo y si no le gusta puede renunciar, eso es democracia. Los funcionarios trabajan "para" el pueblo y a este en su carácter de empleador le debe explicaciones, si no es así no es más que una barata dictadura, donde un grupo encaramado en el poder abusa del mismo usando las Instituciones para beneficio propio. Lamentable es que no se investigue la presencia de las FARC en el país, ¿qué hace una fuerza paramilitar extranjera en el país? ¿Con qué fin está desarrollando actividades? ¿Qué clase de actividades realiza? Es obvio que cuenta con el aval del gobierno Montonero, ¿con qué motivo? ¿Por qué no se busca construir en lugar de seguir destruyendo mirando para atrás? ¿Sigue siendo el mayor interés el destruir las FF.AA. y de seguridad para que las FARC operen libremente su negocio? ¿Cuándo alguien va a pensar en el Pueblo a quien representa, en asegurarle paz, bienestar, educación y salud...? De algo estoy seguro y es que este grupo gobernante no tiene idea alguna de cómo hacer una Nación grande, solo aprendieron destrucción y en eso son

expertos, hay que salir a la calle y mirar alrededor. Las monedas de mayor valor en Argentina son traición, odio, venganza, y la muerte es la mejor consejera, que cuenta con amplia libertad, camina a diario por la calle de la mano Montonera. La teoría de los dos demonios fue y es una farsa. El Demonio fue y es uno solo, y hoy gobierna.
Muchas gracias.

Mario Suárez

El martes 21 de junio de 2005 el exjefe del I Cuerpo del Ejército y uno de los máximos responsables de la represión ilegal ejecutada durante la última dictadura militar, Carlos Guillermo Suárez Mason, murió a los 81 años víctima de un paro cardiorrespiratorio. El fallecimiento se registró a las 7.30 horas de la mañana en momentos en que se encontraba internado en terapia intensiva del Hospital Militar Central, adonde había sido trasladado el viernes anterior desde el penal de Devoto y a raíz de una hemorragia digestiva.

"Lo estaban matando en las condiciones en que lo tenían", denunció su abogado, Adolfo Casabal Elía al tiempo que confirmó que había presentado dos *habeas corpus* en los últimos días en favor de Suárez Mason. "A pesar de los numerosos avisos que hice a los jueces federales de que iba a morir antes de tiempo. No podía estar en la cárcel de Villa Devoto por la edad y enfermedades gravísimas que sufría. Iban a verlo los médicos forenses, lo revisaban y decían que tenía que cumplir el tratamiento. Él lo hacía: iba tres veces por semana al Hospital Militar a hacer ejercicios para el corazón", lamentó Casabal Elía.

Estela Carlotto, presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, lamentó que Suárez Mason se "haya llevado a la tumba todo lo que sabía sobre los desaparecidos". Lo definió como "uno de los más crueles" entre los jefes de la dictadura que "se murió sin hablar". "Se va con todos los secretos que guardó, sin su confesión, sin haber colaborado para recomponer la historia argentina", dijo la dirigente al sostener que "la historia lo coloca en el peor de los lugares, el de un mafioso, de un delincuente y un asesino". "Qué lástima que se murió tan pronto. Me hubiese gustado que viviera muchos años para sufrir en la cárcel. Pero de verdad, no como privilegiado, sino para

sufrir", declaró Hebe de Bonafini, presidenta de las Madres de Plaza de Mayo. "Es la justicia divina, pero me hubiera gustado que primero purgara en la Tierra", dijo Taty Almeida, de Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora.

A pesar de todas las denuncias y acusaciones que pesaban sobre él, finalmente Suárez Mason murió sin ir a juicio. La única condena efectiva que tuvo fue en el 2003, cuando fue sentenciado a tres años y medio de prisión por discriminación racial.

Cuando me enteré de la noticia de su muerte recordé una frase dicha por él: "Hablar da privilegios pero el silencio da poder". Fue a comienzos de 1999, la primera vez que hablé personalmente con Suárez Mason. En esas palabras entendí que permanecería callado hasta la tumba. Sin embargo, años más tarde comprendería que estaba dispuesto a confesarme algunos de sus secretos porque creía que hablando obtenía privilegios.

El misterio de la tumba y el fantasma del indulto

Casi veinte años después de su muerte, en los días previos a la fecha en que Suárez Mason hubiese cumplido precisamente cien años, me puse en contacto con un integrante de su familia con el pretexto de develar el misterio de su tumba. Desde aquella última vez en que salí de la casa del represor, nunca más me volví a relacionar con nadie de su entorno.

De aquellos treinta o cuarenta días que transcurrieron entre que me escapé de su casa y lo detuvieron por violar la prisión domiciliaria, solo recuerdo las caras de los enviados especiales y los mensajes que me transmitían en nombre de Suárez Mason. Fue un tiempo en que su furia se desató en mi contra. En varias ocasiones fuí víctima de intimidaciones telefónicas. Una vez por semana, durante más de un mes, dos personas se presentaron en mi trabajo para intentar hablar conmigo, aduciendo que eran depositarios de un mensaje que el general Suárez Mason les había dado para mí. Nunca quise recibirlos ni tampoco me presté al juego de provocaciones. Cuando la guardia de seguridad de la radio me avisaba que habían llegado estos hombres, los hacía aguardar un rato con la intención de espiarlos y ver sus caras. No pude reconocer a ninguno. Siempre vinieron los mismos. Solían esperar unos minutos, insistían un par de veces y se iban sin haber logrado nada. Solo buscaban amedrentar y hacer saber que la fiera seguía inquieta.

El destino final de Suárez Mason fue la cárcel y jamás volvió a gozar de ningún otro privilegio. Enfermo y desprotegido, al año y medio falleció, cumpliéndose aquello que había profetizado cuando

Carlos Menem se bajó del *ballotage* que lo enfrentaba con Néstor Kirchner: "Vienen por mí. De esta no me escapo".

Pasaron, decía, casi veinte años, cuando en los primeros días de 2024 pude descubrir otro misterio acerca de la figura de Suárez Mason. Esta vez la incógnita no se refería a su accionar represivo sino que tenía que ver con el destino final que se le dieron a los restos del exjefe del I Cuerpo de Ejército. ¿Adónde fue a parar su cadáver? ¿Lo escondieron? ¿Lo mantuvieron oculto en algún cementerio privado? Nadie sabía dónde se encontraba su tumba. Tampoco había un documento que certificara su destino. No existía constancia que acreditara que sus restos habían sido cremados. ¿Qué ocurrió entonces? Aunque no se trataba de un apellido que pudiera pasar desapercibido, el tiempo y la distancia de los hechos, complicaban su resolución. Me empeciné por encontrar esa tumba.

El enigma era intrincado. Había datos inciertos, existían coartadas de todo tipo y parte de su familia llevaba una vida encubierta bajo el amparo de un apellido recortado. Incluso antes de su muerte, por vergüenza o deshonor, algunos de sus hijos habían transformado su apellido original en otro más breve y menos pomposo: simplemente "Suárez".

Solo uno de sus hijos no llegó a escapar de las garras malignas de la herencia paterna. Es más, llevaba el peso adicional de llamarse igual que su padre. Se trata de Carlos Guillermo, oficial de la Armada Argentina condenado a prisión perpetua por crímenes cometidos en la ESMA. Padre e hijo, mismo nombre, acusados por delitos de lesa humanidad.

Suárez Mason (hijo), conocido con el alias de "El hijo de Sam", fue uno de los oficiales rotativos que integró el grupo de tareas 3.3.2 que entre 1976 y 1983 actuó en la ESMA, el mayor centro clandestino. Fue detenido en noviembre de 2006, apenas un año después de que su padre falleciera, pero recién en 2017 el Tribunal Oral Federal 5 lo condenó a prisión perpetua acusado de cometer más de 200 privaciones ilegales de la libertad, tormentos agravados y homicidios.

"Los sobrevivientes lo recuerdan siempre pulcro, preocupado por el orden y con acceso a distintos espacios del centro clandestino.

Andaba por el sótano —el sector dedicado a las torturas—, por el Dorado —donde habitaban los oficiales de inteligencia— y también por la llamada 'pecera', donde los detenidos eran obligados a hacer trabajo esclavo. Entre el 15 de agosto y el 1 de noviembre de 1977, en una de las peores épocas de la represión, ese joven capitán de fragata estuvo destinado a la ESMA", describe Luciana Bertoia en una crónica del 5 de julio de 2021 para diario *Página/12*.

Decidido a encontrar lo que buscaba, en diciembre de 2023 me contacté con el doctor Guillermo Fanego, abogado defensor de Carlos Guillermo Suárez Mason (h) y, a través de él, logré hacerle saber que deseaba visitarlo en su lugar de detención. Logré hablar con él por teléfono el viernes 29 de diciembre de 2023 y una semana después nos volvimos a comunicar para quedar en vernos al día siguiente. A esa altura, su abogado había logrado la autorización que yo necesitaría de parte del Servicio Penitenciario para ingresar a la Unidad 31 del Penal de Ezeiza. La cárcel forma parte del Complejo Penitenciario Federal VII denominado Nuestra Señora del Rosario de San Nicolás.

—¿Con qué lo espero? ¿Té o café?

Le dije que me daba lo mismo y le pregunté qué le gustaría que lleve para comer. Pensó unos segundos y enseguida se animó a pedir facturas con crema pastelera y dulce de membrillo. Se despidió advirtiendo que no llevara teléfono celular porque estaba prohibido y que tampoco se me ocurriera intentar pasar escondida alguna cámara, ya que para ingresar hasta el pabellón en donde él se encontraba había que atravesar "tres pasos fronterizos en donde lo van a revisar como Dios lo trajo al mundo".

—No se imagina lo que son capaces de hacer estos muchachotes que nos cuidan.

Luego se rio burlonamente, como lo hacía su padre, y cortó la llamada. Por un rato me quedé paralizado. No podía creer que, después de veinte años, revivieran aquellas viejas charlas que tuve con Suárez Mason padre en la figura de su hijo homónimo.

El contexto político del país parecía ser el indicado para este tipo de encuentro. Dentro de las Fuerzas Armadas —y especialmente entre los militares detenidos vinculados a causas referidas a su

accionar durante la dictadura— veían con agrado la asunción del presidente Javier Milei y de su vicepresidenta, Victoria Villarruel. Según los uniformados, atrás quedarían "veinte años de ensañamiento kirchnerista". En la prensa resonaban con insistencia los rumores más diversos e inquietantes sobre las drásticas decisiones que el naciente gobierno liberal tomaría en beneficio de militares detenidos.

Según el runrún del momento, el Ejecutivo enviaba señales de querer facilitar la liberación de genocidas. Además, también se decía que el presidente Milei estaba decidido a anunciar un indulto para cumplir con una promesa de campaña hecha a Villarruel. Por entonces, todos recordaban que el propio mandatario había dado ya algunos indicios cuando en el debate presidencial llegó a negar el número de 30 mil desaparecidos. Asimismo, la figura de la vice llamaba cada vez más la atención. Su popularidad había crecido exponencialmente en muy poco tiempo y era ostensible su compromiso con el sector castrense.

Victoria Villarruel es hija del teniente coronel Eduardo Marcelo Villarruel (fallecido en 2021), que participó del denominado Operativo Independencia que ordenó el gobierno constitucional de Isabel Perón para aniquilar la guerrilla en Tucumán. Además fue un veterano de Malvinas que se desempeñó como segundo jefe de la Compañía de Comandos 602 que lideró Aldo Rico durante el conflicto.

La actual vice es la creadora del Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas (CELTYV), una asociación civil que brega por el reconocimiento de las víctimas de los atentados cometidos por las organizaciones armadas en los años setenta. Por eso, meses antes de llegar al Ejecutivo, Villarruel encabezó —en septiembre de 2023— un homenaje a las víctimas de actos terroristas del ERP y Montoneros. "He luchado y lo sigo haciendo por los que NO tienen DD.HH.", escribió en ese momento. Y agregó: "No levanté el arma contra otros en nombre de mis ideas, no puse una bomba a Paula (Lambruschini), no secuestré a Larrabure, ni ataqué Tucumán o el cuartel de Azul, no maté a niños como Juan Eduardo Barrios ni me hice la víctima para cobrar indemnizaciones, solo lucho

para darle voz a los que ustedes asesinaron en nombre de una revolución que NADIE les pidió".

En medio de esa situación, la justicia argentina enviaba gestos de querer alinearse a un gobierno diametralmente opuesto a los anteriores. De esta manera, a mediados de diciembre 2023, la Cámara Federal de Casación Penal comenzó a debatir si corresponde que los detenidos por crímenes de lesa humanidad reciban prisión domiciliaria de manera automática a partir de los 70 años.

De acuerdo al último relevamiento de la Procuraduría de Crímenes contra la Humanidad, desde 2006 se dictaron 307 sentencias en la materia. Fueron condenadas 1159 personas y 178 resultaron absueltas. Hay 678 personas detenidas, de las cuales 520 cumplen prisión en modalidad domiciliaria. "La gran mayoría rondan los 70 años", indicó la periodista Patricia Blanco para *Infobae*.

El 28 de diciembre de 2023, precisamente el día que se celebra el Día de los Santos Inocentes, el diario *Página/12* publicó una nota titulada: "¿Se podrían caer las condenas por lesa humanidad? Milei busca reimplantar la obediencia debida en la ley ómnibus". La publicación aseguraba: "El artículo 344 de la ley ómnibus que envió Javier Milei al Congreso modifica los parámetros de la legítima defensa a través del cambio en el artículo 34 del Código Penal. Esto habilita a mano dura en las fuerzas de seguridad e incluso considera la obediencia debida para eximir de culpa y cargo".

A los pocos días, el sábado 6 de enero de 2024, en día de Reyes, me reuní por primera y única vez con Carlos Guillermo Suárez Mason (h). Volvía a estar nervioso. No había dormido en toda la noche y no lograba convencerme de lo que estaba haciendo. Había salido de mi casa con anticipación porque no conocía la zona y temía perderme o equivocar el camino. Casi una hora tuve que quedarme afuera del penal, esperando dentro del auto y en medio de la nada. No paraba de preguntarme si realmente valía la pena lo que estaba a punto de hacer. ¿Para qué me metía voluntariamente ahí? Pero rápido recordaba la premisa que me había llevado: descubrir el misterio de la tumba de Suárez Mason.

A la hora acordada dejé el auto y enfilé para la entrada del penal. No había ningún tipo de actividad en los alrededores. Llegó otro auto

y se estacionó detrás del mío. El pasto estaba muy alto y solo se escuchaban los cantos de los pájaros y el ir y venir de los autos que a lo lejos corrían por la ruta. Pasé por cuatro controles de seguridad y tardé más de media hora en llegar al lugar clave del ingreso. La visita estaba registrada y me estaban esperando.

—Usted es periodista... ¿Para qué viene? ¿Ya conoce al detenido? Es rara su presencia en este lugar. Quiero pensar que no trajo nada escondido para grabar. ¿Entiende lo que le digo? ¡A esta clase de personas no les gusta que las molesten!

Tuve que dejar en custodia todos los objetos personales que tenía encima y me retuvieron los documentos. Después llené un par de formularios y me pintaron los dedos de la mano para tener el registro de mis huellas digitales. Me hicieron atravesar por dos detectores de metales y, por último, tuve que desvestirme en un cuarto cerrado. Al salir de allí dijeron que estaba todo ok y que continuara con la última escala. Por fin me franquearon el paso. Antes de avanzar, reclamé el paquete de facturas que llevaba. El oficial del Servicio Penitenciario me guiñó un ojo y me dijo: "Es el precio del peaje por ser la primera vez que viene. La próxima, seguramente será voluntaria". Se rio y observó mi reacción. A través de un gesto con la cabeza le indiqué la cámara de seguridad que había encima suyo. El oficial con desagrado me devolvió el paquete. Fue un recorrido extenuante. Uno ingresa a ese tipo de lugares y no tiene la menor idea de cómo va a volver a salir. Otro oficial penitenciario me acompañó hasta el pabellón en el que los detenidos reciben a las visitas. Caminamos otros cincuenta metros, atravesamos dos puertas de rejas atadas con cadenas y candados y me dejaron esperando en el salón de visitas del pabellón 8. El lugar se parecía a un club de barrio venido a menos, con mesas y sillas apiladas contra la pared.

—No se mueva de acá. Voy a buscar a Suárez Mason.

Dos minutos después, se acercó el hijo de Suárez Mason. Me saludó con un apretón de manos y me pidió que lo ayudara a colocar una mesa y un par de sillas de plástico. Me agradeció la visita, sacó un termo y unos vasos de una bolsa que traía y me ofreció té o café. Yo abrí el paquete con facturas. Le expliqué quién era y por qué lo

fui a ver. Luego le conté la historia de cómo conocí a su padre allá por 1999 y todo lo que hablamos y lo que me confesó a lo largo de seis años en cerca de treinta encuentros. Suárez Mason me escuchaba atentamente y comía facturas. Cada tanto hacía alguna acotación mientras yo seguía hablando. Quería que me tuviera confianza. La primera media hora se pasó volando. Estábamos solos en ese inmenso salón de visitas y solo el guardia iba y venía. Cada tanto, desde el fondo del lugar, alguien se asomaba y espiaba lo que hacíamos. Al principio le resté importancia, pero luego comenzó a preocuparme cuando advertí que ese alguien se había mostrado en seis oportunidades. Obviamente, no deseaba ocultar su presencia sino, por el contrario, hacer conocer que estaba allí.

—Hay alguien que se asoma en el fondo y mira hacia donde estamos nosotros. Ya apareció varias veces.

—No se preocupe, es Astiz —respondió sin necesidad de darse vuelta para ver de quién se trataba—. ¡Astiz es un cabrón! No respeta a nadie y está mal de la cabeza. Nunca tuvo una mujer y no le importa nada. Siempre que viene alguna visita hace su pequeño show para llamar la atención. Juega a las escondidas creyendo que todavía es un espía.

Volvió a servirme café y a ofrecerme edulcorante porque no tenía azúcar, y mientras hacía un inventario de sus compañeros de reclusión.

—Acá somos un montón. Cada uno hace lo suyo y nadie se mete con nadie. Están Astiz, Raúl Guglielminetti, Adolfo Donda, Antonio Pernías, el cura Mario Marcote, Miguel Britos, Honorio Carlos Martínez Ruiz, Julio César Argüello, Juan Manuel Cordero, Gerardo Arráez, Juan Carlos Vázquez Sarmiento, Ricardo Cavallo y algunos más que ahora no recuerdo.

Los rasgos físicos de Suárez Mason (h) son bastante similares a los de su padre, de baja estatura y algo excedido de peso. El oficial vuelve a pasar controlando que todo esté tranquilo. Detrás suyo viene una señora arrastrando un carro de compras de supermercado. Es una visita para otro militar condenado. Se refugia en otro rincón, a diez metros de nosotros. Acomoda una mesa y una a una empieza a sacar todas las cosas que había llevado. Mucha

comida: sandwiches, tartas, bizcochos, dulce de leche, café, sal, galletitas. También una radio, diarios, revistas, pilas y bastantes golosinas. Me intrigó saber quién era su familiar o conocido detenido. Suárez Mason (h) comía su tercera factura.

—En este mismo lugar también estuvieron detenidos Amado Boudou, Ricardo Jaime y Luis D'Elía. El que venía siempre a visitarlos era Juan Grabois. Entraba con una camioneta como pancho por su casa y nadie lo detenía. Siempre traía mucha comida y repartía para todos. A veces se ponían medio loquitos y se iban a las manos entre ellos.

Quise saber cuál era su situación y cómo se sentía.

—Yo estoy preso desde el 2006. Papá murió en el 2005 y de inmediato vinieron por mí. Mi viejo me protegió siempre. Después de su muerte, todo se me vino encima. En este penal no la paso tan mal, pero la comida es de hospital. No hago siesta y no me gusta la tele en la habitación. Solo me gusta ver fútbol. Yo jugaba de *wing* derecho. Era bueno. Me entretengo haciendo cursos *on line*. Ya logré hacer más de cien. Actualmente refuerzo el inglés y estoy avanzado en un curso de inteligencia artificial.

Yo había escuchado a su padre hablar de él y ahora escuchaba al hijo hablar de su padre. La historia es increíble: padre e hijo homónimos condenados por delitos de lesa humanidad, y con veinte años de diferencia yo había logrado enlazar el testimonio de ambos. Suárez Mason (h) continuaba hablando, casi sin que le preguntara. Quizás por esa necesidad de hablar que a veces surge de las conciencias atormentadas o solo para desahogarse.

—Yo duermo en paz, pero fui un perejil. Por supuesto que sabía lo que pasaba. Solo trasladé algún detenido —reconoció y se quedó callado un rato largo—. La vida no resultó fácil para mí. Todo lo que haya hecho mi padre me condicionó para siempre. Así como me ve, tengo 74 años y dos divorcios encima. Mi hija Magdalena era la preferida de mi padre. Tuve tres hijos con mi primera mujer pero luego se separó por mi culpa. Después me casé por segunda vez con una empleada de la Armada y tuve dos hijos más con ella. De nuevo, todo terminó a las patadas. Me pidió el divorcio mientras yo estaba en la cárcel. Aprovechando el quilombo que tenía, me acusó

de crímenes que nunca cometí. Me sacó la casa y todo lo que tenía. Me dejó en pelotas. Actualmente no tengo ni idea en dónde viven. Desconozco en qué andan mis hijos y hace muchos años que no los veo. Por acá ninguno viene a verme.

Se emocionó al hablar de sus hijos. Bebió un sorbo de café y agachó la cabeza durante un largo rato. No quería mostrar su rostro. Recordar el pasado lo había dañado. Lagrimeaba consciente de haber tocado fondo. Se desplomó en su asiento. Pareció envejecer varios años en cuestión de segundos. No podía levantar la cabeza para seguir charlando. Pensé en consolarlo con palabras de ocasión pero no me atreví. Lo acompañé en el silencio mientras observaba todo lo que ocurría a mi alrededor. Hacía rato que Astiz no aparecía, pero yo sabía que estaba por allí. La única mujer que había en el lugar discutía acaloradamente con el detenido que había ido a visitar. Supuse que era su esposa, porque lo vi saludarla con un beso en la boca. El hombre tenía un aspecto desagradable. Llevaba anteojos, tenía un bigote muy grueso, algo de barba canosa y estaba excedido de peso. Fui testigo lejano de la discusión y observé como él la maltrataba. Parecía enojado y desparramaba por la mesa todo lo que la mujer le había llevado. La mujer se veía angustiada. El hombre gesticulaba y caminaba furioso alrededor de la mesa. La retaba por algo que se había olvidado. Hasta que la mujer se levantó de su silla y se fue del salón caminando ligera, escondiendo el rostro. Después de un rato el hombre fue detrás de ella. Al pasar a nuestro lado, saludó de compromiso, sin detenerse. Yo le correspondí el saludo pero evité mirarlo a la cara mientras que Suárez Mason (h) lo ignoró. Era evidente que algo entre ellos no funcionaba.

—Usted no sabe quién es ese tipo…

Le conté que vi cómo había maltratado a la mujer.

—Es Ricardo Cavallo.

Me lo dijo rápido, como intentando que no siguiera hablando de él. Entre otros crímenes, Cavallo estaba acusado de ser uno de los responsables del secuestro, desaparición y muerte del escritor y periodista Rodolfo Walsh, el 25 de marzo de 1977. Purgaba condena

de prisión perpetua por delitos de lesa humanidad cometidos en el centro clandestino de la ESMA.

Me enfoqué de nuevo en Suárez Mason (h) y le pregunté qué opinaba de su padre:

—¡Era un duro! Con papá vivo, nadie se animaba a nada. Todos le tenían miedo. Era un tipo muy recto y de carácter enérgico. Él hacía las cosas como se debían. Nadie lo iba a atropellar. Odiaba a los periodistas y detestaba a Perón. A través de él me enteré de la guerra de Malvinas. Me lo anticipó varios meses antes. Me dijo que iba a ser un fiasco y que muchos iban a morir. Estaba muy enojado por lo que iban a hacer. "Hay un loco intentando salvar el régimen", me dijo en alusión a Galtieri. Por suerte, a mí no me tocó ir a Malvinas. Me quedé en Puerto Belgrano. Yo no tuve mucho trato con él. Era muy rígido con sus hijos. Le tocaron tiempos difíciles y por casa no se lo veía nunca. Recuerdo que en cierta ocasión caí de sorpresa a su despacho y lo vi dando órdenes de ataque. Me impresionó mucho. Jamás lo había visto así.

Se quedó en silencio como si se hubiera dado cuenta de que estaba hablando de más. No sabía demasiado de mí. Aproveché el momento para aclarar los motivos de por qué quería verlo. Le volví a contar que conocí a su padre y que me había reunido con él en un montón de ocasiones cuando estaba detenido con prisión domiciliaria. Le recordé que no solo contaba con su testimonio sino que, además, llevaba muchos años investigando los detalles de su actuación como jefe del I Cuerpo de Ejército. Me escuchaba y me miraba en silencio. Luego le di a entender que estaba escribiendo un libro sobre la historia de su padre. Subrayé que creía muy valioso un aporte suyo, en especial teniendo en cuenta su situación actual y el parecido entre las dos historias.

Ricardo Cavallo volvió de la mano de la mujer. Parecían más tranquilos.

Suárez Mason (h) pareció no tener ningún interés en lo que le estaba contando. Hasta que salió de su mutismo y dijo en tono de consejo.

—No sería conveniente que escriba el libro. Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo se harían un festín con mi padre.

Seguí contándole sobre algunos de los encuentros y mis transcripciones.

—No escriba ese libro. No es conveniente. No le hace bien a nadie publicando un libro sobre todo eso. ¡Ya todos están muertos! No publique ese libro.

Dicho esto, cambió de tema abruptamente.

—Acá viene un cura cada quince días. Hay misa y confesión para los que son creyentes. Yo no transito mucho ese camino. Los domingos aprovecho para salir a ver a mi madre. Tengo un permiso especial porque ella tiene 95 años. Está postrada pero la cabeza le funciona bien. Solo a veces pierde un poco la memoria. Salgo muy temprano del penal custodiado por dos efectivos. Cuando llego a casa, ellos se quedan en la cocina o viendo un poco la televisión. Allí me quedo tranquilo hasta el mediodía y luego vuelvo.

Levanté la cabeza y vi a Alfredo Astiz acercarse hacia nosotros. Los rasgos físicos y su estirpe de soberbia eran incuestionables. Atemorizaba el solo hecho de saber que uno estaba al alcance de su mano. Al parecer, se había cansado de andar merodeando. El "Ángel de la muerte" se detuvo junto a la mesa.

—¡Buen día! Mi nombre es Alfredo Astiz.

Estiró la mano derecha para saludar. Me paré y devolví el saludo. Luego de mirarme fijamente a los ojos por unos segundos, se fue. Como había sucedido con Cavallo, Suárez Mason (h) tampoco saludó a Astiz. Su presencia logró inquietarme. Lo vi retirarse con un andar forzado y cansino. Seguramente, el traqueteo de la edad y de su mala vida comenzaban a hacer su efecto. Como a todos los mortales, a él también el paso del tiempo lo perseguía. Pese a todo, su figura se mantenía erguida. Impecablemente vestido, con la cabeza siempre en alto y sus 73 años a cuestas, se pavoneaba ante cualquiera que se le pusiera enfrente: "Mi nombre es Alfredo Astiz".

Suárez Mason (h) amagó a despedirse y dar por terminada la charla. Yo insistí. Le pedí un poco más de tiempo porque quería hablar sobre la muerte de su padre. Ya hacía casi dos horas que

estaba en el lugar y el misterio de la tumba seguía sin revelarse. Todavía quedaba una hora de visita y debía aprovecharla.

—¿Cómo vivió la familia la muerte de su padre?

Intenté acelerar la conversación. Quería proponer un ida y vuelta de preguntas y respuestas.

—En la familia, todos somos bastante parcos. Mi papá no estaba nunca en casa y mi mamá era muy dura con nosotros. De los cuatro hermanos que somos, Gloria es la mayor. Ella es psicóloga y es la que mejor supo afrontar todos los problemas que arrastra nuestro apellido. De todos modos, también fue muy complicado para ella. Nunca pudo enamorarse y tener una familia propia. Hasta el día de hoy, siempre le echó la culpa a mi padre. Actualmente vive con mi madre en el mismo departamento de la avenida Santa Fe. Es la misma casa en la que usted se reunió tantas veces con mi papá. El segundo de los hermanos soy yo. Me recibí de ingeniero y estudié en el ITBA. Lamentablemente, apenas murió mi viejo vinieron a buscarme para cazarme y ponerme en prisión. Estoy en la cárcel desde 2006. Mi hermano Mario es el tercero. Es arquitecto y terminó siendo el más vivo de todos. Tiene una familia hermosa, vive en Estados Unidos y no sufre el acoso estigmatizante que toleramos nosotros en la Argentina. Marcos es el más chico. Se parece a mi padre. Es bastante reaccionario pero también muy místico. Un fanático de Sai Baba y todas esas cosas. A mí no me agrada mucho todo ese tipo de cosas. Lamentablemente, como yo, Marcos también ha sido bastante desprolijo con las mujeres. Tuvo tres y todos los problemas que arrastran ese tipo de conflictos personales.

—¿Quién mandaba en su casa?

Se rio con ganas antes de responder.

—Sin ninguna duda, mamá. Mi madre se imponía sobre mi padre. Ellos estuvieron muchos años juntos. Se casaron muy jóvenes en La Castrense, la iglesia de los militares. La Parroquia Nuestra Señora de Luján que está ubicada en la avenida Cabildo.

—¿Y cómo era ella?

—Mi madre conocía muy bien a mi papá. Al derecho y al revés. A ella no la podía engañar nadie. A veces le preguntaba por las cosas que hacía y mi mamá lo retaba. Otras veces, él directamente no se

las contaba y se armaba flor de tole tole. Mamá era dura con nosotros.

Alfredo Astiz volvió a aparecer en el fondo del salón. Igual que antes, se asomaba unos instantes, miraba con detenimiento y se volvía a ocultar. No supe si era un acto de locura de alguien que tenía la cabeza rota o, simplemente, un intento de provocación de alguien acostumbrado a hostigar y causar temor.

Miré el reloj y me di cuenta de que el tiempo de visita se agotaba. Hacía casi tres horas que estaba sentado frente al hijo de Suárez Mason y todavía no había conseguido lo que había ido a buscar. Al borde de la frustración, lo interrumpí.

—¿Dónde está enterrado su padre?

En ese momento, Cavallo y su mujer se despidieron y se retiraron del lugar abrazados. Detrás de ellos, apareció el oficial penitenciario para avisarnos que el horario de visita había finalizado. Suárez Mason (h) le pidió un poco más de tiempo. Le dijo: "Astiz anduvo molestando y no tuve tiempo de hablar tranquilo con mi amigo, que había venido desde lejos para visitarme". El oficial se ubicó en el fondo del salón: "Tienen diez minutos más. Voy a ver en qué anda Astiz y regreso para llevar a su amigo afuera de este lugar", dijo. Me sorprendió la actitud de Suárez Mason (h).

—No perdamos el tiempo. Le cuento: la tumba de mi padre no existe. En realidad, alguna vez la tuvo pero ya no está más.

—¿Qué pasó entonces? ¿Dónde están sus restos ahora?

—La tumba de mi padre está en el Cementerio Británico. No tiene lápida propia porque comparte la tumba con su madre, María Esther Mason Lugones. Ella está alojada al lado de su abuela. En un tiempo, mi papá tuvo una tumba propia pero la familia temió que pudieran violentarla y se llevaran sus huesos a otra parte.

Qué ironía: el verdugo más temido de la dictadura, el que daba órdenes de ejecución para que muchos terminaran desaparecidos, permanece eternamente desaparecido.

—Ojalá que el nuevo gobierno ponga todo en su lugar. Ahora que se fueron los kirchneristas, quizás tengamos chances de la prisión domiciliaria. Confío en Victoria Villarruel. Sabemos de su injerencia y voluntad de colaborar con nuestras necesidades. Ella sufrió los

problemas de su padre y mejor que nadie sabe de qué se trata todo esto. A Milei no lo conozco, pero sabemos que existe un proyecto que nos puede beneficiar. Yo me conformo con volver a casa, pero si hay indulto, bienvenido sea.

Esas fueron sus últimas palabras. El oficial penitenciario se acercó y dijo que el tiempo se había acabado. Saludé a Suárez Mason (h), le agradecí por haberme recibido. Él me pidió que volviera a visitarlo y me encargó de que también hablara con su madre y su hermana. Cuando estaba atravesando la puerta de rejas escuché un último grito:

—¡Sammartino, no publique ese libro!

Epílogo: Cuando cumpla cien años

—Estas serán mis últimas palabras, ya no lo molestaré más. No tengo intenciones de seguir conversando más tiempo. Lo dicho, dicho está. Usted ya sabe bastante, demasiados detalles le conté. Haga lo que se le antoje con todo lo que hablamos durante todos estos años. En verdad, no me importa. A mí solo me quedan algunos pocos años más de vida y listo. Después de muerto, ya nadie hablará más de Suárez Mason. Por fin me dejarán en paz. Si yo era malo, asesino, torturador, represor o un buen samaritano. A nadie le importará después de que yo muera. Los argentinos no tienen memoria y por eso les pasa lo que les pasa.

Esa tarde la voz de Suárez Mason era ruinosa, estaba desencajada. Subía y bajaba el tono casi sin advertirlo. Percibí un silbido molesto que salía de entre sus dientes y se enredaba con palabras que apenas podía pronunciar. Hasta que de pronto dejó de hablar y el silencio se adueñó de la comunicación telefónica. No quise intervenir, esperé a que siguiera. Sus palabras sonaban a confesión final, a despedida. Me había vuelto a llamar a mi casa, pero esta vez, parecía, sería la última comunicación. Era de noche y yo estaba en mi escritorio, con el teléfono en la mano y la computadora encendida.

El silencio se prolongó. Cada tanto controlaba que la comunicación no se hubiese cortado. Comencé a inquietarme. Al rato se escucharon otras voces de fondo, como si otras personas le estuviesen hablando. La voz de una mujer adulta comenzó a sobresalir entre varias y a percibirse más cercana y nítida en lo que decía. De pronto, un nuevo murmullo de voces mezcladas que no entendí y un grito desaforado de Suárez Masón que silenció a todos:

—¡Basta! Le voy a decir a los cien...

No sabía a qué se refería. Al grito le siguió de nuevo el silencio y a los pocos segundos volvió a hablar.

—¿Sammartino, me escucha?

—Sí, acá estoy en el teléfono. ¿Se siente bien, general?

—Necesito que escuche bien lo que le voy a pedir. Busque algo para escribir y anote exactamente lo que le voy a exigir como compromiso para publicar lo que yo le he confesado durante todo este tiempo.

Me sorprendió. Pero solo se trataba de escuchar lo que iba a decir y luego evaluar. Esperaba mi respuesta. Contesté que ya estaba atento y preparado para escribir lo que dijera.

—Aunque probablemente yo muera mucho antes, es mi voluntad que todo lo narrado ante usted en las numerosas reuniones que tuvimos sea considerado como una especie de confesión pública que solo podrá darse a conocer cuando yo cumpla cien años. Sé que usted es una persona de bien y lo que le estoy pidiendo lo tomará como una cuestión de honor. A pesar de que terminó haciéndose periodista, usted lleva muchos años de formación militar en su sangre y sabe perfectamente lo que le estoy reclamando. Además, usted es de esos católicos chupacirios que serían incapaces de cometer alguna deslealtad o traición a nadie. ¡Su Dios no se lo permite, Sammartino! Yo lo respeté y me comporté con honor con usted. Le dije que iba a hablar y solo lo hice tan extensamente con usted. Ahora es su turno y le toca devolver con la misma moneda. Ya que no quiso aceptar la propuesta de mis abogados, deberá comportarse dignamente con lo que le estoy pidiendo.

Se volvió a callar. Me sorprendió una vez más. No sabía si tenía que insultar y cortar o decir a todo que sí y luego hacer lo que se me antojara. La conversación, otra vez, había logrado inquietarme. Estaba de mal humor, me dolía la cabeza y no quería sentir esa presión que me endosaba. Acá no había nada que negociar, no había ningún pacto que cumplir. Antes de que yo hablara, volvió a la carga con una amenaza.

—Usted sabrá lo que hace. Solo le advierto por las posibles consecuencias.

—Usted ya me dijo muchas cosas que son muy graves. Haber robado un bebé para un cura amigo es uno de los hechos más graves que le escuché confesar.

El general ni se inmutó. No insultó ni cortó la comunicación. No sé si realmente me escuchó. Continuó con el discurso que ya tenía preparado.

—Ya poco o nada me queda por ocultar. Por lo que hice, nunca existió consideración y gratitud de nadie. Ya no me importa y después de muerto... ¿para qué sirve? El respeto y el perdón de los humanos en mi otra vida ya no los necesitaré. Seguramente me encuentre con Dios y Él sabrá qué hacer conmigo. Tengo miedo, lo confieso. Espero mi muerte y estoy asustado. Por estas horas muchos recuerdos atraviesan mi memoria para perturbarme. De todos modos, no tengo nada de qué arrepentirme. Estoy seguro de que algunas cosas que hice fueron malas pero bueno… quién no se equivoca. Como dicen las Sagradas Escrituras, el que esté libre de pecado que arroje la primera piedra. Por último, quiero que se sepa que todo lo que hice fue por mi patria. Lo hice en un estado de plena conciencia. Esta es mi verdad y esta es mi única versión. Por mí ya no se preocupen. ¡Yo ya estoy muerto!

Cortó apenas terminó de decir esto. No volví a hablar con él. Al poco tiempo regresó a una cárcel común: fue encerrado en el penal de Villa Devoto en medio de un escándalo por haber violado la prisión domiciliaria. Nunca más volvería a su casa de Barrio Norte. Murió el martes 21 de junio de 2005. Había sido operado de urgencia en el Hospital Militar Central tras sufrir una hemorragia en el intestino. Tenía 81 años.

Diecinueve años después, cuando Suárez Mason debía cumplir los cien años, termino de escribir este libro.

Agradecimientos

A Margarita Perata, Marcelo Panozzo y Matías Bauso.

A la memoria de los sacerdotes Atilio Fortini y Norberto Pohl y de Fray Luis Cano, quienes me enseñaron que "no hay nada oculto que no llegue a descubrirse porque el mal se destruye a sí mismo...".

Para comunicarse con el autor, escribir a la siguiente dirección
gsammartinoautor@gmail.com

Grupo Planeta

¡Seguinos!

